



# LLUVIA NEGRA

GRAHAM BROWN

Buscaban la fuente de energía definitiva.  
Encontraron una pesadilla milenaria

minotauro

Lectulandia

Una antigua leyenda indígena dice que en lo más profundo de la jungla del Amazonas, en la región «donde las muchas muertes caminan en la noche», habitan los Indele. Pero la brillante investigadora Danielle Laidlaw no cree en leyendas. Su empresa la envía al corazón de la selva amazónica con la excusa de una expedición arqueológica para conseguir lo que podría convertirse en la fuente de energía definitiva. Danielle no puede imaginar que su aventura se convertirá en una pesadilla espeluznante. En la selva, ella y su equipo de investigadores descubrirán que el mayor peligro que les acecha no es el grupo de mercenarios que pretende robarles información, sino una amenaza mucho mayor que no les permitirá escapar tan fácilmente con el valioso descubrimiento.

# Lectulandia

Graham Brown

## Lluvia negra

ePUB v1.0

jubosu 10.01.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*Y llegó uno llamado El que Arranca los rostros, que les sacó los ojos  
Y llegó uno llamado El Sangrador Súbito, que los abrió en canal y les arrancó las  
cabezas  
Y entonces llegó el torrente: lluvia negra cayendo del cielo cual una resina.  
Lluvia el día entero, lluvia toda la noche, y a causa de ella la tierra quedó  
ennegrecida*

El fin de los seres de madera, del libro Maya  
*Popol Vuh*

# PRÓLOGO

## *LA SELVA LLUVIOSA*

En lo alto se alzaba la oscuridad de la cubierta de hojas de la selva, con sus densas y enmarañadas capas extendiéndose como una carpa de circo por entre los pilares, cual torres, de los enormes árboles. Ahíta de lluvia, crecía impenetrable y resistente, hogar para millares de especies, la mayor parte de las cuales jamás abandonaba los límites de su elevado abrazo. Pasaban su vida allá, en lo alto de los árboles; el suelo era para las cosas que se arrastraban y para aquello que había muerto.

Billy McCrea permitió que su mirada cayese del exuberante mundo de encima de él al terreno que tenía bajo sus pies. Se puso en cuclillas, examinando un rastro de huellas. Las huellas de pesadas botas eran fáciles de descubrir, pero eran sutilmente diferentes de aquellas que había hallado antes. Éstas eran más profundas en la punta, como si hubieran presionado con más fuerza contra la tierra, y más espaciadas entre sí.

—¿Qué te parece? —le preguntó una ronca voz desde detrás.

La voz pertenecía a Jack Dixon, el robusto líder de la escuadra; era una voz enfadada, la de un hombre muy irritado por los acontecimientos de los últimos dos días. McCrea no tenía ningún deseo de decirle a Dixon lo que creía que era eso: que aquellos a los que seguían ahora estaban corriendo.

Miró a su alrededor, preguntándose si habrían sido descubiertos. Sus sentidos le indicaban lo contrario: el enredado sotobosque bloqueaba la mayoría de las líneas de visión, y por donde uno aún podía ver, la vaporosa niebla agrisaba la distancia hasta el infinito, como si no existiese nada más, ningún mundo más allá, solamente los interminables árboles, el adherido musgo y las lianas colgando flácidas entre la niebla como cuerdas de horcas vacías.

Además, si los hubiesen visto, Dixon y él ya estarían muertos.

Apartó a manotazos los pequeños insectos que trazaban círculos alrededor de su cara y volvió a mirar de nuevo a la amplia extensión de la cubierta vegetal, allá en lo alto. Como la tonalidad oscura de las hojas se movía cansinamente entre un hálito de viento, puntitos de luz se abrían paso entre la masa de hojas. La luz era ahora más blanca que antes, de un brillo difuso, neblinoso, que hacía daño a los ojos más acostumbrados a las sombras. Un frente de chubascos se estaba acercando. Una nueva dificultad que no necesitaban.

—¿Y bien? —le exigió Dixon.

—Algo los ha asustado —admitió finalmente McCrea, con un débil tic mariposeando en su cara.

—Pero no hemos sido nosotros —supuso Dixon.

—No —murmuró McCrea, mirando nerviosamente alrededor—. Nosotros no.

No dijeron nada más y los dos hombres siguieron moviéndose, avanzando aún más lentamente que antes. Cinco minutos más tarde estaban junto a lo que McCrea había comenzado a sospechar: otro muerto yacía justo delante, un muerto reciente y aún sin hedor, aunque los pájaros ya lo habían hallado. Mientras atravesaba los últimos matorrales que lo bloqueaban, McCrea se preguntó qué sería lo que les habían prometido a aquellos hombres, sólo para luego matarlos, uno tras otro, con un disparo por la espalda.

A su llegada la bandada carroñera se dispersó, chillando alarmada y aleteando hacia la seguridad en los árboles.

Su partida en desbandada había dejado expuesto el cuerpo de un hombre, con el mismo uniforme de camuflaje para la jungla que llevaba Dixon. Pero, a pesar de la suposición de McCrea, no habían matado a aquel hombre a balazos: la gran hoja de un arma había abierto tremendos cortes en el costado del cadáver, y en el centro de su espalda se veían los restos rotos de una lanza de madera.

McCrea estudió la escena nervioso, sorprendido, casi mareado. El cuerpo mismo yacía doblado en un ángulo raro. El fusil del hombre se hallaba unos palmos más allá, justo fuera del alcance de una tendida y ensangrentada mano.

A su lado, Dixon casi parecía complacido. Le habló al hombre muerto:

—Esto es lo que has logrado, por tratar de dejarme atrás.

—Pritchard —comentó McCrea—. ¡Maldita sea, vaya lo que le han hecho ésos...!

Ésos eran un grupo de nativos conocidos como los *chollokwan*, una tribu que había estado hostigando a la escuadra desde que había llegado al oeste del río. Semanas antes, en una pelea a tiros, Dixon había matado a varios de los nativos, y desde entonces los miembros de aquella tribu los habían dejado tranquilos. Aunque parecía que ya se había disipado el efecto disuasorio.

—Regístralo —ordenó Dixon.

McCrea se acurrucó junto al cadáver. Valía la pena intentarlo: no habían hallado nada en los otros, pero también era verdad que a los otros les habían pegado un tiro. El diferente final de Pritchard hacía probable que hubiera sido él quien hubiese disparado esos tiros.

En cuclillas junto al muerto, McCrea rebuscó entre sus pertenencias, sacando cosillas de aquí y allí, tirando algunas al suelo, mientras que otras hallaron un camino hacia sus bolsillos.

—¡Olvídate de toda esa mierda! —se impacientó Dixon—. ¿Tiene las piedras o no?

McCrea encendió un pequeño aparato y empezó a pasarlo primero por encima del

cuerpo de Pritchard y luego sobre su mochila. Comenzó a crepitar lentamente, produciendo un rápido zumbido cuando alcanzó el punto exacto.

Dejó a un lado el contador Geiger y abrió la mochila del muerto. Mientras hurgaba en ella, un agudo chillido les llegó desde las profundidades de la jungla, haciendo eco entre los árboles. McCrea se quedó helado y alzó la vista. Dixon le echó una mirada aviesa.

—Sólo es otro pájaro —afirmó.

—Suenas como...

—Está muy lejos... —gruñó Dixon—. Vamos, coge las malditas piedras.

Notando el peso de la mirada furibunda de Dixon, McCrea volvió al trabajo, y en seguida sacó un trapo grasiento de entre el lío de cosas. Al desplegarlo, quedó al descubierto un grupo de pequeñas piedras grises, que relucían con un brillo metálico apagado. Las piedras eran algo más grandes que terrones de azúcar, pero con doce costados, y octogonales cuando se las miraba de frente. A su lado se hallaba un cristal incoloro y rayado.

Dixon contempló las piedras, el cristal y luego el torturado rostro de su antiguo subordinado.

—Ladrón —murmuró; un pronunciamiento final sobre Pritchard, el epitafio por un hombre que jamás tendría una tumba formal.

McCrea envolvió de nuevo el contenido y lo tendió hacia el otro, pero el amargo alarido sonó de nuevo, Dixon se giró y al instante su mano libre volvió al fusil.

Mientras McCrea prestaba atención, su corazón empezó a latir con fuerza. Ya había oído aquella llamada en otra ocasión, allá en el templo, justo antes de que todo se fuera al infierno. Le hacía tremendamente infeliz el que de nuevo volviera a herir sus oídos.

Se metió el trapo lleno de piedras dentro de la guerrera y luego asió su propio rifle, quitando el seguro justo cuando una segunda llamada produjo ecos a través de la espesura. La nueva llamada era más fuerte, más cercana, un chirrido gimoteante que ya era un castigo en sí mismo, como si de algún modo pasase de largo por los oídos y atravesase directamente el cerebro.

—Eso no es un jodido pájaro —aseguró McCrea.

Dixon no le contestó, pero debía de estar de acuerdo con él: sus ojos fueron saltando de un lugar a otro, apretó con más fuerza el fusil, tanto que se le hincharon las venas en sus poderosos antebrazos. Sacó un machete de la funda que colgaba de su cinto y se adelantó, con el rifle en una mano y la larga hoja de metal en la otra.

Tras él, McCrea estudió la jungla, sintiéndose repentinamente preocupado por la niebla, los árboles y las mismas líneas de visión bloqueadas que habían ocultado su acercamiento. Puso el selector de su arma en tiro automático y luego se deslizó hacia la derecha, guardando el flanco de Dixon y deseando que hubiera alguien para

guardarle el suyo. Diez metros más allá se detuvo.

—¿Qué demonios...?

Medio oculto por la maleza yacía otro cuerpo: Vásquez, el último de los traidores que habían huido, abandonándolos. Sólo que su muerte aún era más extraña que la de Pritchard: cortes paralelos corrían diagonalmente sobre su pecho; su camisa y su guerrera estaban empapadas de rojo y su hombro y brazo derechos habían desaparecido, arrancados de su cuerpo por una fuerza inimaginable y lanzados a algún lugar que no se veía. Todo lo que quedaba era una herida abierta, jirones de carne desgarrados y ensangrentados, y prominentes trozos de huesos.

Cosa extraña, los pájaros lo habían ignorado, aunque estaba claro que alguna otra cosa no lo había hecho. Lo rodeaban huellas en el suelo, largas depresiones dobles, como si alguien hubiera clavado un diapasón en tierra y luego lo hubiera inclinado hacia adelante. Las había visto antes pero, por mucho que lo intentase, a Billy McCrea no se le ocurría nada que pudiera dejar unas marcas así.

El penetrante alarido volvió a producir eco a su alrededor.

—Está pasando otra vez —dijo.

—Calla —le ordenó Dixon.

—¿Es que no lo ves? ¡Está aquí!

—¡Calla!

Los pájaros graznaron por encima, y el corazón de McCrea latió con fuerza mientras trataba de concentrarse: la herida, los cortes, las huellas. Sus ojos saltaban de una parte a otra, tratando de hallarle sentido a aquello.

Un rugido llegó hacia ellos por la izquierda.

Alzó la vista y vio a Dixon volverse y disparar, justo mientras una mancha oscura estallaba a través del sotobosque, golpeándole como un tren acelerado.

El fuego del arma atronó por entre la selva y una fina neblina roja se pulverizó sobre las hojas.

McCrea se estremeció, se dio la vuelta y apretó el gatillo de su propio rifle. Sus disparos se abrieron camino por entre el follaje, pero no había nada a lo que alcanzar: ni blanco, ni enemigo, ni Dixon, sólo las frondas bajas, agitándose por los impactos y cubiertas por una pátina de sangre de Dixon.

McCrea la miró, goteando de las hojas.

—¡Dixon! —gritó, mientras sus ojos oteaban alrededor.

Escuchó por si oía sonidos de lucha, pero no le llegó ninguno. Gritó de nuevo y esperó, limpiándose la película de líquido rojo del rostro. No hubo respuesta.

Era aliento malgastado: Dixon se había ido, justo igual que los otros. Estaba sucediendo de nuevo. Apenas si podía obligarse a creerlo. No aquí, no ahora. Habían dejado aquello tras de ellos, ya casi estaban en el río, casi en casa...

Con sudor cayéndole por la cara, McCrea se obligó a erguirse: debía ponerse en



movimiento, tenía que irse a toda prisa de allí. Miró hacia un lado y luego hacia el otro. Y después salió disparado.

Corría sin dirección fija. Desequilibrado y lleno de pánico atravesaba la maleza como un toro que embiste, tambaleándose hacia adelante a toda velocidad, a pesar de que las lianas se le enredaban en los pies. Se volvía ante los sonidos súbitos y disparaba contra los árboles con gritos airados. Oía movimientos por todas partes a su alrededor, voces nativas y follaje aplastado, que se iban cerrando sobre él en un arco cada vez más estrecho.

Tropezó de nuevo, desplomándose sobre sus manos y rodillas, y se levantó disparando mientras una forma oscura caía sobre él y lo lanzaba volando. Al salir por los aires pudo echarle una breve ojeada a su atacante mientras desaparecía dentro de la espesura: su pellejo parecía de hueso, negro y pulido.

McCrea golpeó el suelo con un impacto estremecedor, sin soltar su fusil a pesar de que un dolor como de una cuchillada le recorrió la pierna. Con un aullido de angustia rodó sobre sí mismo. Tenía rotos los huesos inferiores de una pierna, y la tibia surgía atravesándole la piel. Correr ya no era una opción, y posiblemente ni siquiera podría caminar.

Frunciendo el ceño en su agonía, se alzó sobre los codos y usó su pierna buena para echarse hacia atrás, hasta que pudo recostarse contra la base de un ancho tronco gris. Comprobó el rifle con manos temblorosas y luego lo alojó firmemente en el ángulo de su brazo doblado, preparándose para el inevitable y doloroso final.

Al cabo de un momento estaba temblando y debilitándose. Su cabeza vaciló y cayó hacia atrás. Sus ojos se volvieron hacia el brillo de arriba, que se apagaba. Vio cómo se movían las copas de los árboles, agitadas por una brisa que jamás notaría en el suelo.

¿Por qué demonios habían tenido que ir allí?

El silencio le rodeaba, roto tan sólo por su forzada respiración.

¿Por qué diablos no se habían largado cuando tenían la posibilidad de hacerlo?

Transcurrió un minuto sin que nada sucediese, y luego otro, y McCrea rezó porque le dejasen morir por sí mismo, apagarse y caer tranquilamente en un sueño pacífico y sin final. Y, pasado otro minuto, empezó a tener esperanzas.

Y entonces el amargo alarido atronó de nuevo, congelando su corazón, perforando su cráneo y haciendo sonar ecos a través de las profundidades del Amazonas.

# CAPÍTULO 1

Como se alzaba sobre un saliente a diez metros por encima del agua, desde el pequeño café se dominaba el río. Era un lugar frecuentado sobre todo por la gente del lugar, pues estaba lo bastante lejos de los caminos habituales como para que raras veces lo hallasen los turistas, a excepción del ocasional mochilero y de los más afortunados entre los que se perdían por aquellos andurriales. Su principal atractivo era una ancha terraza de piedra, que se extendía por la parte trasera del edificio, colocada frente al agua. Unas sombrillas de brillante amarillo tachonaban aquel espacio, alabando las virtudes de una popular bebida brasileña al tiempo que daban sombra a las mesas, protegiéndolas del ardiente sol tropical.

Bajo la sombra de su sombrilla amarilla, dos estadounidenses estaban sentados en silencio: una morena bastante despampanante, que tenía un parecido más que notable con la actriz Catherine Zeta-Jones y un hombre mayor, de rostro rubicundo, cuyo semblante severo y arrugado quedaba compensado por un talante cansino y por una melena gris de cabello descuidado y siempre alborotado. Su diferencia de edad y la obvia belleza de ella llevaba a muchos a asumir que se trataba de su amante, o quizá, si pensaban con menos cinismo, que era una hija o una sobrina... pero ambas suposiciones eran equivocadas.

Danielle Laidlaw permitió que sus ojos vagasen por la amplia terraza. Dentro de unas horas el café estaría repleto, pero ahora y bajo el aire muerto de aquella tarde húmeda, ellos eran los únicos clientes. Sin nada de interés que observar, volvió a mirar las aguas, color café, del Amazonas, en las que el sol había empezado a pintar trazos de oro líquido. Era una hermosa vista, pero ya la llevaba contemplando demasiado tiempo.

—¿Dónde diablos está ese tipo? —preguntó.

Arnold Moore, de sesenta y tres años de edad, le sonrió cálidamente.

—Relájate: o aparece el tipo, o no lo hace; pero cuando hablé con él me pareció muy ansioso.

Danielle exhaló en su frustración. La espera era como una tortura para ella, tiempo perdido que jamás sería recuperado. Se preguntó en cuántas reuniones como aquella habrían tomado parte en los últimos meses: treinta, suponía... quizá cincuenta, si contaba todas aquellas ocasiones en las que el contacto no se había presentado. A veces se preguntaba cómo Moore lo podía soportar con tanta facilidad: era una persona tan motivada como ella, un líder nato... y, sin embargo, parecía aceptar los retrasos como parte necesaria del proceso. Los soportaba, al igual que soportaba el calor y la humedad llevando puestas una camisa y una chaqueta deportiva, que lo lógico hubiera sido que colgase del respaldo de su silla.

—Quizá sea ése —dijo ella, al divisar movimiento a través de las ventanas del

café.

Momentos después entró en la terraza un brasileño que vestía unos tejanos muy gastados y una delgada camiseta. Se presentó como Culaco.

Danielle le estrechó la mano, y se resistió a la tentación de mencionar su falta de puntualidad.

—Les enseño lo que tengo —dijo Culaco, medio afirmando medio preguntando.

—Desde luego —le contestó Moore.

Los tres se sentaron y Culaco sacó varias cosas, colocándolas sobre la mesa y explicando lo que tenía para ofrecer. Tal como Danielle se había imaginado, Culaco se dirigió a Moore, hablando de hombre a hombre... era algo que había acabado por aceptar tras varios meses en Sudamérica. Claro que ella intentaba sacar ventaja de este hábito estudiando a los contactos, observando sus ojos y su comportamiento. De este modo ya había podido descubrir bastantes problemas antes de que surgiesen, pero en aquel hombre no notaba nada en ese sentido. No era ningún peligro: un vendedor sin mucha experiencia, pero nada peor.

—Este jade es puro —dijo Culaco alzando una pequeña piedra—. Muy puro, completamente puro.

Miró a la piedra una vez más.

—Casi completamente puro —decidió al fin.

Contempló cómo Moore examinaba el jade y una pequeña variedad de otros artículos, todos ellos bastante menos que estelares. Abalorios adicionales y trozos de basura, cosas tan alejadas de aquello con lo que estaban acostumbrados a trabajar que Danielle casi se echó a reír.

Moore y ella eran altos operativos de campo de una organización estadounidense llamada NRI (Instituto Nacional de Investigaciones), una agencia casi gubernamental que utilizaba la mayor parte de sus recursos en estudiar las últimas aplicaciones de la tecnología industrial. Durante los pasados años los dos habían viajado mucho por el mundo, haciendo un poco de todo: habían trabajado desde en la regeneración de campos petrolíferos en los países bálticos, hasta en la producción de nanotubos en Tokio. Habían estado en treinta países, y su destino más reciente había sido Venecia, donde el NRI se había asociado con el gobierno italiano en un plan para proteger la isla de la ciudad con una hilera de gigantescas compuertas marinas. Siempre eran proyectos punteros que utilizaban lo último en ciencia y aplicaciones de nuevas tecnologías y, por tanto, siempre se desarrollaban en un ambiente muy profesional.

Hasta ahora, en Brasil había sido todo lo contrario.

El interés del NRI por el país no estaba relacionado con nada que se estuviera diseñando, desarrollando o produciendo allí. De hecho, tenía que ver con el pasado tanto como con el futuro, y había empezado con un grupo de artefactos arqueológicos recuperados del Amazonas casi un siglo antes: unos cristales supuestamente

adquiridos, por un explorador estadounidense llamado Blackjack Martin, mediante un trueque, en las profundidades de la jungla.

Lo cierto era que Blackjack y su expedición habían sido rápidamente olvidados por sus contemporáneos, hecho que únicamente había cambiado después de que un moderno examen de los artefactos revelase algunas únicas y preocupantes propiedades.

Moore y Laidlaw habían ido a Brasil siguiendo los pasos del explorador, pero poco era lo que se sabía acerca de aquella expedición y sus avances habían sido gélidamente lentos. Tras meses de perseguir fantasmas, Danielle estaba deseando acabar con todo aquello para regresar a Estados Unidos o volver a Tokio, a Londres o a Roma... o adonde fuese que la llevase una siguiente misión que fuese racional. Pero, cuando fijó su atención en una piedra gris, del tamaño de una palma de la mano, que Culaco había puesto en la mesa, se dio cuenta de que probablemente tendría que esperar un poco más. Porque, grabada en la superficie de la piedra había una marca, una que le parecía asombrosamente familiar.

Mientras Moore y Culaco discutían sobre los otros artículos, Danielle tendió la mano para coger la piedra, asiéndola sólo después de que el vendedor le hiciera un pequeño gesto de asentimiento con la cabeza.

De unos cinco centímetros de grosor, la piedra tenía una forma burdamente rectangular, con bordes irregulares en tres de sus lados, y una superficie facial algo mayor que una postal. Disminuía de grosor en un extremo y estaba cubierta por símbolos desgastados por el tiempo, incluyendo uno que se asemejaba a un cráneo y otros que parecían representar animales. Los símbolos eran jeroglíficos y, si no se equivocaba, el último representaba un lugar llamado *Xibalba*: el mundo inferior de los mayas.

Una descarga de adrenalina le recorrió el cuerpo. Interrumpió la conversación:

—Háblenos de esta —dijo—. ¿Dónde la encontró?

Moore la miró de reojo, algo preocupado por la ansiedad en la voz de ella. Como no dejaba de recordarle, sus emociones eran siempre demasiado visibles, y no le cabía duda de que el precio acababa de subir.

Extrañamente, Culaco parecía desencantado.

—Hago trueques para lograr todo esto —dijo, haciendo un gesto para abarcar el lote entero—. Río arriba y río abajo. Lo más importante son el jade y el oro.

Claro que lo eran.

—Sí, pero yo estoy interesada en ésta —le contestó ella—. Sobre todo en dónde la encontró.

Culaco tomó la piedra de la mano de Danielle y la examinó de cerca, como preguntándose qué veía en ella.

—Ésta es muy poca cosa. Su valor es muy pequeño. Mejor fíjese en el jade —

volvió a mirar hacia ella, con su rostro sonriente—. Es hermoso y verde como sus ojos.

Ella no le devolvió la sonrisa y él se giró de nuevo, rápidamente, hacia Moore.

—Les haré un buen precio...

Moore se encogió de hombros y fingió una expresión de agotamiento.

—Síguenos la corriente, ¿quiere? —le pidió—. Díganos de dónde viene esa cosa, o no habrá quien la aguante el resto del viaje...

Danielle se mordió el labio y no le respondió. En lugar de eso, se fijó de nuevo en Culaco, dándose cuenta de que se le habían estrechado los ojos y que su tono había pasado de ser reservado a suspicaz.

—¿Para qué necesitan saber de dónde viene esa piedra?

Estaba muy claro que lo que agitaba al hombre era su insistencia acerca de la historia de la piedra, y Danielle se empezó a preguntar si aquel artefacto no habría llegado a su poder de algún modo irregular. Trató de calmar la situación con algo de calor, sonriéndole.

—Estamos interesados porque...

Culaco volvió su mirada hacia el río y tensó su brazo como para lanzarla.

Antes de que pudiera hacerlo, Moore le agarró por la muñeca: todas sus sonrisas y gentileza habían desaparecido...

—No haga eso —dijo seriamente Moore, con su mano como un cepo en el brazo del joven.

Culaco se quedó en silencio.

Mientras Danielle lo contemplaba, Moore miró fríamente al hombre.

—El jade es bonito —dijo, aún agarrando el brazo de Culaco—. Y le compraré todo lo que tiene, se lo prometo. Pero primero queremos saber dónde encontró esa piedrecita gris.

Sin dejar ir la muñeca de Culaco, Moore alzó su otra mano, tomando la pieza irregular y entregándosela a Danielle. Sólo soltó el brazo del joven cuando ella la tuvo a salvo.

Culaco se echó hacia atrás y se frotó la muñeca.

—Río arriba, cortando *mogna*.

*Mogna* era el término local para la caoba, un producto importante en la economía productiva del Amazonas; pero los árboles que daban esa madera crecían lentamente, y la mayoría de los que se hallaban en las zonas más accesibles habían sido talados hacía tiempo. Como resultado de ello, los leñadores se veían forzados a viajar río arriba, en busca de tierras nuevas que explotar. Y, con el paso del tiempo, esta labor de recolección se había ido introduciendo más y más profundamente en el humedal, en lugares a los que pocos otros forasteros habían viajado.

—A unos cinco días de aquí nos detuvimos en un poblado de los indios *nuree*.

Les pagamos para que nos ayudasen a hallar los mejores árboles. Nos sacaron del río principal y nos llevaron por un pequeño afluente. La piedra estaba allí, con otra.

—¿Con otra? —preguntó ella.

—Una mucho mayor. Demasiado pesada como para llevarla.

—¿Qué aspecto tenía esa piedra más grande?

Culaco señaló a la piedra en la mano de Danielle.

—Como ésa. Pero con caras grabadas en ella... caras muertas. ¿Cómo lo dicen ustedes... «cráneos»...? Los *nuree* nos dijeron que era una maldición... dijeron que estábamos cerca de un lugar al que no iban: el lugar de los Indele, en donde Las Muchas Muertes aún caminan en la noche. Los *nuree* no quisieron seguir adelante... dijeron que había señales aún peores más allá: los cuerpos de los muertos flotando en el río —explicó—. Y el muro. El Muro de los Cráneos. Dijeron que, si veíamos eso, ya sería demasiado tarde... que ninguno regresaría.

Moore le echó una mirada a Danielle. Un gesto de asentimiento casi imperceptible le dijo que estaba en la misma onda que ella.

—Hábleme de ese muro —pidió ella.

Culaco continuó, con un apresuramiento nervioso en su voz:

—Los *nuree* dijeron que lo habían levantado los guardianes de los Indele, los hombres de las sombras. Dijeron que está hecho con los huesos de los que desaparecen, los huesos de los tomados.

—Pero usted no vio ese lugar, ¿verdad?

Culaco negó con la cabeza.

—Los *nuree* no quisieron llevarnos. Dijeron que si seguíamos adelante, los Indele nos tomarían y también pondrían nuestros huesos en el muro. Así que fuimos en la otra dirección... que, de todos modos, era por donde estaban los mejores árboles.

Danielle examinó la piedra de nuevo. La cara frontal estaba desgastada y envejecida, pero la parte de atrás y los bordes estaban astillados y aguzados, como si recientemente hubiera sido arrancada de una pieza mayor. Supuso que eso exactamente había hecho Culaco: se había llevado el trozo a escondidas, sin que nadie más lo supiera.

Le presionó para lograr más información, pero a cada nueva pregunta las respuestas de Culaco se hacían más breves. Y supuso que tendrían que pagar, antes de hacer la pregunta que realmente deseaban que les contestase. Inclinandose hacia atrás en su silla y sonriendo serenamente, se volvió hacia Moore:

—Cariño —le dijo—. Creo que deberías pagarle a este hombre...

Moore tenía todo el aspecto del esposo resignado cuando se volvió hacia Culaco y suspiró:

—De acuerdo —dijo—. Le daré quinientos dólares por todo el lote.

Una sonrisa satisfecha se extendió por el rostro de Culaco, pero de todos modos

hizo una contraoferta:

—Un millar. El jade vale quinientos, y la piedra otros quinientos.

Ahora la piedra ya vale algo.

Moore clavó sus ojos en Danielle, recriminándole lo que les costaba su entusiasmo.

—Ochocientos —dijo, volviéndose hacia Culaco—. Que es más de lo que valen, tengo que añadir. Pero hago esa oferta con una condición: que no le cuente a nadie lo que nos ha vendido... que no le hable a nadie de las piedras grises... ni de esa mayor que hay en la jungla. ¿Trato hecho?

Culaco asintió lentamente con la cabeza.

—Bueno —dijo Moore, y en un momento hubo colocado siete billetes nuevecitos en la mano de Culaco, tendiéndole el octavo pero manteniéndolo aferrado—. Una cosa más. Si quisiera ver dónde encontró esas piedras... ¿podría mostrarme cómo llegar allí?

Culaco apartó la vista, pensando.

—Sí —dijo entrecortadamente—. Sí, podría mostrárselo...

Moore le entregó la última parte del pago.

—En ese caso, seguiremos en contacto.

Culaco dobló la pequeña fortuna que le había tocado en suerte y se la guardó. Se levantó, le estrechó la mano al estadounidense y luego se marchó. Una vez se hubo perdido de vista, Moore se volvió hacia Danielle. Ésta sabía bien lo que se le venía encima.

—Tu entusiasmo nos pone entre la espada y la pared —le dijo, y señaló a la piedra—. Y cuando tienes una cosa como ésa entre las manos, ni loca se la devuelves al maldito vendedor.

—Lo sé —le contestó ella—. Y sé que no debería portarme de ese modo. Pero mira esto...

Se lo entregó.

—Mira los glifos.

Moore tomó la piedra y la sostuvo con el brazo extendido, bizqueando concentradamente, antes de rendirse y volver a colocar las bifocales que colgaban alrededor de su cuello en su lugar correcto: sobre su nariz.

—Jeroglíficos —comentó—. Precolombinos. Por su estilo parecen olmecas o mayas.

—Echa una mirada al ángulo superior derecho —le dijo ella—. ¿Reconoces ése?

Moore estudió el glifo.

—La misma marca que vimos en la bandeja: *Xibalba*.

Ella alzó las cejas. Si tenía razón, ésta era la primera prueba real que hallaban, y también lo más que se habían aproximado a poder localizar alguno de los lugares que

había descrito Blackjack Martin en sus locos diarios.

—Difícil de creer, ¿no? —comentó.

—Sí —aceptó él—, muy difícil.

Ella señaló a las demás marcas de la piedra.

—¿Qué te dicen esas otras...?

Moore las miró más de cerca.

—Es algún tipo de pájaro —señaló a una pluma que pudiera haber sido una cresta—. Un pájaro real tal vez. No estoy seguro.

—¿Alguna idea de lo que significa?

—No —dijo alegremente, volviendo a colocar la piedra delante de ella y sonriendo como el gato que se ha comido al canario—. Pero apostaría a que tu estimado profesor McCarter será capaz de decírtelo, en cuanto llegue. Y cuando digo decírtelo, quiero decir que sólo te lo va a decir a ti.

Danielle le miró enfurruñada, no muy segura de haberle escuchado bien.

—¿De qué estás hablando? —él se explicó.

—Me temo que ha habido cambios: Gibbs me llama de regreso a Washington y, a pesar de todos mis esfuerzos, no he logrado hacerle cambiar de idea.

Gibbs era el director de Operaciones del NRI. El hombre que, para empezar, les había mandado allí. A Danielle nunca le había gustado Gibbs demasiado, pero hasta ahora al menos le había resultado tolerable.

—Dime que bromeas —le pidió.

Moore negó con la cabeza.

—Me temo que no. Yo me vuelvo y tú te quedas aquí. De ahora en adelante, este circo es todo tuyo —señaló a la piedra—. Y venga de donde venga eso, de ahora en adelante te tocará a ti encontrar la derruida ruina de la que sacaron esos cristales Blackjack Martin y sus amigos nativos.

Tomó aliento antes de añadir:

—Y al parecer, lo vas a tener que hacer sola.



## CAPÍTULO 2

Danielle miró a Arnold Moore, con los ojos desorbitados por el asombro. Aquel hombre había sido su mentor casi desde que había entrado en el NRI. También era uno de los pocos hombres de los que se fiaba en el peligroso y extraño mundo en el que operaba el Instituto. La idea de que, súbitamente, se le negase su asistencia en medio de una operación crítica la ponía furiosa.

—¿Por qué? —preguntó—. De todos los momentos posibles, ¿por qué ahora? Quiero decir ahora que finalmente estamos haciendo progresos...

—Nuestro director tiene sus razones —le replicó Moore imperturbable—. Como siempre.

—Ilumíname —le pidió ella, usando uno de los términos favoritos de Moore.

Moore inspiró profundamente y se quitó las gafas de leer.

—Tengo sesenta y tres años —le recordó—. Soy jodidamente demasiado viejo como para ir correteando por la jungla en busca de ciudades perdidas. Y debo añadir que ése es un trabajo más propio para los jóvenes y los incautos.

Alzó las cejas.

—Y tú pareces entrar en, al menos, una de esas categorías —siguió—. Además, Gibbs conoce perfectamente mi aversión por las serpientes, los mosquitos y las ranas venenosas. Espero que lo que esté tratando de hacer sea salvarme de todas esas cosas.

—Eso es pura caca de vaca, Arnold. McCarter tiene cincuenta y siete, Polaski anda por la cincuentena, y tú le has estado suplicando a Gibbs que nos mandase adonde están las serpientes y las ranas prácticamente desde el primer día que llegamos aquí —sus ojos le miraron más fijamente, como para impedirle ocultar algo—. Dime la verdadera razón.

Moore hizo como que sonreía.

—En primer lugar, Gibbs cree que ya estás preparada, y tiene razón... lo estás. Ya hace tiempo que lo estás, pero de un modo egoísta yo te he estado reteniendo. Y en segundo lugar, está preocupado. Cree que nos estamos acercando, pero teme que alguien esté aún más cerca. Y sobre todo teme que ese alguien ya pueda tener gente operando por aquí.

Ella ya estaba muy harta de soportar a Gibbs y su paranoia. La operación estaba siendo llevada a cabo tan sigilosamente que ni tenían un equipo, solamente contaban con un presupuesto miserable y debían usar canales no estándar para las comunicaciones.

—Imposible —afirmó—, la única gente que siquiera conoce la historia somos tú, él y yo.

—Sí —aceptó Moore en voz queda—, sólo nosotros tres.

Mientras digería lo que estaba sugiriendo, lo que Gibbs había dicho sin

pronunciar las palabras, su rostro volvió a traicionarla una vez más.

—Eso sí que no lo voy a soportar. Si cree que...

Moore la interrumpió:

—Naturalmente no lo dijo, pero seguro que se lo pregunta. Ya no confía en mí: discutimos demasiado. Además, cree que ahora tú eres la carta más alta: eres joven y ambiciosa, y llevar a buen término un proyecto como éste podría afianzar tu carrera. Yo, por otra parte, ya no soy tan joven y podría no estar tan inclinado a arriesgar mi cuello, y otras partes corporales, en lo que puede que tan sólo sea una misión estúpida y sin resultados. Incluso podría ver esto como una posibilidad de jubilarme con algo más que la pensión del gobierno. Y, desde luego, eso es algo que no puede permitirse pasar por alto.

—Todo eso es ridículo —aseguró ella.

—Las cosas no son tan malas —insistió Moore—. Él tiene una zanahoria con la que tentarte... una que a mí ya no me importa: un ascenso. Si sacas adelante esto te convertirás en toda una directora de Operaciones de Campo, con un grupo de agentes regionales trabajando a tus órdenes. Así que ahí lo tienes: ¡es una oportunidad de demostrar lo que vales!

—Eso es aún más caca de vaca —le contestó ella, con énfasis—. Ninguno de los otros directores de Operaciones de Campo ha tenido que hacer algo así para conseguir un ascenso.

El rostro de Moore se tornó serio, pero aún parecía amable.

—Eres más joven que ellos, y eres la única, a tu nivel, que no has venido directamente desde la CIA. Ésas son dos desventajas, y el hecho de que seas una persona cercana a mí es otra más. Con ese tipo de historial, siempre vas a tener que esforzarte más. Tendrás que ganarles a los otros sólo para poder estar a su nivel. Así que puedes elegir: o tomas este trabajo y lo llevas a buen fin, o puedes dimitir... volver a Estados Unidos y confirmarle a Gibbs aquello que, de todos modos, ya piensa de ti: que eres una buena segundona, pero que jamás serás una líder.

Ella apretó los dientes, pues esa sugerencia la ponía furiosa. Como mucho ese proyecto era un puro palo de ciego, algo en lo que, sin duda, Gibbs esperaba que ella fracasase. Pero no tenía intención de fracasar. Y, por muy irritada que en general se sintiese por el súbito cambio, no podía negar que sentía una cierta excitación ante la perspectiva de ser finalmente puesta al mando. Durante los pasados años, Moore y ella habían trabajado casi como compañeros iguales; pero, aunque no fuera culpa de él, lo cierto es que era Moore el que siempre recibía los parabienes por los éxitos de ambos. Y, si podía llevar esta misión a cabo, les haría ver que se equivocaban, probaría su valía, les demostraría de una vez por todas, a Gibbs y al resto de ellos, que era una fuerza con la que había que contar.

—Sabes jodidamente bien que no voy a dimitir —le dijo ella—. Pero te prometo

una cosa: cuando vuelva a Washington llevando esa cosa en la mano, voy a ir directa al despacho de Gibbs y se la voy a meter por el culo.

Moore sonrió.

—Compraré una entrada en primera fila para verlo.

Moore hacía bien el papel del buen soldado, pero ella podía notar su ira y frustración: estaba claro que no le hacía ninguna gracia que lo dejaran a un lado. Y sabía que, dentro de poco, lo obligarían a jubilarse. En ese momento ella sería su legado, y estaba decidida a no dejarlo en mal lugar.

Al otro lado de la mesa, el rostro del hombre se puso más serio.

—El caso es que las cosas se han puesto más peligrosas —le dijo—. Y no sólo porque ahora andarás por ahí sola. Para empezar, esta mañana hemos perdido nuestro transporte: el tipo con que habíamos hablado me dijo que tenía otro chárter. Le ofrecí superar lo que le estuvieran pagando, pero está claro que no quiere tener nada que ver con nosotros. Eso significa que, en una semana, nos hemos quedado sin porteadores y sin transporte.

—Y no es una coincidencia —añadió ella.

Al menos uno de los porteadores que habían contratado había sido atacado y le habían dado una buena paliza, mientras que el resto simplemente habían desaparecido.

Moore colocó sus gafas en una funda dura y la cerró con un chasquido.

—No, no lo es —se metió la funda en el bolsillo del pecho de su chaqueta—. De todos modos, no importa mucho: Gibbs iba a reemplazarlos muy pronto. Ha mandado venir a un equipo que él ha elegido, y no son locales.

—¿A quién? —preguntó ella.

—Gente peligrosa —le contestó él—. Todos ellos: son de seguridad privada y los comanda un tipo llamado Verhoven, un sudafricano que, por lo que he oído, tiene una buena reputación. Ha ido y vuelto a lugares horribles: Ruanda, Somalia, Angola... Llegará pasado mañana con todo su equipo. Y además hay un piloto con el que Gibbs quiere que hables: un estadounidense llamado Hawker. Es conocido aquí en Manaos, pero se pasa buena parte del año fumigando campos desde el aire, para los dueños de una plantación de café que está a unas horas en coche desde aquí.

—¿Y qué está haciendo aquí?

—Era de la CIA —le contestó—. Al parecer lo echaron.

Ella era siempre suspicaz, pero esta vez por una buena razón:

—¿Y por qué lo usamos nosotros?

Moore sonrió como un chacal, pero no le contestó. No era preciso.

—¿Tan bajo hemos caído?

—Gibbs ya no se fía de nadie. Quiere gente sin conexiones con el Instituto. Cree que eso los hace estar limpios, y tiene razón... al menos al principio. Eso no significa

que alguien no se la pueda jugar más tarde, pero al menos le da algo de tranquilidad.

Mientras Moore tomaba un sorbo de agua, Danielle se dio cuenta de que había vuelto al papel de mentor. Supuso que aquellos iban a ser los últimos consejos que recibiese por un tiempo.

—¿Cuál es su tapadera? —preguntó.

—No tienen tapadera: Hawker ya está aquí, y Verhoven y su grupo vienen pasando por encima de la verja, no a través de ella.

—¿Y qué autorización de información tienen?

Moore agitó la cabeza.

—Nadie está autorizado a conocer lo que tú sabes —le dijo—. Pueden saber lo de las piedras, las ruinas, la ciudad que andas buscando. Todo lo que sea obvio. Pero fuera de eso han de seguir a oscuras, pase lo que pase. No tengo que recordarte lo importante que esto puede llegar a ser.

—Lo importante que Gibbs cree que esto puede llegar a ser —le corrigió ella—. Si es que tiene razón...

—La tiene —le dijo sin tapujos Moore—. De un modo u otro, tiene razón respecto a esto. La pasada semana llegaron los resultados de las pruebas, confirman la presencia de gas tritio retenido en la trama del cuarzo. Esos cristales estuvieron implicados de alguna manera en una reacción de bajo nivel. Fusión fría, indudablemente. ¿Quieres cambiar el mundo? Pues tenemos que averiguar cómo funciona eso y por qué. Y, para lograrlo, primero tienes que encontrar la fuente de esos cristales. —Se dio la vuelta y miró río arriba—. Ha de estar por allá, en alguna parte. Probablemente con los espíritus, el muro y los Indele.

—¿Y si me meto en problemas?

—No tienes que ponerte en contacto con las autoridades brasileñas —le dijo—. En caso de abducción, coerción u otras circunstancias pensadas para forzar tu mano, se considera preferible la pérdida del equipo entero a que se sepa lo que está pasando.

Añadió su propia aclaración:

—Si pasa algo y no hay otra elección, entonces te largas corriendo como si el diablo te persiguiese y los dejas atrás.

—Algunos de ellos son civiles —dijo ella fríamente, recordando otra discusión que habían tenido con el director Gibbs.

—Lo sé, pero la orden sigue en pie.

Escuchó la directriz, una directriz que sabía que iba a llegar desde el momento en que Gibbs empezó a cargarles a la fuerza con civiles; civiles que necesitaban para hallar la fuente de aquellos cristales y a los que, sin embargo, no les podía revelar las verdaderas razones de aquella expedición... y que, además, eran prescindibles si las circunstancias la forzaban a ello. La hacía sentirse mal oír aquellas palabras, pero si las cosas seguían por ese camino, iba a tener que obedecer las órdenes.

Miró en silencio la piedra gris que estaba en medio de la mesa y luego alzó la vista hacia Moore.

—¿Sabes lo que significa la palabra Indele?

Moore negó con la cabeza.

—Es una palabra *nuree*, significa las «sombras de la noche»: cosas oscuras que aparecen al atardecer, que son más oscuras que el cielo de medianoche. Los Indele evitan el fuego y el brillo de la luz del sol. Viven en las tinieblas al borde del poblado, causando enfermedades y sufrimientos, por sus propios, egoístas y ocultos propósitos —le miró—. ¿Te suena familiar?

Su rostro se tornó hosco, comprendía lo que ella insinuaba.

—Indele —dijo, sólo para estar seguro.

Ella asintió con la cabeza:

—Indele.

# CAPÍTULO 3

La masa oxidada del hangar para aviones se alzaba en un extremo del poco usado aeropuerto, justo en las afueras de Marejo, una pequeña ciudad de montaña. En sus bordes los matorrales crecían hasta la altura de la cintura de un hombre y las palomas anidaban en el techo, haciendo que pareciera abandonado, pero al igual que la erosionada pista de cemento, el hangar aún tenía unos pocos y esporádicos usuarios.

Tres aviones descansaban en el interior del hangar: un viejo bimotor, un aparato agrícola para rociar cosechas de aspecto raro y un helicóptero de color caqui, un Bell UH-1, el habitualmente llamado Huey; un aparato que en ese momento concentraba tanto la admiración como el desprecio del hombre moreno y cuarentón que era su dueño.

Tres horas de trabajo en el agobiante calor del hangar le habían dejado muy preocupado respecto a la capacidad de volar del Huey, y a medida que sus ojos pasaban de una sección del aparato a otra se preguntaba a cuántas piezas les podría hacer apaños para así poder seguir volando. Tristemente divertido por ese pensamiento, supuso que lo iba a averiguar muy pronto.

Mientras estudiaba el helicóptero, la amplia boca del abierto hangar atrapó el sonido de un vehículo que se acercaba, la tonalidad de un motor bien ajustado y caro, algo completamente fuera de lugar en un sitio como Marejo.

Contento de tener cualquier excusa que le permitiese moverse hacia el aire fresco, caminó hacia la entrada, limpiándose la grasa de las manos con un trapo medio hecho jirones. Un Land Rover cubierto de polvo se acercaba por el otro lado de la pista, moviéndose lentamente por el camino de acceso. Supuso que esto sería la continuación de una llamada que le habían hecho la noche anterior, una oferta que había rechazado sin dudarlo. Así que ahora acudían para hablarlo en persona. Debían de querer algo con muchas ganas...

El todo terreno negro giró hacia el hangar y aparcó al borde de la pista. Se abrió la puerta y, para su sorpresa, salió una mujer, una mujer impresionante: alta y en forma, con un brillante cabello castaño y una cara de modelo debajo de sus gafas de sol de carey. Cerró la puerta con un buen empujón y caminó hacia el hangar con decisión.

Mientras se aproximaba, él consideró su propio aspecto desastrado: cubierto de grasa y sudor y con barba de tres días.

—Maravilloso —murmuró, dirigiéndose de vuelta al hangar, en donde al menos podría echarse un poco de agua en la cara.

Con su rostro en la pica, escuchó las suelas de las botas de la mujer resonando en el suelo de cemento.

—*Com licença* —dijo la mujer en portugués—. Perdóneme: estoy buscando a un

piloto llamado Hawker. Me han dicho que lo podría encontrar aquí.

Cerró el agua, se secó la cara con una toalla y se miró brevemente en un sucio espejo; una mejora sólo parcial. Se volvió.

—Habla portugués —dijo.

—Y usted habla inglés —le contestó ella—. Inglés americano... así que debe de ser Hawker.

Le tendió la mano.

—Me llamo Danielle Laidlaw, trabajo para el NRI, el Instituto Nacional de Investigaciones de Estados Unidos.

Él asintió con la cabeza y le estrechó la mano cautamente.

—¿El NRI?

—Somos un grupo de estudios, financiado por el gobierno. De hecho, es una entidad no lucrativa, que se ocupa principalmente de la investigación y la educación.

Había oído rumores sobre el NRI en el pasado y, por poco fiables que hubieran sido sus informadores, estaba claro que el Instituto era algo más que un grupo de estudios no lucrativo.

—Son ustedes muy persistentes, eso hay que reconocerlo.

—Debería de sentirse halagado —le comentó ella sonriendo.

—Halagado no es la palabra exacta —le contestó, aunque no pudo evitar devolverle la sonrisa—. Le dije que no a su amigo por teléfono. Aparentemente, él no se lo ha dicho a usted.

Ella se quitó las gafas.

—Me lo ha dicho. Pero, por lo que he oído, no tuvo la oportunidad de hacerle una oferta.

—Hubo una razón para eso.

No iba a sacársela de encima con tanta facilidad.

—Escuche: no estoy precisamente lo que se dice encantada por haber tenido que venir aquí. Cuatro horas por una carretera polvorienta no es mi idea de cómo pasar una buena tarde, pero he hecho ese largo camino para venir a verle... así que lo menos que podría hacer es escucharme, ¿qué daño le va a hacer eso?

La miró. Era una mujer hermosa, que trabajaba para una cuestionable rama del gobierno de Estados Unidos y que estaba a punto de ofrecerle un contrato que, indudablemente, iba a implicar algún tipo de actividad ilegal, clandestina o de algún otro modo peligrosa. Y quería saber cuánto le iba a costar aquello. Pero, de todos modos, no deseaba mandarla a paseo.

—¿Tiene sed? —le dijo—. Porque yo sí.

Ella asintió con la cabeza y Hawker la llevó a un lado del hangar, en donde se hallaba una vieja nevera, junto a una mesa sobre la que había una cafetera. Sacó algo de hielo del congelador, lo puso en un vaso y vertió café por encima.

—¿Esto o agua?

Ella miró suspicazmente el vaso rayado y el negro líquido de dentro.

—Tomaré café.

—Es usted valiente —comentó él colocando el vaso de café ante ella y sirviéndose un vaso de agua. Se sentó y dijo—: Ha hecho un largo camino, desde Manaos supongo, dado que es allí adónde su amigo quería que yo fuera. Y, aparentemente, ha venido para ofrecerme un trabajo. Pues oigámosla, hábleme de ese trabajo.

Ella sorbió el café y su expresión no cambió. Se sintió impresionado, pues era absurdamente amargo.

—El NRI está patrocinando una expedición a una zona remota del oeste del Amazonas —le explicó—. El destino final aún no ha sido determinado, pero estamos bastante seguros de que sólo será accesible por el río o por el aire. Estamos buscando a un piloto y un helicóptero para un máximo de veinte semanas, con una opción adicional para la siguiente temporada. Se le pagaría por volar, por sus conocimientos del terreno y cualesquiera otras tareas que decidiésemos de mutuo acuerdo.

El piloto enarcó las cejas.

—De mutuo acuerdo —dijo—. Me gusta cómo suena eso.

—Pensé que sería así.

—¿Cuál es la carga?

—Los suministros habituales de campo —le contestó ella—. Para la gente de nuestra División de Investigaciones y algunos expertos universitarios que vendrán de Estados Unidos.

Tuvo que contenerse para no echarse a reír.

—No suena tan mal. ¿Qué es lo que no me está explicando?

—Nada de importancia.

—Entonces, ¿qué está haciendo usted aquí?

Una pausa perfecta, practicada.

—No le sigo...

Estaba seguro de que le seguía perfectamente.

—¿Qué está usted haciendo aquí arriba, cuando podría haber contratado perfectamente a alguien en Manaos? ¿Por qué este largo viaje para venir a verme? ¿Por qué esa llamada a medianoche del hombre sin nombre?

La respuesta fue deliberada, con una gravedad en la voz de ella que él hacía referencia a su pasado:

—Estamos interesados en mantener un perfil muy bajo. Un punto de vista con el que no parecen estar siempre de acuerdo los contratados locales. Estamos buscando a alguien que no haga preguntas, y que no las conteste si se las hacen a él —se encogió de hombros—. Y en cuanto a la llamada de teléfono... bueno, teníamos que



asegurarnos de que usted fuera realmente usted.

La llamada había incluido un montón de preguntas, preguntas que había decidido no contestar. Pensaba que con aquello habría bastado. Las llamadas como ésa, así como investigaciones por otros medios, habían sido algo habitual durante los últimos diez años, especialmente durante su exilio en África tras su separación de la CIA. Le llegaban de elementos rebeldes, gobiernos extranjeros, grandes empresas e intermediarios de los mismos intereses occidentales por los que se suponía que había sido excomulgado. Cuando un hombre es puesto en lista negra como si fuera una amenaza por su propio país, se presupone que está abierto a todo, y por ello las propuestas le llegaban de todos los bandos.

Dependiendo de quién preguntaba, las preguntas tomaban diferentes formas. Los dictadores, generales y señores de la guerra eran agradables, aunque preocupantemente directos. Los agentes de los diversos gobiernos occidentales eran mucho menos claros, con sus palabras siempre escondidas en lo hipotético. Si desapareciese este individuo, entonces puede que se acabasen las matanzas en esta zona... Si este hombre cayese en nuestras manos... Si este grupo recibiese estas armas... entonces, unos fondos podrían ser ingresados en esta cuenta numerada. Durante años había escuchado esas propuestas, rebuscando y eligiendo de entre una letanía de ofertas, yendo arriba y abajo por la costa oeste de África y algunas partes de Asia. Se decía a sí mismo que había rechazado todas las ofertas que eran claramente malvadas; pero en lugares que hedían a locura, a veces era difícil encontrar la diferencia. Las armas llamaban a las armas: un señor de la guerra muerto era reemplazado por dos, y además con una deuda de sangre entre ellos; un campo petrolífero que le daba dinero a un dictador loco también les daba trabajo y de comer a la gente que lo explotaba y a la que vivía alrededor... ¿era moral o inmoral el volarlo? Al final ya no podía tomar más decisiones, así que había abandonado África, dejado atrás su profesión, y había llegado a Brasil dispuesto a desaparecer para siempre. Y por un tiempo pareció que lo había logrado, pero finalmente le había llegado aquella llamada. Aparentemente, a cierta gente no se le permitía desaparecer.

Hawker miró a la mujer que tenía enfrente, dándose cuenta de que, al menos, no había presentado su propuesta de un modo hipotético.

—Tienen ustedes problemas de seguridad.

—Amenazas anónimas y un registro en nuestro hotel: se llevaron algunas cosas, otras las destruyeron. Cosas de poco valor, pero el mensaje estaba claro... alguien no quiere que vayamos allí.

—¿Algún candidato?

—Muchos. Desde los ecologistas radicales, que piensan que vamos a destruir la selva pluvial, hasta las empresas mineras y madereras que creen que vamos a tratar de impedirles a ellos que la destruyan. Pero tenemos motivos para suponer que la cosa es

más complicada que eso.

Comprendía lo que le estaba diciendo: había más en juego de lo que podía o iba a decirle, pero necesitaba que lo supiese, de un modo general. Eso le hizo preguntarse cuánto sabía realmente ella: parecía demasiado joven para estar en esa posición, y para estar haciéndole una oferta como aquella. No, decidió, joven no era la palabra... más bien ansiosa o llena de celo. Quizá ése fuera el aspecto que tenía la gente cuando aún creía en lo que hacía. No lo podía recordar...

—Sin preguntas —supuso.

—No hay muchas que yo pueda responder.

Probó otro enfoque, uno que ella sería capaz de confirmar, al menos hasta cierto punto.

—¿Y qué es lo que sabe de mí?

—Lo bastante —le contestó ella.

—¿Lo bastante?

—Lo bastante como para preguntarme qué está haciendo en el culo del mundo alguien con su reputación.

—Murió gente que confiaba en mí —dijo él, pensando que si ella no sabía eso, no sabía lo bastante—. ¿Aún quiere contratarme?

No parecía alterada:

—Lo quiere la gente para la que trabajo. El suyo era el único nombre de la lista, al parecer elegido a dedo.

Él hizo una pausa.

—¿Por quién?

Ella dio otro sorbito al café, sosteniendo el vaso cuidadosamente y examinando los desconchones del borde mientras lo dejaba en la mesa. Por un instante pensó que no le iba a contestar, pero luego sus ojos lo atravesaron de nuevo. Aparentemente, ya le había hecho aguardar lo suficiente:

—Stuart Gibbs —le informó—. El director de Operaciones del NRI.

El nombre resonó dentro de su cabeza. Hawker no lo conocía, pero había oído hablar de él. Gibbs estaba en un puesto bastante alto de La Agencia cuando él la había abandonado: era una estrella en ascenso, con fama de ser arrogante y despiadado. Y ahora dirigía el NRI, o al menos una parte del mismo. Una bonita empresa no lucrativa.

Mientras consideraba la oferta, un instinto que surgía de muy dentro de su cuerpo le gritaba que lo rechazase, que le dijese a aquella entregada y joven mujer que el director Gibbs podía irse al infierno y llevarse su oferta con él. Después de todo, el único derecho que continuaban teniendo los exiliados era el privilegio de seguirlo siendo. Pero otra idea había empezado a formarse en su mente: la posibilidad de que se le abriese una puerta, una que había pensado que ya siempre estaría cerrada. Y eso

empezaba con el director Gibbs, y su interés personal en aquella operación.

—¿Cuánto tiempo lleva con ellos? —le preguntó.

—Siete años.

—Casi desde el principio —comentó él, mostrándole que sabía algo acerca de la organización—. ¿Y Gibbs?

—Desde el primer día —le contestó ella, nada divertida por el interrogatorio—. Como probablemente ya había usted supuesto.

Hawker había supuesto exactamente aquello, y eso reforzaba aún más su intención de decir que no, pero ella no le dio posibilidad de hacerlo.

—Mire —dijo poniéndose en pie—, puedo ver que esto no nos lleva a ninguna parte. No he venido aquí a jugar a nada. Solamente queríamos a un piloto estadounidense para lo que esencialmente es una expedición estadounidense. Obviamente, usted prefiere seguir aquí. Y, ¿por qué no...?

Miró alrededor.

—Lo que quiero decir es... ¿quién iba a querer dejar todo esto? Mi problema es el tiempo... no tengo mucho —le entregó una tarjeta—. Aquí tiene mi número, llámeme antes de mañana al mediodía si cambia de parecer. Si espera más, ya me habré buscado a otro.

Hawker la contempló con una cierta jocosidad y luego miró a través del hangar al magullado y viejo Huey. Fueran cuales fuesen las otras consideraciones, aquel trabajo estaría bien pagado. Más de lo que pudiera ganar en un año o dos en un lugar como Marejo. Por no mencionar la media docena de cosas del Huey que podría arreglar o reemplazar y cargárselas al NRI, cosas que no era posible que pudiese solucionar de ningún otro modo. Una simple elección, un simple compromiso: así era como siempre empezaban las cosas.

—Relájese —le dijo—, haré el trabajo. Pero tiene que entender que no acepto talones.

Ella se detuvo y lo miró a los ojos.

—Por alguna razón supusimos que no lo haría.

Los siguientes treinta minutos implicaron negociaciones sobre el calendario, el precio del chárter y los costes de operación. Formalidades, realmente, que pronto fueron dejadas a un lado. Cuando hubieron terminado, Hawker se puso en pie y la acompañó hasta el Land Rover que la esperaba.

—Espero estar en Manaos mañana por la noche —le dijo, sujetando la puerta, mientras ella subía al coche.

—Vale —le contestó ella con sus labios curvándose hacia arriba en una perfecta sonrisa—. Le veré entonces.

Hawker cerró la puerta, ella hizo girar la llave y el motor rugió recuperando la vida. Mientras se alejaba, la mente de él empezó a recordar la conversación y la

decisión que acababa de tomar. Indudablemente en aquel viaje habría algo más que arqueología, pero era difícil determinar qué. La presencia de civiles sugería que era poco probable que pasase algo demasiado fuera de lo normal, pero la atención personal del director del NRI sugería justo lo opuesto. La contradicción le preocupaba, y ésa era una sensación enfermizamente familiar.

Se le ocurrió otra idea mientras contemplaba al Land Rover tomar la ruta principal: una de ese tipo que destella dentro de la mente de uno y luego hacer ver que desaparece, sólo para quedarse acechando en algún oscuro rincón y susurrar sin pausa desde el subconsciente.

Podía comprender por qué el NRI no quería a ningún piloto local: era por una cuestión de seguridad, fuera cual fuese el tipo de operación que tuvieran en mente. Pero el NRI era una gran organización que operaba en el mundo entero. Debían tener pilotos, posiblemente los tenían a montones, y nada puede ser más discreto que usar a uno de casa para hacer el trabajo. Entonces, ¿por qué demonios hacían aquello? ¿Por qué pasar por el problema y el gasto de contratarle a él, cuando les hubiese sido más fácil y mucho más seguro emplear a uno de los suyos? El pensamiento le estuvo molestando mientras el Land Rover se perdía hacia el sol poniente.

Y decidió que era una pregunta que no podía tener una respuesta agradable.

## CAPÍTULO 4

El hombre de la chaqueta negra miró al fondo del callejón que se abría ante él: una calle de polvo, tierra y adoquines de forma irregular, unidos con lo que parecía ser barro seco. La mayor parte de Manaos era moderno, incluso próspero, de un modo que no se había visto desde los tiempos del *boom* del caucho en los años veinte, pero toda ciudad tiene sus barrios bajos y Manaos no era una excepción. La calle irregular y sin nombre se hallaba en uno de ellos y, cuando empezó a caminar por ella, el hombre de la chaqueta negra pudo notar los ojos de sus habitantes clavados en él.

Su nombre era Vogel, y tenía una reunión de negocios a la que acudir en aquel ambiente tan poco alentador. Siguió hacia la parte de atrás de la calle, caminando entre edificios despintados que iban cediendo por la edad. A mitad del camino, allí donde la calle se inclinaba levemente hacia la derecha, dos gallinas picoteaban algo en una esquina y un perro flaco y holgazán jadeaba en silencio a la sombra. Justo más allá, un hombre que llevaba un estrecho sombrero de ala ancha estaba sentado sobre un bidón de veinte litros volcado, fumando un cigarrillo al sol de la tarde. Pareció darse cuenta de que Vogel se aproximaba, pero hizo poco más que mirar.

—¿Eres Rubio? —le preguntó Vogel, caminando hasta el hombre y sin lograr disimular su acento alemán.

El hombre alzó la cara, revelando un hueco entre sus dientes.

—Depende —le contestó—, de si tú eres Eichman o Hess.

Vogel ignoró la broma: no era el primero en tomarle el pelo por su acento en un lugar conocido por albergar a fugitivos nazis.

—Sabes quién soy —le dijo—, así que dime lo que pasó.

Rubio se puso en pie, lanzó el cigarrillo a los adoquines y echó hacia atrás su sombrero, para mostrar sus ojos y su frente.

—Hice lo que querías —contestó—. Ese Capitán ya no va a aceptarles un chárter. No importa lo mucho que le ofrezcan.

—Bien. ¿Qué más?

Rubio se encogió de hombros.

—No mucho más: se reunieron con otro vendedor. Le compraron más basura... ese par son como turistas comprando *souvenirs*. Y ayer la chica fue en coche a las montañas... ella sola.

Eso Vogel ya lo sabía. De hecho, no había mucho que los agentes del NRI hicieran que él no supiera por anticipado.

—El hombre va a volver a Estados Unidos —explicó—. Y no deseamos eso. Queremos que cojas a la chica, para que así él tenga que quedarse.

Rubio lo miró como si hubiera dicho alguna locura.

—Podíamos haberlo hecho ayer. ¿Por qué infiernos no nos lo dijiste? ¡Habría sido

fácil!

Vogel lo entendía: habría sido una ocasión perfecta para capturarla, pero la gente para la que trabajaba continuaba dudando, prefería esperar y, si era posible, contener al NRI, por razones que no le revelaban. Lo explicó con una lógica clara, de ordenador:

—Ayer no queríamos eso, hoy lo queremos. ¿Crees que podrás hacerlo?

Cuando acabó buscó en el interior de su chaqueta, cogió un sobre lleno de billetes y se lo lanzó a Rubio, quien lo atrapó en el aire.

Al abrirlo y calcular lo que contenía, Rubio pareció decepcionado.

—¿Por raptar a alguien? ¿Por matar a los otros? Tendrás que darme más que esto; ahora ella está en el hotel, y tienen buena seguridad.

—Va a ir a contratar otro chárter —le dijo Vogel—, sabemos con quién está. Tendrá que inspeccionar el barco como la otra vez, puedes hacerlo entonces. Debería de ser fácil y eso debería cubrir los costes.

Rubio se recostó en la pared y negó con la cabeza.

—No, no creo que los cubra —golpeó con los nudillos la ventana y dos hombres, ambos más grandes que Vogel y Rubio, aparecieron en la puerta.

Uno llevaba una escopeta sobre su hombro, el otro un machete en la mano y mostraba una pistola metida en el cinto. Los ojos de Vogel volvieron a Rubio, quien había sacado una pistola negra de 9 milímetros de su propia cintura y tirado de la corredera una vez, para cargarla. La mantenía apuntada hacia el suelo, pero la intención era obvia.

Con una sonrisa satisfecha Rubio puso el pie sobre el bidón tumbado, se inclinó hacia adelante y le sonrió a Vogel.

—Creo que es hora de renegociar, ¿no?

La mirada de Vogel fue de un hombre al otro y finalmente volvió a Rubio. Finalmente mostró una sonrisa que pareció rajar su rostro de piedra.

—No, no lo creo.

En ese mismo instante el bidón fue arrancado de debajo del pie de Rubio por un disparo de rifle. El hombre cayó hacia delante, recuperó el equilibrio y alzó la vista presa del pánico. Unos brillantes puntos rojos danzaban a su alrededor, centrándose en su pecho y en el torso de los otros dos hombres. Uno de ellos se abalanzó hacia el interior del edificio, pero el otro se quedó helado. Rubio hizo lo mismo, esforzándose por mirar más allá de Vogel, buscando la fuente de aquellas miras láser, temiendo moverse y animar a que le disparasen.

Ahora era Vogel quien mostraba una sonrisa satisfecha. Se alzaba tieso y muy orgulloso.

—Entonces —dijo—, estamos de acuerdo...

## CAPÍTULO 5

Para el profesor Michael McCarter la jornada se había iniciado muchas horas antes en la fría oscuridad de una mañana de invierno en Nueva York. Desde allí había cruzado dos continentes y un océano, viajando en todo tipo de aparatos: desde una Super Shuttle azul con un calentador disfuncional, hasta un asiento de primera en un reluciente Boeing nuevito. Había cambiado de avión tres veces, consumido varias raciones de lo que las aerolíneas llaman eufemísticamente comida y viajado más de catorce mil kilómetros. Ahora, a tan sólo algunos minutos de su destino, había empezado finalmente a preguntarse si todo aquello no sería un terrible error.

McCarter estaba sentado en la parte trasera del helicóptero de Hawker, en una estrecha banda de lona color crema que pasaba por ser un asiento. Por encima de su cabeza el motor gemía en un movimiento furioso, mientras los rotores golpeaban el aire con un sonido que estremecía su cuerpo, como el retumbar de un par de enormes altavoces de bajos. El aire tropical entraba en torrente por la puerta de carga que estaba abierta a su lado; tras ésta, oscuras formas verdes, que suponía serían árboles, pasaban en súbitos y violentos borrones. Dentro de la cabina todo se estremecía, saltaba y vibraba, sin duda contribuyendo a agrandar las finas grietas que había cerca de muchas de las juntas y los remaches.

—¿Qué infiernos estoy haciendo aquí? —se preguntó en voz baja.

Durante quince años, Michael McCarter había sido catedrático de arqueología en una prestigiosa universidad de la ciudad de Nueva York. Un hombre de color y en los años finales de la cincuentena, McCarter era alto y distinguido, con un toque de gris en sus sienes y gafas de montura metálica en su rostro. Hablaba con una voz profunda y resonante, que se prestaba perfectamente a dar importantes conferencias en salas de altos techos, y durante muchos años había sido un respetado orador en los circuitos universitarios. El interés del NRI por él era mucho más reciente, de los últimos meses como mucho. Muy educadamente, había rechazado en dos ocasiones sus propuestas, y luego ignorado todas las cartas, e-mails y telegramas que habían seguido. Pero, en lo que sólo podía describir como un momento de debilidad, había contestado a una llamada telefónica de Danielle Laidlaw, y ella había logrado convencerle, a pesar de todas sus prevenciones en sentido contrario, de que ésta era una oportunidad que no podía permitirse dejar pasar. Viendo ahora, a través de la puerta de carga abierta, objetos que estaban demasiado cerca y se movían demasiado deprisa, estaba seguro de que había tomado una decisión equivocada.

Se volvió hacia la carlinga, y apretó el botón de hablar en su intercomunicador.

—¿No deberíamos volar un poco más alto? —preguntó.

El piloto se giró y estudió a McCarter desde detrás de sus gafas oscuras. Su respuesta fue muy preocupante:

—Lo siento, profe. Estas cosas caen como una roca si el motor falla. Así que, si le da lo mismo, prefiero estar lo más cerca posible del suelo.

Naturalmente era mentira: los helicópteros tienen su propio modo de planear llamado «auto rotación», y algo de altitud adicional siempre ayudaba. Pero si hay algo que a los pilotos les guste más que mentirse los unos a los otros es mentir a los que no vuelan. McCarter miró a su alrededor.

—¿Y qué pasa si no me da lo mismo?

Esta vez Hawker se limitó a reír. Y el helicóptero siguió rozando los árboles.

McCarter se echó hacia atrás en su asiento y empezó a mirar la cabina, examinando el interior y estableciendo contacto visual con las otras personas que estaban allí dentro, todas ellas con los ojos vueltos hacia cualquier parte menos hacia la puerta abierta. Le acompañaban otros tres pasajeros: dos miembros del NRI, Mark Polaski y William Devers, y una estudiante graduada llamada Susan Briggs, que había aceptado llevar con él ante la insistencia del decano de la universidad.

De veintiséis años de edad y a punto de completar su doctorado en Estudios Arqueológicos, Susan era sin duda una estudiante brillante. También era bastante introvertida, un hecho que el psicólogo aficionado que McCarter llevaba dentro atribuía a una infancia con unos padres ricos pero ausentes... aunque no estaba totalmente seguro. Lo que sí sabía era que el decano era muy amigo de esos padres ricos y ausentes, y que si la joven no regresaba en las mismas condiciones en las que había partido, las cosas se iban a poner muy feas para él.

Para empeorar las cosas la chica sufría de asma y otra enfermedad, cuyo nombre se le escapaba en ese momento, y se había pasado tosiendo y estornudando buena parte del viaje. Y, sin embargo, no dejaba de estar animada y positiva, usando una retahíla interminable de superlativos y otras palabras que parecían significar muy diferentes cosas para ella y el resto de la gente joven de lo que representaban para él.

No podía decidir si su presencia era positiva o negativa, pero, sentada la más cercana a la puerta abierta y contemplando el terreno que pasaba volando, tenía el rostro iluminado. Por lo menos alguien estaba disfrutando del vuelo.

A su derecha estaba sentado Mark Polaski, que tendría unos cincuenta años, que ya desde primera hora de la mañana tenía la cara como mal afeitada y que estaba perdiendo la batalla contra la calvicie. Polaski había hablado muy poco, pero tenía un talante plácido, y parecía ser un tipo razonable. Lo bastante razonable como para que McCarter le repitiese su anterior pregunta, dándole unos golpecitos en el hombro:

—¿No cree que deberíamos de volar un poco más alto?

Polaski asintió con la cabeza.

—O ir por tierra, en un autobús, como la gente normal —contestó.

McCarter se echó a reír. A su otro lado, el tercer hombre hizo lo mismo.

El título oficial de William Devers en el NRI era de experto en facilitar



comunicaciones. Era lingüista, y haría de intérprete en el viaje. Aunque acababa de cumplir los treinta y cinco, Devers era un joven de grandes logros, lleno de orgullo, pis y vinagre, como acostumbraba a decir el padre de McCarter. Afirmaba ser un experto en los lenguajes nativos de Centro y Sudamérica. Y, tal como había informado a todo el mundo, también hablaba ruso, francés, alemán, español y latín, y era autor de un par de libros sobre lo que él llamaba la mutación del lenguaje. Aunque McCarter había evitado cuidadosamente preguntarle qué era eso.

Devers se inclinó, acercándose, y gritó para hacerse oír por encima del ruido:

—Esto es el NRI, chicos. Nosotros no hacemos las cosas como la gente normal. Tenemos que montar numeritos, sobre todo cuando estamos en el extranjero — examinó lo que le rodeaba—. Claro que, para ser honesto con vosotros, chicos, he de decir que este helicóptero es chatarra comparado con el último en que volé: era un Sikorski o algo así, nuevo de trinca. Aquel trasto tenía asientos de cuero, aire acondicionado y un bar perfectamente equipado.

Sus cejas subieron y bajaron y miró directamente a McCarter:

—NRI significa No Regresarás Intacto —se volvió hacia Polaski—. Tú deberías de saberlo.

Polaski negó con la cabeza:

—Ésta es la primera vez que me asignan un trabajo de campo.

El rostro de Devers se arrugó con la sospecha:

—Pensaba que llevabas cinco años con nosotros...

—Los llevo —le respondió Polaski—, pero trabajo en el STI, y nosotros no salimos mucho.

La expresión preocupada de Devers se hizo más acusada, y McCarter preguntó lo obvio:

—¿Qué es el STI?

—Prueba de sistemas e implementación —le respondió Devers, ganándole por la mano a Polaski, y luego mirándole con disgusto—. ¿Y qué demonios haces tú aquí?

—Estamos llevando a cabo las pruebas de campo de un nuevo protocolo de transmisión por satélite.

—Lo sabía —exclamó Devers—. ¡Eres un maldito pegote!

—¿Qué es eso de un pegote? —preguntó McCarter.

—Es un mal hábito que tenemos en el NRI: aprovechamos para probar un prototipo mientras nos dedicamos a una misión principal. Se supone que eso mantiene bajos los costes de investigación, pero lo que habitualmente hace es joder la operación principal.

—No es tan malo... —intervino Polaski.

—A mí no me lo cuentes —le cortó Devers—. Pasé el pasado verano en Siberia con el proyecto SEV.

Se volvió hacia McCarter y le explicó:

—Un Surface Effect Vehicle, es decir, un vehículo de efecto de superficie. Que es un tipo de *hovercraft* que se supone que reemplazará a los buenos camiones de toda la vida en los lugares con terreno malo o sin caminos. Como Siberia a mitad del verano, cuando la capa de hielo se funde.

—La capa de hielo de Siberia no se funde, es permanente —le corrigió McCarter.

—Bueno, pues algo se fundió —prosiguió Devers—. Y fuera lo que fuese esa jodida cosa que se fundió, se suponía que deberíamos haber pasado por encima con el SEV. Sólo que ese trasto de mierda no paraba de estropearse y de caer de morro al barro. En tres meses, acabamos nueve veces sentados en el techo esperando a que un camión de los tiempos de Kruschew viniera a rescatarnos. Os diré una cosa: causamos una gran impresión a los rusos. Nos llamaban los «ahí van», por aquello de ahí van éstos y luego iremos nosotros a buscarlos.

Polaski se rascó la calva.

—Sí, oí hablar de eso. Allí las cosas no fueron exactamente como estaban planeadas.

—Joder, no. ¿Cuál es el sistema de apoyo?

—Onda corta estándar.

Devers se tranquilizó un poco.

—Bueno, eso ya es mejor. Incluso yo puedo hacer funcionar una radio de las de siempre —se volvió hacia McCarter—. ¿Y qué hay de usted, profe?

McCarter asintió con la cabeza: sabía cómo hacer funcionar una radio.

Devers volvió a centrarse en Polaski:

—No te lo tomes a mal, pero ¿a quién cabreaste para que te metieran en este lío? Quiero decir que... ¿qué es eso de hacer una prueba de tipo beta en medio de la jungla?

—Me presenté voluntario —dijo orgullosamente el otro—. Sonaba a aventura. Mi única hija se acaba de ir a la universidad justo este otoño, y antes me hizo prometer que trataría de divertirme un poco más. Así que aquí estoy, dispuesto a pasármelo bien.

Devers se echó a reír:

—¿Divertirte? ¿Le llamas a esto pasártelo bien? —se volvió hacia McCarter—. ¿Qué es lo que piensa usted, profesor, se está divirtiendo?

El rostro de McCarter reflejaba gravedad. El helicóptero había iniciado un fuerte giro hacia la derecha, inclinándolo hacia la puerta de carga abierta. Se agarró a los raíles de su asiento con ambas manos, temiendo que su cinturón de seguridad cediese en cualquier momento y lo dejase caer hacia el portón.

—El vuelo es corto —logró decir—. Estoy seguro de que disfrutaremos más de las cosas una vez que entremos en la selva pluvial.

—Justo —dijo Devers—. Cuando nos suden las pelotas a cuarenta grados, y con esta humedad... ahí es donde empieza la diversión.

Devers se echó hacia atrás en su asiento, riéndose a carcajadas de su propio comentario.

McCarter se volvió hacia Polaski, que parecía mirarle esperando a que le reconfortase.

—No le escuche —le dijo—. Probablemente no haga más de treinta y siete grados ahí fuera... treinta y ocho o treinta y nueve como mucho.

Polaski sonrió: aunque Devers no lo estuviese, él estaba excitado por el viaje.

—¿Y qué me dice usted, profesor? ¿Va a haber un gran descubrimiento o algo así?

McCarter agitó la cabeza. En verdad, ni siquiera estaba seguro de qué era lo que estaban buscando. Los detalles a la llegada, le había prometido Danielle, pero lo cierto es que en aquel momento los detalles le habían parecido menos importantes que el salir de allí donde estaba. Una falsa sonrisa apareció en su rostro: un intento de ocultar la sensación de tristeza que crecía en su interior, una sensación de la que se había estado escondiendo.

—No me he ensuciado las manos en quince años —dijo—. Al menos no en una verdadera excavación. Y no quiero acabar de ese modo...

Polaski asintió con la cabeza, e incluso Devers pareció serio... por un momento.

—Eso lo puedo entender —dijo al cabo—, y si tantas ganas tiene, puede excavar también por mí.

McCarter se echó a reír, el helicóptero empezó a ir más lento, y los árboles dieron paso a un cuidado césped y a unos esculpidos jardines botánicos. Un tranquilo giro hacia la izquierda les mostró los edificios principales del hotel San Cristo, y un momento más tarde estaban tomando tierra en el helipuerto.

Mientras McCarter bajaba y empezaba a estirar las piernas, vio a una joven vestida con pantalones deportivos negros y una camisa caqui sin mangas, que caminaba hacia ellos desde el hotel. Tendió una mano.

—Bienvenidos a Brasil —dijo—. Soy Danielle Laidlaw.

## CAPÍTULO 6

Ese atardecer, el equipo entero cenaba en uno de los comedores privados del hotel. El ambiente era agradable, la comida exquisita y la camaradería genuina. Por lo que Danielle podía ver, todo el mundo parecía estar pasándose bien... excepto el profesor McCarter.

Cuando la velada tocaba a su fin, el profesor prescindió del postre, dio las buenas noches y se dirigió hacia su habitación... con una parada en el camino, en el bar principal del hotel.

Ella lo siguió, y lo encontró apoyado en la pulimentada caoba, pidiendo un gin-tonic.

Se colocó en la barra, junto a él:

—¿Por qué no me deja pagar eso? Los precios son escandalosos, y el dólar ya no es lo que era.

La miró con una sonrisa de borrego, que traicionaba un cierto azoramiento, como cuando a un niño lo cazan con la mano metida en el bote de las galletas.

—Me daría vergüenza pedírselo —le contestó—. Pero, ¿qué es lo que hace una buena chica como usted en un lugar como éste?

Casi bastó para que ella se echara a reír.

—¿Y quién dice que soy una buena chica?

—Un rumor malvado.

—Ya veo —dijo, pensando que si la conociese mejor...—. La verdad es que he venido a tomar el último trago de la noche, a veces es el único modo en que consigo dormirme. Y algo me dice que a usted le pasa lo mismo...

McCarter suspiró.

—Es que aún me estoy acostumbrando a estar solo —admitió.

Ella asintió con la cabeza. Durante los últimos cinco años, McCarter había sido un hombre con una gran crisis: su mujer había estado entrando y saliendo de hospitales, luchando con el cáncer, hasta finalmente perder. Podía notar el vacío que causaba una pérdida así, las preguntas que se hacía. Al enterarse de aquello, Moore le había sugerido que buscasen a otro para ocupar su lugar, pero Danielle sabía bastante de aquello por lo que McCarter estaba pasando y creía que, una vez se hubiera reconciliado con la vida podría implicarse en el proyecto con mucha más dedicación de lo que lo haría cualquier otro estudioso. Estaba segura de que sería beneficioso para él, y desde luego beneficioso para ellos. Y por eso, aunque inicialmente McCarter había rechazado sus ofertas, Danielle había convencido a Moore de que tenían que probar de nuevo. Esta vez lo había hecho ella misma, y allí estaba el científico.

—Sé lo de su mujer —le dijo finalmente—. Lo siento mucho.

Él pareció sorprendido y algo molesto.

—Comprobamos los historiales de todo el mundo —le explicó—. Tenemos que hacerlo. Y si le sirve de algo, le diré que sé cómo se siente...

Le lanzó aquella mirada, ésa que decía que había oído aquellas mismas palabras de tanta gente... y que la mayoría no tenía ni idea.

—¿Lo sabe?

—Mi padre murió cuando yo tenía veinte años —le explicó—: cáncer de pulmón, por fumar dos paquetes al día. Estuvo enfermo un año y medio antes de morir, y mi madre no sabía enfrentarse a aquella situación, así que dejé la universidad para volver a casa y ayudar.

El rostro de McCarter se ablandó.

—Lo siento —dijo—. No quería... ¿estaban muy unidos?

Ésa sí que era una pregunta, pensó ella. Una que se había hecho un millar de veces.

—Sí y no. Lo estábamos más cuando yo era pequeña. Creo que él quería tener chicos, pero se tuvo que conformar sólo conmigo. Así que, cuando tenía diez años, yo ya sabía cómo lanzar una espiral y batear una pelota rápida. En mi duodécimo cumpleaños los dos juntos cambiamos el aceite de nuestro coche. Pero cuando cumplí los quince, ya no pudo seguir haciendo ver que yo era un chico: ya usaba maquillaje y me teñía el cabello. Ya no hicimos muchas más cosas juntos después de eso. Al menos hasta que volví, para cuidar de él.

McCarter asintió con la cabeza.

—Bueno, estoy seguro de que eso lo apreció.

—La verdad es que me consideró una fracasada por dejar que su enfermedad me afectase de aquel modo: el perderme la beca, el saltarme un año de clases. Eso le hacía ponerse furioso, sobre todo porque estaba demasiado enfermo como para poder obligarme a volver a la universidad.

Mientras hablaba, sintió de nuevo como la punzada de aquel día volvía a atravesarla. Para su padre, fracasado era lo peor que se le podía decir a alguien. Y si el fallar ya era malo, el abandonar era una auténtica desgracia. Siempre había sido lo más hiriente que él decía.

—Probablemente sólo...

—Tenía un montón de ira mal dirigida —le explicó ella—. Pero tenía derecho a estar airado, aunque enfocase esa ira en la dirección equivocada. Y usted y yo tenemos derecho a estar tristes... y también a seguir adelante.

McCarter dio un trago a su bebida.

—¿Sabe? Un consejero me dijo que lo aceptase. Que aceptase el envejecer, que aceptase el morir... incluso que lo abrazase, eso me dijo. A mí aquello me parecieron un montón de memeces derrotistas. Así que dije: que se vayan todos al infierno, pero

aún así sigo teniendo esa sensación de no tener ya ningún objetivo. Usted es joven, tiene diferentes objetivos y motivaciones, pero cuando llegue a mi edad, se dará cuenta de que uno lo hace todo en la vida por la gente a la que ama. Por su esposa y sus hijos. Pero los hijos crecen y un día ya no te necesitan, y te dan palmaditas en la espalda cuando les ofreces ayuda o les das un consejo. Y tu compañera se ha ido y tú... —la miró más directamente—. Y tú puedes hacer cualquier cosa que desees. Cualquier cosa. Pero ya no parece que merezca la pena hacer nada. Y de repente tienes miedo a morir, tienes miedo a la muerte y te das una tremenda cuenta de tu propia mortalidad. Pero, en lugar de impulsarte a vivir, eso simplemente le quita toda la alegría a la vida y, realmente, de todos modos ya no vives...

Danielle asintió con la cabeza. Recordaba haber vuelto a la universidad y acabado dos carreras en un par de años y medio, sólo para probar que no era una fracasada, cargando hacia delante a piñón fijo, manteniéndose a sí misma tan ocupada que no pudiera pensar en su pérdida. Y luego, después de graduarse, había ido en una dirección totalmente opuesta, entrando en una profesión que no tenía nada que ver con todo aquello que había estudiado.

—Tiene que seguir buscando —le dijo—. Encontrará algo. Y, mientras tanto, puede ayudarme a mí.

McCarter rió y luego la miró, con un cierto asombro en la mirada, por lo que ella le había dicho.

—¿Cuántos años me ha dicho que tiene?

—Soy mayor de lo que aparento —le contestó ella—, y más joven de lo que me siento.

Riendo suavemente, McCarter estuvo de acuerdo:

—Creo que yo siento lo mismo.

Cuando el barman regresó con su bebida, alzó el vaso. Naturalmente que seguirían adelante.

—Por la expedición —brindó—. Por que sigamos adelante y hallemos la verdad.

Chocaron los vasos y Danielle pensó para sí misma que él jamás sabría la verdad, pero quizá encontrase lo que necesitaba.

—Y cualquier otra cosa que pueda haber por ahí —añadió.

McCarter dejó su vaso sobre la barra.

—Hablando de eso, ¿qué es, exactamente, lo que estamos buscando?

Ella no había dado aún detalles: no quería que hubiese ninguna filtración.

—No va a esperar hasta mañana, ¿verdad?

—No, si puedo evitarlo.

Ella hizo una mueca con los labios, pero luego cedió.

—Supongo que un pequeño adelanto no hará ningún daño. Como le he dicho ya, hemos descubierto evidencias que sugieren que puede haber existido en el Amazonas

una cultura organizada, que trabajaba la piedra y edificaba estructuras. Lo que dejé de mencionar es que creemos que fueron una rama de la raza maya.

—¿Los mayas en el Amazonas? —agitó la cabeza—. No creo...

Ella siguió con precaución:

—Eso parece creer uno de sus colegas, el doctor Stanley Morrison. Ha presentado una idea similar.

La frente de McCarter se arrugó.

—No me gusta nada tener que decirle esto —confesó—, pero la verdad es que Morrison es un farsante. Se dedica a lo que llamamos la pseudociencia, lanzando ideas locas a puñados, a veces con un grano de verdad enterrado en ellas. Sus teorías logran mucha publicidad y así vende libros, CD e inscripciones a sus seminarios y luego, antes de que empiece cualquier discusión de verdad, pasa a otro tema.

Por lo que sabía acerca de Morrison, ella tenía que estar de acuerdo con eso. De hecho el NRI había entrado en contacto primero con el doctor Morrison, pero este había declinado ayudarles.

—Tiene un poco de charlatán de feria, ¿eh?

—Bastante; me lo puedo imaginar cosiendo un mono a un pescado y llamando al resultado sirena, sí.

—Está bien —aceptó ella—. Si lo desea, pruebe que él está equivocado... pero ahí fuera hay algo. Eso se lo aseguro. Tenemos algunos artefactos que estoy impaciente por enseñarle, y algún folclore local que le parecerá interesante y acorde con lo que estamos buscando.

—¿Qué es...?

—Un sitio muy antiguo —le contestó—. Viejo incluso en comparación con los lugares clásicos de los mayas. Usted lo debe de conocer como la Ciudadela, o por el nombre de *Tulum Zuyua*.

Los ojos de McCarter se agrandaron. *Tulum Zuyua* era un nombre que aparecía en la mitología maya: era el mítico lugar de nacimiento del pueblo maya, una especie de Jardín del Edén de esa gente, una legendaria ciudad en un tiempo compartida por las diferentes tribus, antes de que recibieran dioses específicos y cada una siguiera su propio camino.

—Bueno —dijo casi anonadado—. Usted hace las cosas a lo grande. Ni siquiera Morrison espera hallar *Tulum Zuyua* por aquí abajo.

Ella tuvo que echarse a reír. Ciertamente su objetivo era algo grande. Y aquello sólo era parte de lo que buscaban...

—Morrison es un farsante —aseguró—. Y, además, yo tengo a McCarter.

—Espero que le sirva de algo...

—Estoy segura de que me servirá y mucho.

Aceptó el cumplido y le pidió más detalles:

—¿Qué pruebas tiene que sugieran que *Tulum Zuyua* existe realmente... y además aquí, tan al sur?

—Naturalmente empezamos con la teoría de Morrison, pero el resto me lo he guardado celosamente para mí sola: artefactos que les mostraré mañana en la sesión informativa. Los compartiría con usted esta misma noche, pero no quiero echar a perder la sorpresa.

McCarter frunció el entrecejo.

—Ya veo —dijo—. En ese caso elijo no seguir husmeando, aunque debo de reconocer que me gustaría.

—Todo un caballero —comentó ella—. Tal como me dijeron que es usted.

De nuevo parecía genuinamente excitado: misión cumplida. Dio el último sorbo a su vino y dejó la copa sobre la barra.

—Mañana les diré todo lo que sé —insistió—, y, desde ese momento, le tocará a usted guiarnos.

McCarter asintió con la cabeza y prometió no llegar tarde, y Danielle le dio las buenas noches antes de caminar hacia los ascensores. Mientras McCarter la veía marcharse, tuvo que admitir para sí que ella había logrado hacer salir al optimista que había dentro de él... una faceta de su personalidad que no estaba seguro de que ya siquiera existiese. Se volvió hacia la barra y puso la mano sobre la copa, inclinándola hacia él hasta que el hielo estuvo en el punto más bajo. Estaba seguro de que la teoría de Morrison no era otra cosa que un gigantesco engaño, pero... ¡qué demonios!, incluso probar eso podría ser muy divertido.

Tras dejar a McCarter, Danielle volvió a su habitación del hotel, en donde parpadeaba silenciosa en la oscuridad la luz del teléfono que indicaba que tenía un mensaje. La había llamado un hombre llamado Medina, que era un nombre más de la casi inagotable lista de contactos de Arnold Moore. Medina capitaneaba un pequeño buque fluvial y Moore había tenido la intención de reunirse con él y asegurar un chárter, antes de irse a Washington. Pero Medina se había retrasado y Moore se había tenido que marchar sin hablar con él.

Danielle marcó el número, y una voz le contestó a la primera señal.

—Hola, habla Medina.

—Señor Medina, soy Danielle Laidlaw. Trabajo con el señor Moore.

—Sí, hola —su inglés tenía mucho acento—. Me dijeron que me pusiera en contacto con usted. Entonces, ¿el señor Moore ha vuelto ya a Estados Unidos?

—Sí —le contestó ella—. Ahora yo seré su contacto.

—Claro, no hay problema —dijo el hombre—. El señor Moore quería inspeccionar el barco antes de que partiéramos. ¿Querrá usted verlo?

—Sí, naturalmente. ¿Cuándo sería un buen momento para verlo?



—Esta noche es un buen momento —le contestó.

Danielle casi se echó a reír: eran las once y media.

—Esta noche no es un buen momento —le replicó—. ¿Qué tal mañana, hacia el mediodía?

—No es buena hora —le explicó Medina—. Salimos de vuelta por el río muy temprano. Mejor hacerlo ahora.

Danielle no tenía ningún deseo de hacer una salida a los muelles del río a esas horas, y especialmente tras lo que había sido un día largo y agobiante. Pero antes de que pudiera contestarle, Medina le hizo otra sugerencia:

—O podemos hacerlo dentro de tres días, cuando regresemos de nuevo.

Eso no iba a funcionar: si el barco resultaba ser inadecuado, la partida aún se retrasaría más, mientras buscaba una alternativa.

—Tendrá que ser esta noche.

—Claro, bien. Estamos en la parte oeste del puerto, en la zona vieja, más allá del puerto Flutante. Por aquí no hay números, pero de lo que estamos más cerca es del *dezenove*, el muelle diecinueve. Si se encuentra conmigo allí, la llevaré hasta el barco.

—Puedo estar allí dentro de cuarenta y cinco minutos —le dijo—. ¿Es eso lo bastante pronto?

Medina estuvo en silencio un momento, y se oyeron sonidos apagados, como si hubiera cubierto el teléfono.

—Sí —dijo finalmente—, entonces estaremos descargando, así que la esperaré.

—Cuarenta y cinco minutos —repitió ella—, le veré entonces.

—Bueno —aceptó él—. *Ciao*.

Volvió el tono de línea.

—*Ciao* —musitó Danielle a la línea muerta, nada feliz con las opciones que tenía delante.

Salió al balcón y contempló la ciudad. Manaos era preciosa de noche, con las luces ocultando la pobreza y los riesgos, pero el peligro permanecía, acechando oculto entre las sombras. Y esa excursión al muelle podía exponerla a él. Pensó en volver a llamar a Medina y cancelarlo, pero si lo hacía Moore y Gibbs se enterarían pronto, y les daría más munición a sus detractores.

¡Al infierno con todo, iba a ir! Pero cómo demostrar lo que vales y portarte como una boba eran dos cosas distintas, pensó en llevar compañía. Verhoven o uno de sus hombres parecía la elección natural, pero estaban alojados en la parte norte de la ciudad, cerca del aeropuerto al que habían llegado. Demasiado lejos para encontrarse con ella a tiempo. Además, apenas si los acababa de conocer, y aún no le inspiraban ningún tipo de confianza. Otra cara le vino a la mente y sonrió para sí.

Agarró su teléfono móvil y marcó. Le contestó una voz estadounidense.

—Hawker, soy Danielle. ¿Cuánto tardarías en venir al hotel?

—Diez minutos —le contestó—. ¿Por qué? ¿Algo anda mal?

—Aún no —dijo ella, esperando que la situación no cambiase—, pero tengo que verme con alguien, y no me interesa ir sola.

—De acuerdo —aceptó él—. La veo en el vestíbulo.

Danielle colgó, dio una rápida mirada a las luces de la ciudad y luego se metió en su habitación. Se puso unos pantalones oscuros y un suéter negro y luego abrió la caja fuerte de su armario, sacando de debajo de unos papeles un revólver Smith & Wesson. Por costumbre, abrió el barrilete para comprobar que estuviera cargado, lo cerró de golpe y se lo guardó en una delgada pistolera ceñida a su tobillo derecho. Si había problemas, quien los crease iba a descubrir lo buena chica que era.

## CAPÍTULO 7

Hawker llegó al vestíbulo vestido de negro de pies a cabeza, justo igual que ella.

—Supuse que iba a ser una ocasión formal —bromeó.

Ella lo miró un instante y luego llamó al aparcacoches, tratando de no mostrar aprecio por lo apuesto que se le veía: desde luego, tenía mucho mejor aspecto que cuando lo había conocido en el asfixiante hangar de Marejo.

Un momento después se alejaban en coche y Danielle pensaba en la cita. «El amigo de un amigo, de alguien que me debe un favor». Así es como Moore había descrito a aquel Medina. El recuerdo la hizo sonreír: de todos sus viajes, no podía recordar un solo lugar en el que hubiesen estado en donde Moore no tuviese un amigo, o un amigo de alguien que le debiese un favor.

Se volvió hacia Hawker:

—¿Conoce los muelles?

—¿Es allí adónde nos dirigimos?

—Vamos a ver a un hombre por un barco... de hecho, el que queríamos contratar en chárter.

—¿Y espera usted problemas?

—Sólo soy cauta. El tipo está atracado en uno de los muelles más pequeños, en algún lugar de la parte vieja del puerto, pero nos vamos a encontrar con él en el muelle diecinueve y a seguirlo.

Hawker se quedó en silencio un momento.

—El diecinueve es uno de los muelles comerciales grandes al final de la parte oeste. Es un muelle de carga, bastante abierto, pero justo a partir de allí todo se apretuja. Callejones estrechos y esquinas ciegas. Un montón de pequeños edificios. Los marineros locales atracan allí, pescadores sobre todo, y algunos de los transbordadores. Si ese tipo es local, allí es donde estará.

Es lo que esperaba Danielle.

Les llevó veinte minutos el ir desde el hotel al puerto, y otros cinco hallar el muelle diecinueve. Pero aún así llegaron al lugar diez minutos antes de lo que había prometido Danielle. Aparcó junto a la pared de un gran tinglado que se hallaba al borde del agua.

A esa hora de la noche había poca actividad. A unos cuantos amarres de distancia, un petrolero con bandera liberiana estaba descargando un cargamento de crudo, mientras que fuera, en el canal, un carguero de casco azul estaba parado pero echando vapor, con sus cubiertas repletas de contenedores multicolores apilados, mientras su tripulación aguardaba pacientemente a que un práctico del río subiese a bordo.

Hawker contempló el muelle vacío.

—No se lo tome a mal, pero... ¿no podría haber visto a ese tipo en horas

normales de trabajo?

—Todo forma parte de eso de mantener un perfil bajo.

Pasaron unos minutos sin señales de Medina.

—¿Cuánto tiempo piensa esperar?

Ella miró el reloj digital que brillaba en el salpicadero.

—Le daré unos quince minutos, quizá veinte...

Hawker ajustó el espejo para ver detrás de él y luego echó su asiento un poco hacia atrás.

Parecía tranquilo, lo bastante relajado como para echar una cabezada. Ella jugueteó con un bolígrafo, haciendo clic varias veces. Algo no le olía bien...

—¿Está armado? —le preguntó a Hawker.

—No —le contestó en voz baja—, pero usted sí.

—Tiene buen ojo si se ha dado cuenta...

—Y usted necesita un arma más pequeña, o unos pantalones más anchos.

Ella sonrió en la oscuridad, medio irritada medio divertida.

—Este tipo no es un contacto mío. Lo es de mi antiguo compañero. Ya sabe cómo son estas cosas...

Hawker asintió con la cabeza, y el interior del Rover se quedó en silencio mientras los dos vigilaban los alrededores, para hallar signos de su contacto o de problemas. Varios minutos más tarde apareció la luz de unos faros en la distancia, moviéndose hacia ellos a lo largo del borde del agua.

Hawker se irguió.

El sedán fue frenando a medida que se acercaba a ellos, y luego se detuvo bajo una luz de la calle, a unos treinta metros de distancia. Un hombre salió del coche, forzó la vista en su dirección y luego les hizo gestos con el brazo. Cuando vio que no le contestaban lo bastante deprisa, metió la mano por la ventanilla del conductor, hizo destellar las luces y apretó la bocina para dar un par de largos bocinazos.

—Adiós al perfil bajo —comentó Hawker.

Danielle sonrió. Puso en marcha el motor del Rover y condujo hasta donde el hombre aguardaba, parándose junto a él y bajando la ventanilla.

—¿Señora Laidlaw? —dijo el hombre—. Soy Medina, a su servicio.

Danielle se presentó y luego señaló a Hawker.

—Él es nuestro especialista en transportes, es él quien hará la inspección.

Medina no pareció preocupado.

—*Isso bom* —dijo—. Ajá, está bien.

Hizo un gesto hacia el sedán en que había venido:

—Les llevaré.

—Usted muéstrenos el camino —le replicó Danielle—. Le seguiremos.

—Claro —aceptó Medina—. No hay problema. Pero manténganse cerca de mí:

hay muchas calles y pocos carteles, ¿entienden? Es fácil perderse.

Danielle le aseguró que le seguiría de cerca y Medina regresó al sedán y se metió dentro.

—No está solo —dijo Hawker.

Ella examinó el coche, tratando de avistar a través de las oscurecidas ventanillas.

—¿Está seguro?

—Miró hacia la parte de atrás cuando abrió la puerta. Mantuvo contacto visual con alguien.

Contemplaron cómo el coche de Medina les rodeaba lentamente y luego se iba por donde había llegado.

—¿Cree que eso es un problema?

—No creo que sea bueno —le contestó Hawker—. Aunque, claro, tampoco usted ha venido sola. Quizá tenga miedo de usted.

Ella quitó el pie del freno.

—No sería el primero.

—Y apostaría a que tampoco el último.

Danielle siguió a Medina a través del estrecho laberinto de calles. En unos pocos minutos habían pasado por el puerto Flutante, el puerto flotante construido por los británicos en 1902, con su asombroso sistema de muelles y atracaderos que se alzaban y bajaban con el nivel del río. Desde su punto elevado los muelles parecían bajos, cerca del límite de su camino descendente, el resultado de una estación de las lluvias que ya iba a llegar con un mes de retraso.

Más allá, accedieron a la parte más vieja del litoral. Allí los embarcaderos eran poco más que un enredo de maderos desiguales. Pequeños botes los atestaban en todas direcciones, como abejas que rodeasen a su reina. En dos, tres y hasta cuatro hileras de profundidad: había tantos botes que muchos no podían hallar espacio en el muelle para su cuerda, y tenían que amarrarse a otros botes. Danielle se imaginó la congestión por la mañana, el caos de una hora punta acuática, cuando su equipo y ella partiesen.

Medina hizo un giro a la derecha, alejándose de la atestada orilla y entrando por un camino parchado y desigual que llevaba tierra adentro. Unos ochocientos metros más adelante se detuvo junto a un portón negro metálico, que comenzó a abrirse deslizándose a lo largo de un bien engrasado raíl en el suelo. Cuando se hubo abierto lo bastante, Medina la cruzó con su coche.

Danielle movió el Rover hasta el raíl.

Miró alrededor. La zona estaba atestada de vehículos y piezas de equipo de construcción. Montones de bidones se peleaban por el espacio con contenedores y otros desperdicios.

—Es mucho más comercial de lo que me imaginaba.

Allá en el agua un grupo de hombres trabajaba junto a un barco pequeño, bajo el brillo de dos reflectores.

—Supongo que ése es su barco —dijo Hawker.

—Y si lo queremos, tendremos que entrar —sacó el pie del freno y con dos sacudidas pasaron sobre el raíl, y la puerta de hierro empezó a cerrarse tras ellos.

Medina ya estaba fuera de su coche y haciéndoles señas para que aparcasen junto a una vieja camioneta blanca. Danielle se colocó donde le indicaban. Se volvió hacia Hawker para hablarle, pero no tuvo oportunidad de hacerlo.

Con su mano izquierda, Hawker la agarró y le aplastó la espalda contra el asiento. Su mano derecha apareció sosteniendo una pesada pistola negra, que giró hacia la cara de ella. Danielle apartó el rostro y cerró los ojos. En ese instante de oscuridad escuchó una explosión y sintió un destello de calor sobre el costado de su cara.

Abrió los ojos y vio a un hombre que caía apartándose del Rover, con una metralleta Uzi en las manos, y un sombrero de ala ancha que caía al suelo con él. Atontada e inmóvil, escuchó a Hawker gritarle a través de la niebla de su mirada. Él disparó a otro blanco y ella asió la palanca de cambios, la puso en marcha atrás y le dio un pisotón al pedal del gas. Las ruedas giraron y el Rover saltó hacia atrás.

—¡Vamos! —aulló Hawker, disparando de nuevo.

Mirando por encima de su hombro, Danielle se dirigió derecha hacia el portón cerrado y continuó acelerando. Con el motor rugiendo, lo golpeó justo en el medio. La pesada puerta se estremeció, inclinándose hacia atrás en un ángulo de treinta grados. Trozos de cemento cayeron de la pared de sujeción y las ruedas del portón saltaron fuera del raíl, pero, de algún modo, el maltratado pedazo de hierro los retuvo dentro.

Puso la reductora, pero el motor se había calado. Colocó el cambio en punto muerto y giró la llave. Justo cuando el gran motor empezaba a arrancar, una lluvia de balas hizo añicos el parabrisas.

Mientras caían los cristales, Hawker y ella se agacharon para ponerse a cubierto, y él alzó el brazo por encima del salpicadero para responder con cinco disparos, hechos a ciegas. En el reducido espacio interior del Rover el sonido era tremendo, pero las balas dejaron de llegar, y Danielle tuvo tiempo suficiente para cambiar a la reductora y apretar el gas de nuevo.

El Rover se abalanzó hacia delante unos diez metros, antes de que Danielle le diese una patada al freno y pusiese la marcha atrás. A esas alturas Hawker ya controlaba los alrededores y disparaba hacia la oscuridad. Un hombre cayó y luego otro, mientras el resto de sus atacantes se apresuraban a ponerse a cubierto.

El Rover atronó hacia atrás, dando por segunda vez un martillazo a la puerta, arrancándola de sus sujeciones y lanzándola a través del camino entre una lluvia de chispas. Danielle movió el volante, y la parte delantera del vehículo giró hacia la

izquierda apuntando en dirección a la seguridad.

Puso la marcha adelante y apretó el gas, acelerando para alejarse mientras un renovado fuego de armas les llegaba desde dentro del recinto. El plomo volador impactó contra el vehículo, abriendo veinte orificios en la plancha y destrozando las ventanas laterales y trasera, mientras el coche de Medina, ahora conducido por otro, aceleraba con rapidez, en un esfuerzo por cortarles el paso.

Hawker apuntó a la zona del conductor del vehículo que iba a por ellos. Cuando sus disparos le dieron al cristal, el sedán giró bruscamente, chocando con lo que quedaba de la pared de sujeción. Si el conductor estaba muerto, herido o simplemente había girado a lo loco para evitar ser alcanzado, era algo que nunca sabrían, porque el Rover aceleró alejándose, y el lugar se perdió en seguida de vista.

Con el acelerador pisado a tope, aquel vehículo grande cogió velocidad a un ritmo sorprendente, corriendo por la misma calle por la que habían llegado sólo unos minutos antes. En la primera esquina Danielle giró en seco y el gran todoterreno se inclinó, amenazando con volcarse, antes de enderezarse y rugir a lo largo de una calle larga y desconocida para ellos.

Ahora aceleraban a lo largo de un oscuro cañón, una estrecha calle que corría entre los edificios de la izquierda y los grandes paredones de los almacenes de la derecha. El callejón no estaba iluminado, salvo las pálidas zonas en que otras calles lo cruzaban. Danielle vigilaba los cruces por delante, esperando que un coche les bloquease el camino en cualquier momento. Pero no importaba; no iba a detenerse.

Tras ellos las luces de dos coches entraron en el callejón.

—Ahí vienen —gritó Hawker, para hacerse oír por encima del ruido que entraba en el coche por donde había estado el parabrisas.

Danielle le escuchó, pero no le contestó: el mismo flujo de aire que hacía difícil oír estaba haciéndole daño en los ojos. Los entrecerraba para protegerlos del viento, parpadeando para echar fuera las lágrimas. Divisó una indicación: «Ave. de Septiembre», que era la calle principal que salía del puerto. Giró con fuerza el volante y las ruedas mordieron la calle, gimiendo y resbalando. Un momento después entraron escopeteados en la avenida.

Danielle volvió a pisar el acelerador hasta el suelo, pero esta vez el Rover sólo aumentó un poco su velocidad y luego el motor empezó a sonar pesado. La aguja tocó los ciento veinte kilómetros por hora, y luego volvió a deslizarse hacia atrás en el panel.

—Combustible o aire —aulló Hawker.

—Pienso que aire —gritó ella a su vez—. Sobre todo porque no estamos ardiendo.

—Al menos aún no.

El Rover había empezado a resoplar como un viejo tren de vapor, ganando

velocidad por unos pocos segundos, y luego fallando de nuevo. Por el retrovisor Danielle vio a los dos coches girar en la calle a un kilómetro y medio por detrás. Hizo que el coche ganara un poco más de velocidad pisando el gas, pero estaba claro que los otros coches les estaban ganando terreno.

—¿Alguna idea?

—Vaya hacia el centro —le sugirió Hawker—, tenemos que perdernos entre la muchedumbre.

Danielle dio el primero de los giros que les iban a llevar hacia el corazón de la ciudad, y tres manzanas más allá giró de nuevo. Los giros tuvieron dos efectos: redujeron la velocidad del Rover, lo que le hizo ir más suavemente, y también redujeron el ritmo al que sus perseguidores les estaban ganando terreno, pues también tuvieron que frenar para dar esos giros.

Al cabo de un minuto se estaban acercando al centro de la ciudad, serpenteando entre tráfico más calmado.

—Tenemos que abandonar este trasto —dijo Hawker.

Danielle buscó intensamente un punto que les pudiera ofrecer algo de cobertura. Pasó dos calles y un terreno baldío, y luego tomó un callejón estrecho, repleto de cubos de basura, contenedores de desperdicios y montones irregulares de palés de madera. Condujo hasta la mitad del callejón, pisó el freno y giró el vehículo de costado, haciendo que frenara deslizándose. Hawker saltó por la puerta aun antes de que estuvieran parados, gritándole que le siguiese.

Ella saltó del vehículo, dándole la vuelta justo cuando sus perseguidores llegaron a la carrera calle abajo. El sonido de sus motores llenó el callejón, y la luz de sus largas subió por las paredes como un espectro, pero luego les llegó el chirrido de ruedas frenando y los dos coches se deslizaron hasta pararse. No podían pasar por el lado del Rover: tendrían que moverlo, dar la vuelta o seguirlos a pie. Y, con las llaves en el bolsillo de Danielle, lo primero quedaba descartado. Corrió girando la esquina, sin mirar hacia atrás.

—Por aquí —le dijo Hawker.

Salieron al paseo principal, moviéndose por la acera, mezclándose con los peatones. Era viernes por la noche y los bares y cafés estaban llenos a rebosar. Y los que no cabían dentro se apiñaban en las aceras. Pero Danielle y Hawker no iban vestidos como la gente que había salido de noche, con su brillante y reveladora vestimenta. Después de todo, era verano en Brasil.

—Tenemos que salir de las calles —dijo ella.

—Lo sé —le contestó Hawker, apresurándose hacia adelante, con sus ojos buscando algo—. Siga moviéndose, sé de un lugar...

Hawker se abrió camino entre la multitud, con Danielle justo tras él, llevándola hacia un club nocturno del centro del barrio, en el que había una cola de gente



aguardando la posibilidad de entrar. Un portero estaba en la entrada, flanqueado por dos musculosos guardias de seguridad. El portero saludó a Hawker con una sonrisa, y uno de los de seguridad le estrechó la mano. En un momento Danielle y Hawker estuvieron en el piso de arriba, sentados en una mesa reservada de la terraza abierta a la calle del club, un lugar que les daba algo de descanso de la fuerte música de dentro y, lo que era más importante, les ofrecía una excelente vista de la entrada principal y de la atestada calle de abajo.

Danielle miró en silencio durante unos minutos, esperando que llegasen volando hasta las puertas coches llenos de hombres armados. Puso como al descuido su mano sobre su tobillo, para asegurarse de que su arma era accesible y luego deslizó su pierna bajo la mesa y fuera de la vista.

Hawker exhaló profundamente y la miró a los ojos:

—¿Por qué no me habla otra vez de esta expedición arqueológica?

## CAPÍTULO 8

Danielle ignoró la pregunta. Miró alrededor, el club no estaba lleno, aún no. Ciertamente no estaba tan atestado como la calle de abajo, pero el movimiento seguía siendo lo bastante caótico como para que tuvieran pocas posibilidades de descubrir una amenaza hasta que no la tuvieran prácticamente encima.

—¿Por qué me ha traído aquí?

—Esta gente son amigos míos —le contestó.

Ella se quedó esperando una explicación mejor.

—En cierta ocasión le hice un favor al dueño —añadió él a regañadientes, como si eso lo explicase todo.

—¿Qué clase de favor?

—Su hija... se la habían arrebatado. Yo se la traje de vuelta.

Danielle se quedó callada, imaginándose aquel escenario y suponiendo que un acto así se ganaría una buena dosis de lealtad.

—¿Y los hombres que se la llevaron?

Hawker agitó la cabeza lentamente.

—Un buen favor.

—Créame —aseguró él—. Nadie va a llegar hasta nosotros sin anunciarse.

Miró de nuevo por encima de la baranda de la terraza, suponiendo que sus atacantes no iban a abrirse paso a tiros hacia el interior de un club lleno de gente, ni siquiera aunque supiesen adónde habían ido Hawker y ella. Marcó el número del hotel en su móvil, asegurándose de que aumentasen la seguridad en el piso privado del NRI, y tomó una nota mental acerca de mover allí a Verhoven y su gente por la mañana. Luego volvió su atención a Hawker, dándose cuenta de que le había mentido:

—Me dijo que no estaba armado.

—Lo dije —admitió.

Tendió la mano hacia un vaso de agua.

—Aparentemente no era del todo cierto...

Él sonrió.

—¿Está usted bien?

—Sorda de un oído, pero sobreviviré.

El rostro de Hawker se puso serio.

—Alguien le ha montado una encerrona. ¿Quizá su antiguo compañero?

No cabía ni que pensar en que Arnold Moore la hubiese puesto en peligro: habían sido demasiado íntimos durante demasiado tiempo.

—No lo creo. No digo que haya sido accidental, pero no ha sido montado desde nuestro bando.

—¿Entonces, qué?

—Quizá un robo, o un intento de secuestro: una estadounidense bien situada desaparece y la retienen esperando un rescate. Como le pasó a tu amigo. Sucede más de lo que se cree, por aquí abajo.

—Lo sé todo sobre «aquí abajo» —le recordó él—, pero tiene razón, pudo haber sido cualquier cosa. Sin embargo, no lo ha sido. Estaba relacionado con esta expedición.

Ella no quería ir por ese camino, pero si debían recorrerlo, prefería hacerlo rápido.

—¿Qué es lo que piensa?

Él dudó, al parecer algo cortado por su brusquedad.

—Aún conozco a alguna gente —dijo—. Y he hecho algunas comprobaciones. Sé de sus responsabilidades y su reputación. Ha estado usted por el mundo entero, pero eso fue antes de convertirse en directora regional.

Las palabras siguieron flotando en el aire. Ése era un ascenso que le había llegado justo antes de este destino, pero, en realidad, seguía siendo la lugarteniente de Moore. Y la siguiente promoción tendría efecto tras la finalización con éxito de la presente misión.

—Tiene razón a medias —aceptó.

—Eso es más de lo habitual. Y es bastante como para hacerme pensar... en la Agencia, los directores de Operaciones de Campo no se movían de sus escritorios, leían informes y le decían a otra gente adónde ir y qué hacer... pero lo que es jodidamente seguro es que ellos no iban. No a menos que la operación fuese... —escogió cuidadosamente sus palabras—: de singular importancia. Pero usted está aquí —añadió, recostándose en su asiento y pareciendo muy complacido consigo mismo—. Y, hasta que su compañero se marchó hace unos días, aquí estaban ustedes dos, dos directores de alto rango, trabajando en el terreno como si fueran un par de pringados. En una ocasión participé en una misión de seguridad parecida a ésta. Se trataba de un tráfuga chino que venía a través de Hong Kong con una lista de agentes y parte de un código cifrado. La seguridad era tan estricta que el mismo director de Operaciones de Campo para Asia se encontró con el tipo. Nada de regulares alrededor, ninguna implicación de la delegación, ni pistas en papel. Sólo un par de tipos que no existían y un director de Operaciones de Campo que jamás estuvo allí.

Ella le escuchó, pensando en el concepto de un hombre que no existe y dándose cuenta de que esa operación en China no aparecía en el historial del hombre.

—Mire —prosiguió—. No tengo ni idea de lo que está buscando aquí y para ser honesto, la verdad es que no me importa. Pero, sea lo que sea, es algo grande y tiene que mantenerse en silencio. De lo contrario usted no estaría aquí. Su compañero no

hubiera estado aquí y lo que es jodidamente seguro es que no hubieran venido a buscarme a mí. No con mi situación.

Su estatus, pensó ella.

—Lo que quiere decir es que está usted en búsqueda.

Pareció ofendido:

—No estoy en búsqueda como un criminal común.

—¿De veras? —inquirió ella—. El Departamento de Estado ha emitido un aviso acerca de usted, al igual que la Interpol. Y seguro que también a la NSA, la CIA y el FBI les gustaría tener una charla con usted, preferiblemente en una sala cerrada en alguna parte. ¿Puede un hombre estar más buscado?

—Bueno —contestó él—. ¿Y dónde demonios están? ¿No cree que me encontrarían a poco que lo intentasen? Usted me encontró... —agitó la cabeza—. No quieren hallarme, de lo que quieren estar seguros es de que no me pierden la pista.

Esto sí que lo sabía, aunque no estaba segura del porqué.

—Además —añadió—. Hay una cosa que prueba lo que digo: según usted, me buscan, pero me contrató de todos modos. Hizo cuatro horas de coche hasta el medio de la nada, cuando una simple llamada de teléfono le habría traído a uno de los suyos. Y eso sólo puede significar una cosa: que esta operación no sólo tiene que ser silenciosa, tiene que ser invisible... incluso para su propia gente. Y, para asegurarse de que así es, ustedes contratan a un tipo que no puede hablar con nadie, un tipo al que nadie escucharía, aunque quisiera hablar.

—Ya veo —aceptó ella—. Aparentemente somos más listos de lo que pensaba.

—Espero que lo sean, porque la han dejado a usted en muy mala posición: la han mandado a luchar en una guerra sin balas y le han dicho que no puede fracasar —se echó hacia atrás—. Y por ahí es por donde la tienen cogida, ¿no? Porque a usted no le importa llevar a cabo esta tarea, pero lo que querría tener es el equipo para poder llevarla a cabo. Y, sin embargo, la extrema seguridad le exige que vaya sola. —Moderó un poco el tono—: Vale, quizá lo de esta noche la haya tomado por sorpresa. O puede que haya estado esperando algo así desde que llegó aquí. En cualquier caso ahora ya lo sabe con seguridad: ha corrido la voz y, sea lo que sea que esté usted buscando, hay alguien que también lo quiere, y lo quiere lo suficiente como para matarla para conseguirlo.

Este hecho no se le había escapado. Habían comenzado esta tarea seguros de estar solos, pero, en algún momento y a pesar de la maníaca dedicación a la seguridad, se había producido una filtración.

—Mire —prosiguió él—, yo no soy su enemigo. Sé la posición en que se halla usted. Lo sé muy bien. Y no estoy presionándola, le estoy ofreciendo mi ayuda. Que decidamos de mutuo acuerdo algunas responsabilidades adicionales.

Quizá fuera su nuevo tono, o el darse cuenta de que ya no tenía sentido seguir

negando cosas; pero cuando él usó las mismas palabras que ella había empleado en la conversación del hangar, no pudo evitar el alegrarse un poco.

—¿Qué clase de responsabilidades?

—Yo puedo hablar con gente que evitaría hasta a su sombra. Puedo conseguir que se hagan cosas que a usted le sería imposible ejecutar oficialmente. Y, lo más importante de todo, puedo cubrirla desde un ángulo que nadie espere, porque, por lo que todos saben, yo sólo soy el tipo que lleva el helicóptero.

Danielle sopesó cuidadosamente lo que acababa de decirle Hawker. Naturalmente, tenía razón: la creciente paranoia de Gibbs le había llevado a llamar a Moore de vuelta a Washington. ¿Y para qué? Aquello sólo había servido para poner las cosas peor. En ausencia de Moore ella estaba expuesta y era vulnerable... en una mala posición, tal como Hawker lo había descrito. Le miró por encima de la mesa: tal vez tuviera razón, quizá la pudiera ayudar.

—¿Así que querría ayudarme de alguna manera?

Hawker asintió y le hizo una pequeña reverencia.

—Ofrezco mis servicios, por pequeños que éstos sean.

El borde del labio de ella se curvó casi imperceptiblemente.

—Sus servicios —repitió, ahora interesada. Se inclinó hacia delante, removiendo el agua de su vaso con una pajita—. Y, a cambio de tales servicios, usted requeriría... ¿qué?

—Un billete a casa.

—Un perdón —supuso ella.

—Nada tan formal.

—Entonces, ¿qué?

—Simple claridad —hizo un gesto hacia ella con la mano—. Ustedes tienen amigos entre los altos cargos. En el Departamento de Estado, en el NSC y, lo admitan o no, por todas partes en La Agencia. Ellos son los que me la tienen jurada. Se dicen las palabras adecuadas, se ofrecen seguridades específicas y los problemas desaparecen. Y entonces, puedo volver a casa. Así que ésta es la oferta: la ayudaré a que lleve a cabo esto con éxito hasta el final, y entonces ustedes hacen que se olviden de mi pasado.

Danielle consideró su oferta. No le costaba nada prometérselo, pero no estaba segura de poder conseguirlo y por un extraño giro de su conciencia descubrió que no quería mentirle.

—¿Qué le hace pensar que puedo hacer todo eso? ¡Ni siquiera he podido descubrir por qué se metió usted en ese lío!

—Si esta cosa es tan importante como yo creo que es, usted tendrá carta blanca. Probablemente ya la tiene, sólo que aún no lo sabe.

Pensó en ello: la obsesión de Gibbs por el proyecto sugería que él tenía razón.

Hawker elaboró más su argumento:

—En algún lugar de Estados Unidos hay un archivo que usted no verá jamás, con las letras R.O.C. estampadas en un ángulo. Ésos son los parámetros de la misión: *Regardless Of Cost or Consequences*, es decir, sin importar el coste o las consecuencias. Quiere decir, que esta cosa es el tren exprés y todo lo demás se aparta para dejarle vía libre. ¿Quieres sobornar a alguien?, hecho. ¿Quieres hacer desaparecer a alguien?, hecho. ¿Quieres hacer un trato con un trágicamente incomprendido, viril y apuesto fugitivo?, hecho. Tú tráenos lo que queremos, y nosotros no te haremos preguntas.

—¿Viril y apuesto?

La miró con fingido desencanto.

—Bueno, supongo que podría ser peor —dijo ella.

—El caso es que no te hablan de estas cosas cuando te ponen en el campo, pero al cabo de un tiempo empiezas a saberlas. Apostaría a que su compañero sí las sabía.

Silenciosamente, ella asintió. Gibbs les había concedido todo lo que le habían pedido, sin pestañear siquiera... todo salvo que Moore se quedara. Quizá Moore sabía demasiado.

—Estará a oscuras.

—Así es como mejor trabajo —le contestó—. Usted sólo dígame lo que tenga que saber. Y puede empezar por darme alguna información sobre el tipo con el que nos hemos encontrado esta noche. Descubriré con quién se asocia. Quizá podamos enterarnos de quién le ha pagado, o a través de quién le llegó ese pago. Parecía un tipo nervioso, quizá no lo hacía por propia voluntad.

Danielle estaba de acuerdo con esa afirmación.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de usted?

—No lo sabe. No del modo en que yo me fío de la gente de aquí. Pero puede confiar en que la gente actúe por propio interés. Y en este momento usted tiene algo que ofrecerme que nadie más puede igualar.

—Y suponiendo que eso sea cierto, ¿qué le hace creer que usted puede fiarse de mí?

Hawker se echó atrás en su silla y le sonrió. Era la expresión de un truhán y un tramposo, la mirada de un hombre que sabe exactamente lo que le va a traer el siguiente naipe, y que lo ha estado esperando desde siempre. En cualquier caso, resultaba encantador.

—Mis opciones son más limitadas —le dijo—. Puedo marcharme y seguir mal ganándome la vida aquí o en el sur, o puedo correr un riesgo con usted. Así son las cosas... es hora de tirar los dados.

Danielle no consiguió contener una sonrisa. Tenía sentido para ella. De hecho, le parecía justo. Posiblemente el trato en sí irritaría a Gibbs, pero eso aún lo hacía más

apetecible.

—De acuerdo —dijo—, acepto su oferta. No puedo prometerle nada hasta que no lo haya aclarado con mis superiores, así que no se lo voy a prometer. Pero hablaré con la gente que conozco y si hay un posible acuerdo, se lo haré saber. ¿Le parece bien?

—Me vale.

Mientras Hawker acababa de hablar se les aproximó un hombre de anchos hombros, de un oscuro color moreno muy brasileño. Con su cabello impecablemente cuidado y una immaculada chaqueta blanca de esmoquin, parecía un actor de cine de tiempos pasados. Llevaba dos copas en una mano y una cara botella de vino chileno en la otra. Se presentó como Eduardo, propietario del club y ocasional benefactor del joven señor Hawker. Los dos amigos se estrecharon la mano, y Eduardo dedicó toda su atención a Danielle.

—¿Y quién es esta encantadora visión? —preguntó, dirigiéndose a Hawker—: ¡Qué mala fortuna la suya al tener que pasar la velada en tu compañía!

Hawker fingió molestarse por el comentario de Eduardo, mientras Danielle tendía su mano.

—Encantada de conocerle —dijo—. Me llamo Danielle.

Eduardo sonrió, le besó la mano y luego se volvió hacia Hawker:

—Una estadounidense —comentó—, como tú.

—Una estadounidense —aceptó Hawker—, pero no como yo.

Eduardo alzó una ceja.

—Sin duda eso debe ser bueno para ella.

—Sin duda —dijo Hawker.

Eduardo se puso serio.

—Habéis tenido problemas...

—No puedo decirte cómo son —comentó Hawker—, ni siquiera cómo van vestidos. Pero supongo que siguen buscándonos.

—No te preocupes —le dijo Eduardo—. Os mandaré de regreso en mi coche. Mientras tanto, he puesto fuera a algunos hombres más, amigos de la policía. Les encanta recibir jugosos sobres extra y darles su merecido a los que buscan problemas. Y le he dicho a Diego que nadie más ha de pasar la cuerda de la entrada esta noche.

Hawker pareció preocupado.

—Ésta es tu mejor noche, eso te va a hacer perder dinero...

Eduardo rió suavemente y luego se volvió hacia Danielle.

—¡Ah, nuestro amigo Hawker...! Es un buen tipo pero no demasiado brillante en lo tocante a los negocios. El mejor modo de atraer a una muchedumbre es decirle que no puede entrar. También lo haré mañana por la noche y toda la semana que viene, y el próximo viernes puedo doblar el precio y aun así llenar el triple este lugar —

Eduardo agitó la cabeza levemente—. Me pregunto por qué no lo habré hecho hace años...

—Ésta te la debo —le dijo Hawker.

—No —le corrigió Eduardo—. Tú no me debes nada.

Su atención vaciló por un instante y luego volvió a mirar a Danielle:

—Excúseme, pero me temo que debo abandonarles por un rato: mi esposa y mi amante están juntas y riéndose, y me pongo muy nervioso cuando hacen eso... — dejó la botella de vino sobre la mesa—. Pero por favor, cuando me vaya anímelo un poco. Está demasiado serio para estar acompañado por una mujer tan bella.

Danielle le sonrió a Hawker y luego a Eduardo.

—Haré lo que pueda.

Ante lo que el brasileño hizo una reverencia y se retiró.

—Su amigo es encantador.

—Y creo que usted también le gusta —comentó Hawker, afirmando algo obvio. Tomó la botella de vino, la descorchó y la dejó airearse—. Deberíamos sacar el mejor partido posible de la situación.

Ella estuvo de acuerdo y le acercó la copa por encima de la mesa.



## CAPÍTULO 9

Arnold Moore había regresado a Washington, a la residencia de la que había estado ausente durante las tres décadas que habían pasado, trotando por esos mundos. En todo ese tiempo había pasado menos de un millar de días en la ciudad, y nunca más de dos meses seguidos. Después de tanto tiempo lejos, regresar se le hacía raro, como si fuera un extranjero en su propia tierra... un invitado en su propia y vacía casa.

Y, no obstante, esta vez iba a ser diferente: había regresado a una carrera que se terminaba y ante un superior que ya no confiaba en él. Estaba seguro de que, esta vez, había regresado definitivamente.

Como para reforzar su punto de vista, Stuart Gibbs solamente había hablado con él en una ocasión: no le había ofrecido explicaciones, y las repetidas llamadas de Moore habían sido claramente ignoradas. Ahora, tras una semana recibiendo ese trato, había sido convocado a una reunión. Y pensaba airear sus quejas.

Para reunirse con Gibbs, Moore fue a la oficina principal del NRI, que se hallaba en un extenso campus conocido como el Virginia Industrial Complex o, más afectuosamente, como «VIC». El VIC consistía en cinco elegantes edificios, que se alzaban entre suaves colinas, sinuosos senderos y rústicos muros de piedra. Las estructuras, de paredes de cristal, eran modernas y atractivas y los caminos que había en derredor estaban cuidados e iluminados como los de una selecta zona residencial. E incluso con el césped y los árboles marchitos, por ser invierno, aquel lugar se parecía más una universidad o a una zona de oficinas suburbanas que a una institución gubernamental. Únicamente sugería lo contrario la presencia en el aparcamiento de guardas armados, con sus perros para olfatear y largas varas con espejos al extremo para mirar bajo los coches.

Con ganas de que se celebrara la reunión, Moore llegó mucho antes de la hora, e inició una decidida marcha a través del frío aire de enero. A causa de un capricho en la topografía del VIC, los cinco edificios que componían el complejo estaban situados a distintos intervalos, con cuatro de los cinco agrupados en el lado este de la propiedad, y el quinto, que albergaba a la División de Operaciones y a su director, Stuart Gibbs, aislado en el borde oeste, separado de los otros por una baja elevación del terreno y por hileras de encinas de más de veinte metros de altura. Como resultado de ello, el Edificio Cinco no era visible desde la calle ni la puerta de entrada, y ni siquiera desde las otras estructuras, y había que hacer una larga y sinuosa caminata para llegar hasta él. Era algo debido puramente al azar, pero que a Moore siempre le parecía irónico y un buen símbolo de la naturaleza dual y conflictiva del NRI. El Instituto había nacido como un monstruo de Frankenstein, una organización dividida y encargada de dos tareas totalmente distintas. La División de

Investigaciones, que era su principal componente, trabajaba con las empresas, las universidades y los principales hombres de negocios estadounidenses. Era una fábrica de ideas, llevada a sus máximas consecuencias, que ofrecías a sus miembros instalaciones de investigación, personal especializado y resmas y más resmas de informes desclasificados, procedentes de la NASA y los militares. Su trabajo era potenciar las fortunas de la industria de Estados Unidos, en una respuesta directa a los inacabables subsidios que les daban a sus empresas los gobiernos de Europa y Japón. Y, se mirase como se mirase, había tenido un éxito notable.

A lo largo de su primera década de existencia, la División de Investigaciones del NRI había crecido hasta incluir entre sus asociados a muchos de los Quinientos Principales de la revista económica *Fortune*, noventa universidades señeras y llegando a tener una lista de personal permanente de casi diez mil empleados. Hacia 2005, que era el último año sobre el que había facilitado cifras, los pagos por licencias y royalties a la NRI habían bombeado casi mil millones de dólares anuales a las arcas del Tesoro de Estados Unidos, una pequeña mancha en tinta negra en las cuentas del gobierno, tan teñidas de rojo.

Pero, como cualquier hijo del proceso gubernamental, el NRI tenía varios padres, y algunos de ellos tenían una visión distinta de la nueva organización.

Seis meses después de la creación del Instituto, y mucho antes de que se hubiera removido la primera paletada de tierra en el VIC, se añadió una cláusula adicional a un presupuesto de gastos de última hora, que fue presentado apresuradamente al Congreso. Esa cláusula modificaba la carta fundacional del NRI, con el efecto de dividir en dos la organización o, más exactamente, añadirle una nueva división a la estructura ya existente de la organización. La nueva entidad se llamaba División de Operaciones, normalmente llamada OpD. Y esa OpD tenía una tarea distinta que la de la División de Investigación, una tarea más siniestra: la recogida activa de secretos industriales, incluidos aquellos pertenecientes a entidades y gobiernos extranjeros. En términos más simples, la OpD estaba en el negocio del espionaje industrial y, desde su mismo nacimiento, siempre había sido llevada por antiguos miembros de la CIA, empezando por su director, el señor Stuart Gibbs. Para el mundo exterior, la OpD era casi irrelevante, pues parecía no ser más que el aparato de apoyo de la División de Investigación, la criada de su encantadora y exitosa hermana mayor. Era la División de Investigación la que aparecía en la prensa, era con ella con quien a los senadores y los directivos de las empresas les gustaba que los relacionaran, la que era objeto de artículos en revistas como *Time* y *Business Week*. Para el público, que la adoraba, la División de Investigación era el NRI, y ella tenía el noventa por ciento del personal, el ochenta por ciento del presupuesto y cuatro de los cinco edificios del Virginia Industrial Complex; pero para la poca gente que conocía la verdad, la OpD era considerada la más importante de las dos divisiones.

Mientras Moore pasaba junto a los otros edificios no pudo dejar de sonreír: en todos sus años en el Instituto aún no había puesto el pie en ninguno de ellos, un hecho que no iba a cambiar hoy. Fuera lo que fuese lo que le deparara el futuro, le aguardaba al otro lado de la colina, con Stuart Gibbs, en el Edificio Cinco.

Al final de su paseo de casi un kilómetro, Moore se sintió lleno de energía. Subió a saltos los escalones y entró en el vestíbulo, mostró su placa de identificación y colocó el pulgar en el escáner de infrarrojos. Pasó por un segundo punto de control en el cuarto piso y un minuto más tarde estaba en la sala de espera del director.

La secretaria de Gibbs casi ni le saludó, diciéndole con voz tristonza:

—Ya le espera.

Por su tono, Moore supuso que su futuro ya estaba decidido. Apretó las mandíbulas y entró.

La oficina del director era una sala interior, sin ventanas, bien iluminada y amplia, pero sorprendentemente espartana para un hombre que tenía tanto poder. Cuando Moore entró, Stuart Gibbs se acercó a él, extendiendo la mano.

—Bienvenido, Arnold —dijo—, llegas antes de la hora, como siempre.

El saludo era extraño y vacío, la sonrisa desigual, como los dientes mellados de algún rabioso depredador. Moore se sintió cualquier cosa menos bienvenido.

—Toma asiento —dijo Gibbs, llevando a Moore hacia las sillas para visitantes que había ante su escritorio, una de las cuales ya estaba ocupada. Gibbs se lo explicó —: Le he pedido a Matt Blundin que nos acompañase. Tiene una información que puede que te interese.

Matt Blundin, el jefe de Seguridad del NRI, era un hombretón cuyo enorme volumen no podía ser contenido entre los brazos de cuero del sillón. Blundin era un gran fumador y, aunque no había perdido ni un día de trabajo en nueve años, se sabía que también era un gran bebedor que prefería las altas horas de la noche a las primeras de la mañana. Su grasiento cabello y sus arrugados trajes no hacían nada para negar las suposición, y a las ocho de la mañana hedía a nicotina. Y, sin embargo, Blundin era uno de los mejores en su trabajo, y a veces incluso le consultaban el FBI, el SEC y la Oficina de Presupuestos del Congreso; y si alguna vez se iba del NRI, una larga lista de empresas haría cola para convertirlo en un hombre muy rico.

Moore se sentó al lado de Blundin, y se preguntó si no debería tener a su abogado con él.

Gibbs inició la conversación:

—¿Cuánto tiempo hacía que no hablábamos cara a cara? ¿Nueve meses? ¿Tal vez un año? —se encogió de hombros—. Demasiado tiempo, en cualquier caso...

Moore estudió a Gibbs. Un rostro delgado y angular y ocho años más joven que él, con el cabello rubio arena perfectamente peinado hacia atrás con fijador; su traje de diseño era impecable, pero le colgaba un poco suelto. Gibbs siempre había sido

enjuto, pero había perdido unos kilos desde la última vez que se habían visto. Esto le daba un aspecto casi de hurón: Gibbs el Roedor, pensó Moore. Gibbs la Rata.

Moore fue el primero en disparar:

—De acuerdo, Stuart, ¿por qué me has traído aquí? Ilumíname con tus razones por haberme traído aquí. Si es que tienes alguna.

—No estoy seguro de que me guste tu tono —observó Gibbs.

—Y yo estoy seguro de que no te gusta —le contestó Moore—, pero esto es lo que pasa cuando cortas la hierba bajo los pies de uno, y luego lo ignoras durante una semana... se sale un poco de madre.

Gibbs le echó una mirada aviesa a Moore.

—Los tres estamos aquí por diversas razones. Empezando por un incidente en el que ha estado implicada Danielle Laidlaw y el hombre al que la mandaste a ver la pasada noche, un tal señor Duarte Medina.

Moore notó como se le enrojecía el rostro:

—¿Qué tipo de incidente?

—Fue atacada cuando fue a reunirse con él —le explicó Gibbs—. Su vehículo fue tiroteado intensamente, y a ella casi la matan.

—¡Maldita sea! —exclamó Moore—. Sabía que iba a pasar algo así: te dije que no me sacases de allí. Yo podría haberla protegido...

Gibbs asintió casi imperceptiblemente:

—Tal vez sí, tal vez no —dijo, mirando a Blundin—. Me parece interesante que no eligieses a ese contacto en particular hasta después de que te informase del cambio.

—¿Qué significa eso?

Gibbs se encogió de hombros, como si la cosa fuera obvia:

—Que si la hubieran matado, yo no hubiera tenido otra elección que mandarte de vuelta...

Moore apretó los dientes.

—Ni tú mismo puedes creerte eso que estás diciendo.

—Medina era tu contacto —siguió Gibbs—, supuestamente seguro, supuestamente fiable. Y, sin embargo, la reunión se convierte en la excusa para un ataque. ¿De quién te crees que vamos a sospechar? Si estuvieras en nuestro lugar, tú harías lo mismo.

Moore se volvió hacia Blundin y luego de nuevo hacia Gibbs. Podría haberle estrangulado.

—Si crees que...

Gibbs le cortó:

—Discutiste conmigo acerca de ponerla a ella al mando. Has estado pidiendo puestas al día cotidianamente, a pesar de que ya no formas parte del proyecto y se te

dijo que lo olvidarás. Casi parece como si estuvieras esperando algo...

Moore estalló:

—¡Ahora escúchame, hijo de puta: Danielle es una compañera y una amiga! En otro tiempo, supiste lo que eso significa. Lo sé, porque conozco a gente que trabajó contigo. Quizá lleves ya demasiado tiempo en esta oficina, porque parece que te has olvidado de entonces... —Moore agitó la cabeza, dándose cuenta a media frase de que había picado en el anzuelo—. Sabes jodidamente bien que nunca la iba a poner en peligro, así que corta esta puñetera charada y dime para qué demonios me has traído aquí.

Gibbs se quedó en silencio por un momento, como reflexionando sobre lo que había dicho Moore. Echó su silla hacia atrás:

—Relájate —dijo finalmente—, nos ha costado algo de esfuerzo, pero hemos logrado dejarte limpio.

Moore se volvió a sentar, preguntándose con qué nueva locura le iba a salir Gibbs ahora.

—¿Qué quieres decir con toda esa basura?

Gibbs se volvió hacia Blundin:

—Enséñale la foto.

Blundin abrió una carpeta que descansaba sobre el escritorio, frente a él. Sacó una foto en blanco y negro.

—¿Es éste tu hombre, Duarte?

Moore estudió la foto: se parecía a Medina.

—Creo que sí.

—Bueno, pues este tipo está muerto. Lleva en el depósito de cadáveres desde el día antes del ataque.

Moore parpadeó: Medina era el sobrino de un hombre que le había ayudado anteriormente. Un hombre al que podía considerar un amigo.

—¿Está seguro?

Blundin afirmó con la cabeza, y Gibbs explicó lo obvio:

—Eso quiere decir que Danielle jamás se vio con Medina: alguien lo mató y ocupó su lugar. Y gracias a ello, tú estás limpio.

—¿Limpio? —repitió Moore. El escuchar a Gibbs decir aquella estupidez le ponía malo—. Estás loco.

—No, sólo soy cauto.

Moore se volvió hacia Blundin:

—¿Sabemos quién mató a Medina?

—Aún no: la policía de allá no tiene mucho en qué basarse...

El director le interrumpió:

—Pero tenemos un plan para sacar a los malos de su madriguera, y es ahí donde

de nuevo vuelves a ser útil.

—Al fin vamos al grano...

Gibbs sonrió malévolamente, y cuando habló había algo de júbilo en su voz:

—Vamos a simular que has caído en desgracia. Esta reunión es el primer paso. Estoy seguro de que las lenguas ya se han desatado, en un día o dos, toda la oficina hablará de ello. Entonces, serás suspendido de empleo, pendiente de una investigación. Todas las expectativas señalarán hacia una jubilación temprana y forzada. Pero no te preocupes, no será por deslealtad, eso resultaría demasiado obvio; las razones serán incompetencia, mal uso de fondos y nuestra incapacidad para soportarnos el uno al otro.

—Al menos esta última parte es cierta.

—Eso hace que la mentira sea más creíble —aseguró Gibbs.

Junto a él, Blundin permanecía en silencio, y Moore se preguntó si estaría implicado en el plan o sería un mero espectador. Su ancho rostro no dejaba escapar nada. Blundin era un buen hombre, pero era uno de los chicos de Gibbs: él los protegía y ellos le protegían a él. Moore no podía culparlo por ello: su ira estaba dirigida contra Gibbs.

—¿Y con qué finalidad voy a ser tratado con tanto desprecio?

—Matt cree que tratarán de comprarte o, por lo menos, de alquilarte. He olvidado decirte que también nos hemos cargado tu crédito, para que parezca que has estado gastando mucho más de lo que podías. Un gran problema de deudas de juego. Ese vicio te cogió muy fuerte cuando estuviste en Macao el año pasado...

Moore hizo una mueca de incredulidad:

—Todo esto es una locura, no podéis estar hablando en serio. ¿El jefe de la operación retirado repentinamente del frente, y enviado a pastar? Es demasiado obvio, jamás picarán ese anzuelo. Nunca se arriesgarán a ponerse en contacto conmigo.

—Esos bastardos son muy atrevidos —gruñó Blundin—: trataron de cazar a tu compañera de un modo totalmente descubierto. La atrajeron a una reunión conectada con la operación e intentaron matarla a tiros a la vista de todos. Eso no es muy usual. Incluso diría que es poco profesional. Mi suposición es que, o están desesperados y desconectados de los que los controlan, o bien son sólo una pandilla de aficionados, que no tienen ni idea de lo que están haciendo.

—¿Aficionados? —repitió Moore—. ¿Desesperados y desconectados? —Sus ojos saltaron del jefe de Seguridad al director—. ¿Estáis hablando de ellos o de nosotros? Porque a mí este plan me huele a esas tres cosas.

—Llevamos planeando esto desde hace algún tiempo —le explicó Gibbs—. Si buscan información, y estamos seguros de que la buscan, van a ir tras el mayor objetivo posible, y ése vas a ser tú: un resentido, apartado y represaliado, con un

montón de información rondándole por la cabeza.

Moore negó con un gesto, dudando de que nadie fuera a ser tan estúpido.

Gibbs no pareció cambiar de idea, pero cuando habló de nuevo su tono se había hecho más genuino, sin duda por designio propio.

—Arnold, no nos caemos bien. Nunca hemos congeniado, ¿vale? Si se lo preguntásemos al siquiatra de la empresa nos diría que tú sientes resentimiento hacia mí por mi éxito, y que yo me siento amenazado por tu habilidad. Después de todo, si tuvieras la oportunidad, probablemente podrías hacer mi trabajo tan bien como yo o quizá incluso mejor. ¿Por qué te crees que te mando a correr por esos jodidos mundos? Para mantenerte alejado de Washington, ya que aquí serías la única persona que podría desear sustituirme y ser capaz de hacerlo. Por eso, y por el hecho de que eres el mejor en lo que haces. Pero así es como son las cosas: yo dirijo el espectáculo. Yo soy el que digo que saltéis, no tú. Y justo ahora, vas a hacer lo que te diga, en beneficio de la organización.

Moore sonrió disgustado: la venta suave y la venta dura juntas, en el mismo paquete.

—Yo no haría tu trabajo —dijo—, al menos no del modo en que tú lo haces. Así que no me digas esas mierdas: lo que notas en mí no es que yo quiera tu cargo, sino que preferiría que tú tampoco lo tuvieses. Tu juicio es pobre y eres descuidado, jodidamente descuidado para mi gusto. —De nuevo agitó la cabeza—. Este plan es absurdo, ridículo. Tan ridículo como todo lo demás que nos has mandado hacer: el separarnos en el último momento, el inventarte esta absurda historia y ahora el echarme por ahí, como si fuera una especie de cebo. Esto es un trabajo de aficionado, y va a hacer que muera gente. Ya ha estado a punto de ocurrir.

—Supones demasiado, Arnold —la voz de Gibbs se había convertido en una advertencia: había una línea que estaba a punto de ser cruzada.

—Y tú no piensas lo suficiente —le replicó Moore—. ¿Realmente sigues queriendo mandarla a la jungla con un puñado de civiles y unos cuantos cedidos del Departamento de Investigación? ¿Incluso después de todo esto?

—Tiene protección.

—También la tenía Dixon. ¿Y dónde demonios está ahora? ¿Acaso ha reaparecido su equipo, todos ellos muy morenos y descansados, explicando anécdotas de unas vacaciones pasadas en alguna parte? No, están desaparecidos y probablemente muertos. Cortados en pedazos por esos nativos que tanto te preocupan o caídos en una emboscada de esos mismos hijos de puta que le dispararon a Danielle. Y ahora pretendes mandarla por el mismo camino... un camino por el que la gente va y no regresa. Prácticamente estás tirando su vida a la basura. —Moore apuntó a Gibbs con un dedo acusador—. Esta operación tuya tiene problemas, Stuart. Hay modos mejores de hacer esto, modos más inteligentes. Cuanto antes admitas...

—¡Basta! —Gibbs golpeó el escritorio con su mano; su rostro estaba colorado por la frustración—. No hay otro modo. Necesitamos eso que andamos buscando. Tu patria lo necesita. Es la clave hacia la independencia energética, lo necesitamos para estar al frente de la generación mundial de energía durante los próximos cien años. Esto significa cerrarle la puerta en las narices a la mayor vulnerabilidad de esta nación, la dependencia energética, y el poder ser capaces de decirle a Hugo Chávez, a los rusos y a la OPEP que se pueden ir al infierno y llevarse con ellos todos sus quebraderos de cabeza. —Muy irritado con Moore, Gibbs agitó la cabeza—. Es para esto para lo que os pagamos: para ir corriendo por ahí y recoger cosas que mantendrán a vuestro país por delante de la competencia. Y en este caso se trata de un agujero en el suelo, en lugar de un laboratorio o una fábrica de ideas en alguna parte. Y también resulta que es lo más grande, el proyecto Manhattan de nuestro tiempo. Y nada en el mundo va a hacer que deje que nos lo perdamos. Pero, claro, no podemos tener a un ejército correteando allí en el sur, ¿verdad?

—No, pero puedes mandarme de regreso, antes de que algo más vaya mal.

La mente de Gibbs no era de las que pueden ser cambiadas con argumentos o persuasión, y por puro orgullo aún se empecinaba más cuando le llevaban la contraria. Moore lo sabía, pero no había podido contenerse. Contempló cómo le cogía la carpeta a Blundin y la cerraba. La discusión había acabado.

—¿No quieres hacer esto por mí? —dijo—. Bien, no lo hagas... —Se inclinó hacia adelante, sus ojos hundidos y mejillas enjutas repentinamente amenazadores y malévolos. Era el Roedor poseído—. Pero no vas a regresar, y tu compañera sigue allí. Y estará en peligro, hasta que descubramos quién nos está pisando los talones.

Moore se negó a apartar la vista, pero no pudo decir nada: miró al director en medio de un silencio mortal y, al otro lado de la mesa y frente a él, volvió a ver la sonrisa desigual: las cartas estaban dadas.



# CAPÍTULO 10

El profesor Michael McCarter salió del ascensor de servicio llevando a su lado a Susan Briggs y William Devers. Entraron en un pasillo estrecho y en ángulo que llevaba por debajo del hotel hacia la sala de reuniones elegida. Por encima corrían cañerías agrupadas y conducciones eléctricas y el suelo era de sólido cemento sin adornos. Un lugar extraño, que dejó bastante sorprendido a McCarter. Y su sorpresa cambió a preocupación cuando pasaron al lado de un hombretón robusto con un pinganillo en la oreja y el bulto de un arma claramente visible bajo su cortavientos oscuro.

El hombre les hizo una seña para que doblasen una esquina, en dirección a su destino.

—Seguridad —dijo Devers—. Siempre los tenemos cuando trabajamos en el extranjero. ¿Recordáis el trabajo en Rusia del que os hablé? Pues siempre teníamos a un grupo de ex paracaidistas siguiéndonos. Olían a tigre y vodka, y la mayor parte de ellos no tenía dientes.

Susan se echó a reír:

—¡Vaya trola!

—Es verdad —aseguró Devers—. Supongo que en el Ejército Rojo no tenían atención dental.

Se dio la vuelta y estudió al hombre que habían dejado atrás.

—Habrá que ver cómo es esta gente.

McCarter miró por encima de su hombro.

—Al menos ése tiene dientes.

El pasillo acababa a la puerta del Salón A, el grupo entró, encontrándose con Danielle, acompañada por Mark Polaski y otro hombre: un médico llamado Gudra Singh, que iba a ir con ellos a la jungla.

Veterano de la Cruz Roja, donde había servido quince años, Singh había pasado mucho de ese tiempo en los puntos del globo con más problemas durante la última década y, más recientemente, en un Sudán desgarrado por la guerra. Sin embargo, insistía en que ahora estaba retirado y les había advertido que fueran cautos, ya que él consideraba aquel viaje como unas vacaciones, y no iba a llevar en su maletín más que tiritas y loción de calamina.

Danielle caminó hacia la entrada, le hizo una seña al hombre que vigilaba al otro lado del pasillo y cerró la puerta. Se volvió para interrumpir sus charlas:

—Lamento el sitio: no quería hacer esto en una gran sala de reuniones y ésta era la única sala pequeña disponible... y ahora entiendo el porqué.

McCarter eligió un lugar al frente y el centro, como sus mejores estudiantes. El cambio de rol le divertía.

Cuando los otros se hubieron sentado, Danielle bajó las luces y apretó un mando remoto. La imagen de un templo maya apareció en la pantalla que tenían delante.

—Estamos a punto de embarcarnos en una gran aventura —empezó diciendo—. Como algunos de ustedes ya saben, vamos a buscar una rama de la cultura maya que ciertos estudiosos creen que pudo haber existido en el Amazonas. Pero el decir sólo esto es quedarse muy cortos, nuestro objetivo es mucho más ambicioso: estamos buscando el lugar que los mayas consideraban como la tierra de su propio génesis, su Jardín del Edén... Una ciudad llamada *Tulum Zuyua*.

Susan Briggs se volvió hacia McCarter, cuando se dio cuenta de lo que aquello sugería.

—De eso nada —murmuró—. Eso es totalmente enfermizo...

McCarter asintió con la cabeza.

—Muy, esto... enfermizo —dijo, suponiendo que, para ella, enfermizo quería decir bueno.

Danielle apretó el mando y apareció la fotografía de un mural de colorines. El mural representaba a un hombre con ropa nativa caminando temeroso bajo un cielo de medianoche. Se dirigió al profesor McCarter:

—No dude en corregirme si digo algo equivocado.

Él asintió, esperando tener que hacerlo mucho.

—Según las leyendas mayas, hubo una era antes de la primera alba del Sol, un tiempo en el que el mundo era oscuro, iluminado únicamente por un resplandor grisáceo que venía del borde del horizonte. En la oscuridad de ese mundo de antes del alba, los dioses mayas crearon a los primeros humanos y luego los convocaron a un lugar de nombre *Tulum Zuyua*, en donde le entregaron a cada tribu un dios que sería su patrón. Los mayas quiche, que son los protagonistas de esta historia, recibieron como dios a Tohil, el creador del fuego. Y, en un mundo de oscuridad, este regalo los colocaba en una situación privilegiada, pues sólo ellos tenían el poder de crear luz y calor.

»Seguros en éste conocimiento, los antepasados de la tribu quiche partieron de *Tulum Zuyua*, en busca de un lugar que poder llamar suyo. Y según cuenta la leyenda, salieron de la ciudad llevando con ellos a su dios patrón, con su espíritu contenido dentro de una piedra especial. Tras un periplo que los llevó por tierra y mar, al fin se aposentaron en América Central, en lo que hoy es Guatemala, Belice y México, y jamás regresaron a *Tulum Zuyua*.

De nuevo apretó el mando y apareció una nueva foto: una ruina maya, en alguna parte de la América Central.

—Son muchos en el mundo académico los que consideran que *Tulum Zuyua* es sólo un mito —explicó—. Y que tenemos tantas posibilidades de hallarla como de localizar la Atlántida o el mismo Jardín del Edén. Y la mayoría de los expertos creen

que, si fuese un lugar real, se hallaría enterrada bajo algún otro lugar maya, del mismo modo que el viejo San Francisco está enterrado bajo la ciudad actual. Pero nosotros pensamos que vamos a hallar esa gran ciudad aquí, en el Amazonas, a miles de kilómetros de donde a nadie se le haya ocurrido siquiera buscar.

Danielle apretó el botón para pasar a la siguiente imagen. El sonriente rostro del profesor Stanley Morrison llenó la pantalla.

McCarter casi se echó a reír: era la foto favorita de Morrison para la prensa, tras un estiramiento de la piel e inyecciones de Botox, con su sonrisa de presentador de concursos de la televisión firmemente asentada en su rostro. La foto tenía, por lo menos, diez años.

—El trabajo del doctor Morrison sugiere que la cultura maya podría ser mucho más antigua de lo que se cree normalmente. No les agobiaré con los detalles, pero les diré que, según su teoría, algunas ramas del pueblo maya existieron aquí, en Sudamérica, así como en otros lugares.

McCarter luchó contra los deseos de hacer una cuchufleta. Para Morrison todo el mundo era maya, desde los esquimales a los que cabalgaban sobre las olas en las islas de la Polinesia. Descendientes de los mayas por todas partes, conquistando el globo... para él posiblemente incluso lo fueran los primeros europeos.

—Ahora bien —siguió Danielle con un gesto de cabeza en dirección a McCarter—, buena parte del trabajo de Morrison es muy controvertido. Y su teoría no ofrece ni una simple suposición respecto a la localización de *Tulum Zuyua*. Sin embargo, basándonos en ciertos hallazgos recientes y en algunos que han estado olvidados durante casi un siglo, creemos que nosotros sí que podemos localizarla.

La siguiente foto mostraba una piedra gris, desgastada por el tiempo, surcada por unas marcas y una cinta métrica delante.

—Este artefacto llegó al NRI hace once meses, aunque fue recuperado en alguna parte del Amazonas al menos dos años antes.

Otro clic y otra foto: una imagen de la piedra desde un ángulo distinto. McCarter forzó la vista para tratar de distinguir los detalles.

—Como pueden ver —dijo Danielle—, la superficie de la piedra está extremadamente desgastada y la mayoría de las marcas son casi invisibles. Pero mediante un cierto tipo de análisis asistido por ordenador, llamado relieve de microdensidad, fuimos capaces de reconstruir algunas de las tramas, y los resultados son realmente sorprendentes.

La siguiente diapositiva mostraba la misma piedra, con un perfil generado por ordenador encima.

—Estos trazos sólo se corresponden con un único sistema de escritura conocido: los jeroglíficos mayas. Y estos dos glifos son bien conocidos. Uno es el nombre de una persona, Jaguar Quitze, que fue uno de los cuatro humanos mayas originales. El

otro, que sólo fue parcialmente reconstruido, creemos que representa a Venus, el lucero del alba.

McCarter estudió los trazos formados por el perfil dibujado por el ordenador. Eran claramente mayas en su estilo, pero la piedra de debajo estaba tan desgastada que se preguntó cómo podían haber sacado algo de ella. Quizá todo fuesen suposiciones bienintencionadas.

Mientras McCarter consideraba esto, Danielle siguió explicando más de la teoría del NRI:

—Ocho meses de trabajos nos han permitido encontrar diversos objetos que parecen confirmar la existencia del sistema de escritura maya dentro de los confines del Amazonas, pero ninguno de ellos ofrece una prueba tan definitiva como la única piedra que no hemos encontrado...

La siguiente imagen era diferente a las otras: una copia escaneada de una vieja fotografía color sepia, que incluso tenía una esquina doblada y decoloraciones marrones a lo largo de los bordes.

La foto mostraba a dos hombres junto a una gran piedra rectangular. Uno de ellos tenía los brazos cruzados al pecho y un pie sobre la piedra, el otro estaba en cuclillas a un lado, señalando algo de la cara de la piedra. La imagen recordaba a un par de pescadores posando junto a una captura notable.

—Esta foto fue tomada en 1926, en el curso de la primera expedición al Amazonas de Blackjack Henry Martin. Ese explorador salió de Manaos en abril de ese año y no regresó hasta marzo de 1927, cuando finalmente fue echado de la jungla no por las tribus nativas, los animales salvajes ni las nubes de insectos, sino por dos meses de torrenciales lluvias estacionales.

»Martin, como puede que algunos sepan, era una especie de famosillo de la época: un aventurero rico y, según él mismo se definía, un buscador de tesoros, que recorría el mundo en busca de artículos raros y valiosos, sobre todos aquellos que merecerían salir en los noticiarios cinematográficos.

»Y si bien no tenía ninguna educación oficial, Martin hizo la crónica de sus aventuras de un modo casi profesional, y antes de dejar atrás esta piedra, tomó esta fotografía, la midió e hizo un calco de la superficie. Desafortunadamente, ese calco fue destruido o perdido tres semanas más tarde, cuando se hundió el bote que llevaba buena parte de su equipo. Sólo se salvó el film de la expedición, que iba en latas estancas, que subieron por sí solas a la superficie unos minutos después del accidente. Como resultado, esta imagen es ahora lo único que tenemos de lo que Martin llamó la Gran Piedra de la Colina.

McCarter suspiró: ya lo había visto con anterioridad en su carrera, descubrimientos que se perdían tras haber sido hechos, artefactos recuperados tras estar un millar de años sobre el terreno, sólo para extraviarse o ser destruidos en

accidentes. Le dijo a Danielle lo que estaba pensando:

—He llegado a darme cuenta de que algunas cosas ocultas poseen un deseo, casi se diría que de ser pensante, de seguir permaneciendo del mismo modo.

—Estoy totalmente de acuerdo —aceptó ella—, pero en este caso esta fotografía sobrevivió, y nos ha dado nuestra siguiente pista.

Apretó el botón y apareció la siguiente diapositiva.

—Usando otro tipo de modelado por ordenador, uno que examina los ángulos de la fuente de luz y la densidad del sombreado, fuimos capaces de potenciar esta imagen, especialmente esta parte.

Usó un puntero láser para indicar partes específicas de la foto, y luego avanzó a la siguiente imagen: una vista ampliada y enmarcada de la Gran Piedra de la Colina, con el perfil de un nuevo glifo escrito encima.

Mientras lo estudiaba, McCarter lo reconoció, sintiéndose como si le hubiera alcanzado un rayo. Había visto aquel glifo muchas veces; durante una estancia de dos años en Yucatán lo había visto, lo había tocado y había reseguído su perfil una y otra vez.

—Siete Cavernas —susurró en voz alta—. Siete Cañones.

Danielle sonrió, por un momento pareció ensimismada.

—Siete Cavernas es otro nombre que usaban los mayas para *Tulum Zuyua*.

McCarter asintió educadamente. Susan Briggs estaba todavía más excitada.

—Asombroso —dijo Susan—. ¿Dónde halló Martin esa piedra?

—Según sus notas, Martin y un porteador descubrieron esta piedra el 16 de noviembre de 1926, en la ladera de una elevación prominente, a kilómetro y medio de la orilla de un afluente tributario del Amazonas que estaban explorando. La localización exacta es desconocida, ya que la única referencia geográfica que Martin ofreció fue su distancia respecto a otro monumento que había descubierto, un lugar al que llamaba o el Muro de los Perdidos, o bien el Muro de los Cráneos.

El nombre permaneció resonando en el silencio de la habitación y McCarter le echó una mirada de reojo a Susan: tenía los ojos como platos y su rostro estaba iluminado por el interés. «Esto es bueno para ella», pensó.

Danielle continuó:

—Las notas de Martin rememoran sus sentimientos cuando vio por primera vez ese muro —luego leyó, de un maltrecho ejemplar de su autobiografía—: «Este día hemos tenido una visión de prominencia y orden, tras tantos otros en una tierra de caos, desorden y la naturaleza en sus interminables formas enredadas. El muro es horrible, y sin embargo es notable. Al menos un millar de cráneos deben formar parte del mismo. Si eran enemigos o amigos, eso es algo que desconocemos, pues nos impidieron examinarlo los soldados de a pie de una tribu llamada *chollockwa*. Cuatro de ellos estaban plantados en la cima cuando llegamos a ella, con lanzas dispuestas y

adornos de plumas en sus cabezas, hombres orgullosos todos ellos, con la misma marcialidad de las mejores legiones de Roma.» —Danielle dejó de leer y añadió—: Les dieron la bienvenida. De hecho, según Martin, insistieron en que su llegada había sido predicha. Y los llevaron a su poblado en la selva, a unos días de camino por el río —resumió—: Usando esta información, junto con la ayuda de un comerciante local, que afirma haber oído hablar del muro y haber estado en algún lugar cercano, creemos que lo podremos hallar rápidamente, en una semana o dos a lo sumo.

Una semana o dos. McCarter casi se echó a reír al escuchar aquel calendario. Se preguntó si ella sabría lo absurdamente difícil que era localizar cualquier cosa dentro de la jungla. Pero, claro, aquél era el menor de sus problemas.

—Siento un gran interés —dijo—, especialmente por lo que Martin aparentemente halló ahí. Pero lo único que nos ha mostrado son unas imágenes con mucho grano, los escritos de un hombre que se da bombo a sí mismo y unas suposiciones generadas por ordenador que, con todos los respetos, sobre todo se parecen a las manchas de tinta que se ven en los tests de Rorschach. Me temo que se necesita mucho más para convencerme.

Seca pero educada, Danielle le dijo:

—No me esperaba menos, pero es que aún no he terminado...

Puso en la pantalla una imagen más, una foto que mostraba cuatro cristales claros hexagonales.

—Éstos son los cristales de Martin. Un grupo de objetos de cuarzo que nuestro intrépido explorador afirmó haber visto durante una ceremonia *chollokwan* para pedir la lluvia. Los cristales en sí no tienen nada destacable: están hechos de cuarzo con diversas inclusiones. Lo que sí resultó ser destacable es un objeto relacionado con ellos. Un objeto al que Martin llamó la Bandeja.

Danielle mostró la siguiente imagen: una superficie dorada con ranuras en la misma, una por cada cristal, más una quinta ranura no explicada.

—Ésta es la Bandeja. Está hecha en una aleación de oro y bronce similar al oro de dieciocho quilates de hoy en día. Los cristales de la anterior fotografía estaban colocados en ella, de ahí el nombre que le dio. Esta conexión fue de gran interés para Martin, pero nuestra investigación ha estado enfocada en algo que él prácticamente ignoró.

Pasó a un plano cercano de la Bandeja, una ampliación de la anterior fotografía, sin retoque alguno. Mostraba unos pequeños símbolos, grabados en el oro liso.

Mientras miraba a la pantalla, McCarter se quedó sin palabras.

Esta vez los símbolos se veían muy claros, perfectamente conservados en aquella superficie de metal no corrosivo. No había que hacer suposiciones, no era preciso un mejoramiento por ordenador. Los símbolos eran fáciles de leer en la fotografía no retocada y él los conocía. Representaban a *Xibalba*... el mundo subterráneo de los

mayas.

Danielle se lo explicó al resto del grupo:

—Este glifo representa un lugar que los mayas llamaban *Xibalba*, que era su equivalente a Hades o el Averno, que a veces es descrito como el lugar en donde moran los castigados y en otras ocasiones como los dominios en donde habitan los Señores de la Noche. Como al Infierno de Dante, se le consideraba un reino subterráneo. Incluso hay un famoso relieve que muestra *Xibalba* como un mundo espejo de la Tierra, con los xibalbanos y Los Señores de la Noche caminando invertidos en el techo de su mundo, con sus pies directamente debajo de los de aquellos humanos que están erguidos arriba, en la superficie de la Tierra.

—Impresionante —exclamó McCarter, absolutamente asombrado—. ¿Y está segura de que Martin halló esta bandeja en el Amazonas?

—Al parecer sí. Según él, los *chollokwan* se la mostraron antes de una celebración ritual, pensada para traer la estación de las lluvias. No era una danza de la lluvia propiamente dicha, pero más o menos seguía el mismo concepto.

—¿Y simplemente se la dieron?

Danielle alzó la vista al cielo.

—Eso es muy debatible... y no sólo en este caso, sino con muchos de los hallazgos de Martin. Pero, de acuerdo con su diario, cambió los cristales y la Bandeja por un telescopio, un mechero y una brújula.

McCarter se echó hacia atrás y cruzó las piernas.

—Me resulta difícil de creer —aseguró.

—Me apunto a eso —dijo Devers—. Para empezar, los *chollokwan* no son exactamente la gente amistosa y acogedora que nos presenta Martin. Son una tribu violenta. Cuando estuve allí, hace diez años, habían estado involucrados en un ataque a un equipo minero de la BrazCo: mataron a cinco miembros del equipo y muchos otros resultaron heridos. Unos años después de eso atacaron a una expedición de la FUNAI, la agencia brasileña que se supone que debe de cuidar de ellos y de los otros grupos nativos. Fue algo así como morder la mano que te alimenta...

McCarter asintió con la cabeza.

—Eso hace que sea dudoso que las cosas sucedieran como las cuenta Martin. Más posiblemente llevó a cabo las negociaciones a punta de pistola.

Danielle volvió a retomar el hilo de la conversación:

—Creo que estoy de acuerdo. Hay que suponer que no le apodaron Blackjack, o sea Cachiporra, por nada bueno. Pero no estamos aquí para enjuiciar al hombre, sino para tratar de determinar qué es lo que encontró allí. Y creemos que la Bandeja y los cristales vinieron de una ruina maya que los *chollokwan* saquearon durante sus viajes. Quizá incluso de ese mismo Muro de los Cráneos... eso, desde luego, suena a un lugar en el que los xibalbanos pueden haber dejado rastros de su presencia.

—Eso tendría sentido —admitió McCarter.

Susan se volvió hacia él:

—No puedo creerme que nadie lo viese antes. Es tan obvio que es una locura...

McCarter se acarició el mentón, preguntándose si ella hablaría de una locura buena o una locura mala. De lo único que estaba seguro era de que ya no parecía una locura estúpida. De hecho, cuanto más pensaba en ello, más excitado se sentía, casi mareado ante la posibilidad de que tuvieran razón... piedras con los nombres de los primeros humanos de la mitología maya, otras con el nombre descriptivo de *Tulum Zuyua*: Siete Cavernas. Ciertamente, todo apuntaba hacia algo de los inicios de la cultura maya. Y aunque las piedras hubieran sido interpretadas de un modo incorrecto por el programa de ordenador del NRI, la bandeja de oro no manipulada demostraba que habían escrito en maya en el Amazonas. Tal como Danielle había dicho la noche anterior, allí había algo.

—Nos vamos a la jungla —murmuró—. En base a lo dicho por Blackjack Martin y Stanley Morrison.

Se estremeció, como presa de un escalofrío.

—¿Qué terrible signo del Apocalipsis aparecerá luego?

—Vamos a viajar río arriba en barco, hasta la zona en que creemos que Martin encontró el muro. Una vez que lo localicemos, seremos capaces de examinarlo científicamente y de determinar su origen. Si, como sospechamos, resulta formar parte de un centro de población maya o pre-maya, entonces no estará sólo... deben de haber otras estructuras a su alrededor. Si el tiempo se mantiene bueno, empezaremos la excavación. Y si no es posible, marcaremos el punto en el mapa y regresaremos durante la estación seca.

McCarter dejó que sus ojos regresasen a la pantalla. Los símbolos grabados en el oro le devolvieron la mirada y pensó en el contraste: *Tulum Zuyua* y *Xibalba*... una especie de paraíso y las puertas del infierno. Un escalofrío le corrió por la espalda, sobresaltándole: no podía dejar de preguntarse con cuál de los dos se encontrarían.



# CAPÍTULO 11

Veinticuatro horas más tarde estaban en el río, navegando hacia el oeste a lo largo del tramo principal del Amazonas en un pequeño buque llamado *Ocana*, en la primera parte de un viaje de cinco días.

Aunque no podían verlo, estaban pasando por una parte del río conocida como «El Encuentro de las Aguas», en donde dos de los mayores ríos del mundo se combinaban para formar ese monstruo que es el Amazonas propiamente dicho. En aquel lugar, la limpia agua oscura del Río Negro fluía desde el noroeste, uniéndose a la arcillosa agua color café del Solimoes. El río combinado corría directamente hacia el este con un cauce tan ancho que desde una orilla pocas veces se veía la opuesta. Y, sin embargo, como dos sementales forzados a entrar en la misma cuadra, los ríos luchaban por mantener su propia identidad, juntándose pero manteniendo cada uno su propio terreno. Visto desde el aire, el Amazonas era dos ríos fluyendo el uno al lado del otro, uno negro y el otro marrón, que iban mezclándose lentamente a lo largo de los siguientes ochenta kilómetros.

A bordo del *Ocana* había surgido una situación parecida con el grupo, ahora unido al de Pik Verhoven y sus compañeros, mercenarios sudafricanos.

Con las armas que llevaban, la interminable retahíla de maldiciones que fluía de los labios de Verhoven y la cicatriz que serpenteaba por su cara, parecida a un trozo roto de alambre de espinos, él y sus hombres presentaban un aspecto intimidatorio que no animaba a mezclarse con ellos al resto del grupo. Y, aparte de Danielle, nadie les dirigió la palabra... no más de lo absolutamente necesario.

Tras haber visto a Verhoven humillar verbalmente a los porteadores y a su propia gente, Devers lo había llamado neanderthal... a sus espaldas, naturalmente. McCarter admitió un cierto desasosiego al tener alrededor a sudafricanos armados. E incluso Hawker, que conocía a Verhoven de sus tiempos en África, hacía poco más que clavarle miradas aviesas.

Habían informado a Danielle de que existía cierta animadversión entre los dos hombres, pero lo único que pudo sacarle a Verhoven por respuesta cuando le preguntó por Hawker fue un gruñido. Y éste tuvo una reacción aún más fría:

—Desde luego no tiene nada de amigo mío, el muy... Pero no es por eso por lo que lo ha traído usted aquí.

El sentido que le sacó a la respuesta de Hawker fue que cualquiera que se pusiese en el camino de Verhoven lo iba a pasar mal, posiblemente él incluido, pero especialmente cualquiera que fuese lo bastante estúpido como para atacar a su equipo. Lo que la reconfortó, a pesar de que persistiese la tirantez entre los dos hombres.

Con esta dinámica división a bordo, el *Ocana* viajó hacia el oeste por el lado

norte del río, sobre las aguas manchadas de taninos del Negro.

Hacia media mañana Manaos y su atestado tráfico fluvial habían quedado atrás. Hacia el mediodía estaban pasando por una zona llamada los Analvilhanis, una extensión del río en donde había centenares de islas y que era el hogar de millares de pájaros acuáticos. En ese punto, su única compañía eran botes de pesca y algunos transbordadores, con sus pasajeros observando los pájaros acodados en las barandillas de los costados. Hacia el final de la tarde, con el calor del día cayendo sobre ellos, el *Ocana* ya había dejado atrás el archipiélago... y mientras Danielle observaba el horizonte, parecía que estuvieran solos.

El aislamiento le trajo una momentánea sensación de paz: ahora estaba entre dos peligros, uno había quedado muy atrás y el otro, que le parecía mucho más siniestro se alzaba, en algún punto por delante.

# CAPÍTULO 12

La pálida luz de la luna, ya en lo alto, llegaba a través de pequeñas aberturas entre los árboles. No era mucho como luz, especialmente cuando las sombras ya se habían afirmado, pero era lo bastante como para ver, suficiente para que el joven *nuree* pudiese seguir a su presa.

Atravesó la espesura silenciosamente, siguiendo el rastro del animal al que estaba cazando, un gran tapir marrón de unos ciento veinte kilos. Pisaba sigilosamente, pues no quería perder la oportunidad que tenía ante él. Había sido una larga cacería y el animal era la primera pieza de caza mayor que veía en semanas. Y si le oía, correría de vuelta al río en el que pasaba los días, esperando poder ir en busca de su comida.

Se movió cuidadosamente por entre la maleza, haciendo una pausa cuando captó un nuevo olor: humo. No el placentero aroma a madera de un buen fuego, sino el acre y pútrido hedor de algo que había ardido y ya se había apagado.

Un minuto más tarde llegó a la fuente del olor: en un pequeño espacio entre los árboles se veían los rescoldos de algo que parecía un montón de compostado: pilas de ramas y de hojas, y los restos quemados de matorrales, yacían ennegrecidos y apagados. Un hilillo de humo gris permanecía por encima, aferrado al lugar como una aparición.

Se acercó más al montón, que al quemarse no había conservado su forma: uno de los costados se había derrumbado, y la capa superior se había deslizado hacia el suelo. Incluido en esa capa estaba el cuerpo de un ser humano, quemado hasta ser irreconocible. Miró los huesos ennegrecidos.

—*Chokawa* —musitó disgustado, la palabra con que los *nuree* designaban a la gente del pueblo *chollokwan*, aquella extraña tribu errante que, en ocasiones, se encontraba al borde de las tierras de su pueblo, atacando a cualquiera que entrase en lo que consideraban su territorio. Su tío temía a aquella gente, le decía que no se les acercase y les llamaba «los hombres de las sombras, los que controlan al Indele».

Por su parte, el joven no sentía ese mismo miedo, aunque se detuvo un instante ante aquel extraño lugar: ahora sabía, con toda seguridad, que había entrado en territorio *chollokwan*, y su propio nivel de aprensión aumentó. Por un momento pensó en dar la vuelta. Pero sus ojos se toparon de nuevo con la pista del tapir, y decidió seguir adelante.

Minutos más tarde pudo oír al animal, revolviendo entre los matorrales. Se detuvo, viéndolo finalmente por primera vez, rebuscando entre el sotobosque el tipo de vegetación que le gustaba. Alzó su lanza, tensó el cuerpo y lanzó el arma hacia delante.

La lanza voló certera, golpeando al animal en el costado. El tapir chilló del dolor al sentir el impacto y corrió hacia lo más espeso de la selva. El cazador *nuree* corrió

tras él, con los árboles y los matorrales azotándole los costados. Siguió al animal fugitivo por el ruido que hacía, escuchando su laboriosa respiración, sus gruñidos y su cuerpo aplastando el follaje.

A pesar de la herida el tapir era rápido: temiendo por su vida, corría desesperadamente. Pero el cazador era igualmente rápido y le iba ganando terreno. Oyó un fuerte y súbito chillido delante, y supuso que el animal finalmente había caído, pero cuando llegó al punto sólo halló su lanza tirada en el suelo, manchada de sangre y rodeada de puñados de pelo oscuro; pero del tapir no había ni rastro.

Por un segundo se imaginó que se habría desprendido de la lanza agitándose y escapado, pero sus huellas simplemente se acababan. Era como si se hubiera desvanecido en el aire.

Tomó su arma, examinando la punta para asegurarse de que estaba intacta. Mientras lo hacía, sus orejas captaron un ligero roce que venía de los matorrales por delante de él. Se puso en tensión, forzando el oído. En el silencio escuchó el sonido de una respiración superficial. Con su lanza dispuesta, el cazador avanzó cuidadosamente hacia los matorrales, alzando el arma por encima de su cabeza y empujándola hacia abajo con toda su fuerza.

La punta tocó contra algo sólido y se desvió. El asta se hizo pedazos, sacudiéndole las manos. Una forma negra se lanzó contra él desde la hojarasca. Vio el destello de unas mandíbulas y unos dientes como dagas, olió el hedor de la carne putrefacta.

Fue lanzado hacia atrás por el impacto, con dos heridas cruzándole el pecho en un corte diagonal. Se estrelló de cara contra el suelo y trató de escapar a gatas, pero la cosa le clavó los dientes en las pantorrillas y estiró de él hacia atrás.

Chillando de dolor y resbalando sobre el suelo, el *nuree* se agarró a una gruesa raíz que salía de la tierra. La rodeó con sus manos, deteniendo por un momento el deslizamiento y estremeciéndose de angustia cuando su atacante tiró de él y su cuerpo se tensó en el aire como una cuerda estirada.

Aulló cuando los músculos de sus pantorrillas se rompieron, agitándose locamente por el ardiente dolor hasta que la cosa lo dejó caer de nuevo al suelo. Apretando los dientes, el cazador se arrastró hacia adelante, pero el respiro sólo duró un segundo, y arqueó la espalda agonizante cuando las dagas se hundieron de nuevo en sus piernas, esta vez en los fuertes músculos de detrás de sus caderas.

La cosa estiró hacia atrás de nuevo, y esta vez se le soltaron las manos. Se deslizó hacia atrás, arañando el suelo, buscando desesperadamente otro asidero y gritando de miedo, mientras desaparecía entre la enmarañada espesura.

# CAPÍTULO 13

La oscuridad llenaba el interior del laboratorio, sólo rota por los puntos de luz de los LED coloreados y el brillo de varios monitores de ordenador. La organización simétrica de la sala y el que hubiera sido construida expresamente hacía pensar en una instalación gubernamental de alto nivel, como el Centro Espacial Johnson de la NASA o las oscurecidas salas de Control de Tráfico Aéreo. Pero el laboratorio no era una instalación gubernamental, y los dos hombres que lo ocupaban no pertenecían a la burocracia federal. Nada tenían que ver las esferas oficiales, más allá de estar haciendo pruebas a unos objetos que anteriormente habían sido propiedad del Instituto Nacional de Investigaciones.

A medida que los datos iban apareciendo y que los números en las pantallas fueron cambiando lentamente, los dos hombres reaccionaron con expresiones opuestas. El primero, alto, de cabello negro carbón y a mediados de la cincuentena, mostró una sonrisa satisfecha: era una expresión de complacida confianza, acentuada por su postura, relajada y decidida, y por un caro traje hecho a medida.

Su nombre era Richard Alexander Kaufman. El laboratorio le pertenecía, al igual que el edificio de veinte pisos que lo rodeaba, con sus aerodinámicas líneas anguladas y su fachada de cristal azul zafiro.

Kaufman era el director y principal propietario de la Futrex Systems Inc., uno de los mayores contratistas privados de Defensa. Y, si bien la Futrex recibía miles de millones procedentes del presupuesto anual de Defensa, no fabricaba ni cañones, ni bombas, ni misiles. La Futrex creaba poder para los militares mediante el mundo virtual de los ceros y los unos: diseñaba sistemas para los ordenadores, redes de datos y programas hiperveloces, que se basaban en un tipo de arquitectura llamada «procesado masivo en paralelo». Los programas de la Futrex se usaban para diseñar y probar las plataformas de armas, unían los satélites y aviones de alerta avanzada a los barcos, los tanques y soldados en tierra. Era un chorro de datos, inquebrantable y en tiempo real, que los militares consideraban tan vital para la seguridad nacional, que en sus contratos le pagaban a Kaufman un jugoso extra, para que no usase esa arquitectura, diseñada por él, para ningún otro propósito. Como resultado, la Futrex no tenía ninguna presencia en el mundo civil y, como era de propiedad privada, no cotizaba en ningún mercado de valores. El resultado era algo muy raro en el moderno mundo industrial: una gran empresa, valorada en veinte mil millones de dólares, de la que prácticamente nadie había oído hablar.

Dos décadas de tal éxito le hubieran bastado a la mayoría de la gente, pero no a Richard Kaufman. Él quería estar en la siguiente ola del progreso, buscaba una posibilidad incondicional de éxito, una posibilidad de cambiar el mundo y, lo que quizá era lo más importante para él, una posibilidad de mostrarles a todos que

justamente había hecho eso. Y, tal como estaban las cosas, tenía el dinero, el poder y los expertos para lograrlo. Lo único que necesitaba era hallar el camino justo por el que llegar a su objetivo, y llevaba buena parte de una década buscándolo.

Kaufman miró al hombre que tenía a su izquierda:

—¿Lo ves? —dijo ufano—. Los datos son correctos.

El hombre que tenía al lado parecía exasperado. Más joven, aunque ya próximo a la cuarentena, Norman Lang iba vestido al modo casual de los estudiosos universitarios: pantalón de pana y camisa de franela sin meter bajo el cinturón, todo cubierto ahora por una bata de laboratorio. Su escaso cabello estaba repeinado y su barbita de chivo cuidadosamente recortada. Lang era el principal científico de Kaufman en las áreas de inusual interés: el mago, jefe de su equipo de magos... por así decirlo. Pasaba su tiempo trabajando en las investigaciones a largo plazo, prácticamente se pasaba la vida en el oscuro laboratorio de Kaufman, tratando de tender puentes entre lo teórico y lo factible. Aún seguía luchando.

Lang se rascó la cabeza y luego se quitó las feas y negras gafas de montura de plástico, frotándose las marcas que le habían dejado en el puente de la nariz.

—No pueden ser correctos —dijo al fin, abriendo los ojos—. Es imposible. Los datos están en directa oposición a las leyes conocidas.

Kaufman había estado esperando esto; puso una mano sobre el hombro de Lang.

—Deja de preocuparte por lo conocido, y empieza a pensar en lo desconocido.

Lang volvió a ponerse las gafas.

—Lo desconocido —dijo—. ¿Quieres decir cosas como de dónde provienen estos cristales? ¿Te refieres a ese tipo de desconocimiento?

—Ya hemos pasado por esto antes —le advirtió Kaufman—. Ya te he dicho que hay ciertas preguntas que es mejor que no me hagas, y esa en particular...

Lang no pareció arredrarse.

—Mira, si deseas que avance con esto, tendrás que darme más información, empezando por de dónde provienen estas cosas...

Kaufman estudió a Lang. Quizá sí que necesitase algo más. Incluso si no lo necesitaba ahora, lo precisaría para dar el siguiente paso.

—Escúchame —le dijo a Lang—. Si tomamos ese camino ya no habrá vuelta atrás. ¿entiendes? Y si esta información saliese de aquí eso tendría consecuencias, tan considerables como rápidas. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

Lang dudó:

—¿Acaso estamos quebrantando alguna ley?

—Hasta este momento —le aseguró Kaufman—, tú no has quebrantado ninguna ley.

Lang estaba nervioso, miró hacia sus papeles y los colocó bien.

—¿Estás buscando lo que yo creo que estás buscando?

—Dímelo tú —replicó Kaufman—. ¿Qué es lo que te sugieren los datos?

—Que estás de nuevo tras la pista de la fusión. Que otra vez estás considerando la fusión como una posible fuente de energía, y que crees que esos cristales podrían llevarte en la dirección correcta.

La fusión como una posible fuente de energía... desde luego, eso es lo que se esperaba que fuera algún día. Después de todo, la fusión nuclear había dado la bomba de hidrógeno, y un tipo similar de reacción es lo que le daba energía al sol, en donde presiones inimaginables fusionaban miles de millones de toneladas de hidrógeno, cada minuto de cada día.

La teoría decía que si se pudiera controlar un proceso así, sin incinerar ciudades enteras, esa forma de fusión sería la fuente de energía del siglo XXI... la solución a un mundo que se ahogaba con los humos, que sudaba por el calentamiento global y que, según decían, estaba quedándose sin combustibles fósiles.

Este tipo de fusión tenía un nombre específico: fusión caliente. Con la fusión caliente lo que estaba al orden del día era la gran ciencia, los presupuestos enormes y las máquinas monstruosas, que consumían miles de veces más energía de la que era posible que jamás creasen. Se habían gastado miles de millones en los anteriores aparatos y miles de millones más iban a parar al siguiente intento, una tremenda construcción en el sur de Francia llamada ITER, a la que llamaban, un tanto engreídamente: «El Camino». Pero los avances eran lentos: ni siquiera su construcción estaría terminada antes del año 2016, e incluso entonces, si todo iba como estaba planeado, eso sólo llevaría a prototipos mayores y más caros.

En realidad ni siquiera los más optimistas pensaban que pudiera haber un sistema que funcionase antes de cinco décadas, y según los más realistas se tardaría el doble; por lo que lo más probable era que la fuente de energía del siglo XXI no llegase hasta algún momento de inicios del XXII. Y esa fecha era demasiado lejana para Richard Kaufman. Su objetivo era otro tipo de fusión, mucho más controvertido: la fusión fría... un concepto más reducido, pero que había quedado permanentemente manchado por el escándalo de su nacimiento.

—Por tu respuesta —dijo Kaufman—, supongo que esos cristales parecen aptos para un aparato de ese tipo, ¿cierto?

—Sí —le contestó Lang—, eso es exactamente lo que te estoy diciendo. No sé de quién los habrás conseguido, pero ese alguien ha estado experimentando con la fusión fría.

—¿Estás seguro? —inquirió Kaufman.

—Tan seguro como se pueda estar. El elemento primario de la inclusión es el paladio. Casi todos los experimentos con la fusión fría que han tenido éxito han empleado paladio. Incluso Fleishman y Pons usaron paladio, antes de ser quemados en la hoguera como herejes.

Fleishman y Pons eran los investigadores que habían descubierto la fusión fría. Habían recibido parabienes por un tiempo, antes de que los partidarios de la fusión caliente atacasen sus experimentos, pobremente contruidos, y destruyesen implacablemente su reputación. Desde entonces, la sola idea había sido evitada, tratada como un engaño y un timo; las revistas científicas se negaban a publicar artículos sobre el tema y las principales universidades prohibían a sus miembros trabajar en ese campo: de hecho, el expresar interés por ese tema era considerado como el toque a difuntos para la carrera del interesado.

—Paladio —repitió Kaufman arqueando una ceja—. Interesante, pero eso no prueba nada.

—No —aceptó Lang—, pero esto sí.

Tomó de un montón una impresión de ordenador y se la entregó a Kaufman:

—Indicaciones de trasmutación metálica en la inclusión: trazas de plata y de cobre en la punta. Y... —hizo una pausa—: un mensurable residuo de tritio gaseoso, atrapado.

Kaufman estudió el documento, impresionado por la magnitud del momento. El tritio era el elemento que, concretamente, habían estado buscando: un producto radioactivo de desecho que sólo podía producirse durante una reacción nuclear de algún tipo. Las otras propiedades de la inclusión eran poco comunes y muy extrañas, aunque casi podrían ser explicadas... de no haber sido por la presencia del tritio. El cristal tenía que haber sido utilizado en una reacción que liberaba energía en forma nuclear, y su persistencia sólo podía significar que la reacción había sido algún tipo de fusión fría.

Kaufman alzó la página:

—¿Estás seguro?

—Totalmente —afirmó Lang, y luego añadió—. Entonces... ¿volvemos a estar en camino?

Hacía varios años que Kaufman había subido a Lang a bordo, poco después de que hubiera sido puesto en la lista negra de la ciencia oficial por haber intentado publicar datos falsos sobre un experimento de fusión fría realizado por él. Kaufman le había permitido repetir los experimentos, esta vez con estrictos controles sobre ellos y, en buena parte, Lang había tenido éxito. Pero por aquel entonces su trabajo era demasiado teórico, así que Kaufman había terminado con el experimento, y eso era algo que Lang jamás había acabado de digerir del todo. Desde entonces, le había utilizado para todos los esfuerzos a largo plazo de su empresa, para todas las investigaciones que podían traer la siguiente ola de la ciencia... pero, hasta que no había sabido que el NRI trabajaba en la fusión fría, no había vuelto a tocar aquel tema.

—Aún no, pero alguien podría estarlo



—Naturalmente —supuso Lang—. Esto te lo ha dado alguien de Los Álamos, ¿no? Sabía que allí estaban trabajando en ello... los muy bastardos. De un modo u otro, esto viene del gobierno... ¿a que sí?

Kaufman dejó el impreso.

—Sería más exacto decir que nos ha venido vía el gobierno.

Lang miró a otro lado, vacilando por un instante, y luego pidió oír la historia:

—Explícamelo.

—¿Has oído hablar del NRI?

—Claro que sí.

—Tenemos un informador en esa organización, situado lo bastante arriba como para poder contarme cosas acerca de su proyecto, y también como para poder retirar estos objetos de su cámara de almacenaje. Aunque lo cierto es que dudo mucho que siquiera se hayan enterado de que les faltan.

Kaufman contempló cómo su científico digería todo lo que le había dicho: el rostro del hombre era tranquilo, calculador. Lang podía ser arrogante a veces, incluso con Kaufman, pero sabía quién le tenía atado con una correa y por qué. Y parecía aceptar lo que le había dicho. Kaufman volvió al asunto que tenían entre manos:

—Hablemos de esos problemas.

Lang asintió.

—Para empezar, los cristales son primariamente de cuarzo. Pero están repletos de unas líneas microscópicas, dispuestas en tramas geométricas precisas. He dicho que son microscópicas, pero eso no es cierto, en realidad no: las líneas son más pequeñas que eso, mucho más... casi de tamaño molecular. Estoy hablando de un grosor de varios angstroms. No sé cómo fueron hechas ni para qué son, pero se comportan como canales de fibra óptica, dirigiendo unas longitudes de onda específicas de luz a través del cristal, mientras que impiden el paso de otras. El efecto sólo es visible bajo una luz polarizada.

—¿De qué longitudes de onda estamos hablando?

—Del espectro de alta energía: violeta, ultravioleta y más allá, posiblemente incluso los rayos X y gamma. Los túneles están presentes en los cuatro cristales y son similares en los cristales que contienen las inclusiones. Pero la trama en los otros dos es mucho menos compleja —Lang hizo una pausa—. Casi parece como si aún estuviesen por hacer. Ya sabes, como unos CD vírgenes. O como un trozo de metal que aún no ha sido trabajado, para convertirlo en una herramienta.

Kaufman asintió con la cabeza, escuchando, pensando.

—¿Alguna idea del proceso que usó el NRI en esas cosas?

Kaufman negó con un gesto.

—Una pena —dijo Lang—, porque el siguiente problema es todavía más peliagudo: los cristales con las líneas más complejas son geoméricamente precisos.

Y lo que quiero decir con eso es que, a un nivel molecular, las facetas están correctamente dispuestas, tanto en línea como en simetría: cero desviación de una norma teóricamente ideal. En otras palabras: son perfectas.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Que es una imposibilidad física —le explicó Lang—. Todos los cristales muestran distorsiones... todos. Es algo basado en cómo se forman. No importa de dónde vengan: los cristales se generan, molécula a molécula. Y eso es cierto tanto para los que se originan en las profundidades de la tierra, como para los que lo hacen en un laboratorio estéril: siempre hay distorsiones. Pero a éstos no les he encontrado ninguna, y te aseguro que eso es imposible.

La sonrisa de Kaufman se amplió y luego desapareció. El juego se había acabado.

—Te voy a aclarar las cosas: tus conclusiones concuerdan con lo que descubrió el NRI —metió la mano en el bolsillo y sacó uno de los lápices de memoria que le había entregado su contacto—. No te di antes todos los datos porque quería que estudiases eso sin preconcepciones. Y tengo que admitir que lo has hecho muy bien.

Lang agitó la cabeza:

—No lo entiendes... es un enorme problema teórico.

Antes de que Kaufman pudiera contestarle, sonó su móvil y él se echó un poco hacia atrás.

—¿Qué pasa?

—Hemos estado controlando los hospitales, como nos pidió —le respondió una voz con fuerte acento alemán—, y hemos encontrado a un hombre que puede interesarle. Se llama Palmer y está en un pequeño hospital en las afueras de Manaos. Ingresó hace diez días, tras pasar algún tiempo en una clínica río arriba. Aparentemente estaba bastante mal al principio: deliraba, sufría agotamiento, deshidratación y desnutrición, así como una fractura múltiple de su pierna derecha. Pero el caso es que está vivo y está aquí.

—¿Cuál es su historia?

Fuertes traumas, además de otros problemas por haber estado expuesto a los elementos y sin víveres, ése era el tipo de cosas que Kaufman andaba buscando. Sin embargo no casaba del todo: no había nadie llamado Palmer en la lista de empleados de la NRI.

—Compruébenlo —dijo—. Probablemente se trate de un turista engreído, que se cree un gran explorador.

—También pensábamos eso —dijo la voz—, hasta que mencionó a Helios.

Era muy poco corriente que Kaufman se quedase sin palabras, pero, por un instante, guardó silencio. Helios era el dios griego del Sol, un nombre que Kaufman y su contacto habían elegido como palabra clave para emplearla cuando el hombre necesitase ser extraído de la selva pluvial; les había parecido apropiado.

—¿De dónde ha obtenido ese nombre?

—No de nosotros —afirmó la voz—. Empezamos a hablar con él, preguntándole por sus heridas y cómo se las había hecho y, al cabo de un rato, él dijo de sopetón que trabajaba para Helios.

—¿Que trabajaba para Helios? —repitió Kaufman. El nombre era correcto, pero la afirmación errónea—. ¿Está seguro de que ésas fueron sus palabras?

—Absolutamente. Quería saber para quién trabajábamos nosotros y, como no se lo dijimos, nos dijo que él trabajaba para Helios y que deberíamos saber lo que eso significaba. Dice que tiene algo que puede interesarle a Helios. Algo que le dará sólo en persona.

—¿Habéis tratado de convencerle de que os lo dé a vosotros?

—Hemos hecho todo lo posible, pero está en un hospital...

Kaufman se dio cuenta en silencio de su dilema.

—De acuerdo, no le perdáis de vista y aseguraos de que no es un agente del NRI plantado para dejarnos al descubierto. Una vez lo hayáis comprobado, me reuniré con vosotros y, entonces, cuando esté dispuesto, me verá con él. Pero que no se vaya ninguna parte sin nuestra aprobación, ¿entendido?

Cuando el hombre al otro lado de la línea afirmó entenderlo y colgó, el rostro de Lang se había vuelto de un enfermizo tono verdoso. En el silencio del laboratorio, había podido escuchar toda la conversación y su anterior calma se había evaporado.

Kaufman se dio cuenta del cambio.

—¿Sabes por qué te elegí? —le preguntó, metiéndose el móvil en el bolsillo.

—Porque sé más que nadie sobre la fusión fría —le contestó secamente Lang.

—No —le corrigió Kaufman—: porque estás dispuesto a mentir, con tal de probarle al mundo que tenías razón. Creo que ésa es la mejor de tus cualidades.

Lang se mostraba silenciosamente irritado, y Kaufman supuso que el científico estaba tratando de convencerse a sí mismo de que le habían engañado para hundirlo en las aguas profundas en las que ahora se veía nadando. Kaufman sabía que no era así: en el momento en que se hallaba de su carrera, Lang ansiaba el reconocimiento público tanto como él mismo, o tal vez más. Y si ésta era su oportunidad de demostrar que él estaba en lo cierto y el resto del mundo equivocado, entonces, pensaba Kaufman, no iba a dejar que nada se interpusiera en su camino.

—Prepárate —le dijo—. Nos vamos a Brasil.

# CAPÍTULO 14

Danielle estaba en pie en la proa del *Ocana*, mirando hacia delante como era su costumbre. Era media mañana del quinto día de su viaje y estaban acercándose al afluyente por el que era más probable que hubiesen viajado Culaco y también, en su día, Blackjack Martin. A medida que se iban acercando a su destino, Danielle parecía más concentrada y preocupada. Se daba cuenta de que cada vez hablaba menos, y de que sospechaba de todo lo que la rodeaba: una mirada rara de uno de los hombres de Verhoven, un avión que había pasado casi directamente por encima de ellos y que había parecido entretenerse demasiado por allí.

Se obligó a sí misma a tranquilizarse, tratando de relajarse. Pero, mientras contemplaba el río que se extendía ante ella, divisó un objeto flotando en la superficie, casi directamente en su mismo curso. Había algo extraño en él, algo fuera de lugar. Forzó la vista, tratando sin éxito calcular su tamaño, e incapaz de quitarse de encima la sensación de que se trataba de algún tipo de mal presagio.

—Apaguen el motor —gritó hacia atrás—. Hay algo en el agua.

Su grito llamó la atención de los otros. Verhoven cruzó una mirada con ella y empezó a moverse hacia la parte delantera del barco.

—¿Lo ve? —le preguntó, señalando con el dedo.

—Ajá.

—Bloqueémoslo antes de que pase.

Mientras Verhoven tomaba uno de los largos remos que llevaba el barco, los demás se reunieron a su alrededor.

Carlos, el capitán del *Ocana*, apagó el motor y colocó el barco de lado. Cuando cesó su inercia, el barco se quedó parado y, poco después, el objeto golpeó sin fuerza contra su costado. Verhoven lo atrapó allí con el remo.

Una primera mirada los sorprendió a todos.

—¡Oh, es repugnante! —exclamó Susan.

Para los que no lo podían ver, Danielle se lo explicó:

—Es un cadáver.

Era el cuerpo de un nativo, flotando boca abajo en el agua, rodeado por una maraña de ramas, hojarasca y otros restos flotantes. Sus piernas quedaban sumergidas bajo el agua, dejando sólo visibles la parte trasera de su cabeza y la mitad superior de su torso.

—¿Puede limpiarlo un poco? —preguntó Danielle, con tono gélido y clínico.

Verhoven usó la punta del remo para apartar algunos de los restos. Empujó la maraña de ramas que se había pegado al cadáver y apartó un tronco, de un metro de largo, que flotaba junto a la cabeza del hombre. Lo empujó con el remo, pero el cuerpo también fue arrastrado con el madero, y sus manos subieron a la superficie.

Un delgado cordel unía cada muñeca al tronco.

El sudafricano escupió un salivazo de jugo de tabaco por encima de la borda.

—Está atado a esa jodida cosa.

Danielle podía ver los trozos de la burda cuerda indígena en cada muñeca. No era una buena señal, y desde luego era algo que hubiese preferido que no viesen los demás.

Pero lo habían visto, y como los mirones en un accidente de automóvil, se empujaban los unos a los otros para ver mejor, contemplando cómo Verhoven usaba el remo para tratar de maniobrar mejor con aquello del agua. Gracias a sus esfuerzos, el cuerpo se movió y fue girando lentamente, hasta al fin quedar boca arriba. Los mirones lo contemplaron en silencio. El rostro moreno, enmarcado en un cabello negro y mojado, parecía relativamente intacto, como si lo que fuese que lo había matado hubiera decidido no tocarlo, pero el torso mostraba cicatrices de diversos ataques, dos grandes orificios en el pecho, un par de grandes tajos que iban desde su hombro izquierdo hasta su estómago, y un grupo de bulbosas hinchazones: unas ampollas esféricas y negras de la forma y el tamaño de media lima.

Polaski hizo la pregunta que todos tenían en mente:

—Pero, ¿qué es lo que le ha pasado?

Danielle miró a los agujeros del pecho: eran demasiado grandes y circulares.

—¿Son eso heridas de balas?

Verhoven negó con la cabeza:

—Demasiado grandes. No se puede hacer un agujero así, sin que por detrás quede otro del tamaño de un túnel de tren. Y no veo ningún orificio de salida...

Ella necesitaba una opinión médica:

—¿Doctor Singh?

Mientras Singh se movía hacia la parte delantera del grupo, para poder ver mejor, Verhoven ofreció una hipótesis:

—Parece como si lo hubieran atacado con una lanza. Un par de golpes con un palo en punta, quizá.

El doctor Singh se puso en cuclillas al borde de la cubierta del *Ocana* y estudió los agujeros del pecho. Estuvo de acuerdo con Verhoven, haciendo notar que el daño de la piel indicaba movimiento en ambos sentidos:

—Algo entró y luego salió. No atravesó.

Danielle miró a las oscuras hinchazones. Algunas de ellas mostraban roturas desiguales, como si hubiesen estallado. Otras mostraban un corte más limpio, como si las hubiesen sajado a propósito, quizá para que no estallaran. Dirigió la atención de Singh hacia una:

—¿Qué le parece eso? ¿Quizá algún tipo de infección?

El doctor Singh negó con la cabeza:

—No hay descarga —dijo, acercándose todo lo más que podía y olisqueando el aire—. Ni tampoco hay olor a infección. De hecho, no hay mucho olor a nada. Yo diría que este hombre ha muerto recientemente, durante las últimas veinticuatro horas. Y probablemente hace menos.

—¿Y esas hinchazones? —preguntó Danielle, con visiones del grupo cubierto de pústulas bailándole por la mente.

Devers secundó sus temores:

—Sí, por favor. Díganos que no es Ébola o algo así

—Más bien parece una reacción a alguna cosa —le contestó Singh—. Como una quemadura química o la hinchazón que sale tras recibir un golpe, aunque no puedo decirlo con seguridad. Tal vez la piel y los tejidos fueron dañados por un golpe y después se hayan hinchado desproporcionadamente por estar en el agua. Pero no creo que sea por una enfermedad. —Se volvió hacia Devers—: Y el Ébola sólo se encuentra en África.

Devers asintió:

—Es bueno saberlo. El hielo permanente en Siberia, el Ébola en África. ¡La de cosas que estoy aprendiendo en este viaje!

Danielle miró a Devers con rostro severo. Le puso una mano encima y lo apartó de la borda del barco, de vuelta con el resto de la gente.

—Quieto —le ordenó, con una mirada seria. Lo que menos necesitaba ahora era su gimoteo de hiperactivo.

Se volvió hacia el doctor Singh:

—¿Qué más puede decirnos?

—¿Podría ver sus piernas, por favor?

Era más fácil pedirlo que hacerlo. Verhoven estaba usando el remo para impedir que el cuerpo se alejase flotando, y cada vez que disminuía la presión, la débil corriente que se había formado a ese lado del barco comenzaba a moverlo. Se volvió hacia Roemer, que era su mano derecha:

—Coge otro remo.

Roemer lo tomó y fue al lado de Verhoven. Intentó hacer palanca para subir las piernas del cadáver, pero era toda una lucha, y les llevó un minuto darse cuenta del porqué: las piernas estaban atadas a una pequeña red, llena de piedras.

—¡Vaya un modo jodido de tratar a un hombre! —dijo Verhoven, escupiendo para enfatizar el comentario—: una boya para mantenerlo a flote, y un peso para hacer que las piernas estén abajo. El chico debió de cabrear mucho a algún jefe.

Roemer parecía disgustado:

—Malditos nativos —espetó.

En aquel momento, McCarter se había colocado junto al doctor Singh.

—Es verdad: los hombres civilizados nunca hacen cosas como ésta.

Roemer iba a contestarle, pero una severa mirada de Verhoven le contuvo, y McCarter se arrodilló junto a Singh, para ayudarlo a examinar el cuerpo. Estudiaron el bramante allá donde rodeaba las muñecas: había algo de decoloración, pero poca indicación de roce o fricción.

—Lo mataron primero, y luego lo ataron —comentó Verhoven—. Parece un extraño modo en que hacer las cosas.

—Bueno, parece que también lo han atacado unas garras —añadió Roemer, señalando a los largos cortes paralelos—. Quizá lo matasen y luego lo atasen para entregárselo a los animales como una especie de ofrenda.

McCarter agitó la cabeza:

—Jamás he oído que una tribu amazónica hiciese algo así. Además, si un animal le hizo eso supongo que también se lo habría comido, ¿no?

Danielle, en silencio, no estaba de acuerdo: a menudo, los comerciantes con los que Moore y ella habían hablado les habían contado historias acerca de las diferentes tribus, muchas de ellas demasiado inverosímiles y absurdas como para poder creerlas. Quizá fuera echarle algo de sabor local para que aquellos extranjeros se decidiesen a comprarles sus chucherías; pero, verdaderamente, muchos de ellos les tenían miedo a los *chollokwan*, y las historias sobre ellos siempre parecían incluir extrañas mutilaciones como aquéllas: cuerpos quemados... empalados y quemados; hombres que cazaban a hombres en conjunción con las bestias de la selva. Los hombres de las sombras, la peste, los hombres que sabían de los Indele.

Mientras miraba a aquel redondo rostro nativo, pensó en Dixon y su pelotón perdido. Se preguntó si no hallaría más adelante a aquellos hombres, mutilados y flotando en algún punto del río. Esperaba que no, por muchas razones. Pero en el mismo momento en que Danielle proyectaba hacia adelante el significado del incidente, los demás estaban sobreponiéndose al sobresalto inicial del descubrimiento y dando paso a una morbosa curiosidad. Varias teorías empezaron a circular, y de repente el doctor Singh vio cómo el lugar en donde él estaba quedaba atestado por aquellos que pensaban que tenían que dar una mirada más de cerca.

Tras varios minutos, incluso Hawker se adelantó. Estudió el cuerpo solo un momento.

—Muy bonito —dijo, y luego se volvió hacia Devers—. ¿Puede usted decirnos de qué tribu es?

El muerto estaba desnudo, sin ninguna señal que lo identificase, ni siquiera adornos.

—No —le contestó Devers—. ¿Por qué?

Hawker señaló con la cabeza hacia la distancia, por delante de ellos.

—Porque alguien parece tan interesado en él como lo estamos nosotros...

Danielle alzó la vista y vio a un trío de canoas nativas que estaban llegando hasta

ellos, remando a un ritmo frenético. Iban dos hombres en cada bote, bogando furiosamente, al tiempo que gritaban. Su ritmo y sus gritos estaban llenos de una loca furia, toda ella dirigida contra el *Ocana* y sus boquiabiertos ocupantes.



## CAPÍTULO 15

Danielle contempló las canoas que se acercaban. Seis hombres en unos pequeños botes no eran demasiada amenaza, pero estaban muy enfadados y la precaución exigía que estuviera preparada. Se volvió hacia Carlos:

—Ponga en marcha el motor.

—¿Quiere que nos alejemos de ellos?

—No, quiero hablar con ellos. Pero esté preparado —miró a Verhoven, que aún estaba sujetando el cuerpo contra el costado del *Ocana*.

—Suéltelo.

Verhoven le dio al cadáver un empujón, y éste se dirigió lentamente hacia la popa de la embarcación y luego río abajo, con el pacífico fluir de la corriente. Por delante de ellos las canoas estaban acercándose y ni la intensidad de los gritos ni la de las paladas había disminuido.

—Asegúrese de tener sus armas a mano —dijo Danielle.

Verhoven sonrió:

—Siempre están a mano.

Se volvió hacia Devers:

—¿Son chollokwan?

Devers sólo dudó un momento.

—No creo —dijo—. Algunas de las palabras son en portugués; los *chollokwan* sólo hablan *chokawa*. Además, éste es el territorio de los *nuree*.

Danielle se relajó un tanto: los *nuree* no eran una amenaza tan grande como podían ser los *chollokwan*. Eran una tribu en transición, atrapados entre el viejo y el nuevo mundo. Aún cazaban con cerbatanas y con lanzas, pero a veces remaban río abajo para comerciar, vendiendo pieles y comprando telas, anzuelos y cigarrillos. No eran tenidos por violentos. E incluso, con una adecuada forma de persuasión, podían ser de ayuda.

Las canoas fueron perdiendo velocidad al acercarse y cesaron los gritos, quizá porque habían soltado el cuerpo, pero más probablemente porque los nativos habían visto a Verhoven y sus hombres, con sus rifles.

—Averigüe qué quieren.

Devers fue a la proa del barco y les habló a los hombres en la lengua *nuree*. Le respondieron a gritos, en una mezcla de sonidos.

—Nos preguntan por qué hemos tocado al muerto —tradujo Devers—. Dicen que ése está maldito, y que no hay que acercarse a él

—Pregúnteles quién es —le dijo Danielle—. Y por qué lo mataron.

Devers hizo las preguntas y uno de los *nuree* le contestó, luego él tradujo la respuesta:

—Dicen que ellos no lo mataron.

—Entonces, ¿por qué está en el río? —quiso saber Danielle—. ¿Por qué está atado así?

Esta vez contestó otro miembro de la tribu, alargándose en la respuesta.

—Ese hombre tiene algún parentesco con el muerto —explicó Devers—. Creo que era su sobrino. Hace diez días se fueron río arriba de cacería, pero no encontraron animales, así que continuaron, hasta que llegaron a un lugar al que no deberían haber ido, a un lugar prohibido. El tío se lo advirtió al sobrino, pero el joven no le escuchó, y continuó adelante, mientras el hombre mayor regresaba.

Otro de los nativos habló.

—Es un lugar abandonado —tradujo Devers—, abandonado por la vida, ir ahí es como llamar a la muerte. Llamar a los Indele. La mayoría de los que son tan estúpidos como para hacerlo jamás regresan. Algunos han vuelto así, flotando en el río: les han arrancado su espíritu.

Se tocó el pecho, donde habían visto los dos grandes orificios.

—Arrastran las piedras para que les mantengan alejados de la orilla y están atados al tronco para mostrar su castigo. Incluso a veces dan ese trato a algunos animales. Son los espíritus quienes los mandan de vuelta. Malditos y aborrecidos. Ni siquiera los pájaros o las pirañas se los comen...

Mientras escuchaba la traducción, Danielle se dio cuenta de que el cuerpo no había sido tocado por los carroñeros de la selva o del río. Cosa extraña, porque en la selva húmeda había mucha competencia por la comida. Y aún más extraño era que, si aquel hombre estaba diciendo verdad, el cuerpo llevaba en el agua varios días, y no menos de veinticuatro horas como había calculado el doctor Singh.

A su lado, Verhoven se echó a reír.

—Vaya cosas, así que los espíritus usan cuerda hoy en día, ¿eh?

Danielle le ignoró:

—¿Qué más?

—Dice que sólo los ojos oscuros van a esas tierras, los que controlan a los Indele. Supongo que se debe de referir a los *chollokwan*. Dice que matan a todos los que van allí, o hacen que los Indele los maten por ellos. En cualquier caso dice que, cuando se separaron, él supo que su sobrino no iba a volver con vida. Lo salió a buscar cada día y, esta mañana, uno de los chicos del poblado vio el cuerpo flotando en el agua. Nadie debe tocarlo.

Danielle consideró la situación. Otra vez los Indele. La misma leyenda que había oído contar a Culaco. Debían de estar cerca de la zona que buscaban. Probó suerte:

—Pregúntele si nos puede llevar a donde se separó de su sobrino. Dígale que estamos buscando ese lugar de los espíritus.

—Los *nuree* insisten en que la muerte mora allí. Cosas malditas salen de las

sombras de aquel lugar, hay que dejarlas tranquilas.

Otro nativo añadió algo.

—Todos aquellos que van allí serán tomados. Nunca regresarán, excepto a modo de advertencia, como ése —tradujo Devers, mientras el rostro del hombre se tornaba más severo y señalaba al grupo del NRI—. Es por eso por lo que el cuerpo ha aparecido hoy —continuó Devers—. Es una advertencia que ha sido enviada para nosotros. Para que elijamos otro camino.

Dicho eso, los nativos empezaron a discutir entre ellos. Palabras excitadas volando en una y otra dirección por sobre las canoas, todas ellas demasiado rápidas y entrecortadas, como para que Devers las pudiese traducir; pero tras un momento el resultado quedó claro: los *nuree* seguían adelante. Hincaron sus remos en el río: eran paladas poderosas que agitaban el agua en profundos remolinos. Rodearon al *Ocana* y se dirigieron río abajo, en dirección al cadáver flotante.

Danielle solicitó una explicación.

—Parece ser que ya estamos malditos —le dijo Devers—, o tal vez somos demasiado estúpidos como para seguir perdiendo el tiempo con nosotros.

Tras ellos, Culaco se echó a reír. Ya había oído todo aquello en su anterior expedición:

—Para los *nuree* —explicó— todo está maldito: los árboles, la espuma del agua, un tronco que flota con el extremo malo primero... todo es mortal, todo está maldito.

Danielle se volvió hacia su intérprete:

—¿Qué cree que realmente sucedió?

Devers se encogió de hombros:

—El lugar que estamos buscando está río arriba. Allá es donde Blackjack Martin se topó con nuestros amigos los *chollokwan*. Ya le he dicho que son violentos. Probablemente es de su territorio de lo que tienen miedo esos tipos. A decir verdad, también yo pensaría que el lugar está maldito, si cada vez que uno de mi pueblo fuese allí regresara de ese modo...

—Los *chollokwan* —repitió Danielle—. Miró río arriba: en algún punto de por allí delante entrarían en el territorio *chollokwan*.

—Tal como ha dicho ese tipo, es una advertencia —dijo Devers—, y, por extraño que suene, creo que deberíamos tomárnosla como tal.

Danielle asintió con la cabeza, y le dijo a Carlos:

—Movámonos.

Cuando el motor se puso a retumbar bajo cubierta, McCarter se situó junto a Danielle.

—Al parecer, hoy es el día de las advertencias.

—¿Qué quiere decir?

—Susan y yo hemos estado estudiando la piedra que le dio Culaco, creemos que

sabemos lo que representa el otro glifo. Es un búho de una sola pata, un gran pájaro deforme que sembraba el terror en el espíritu de los mayas.

—¿Y por qué iban a tener miedo de un búho? —preguntó ella—. ¿Qué es lo que representa?

—Es el heraldo del mundo de las profundidades —le explicó McCarter—. El mensajero de la destrucción.

# CAPÍTULO 16

Cuando el *Ocana* giró hacia un tributario más pequeño, marcado por grandes piedras visibles, Culaco dijo que aquel afluente era el Corinda. Señaló a las orillas del estrecho río, que eran diferentes a todo lo que habían visto hasta entonces durante el viaje: aún veían el constante verdor de la selva pluvial alzándose por encima de ellos, pero ese lindero verde había sido echado hacia atrás y reemplazado por una orilla rocosa formada por grandes rocas de lados lisos... eran las primeras rocas al descubierto con las que se topaban, desde hacía cientos de kilómetros. El granito en grandes masas era poco común en el Amazonas, y la mayor parte del mismo se encontraba en el extremo norte, cerca de una formación llamada el Escudo de las Guayanas.

Esas orillas rocosas eran el signo, les dijo Culaco, el único signo que necesitaba: señalaban el final de territorio de los *nuree* y el inicio del arroyo en el que había hallado la piedra cubierta de jeroglíficos. Ufanamente proclamó que podría mostrarles la roca antes del anochecer y que, con un poco de suerte, descubrirían el muro poco después.

Tal como resultaron las cosas, no tuvieron ese «poco de suerte» y, una semana después de haber pasado los rápidos de Corinda, el grupo del NRI seguía buscando por las orillas.

McCarter sabía cuál era el problema:

—La jungla se traga las cosas —explicó—. Hace un centenar de años, ciudades como Palenque, Copán y Tikal estaban tan cubiertas por la vegetación, que los monumentos parecían colinas verdosas: se amontona la tierra, y las hierbas y los árboles crecen en ella. Al cabo, el lugar está cubierto de arriba abajo. Si la dejan a su aire, la jungla regresa poco a poco y, simplemente, recupera el terreno que el hombre le quitó.

Les explicó cómo debían proceder:

—Una cosa que tienen que evitar es ir buscando un producto acabado... un templo o monumento de algún tipo. No van a encontrar eso por aquí, será algo sutil: una pequeña colina que no se adapta al terreno como debería, o un pedazo de roca saliendo por donde no tendría que salir.

Esas habían sido las instrucciones de McCarter, cinco días antes. Desde entonces, habían buscado por la orilla oeste del río, a pie. Caminando y abriéndose camino a machetazos a través del enmarañado follaje, moviéndose lentamente río arriba en una búsqueda sistemática. Todo ello sin resultado, hasta que Polaski había descubierto una piedra cuadrada al borde del río. McCarter la contempló con aire aprobador.

—No está mal para un empollón del STI, ¿eh? —proclamó Polaski.

McCarter sonrió mientras la examinaba. Como en todas partes en el Amazonas,

ahora el río estaba bajo; un mes antes la piedra habría estado sumergida bajo tres metros de agua.

—Cierto —aceptó—, no está nada mal.

Miró al cielo: en breve oscurecería. Pensó en llamar a los otros, pero estaban dispersos a lo largo de la orilla del río y, en el cuarto de hora que le llevaría reunirlos perdería la luz que quedaba. Miró hacia arriba por la inclinada orilla: era bastante empinada.

—Probablemente en algún momento cayó rodando, durante un diluvio —miró a Polaski—: Tenemos que subir. Arriba del todo.

McCarter y Polaski batallaron por escalar la empinada y enmarañada rivera, moviéndose con gran esfuerzo hacia un farallón, a unos siete metros del río. A McCarter el esfuerzo le dejó jadeante, pero lleno de energía, sobre todo porque hallaron otras piedras parecidas a la primera. Eran irregulares y estaban desplazadas, pero parecía como si en otro tiempo hubiesen sido los escalones de una escalera. Con las manos en jarras inspiró profundamente y empezó a subir de nuevo.

—Por aquí.

Trabajosamente, los dos hombres continuaron adelante, siguiendo las piedras, tropezando y cayéndose en la inclinada ascensión, y en cierto momento casi provocando una pequeña avalancha. Cerca de la cima, se toparon con una enredada extensión de lianas que colgaban sobre el farallón, como agua que cae. Con la luz ya extinguiéndose a su alrededor, McCarter hizo uso de su machete y las lianas cayeron. En su lugar, se encontró con unas cuencas vacías que lo miraban desde el semblante marrón manchado de un viejo cráneo humano. Dio un paso atrás.

—Bueno, esto sí que es algo... —exclamó Polaski, con los ojos muy abiertos.

—Desde luego que es algo —aceptó McCarter.

Junto al primer cráneo vieron otro, éste con un pómulo roto y faltándole una mandíbula, y al lado de éste otro más. Los cráneos estaban montados en una pared de piedras, colocados en huecos que habían sido dejados vacíos, e insertados y cementados de algún modo.

McCarter usó el machete varias veces, cortando la maleza, y a cada machetazo dejando al descubierto más cráneos, o los restos de los mismos. Se detuvo cuando le empezó a doler el hombro, preguntándose cómo se había abandonado tanto, hasta estar tan poco en forma.

Jadeando con fuerza, habló:

—Ahora que ya hemos hecho nuestro descubrimiento, es hora de llamar a los otros —y le entregó a Polaski la radio.

# CAPÍTULO 17

Esa noche, tras una celebración que había incluido varios brindis y una botella de champán, el campamento se quedó en silencio. Pik Verhoven montaba guardia, cubriendo la parte norte del asentamiento, mientras que uno de sus hombres, Bosch, estaba a unos veinte metros río abajo, cubriendo el lado sur.

Danielle les había prometido todo tipo de equipo de vigilancia para cuando, decidiesen establecerse en un lugar permanente: detectores de movimiento, sensores de calor y otros aparatos electrónicos... la clase de equipo que, a menudo, fallaba justo en el peor de los momentos en lugares tales como la selva pluvial. Verhoven insistió en que él tenía más fe en un grupo de perros adiestrados, así que Danielle también se los había prometido. Pero, hasta entonces, Verhoven y sus hombres guardarían el campamento al estilo tradicional, vigilando la selva día y noche, tarea fácil para un grupo acostumbrado a duras peleas cuerpo a cuerpo.

Verhoven y sus hombres eran mercenarios en el sentido más estricto y duro del término. Su currículum incluía lugares como Somalia, Angola y el Congo. Se habían abierto camino en la carnicería que era Ruanda, para rescatar a miembros de la empresa minera TransAfrican. Habían luchado en Liberia en ambos bandos, abiertamente buscando a Charles Taylor, el vacilante y maníaco líder de la nación, primero para intentar ayudarlo y luego, tras ser timados en el pago de su salario, tratando de capturarlo para cobrar la recompensa de un millón de dólares que ofrecían por su cabeza.

Verhoven sonrió al recordar esa aventura en particular: habían estado tan cerca... pero no había resultado. Aun así, se imaginaba que algún día tendrían su oportunidad, y entonces iba a librar al mundo de un loco... y lo iba a hacer gratis.

Mientras tanto, sus hombres y él irían allá donde les llevase el dinero, y si eso significaba pelear, pues bueno, lo harían... ¡y cuánto más sangrienta fuera la pelea, mejor! Por el precio justo, estarían dispuestos a asaltar el mismísimo infierno.

Pero, vigilando la silenciosa jungla a su alrededor, no veía nada que le pudiera obligar a hacerlo esa noche: la selva pluvial estaba silenciosa y vacía. No había visto ningún signo más de peligro desde el cadáver en el río: ni a nativos en el sendero de la guerra, ni a las partidas de competidores contra los que le había puesto sobre aviso Danielle. De hecho, ni siquiera había visto animales salvajes.

De pronto, esto último le pareció raro.

Con la escasez de lluvia en el interior, debería de haber muchos animales cerca de los ríos que aún fluían. Aquello no era África, donde los animales se apiñaban en las charcas para abreviar hasta que llegaban los monzones, pero el principio era el mismo: la falta de lluvia llevaba a los animales hacia el agua, concentrándolos en una zona restringida. En este caso debería haber sido en las orillas del río y la jungla que lo

rodeaba: tendrían que haber hallado huellas y heces, y estarlos escuchando día y noche. En especial a los monos chillones, a los que se puede escuchar a muchos kilómetros a la redonda, llamándose los unos a los otros. Pero la jungla estaba extrañamente vacía y muda. Muchos pájaros, sí, así como peces en el agua y lagartos en las orillas, pero los demás animales parecían estar ausentes, los mamíferos en particular. Verhoven no había visto nada mayor que una rata. Quizá la selva húmeda estuviera muriendo, como decían los amantes de los árboles: una pena, si así era, pero no era su problema. El sudafricano se llevó un visor térmico al ojo y estudió la amplia extensión de jungla que tenía ante él. Entre la maleza podían verse pequeñas manchas de calor, destellos fosforescentes en el entintado rojo del ocular: más roedores y otros pequeños mamíferos. Recorrió un amplio arco y no vio nada más. Pero mientras bajaba el aparato algo hizo ruido de roces entre los árboles.

Volvió a usar el visor. En lo profundo de la espesura, casi al nivel de ojo, vio a unas ramas moviéndose hacia arriba para volver a su posición habitual, tal como lo hacían cuando un mono o algún otro animal se había lanzado desde ellas. Trazó un arco observando, mirando hacia arriba de los árboles y luego de nuevo abajo. No había nada allí. Ninguna señal de algo que pudiera haber doblado las ramas de aquella manera.

Oyó un sonido hacia la derecha y se volvió en aquella dirección, alzando el rifle al mismo tiempo.

Una figura alzó una mano en señal de advertencia: Hawker.

Verhoven bajó un poco el fusil, mirando a su viejo conocido. Escupió un poco del jugo de tabaco al suelo, a un par de centímetros de los pies de Hawker.

—Se suponía que estabas muerto.

Hawker se le quedó mirando un largo momento.

—En un tiempo lo estuve...

Verhoven bajó el fusil del todo.

—Vuelve a acercarte a mí así otra vez y estarás muerto de verdad.

Hawker se detuvo a unos pasos de Verhoven y se puso también él a escudriñar la selva.

—¿Algún motivo para que estés tan inquieto?

A Verhoven no le hacía ninguna gracia aquella pregunta, como tampoco se la hacía que Hawker estuviera armado: llevaba una pistola negra, una PA-45; un arma de grueso calibre, del cuarenta y cinco, y de catorce disparos.

—¿Qué demonios estabas haciendo por ahí fuera?

Hawker señaló a los árboles:

—Hay algo que me da mala espina...

Verhoven volvió a estudiar la jungla. Hawker siempre había sido algo paranoico, pero ese sexto sentido suyo le había salvado la vida en más de una ocasión. Verhoven



recordaba una vez en la que Hawker y él habían sido apuntados por un mortero, cuyo disparo había dado en el sitio en el que ellos estaban justo un minuto antes... sitio del que se habían ido por la paranoia de Hawker.

—Vuelves a escuchar cosas, compañero. Ahí fuera no hay nada.

—¿Estás seguro?

Honestamente hablando, Verhoven no estaba seguro, pero no le gustaba ni la pregunta, ni el que Hawker anduviera husmeando. Le tendió el visor:

—Haz tú la guardia si lo deseas. Yo me iré a descansar...

Hawker declinó la oferta y Verhoven empezó a preguntarse qué sería lo que estaba haciendo el ex agente allí, tanto en el sentido inmediato, como en el general.

—Así que ahora estás con el NRI...

Hawker negó con la cabeza:

—Contratado para este trabajo, como tú.

—Ésa es una extraña coincidencia...

—Muy extraña —aceptó Hawker—, casi como si lo hubiera dispuesto el destino.

Verhoven creía en el destino, pero sabía que Hawker no. «Hazlo todo bien y podrás vivir por siempre», había dicho en una ocasión. Él no estaba de acuerdo: cuando te toca, te toca. Quizá le estuviera a punto de tocar a uno de ellos, y estuviesen a punto de saldar una vieja deuda. Quizá incluso lo hubiera recomendado Hawker para esa misión, con el fin de atraerlo y finalmente saldar la vieja deuda. Rió ante ese pensamiento: ¿quién estaba siendo paranoico ahora?

Comprobó los árboles y luego miró a Hawker.

—Entonces, ¿por qué aceptaste este trabajo? ¿Es lo único que has podido encontrar?

Hawker se rió a carcajadas:

—Algo así...

Verhoven movió dentro de su boca el siempre presente pedazo de tabaco de mascar, volviéndolo a colocar en su sitio y escupiendo algo del exceso de jugo.

—Bueno, no puedes ocultarte siempre —dijo—. No de lo que temes.

Hawker le miró de un modo extraño:

—¿Y qué es lo que puede ser eso?

—La única cosa que no puedes controlar: a ti mismo.

Hawker le miró de mala manera, con una mirada más llena de odio de la que nadie le había dirigido antes. Eso era lo que la verdad hacía sentir a la gente.

—Y eso no es sólo desde después de que todo saltase en pedazos... —añadió Verhoven—, sino desde antes. Cuando fuiste tras Njema y sus hombres por haber quemado Tollersville, ¿recuerdas? Volviste diferente y eso no te gustó. Tu gente sufrió y tus deseos de venganza te pudieron.

Hawker siguió en silencio mientras Verhoven escupía hacia la oscuridad.

—*Accipter praedium* —dijo en latín—: El Halcón busca presas.

—No son palabras mías —dijo Hawker.

—Te las ganaste a pulso.

De nuevo siguió el silencio, y el sudafricano aguardó a que Hawker reaccionase. No lo hizo, pero Verhoven sabía que tenía razón.

—Mataste a Roche y a Doyle, y quizá también a los otros. No puedo decir que te culpe por ello, pero lo hiciste. Y eso me hace preguntarme quién será el siguiente...

Esta vez había dado en el clavo, lo podía saber por la expresión en la cara de Hawker.

—Nuestra hora llegará algún día —dijo—. Pero no es ni aquí ni ahora.

Así que eso era, pensó Verhoven. Hawker había venido a establecer las normas del juego; le parecía bien. Le devolvió la mirada al piloto:

—Todo está despejado por aquí, Hawk. Vuelve a tu tienda.

Hawker miró a Verhoven, y luego volvió a estudiar la selva.

—Ten los ojos bien abiertos —le aconsejó—: no estamos solos.

Se dio la vuelta para dirigirse al campamento, pero se detuvo cuando un par de pájaros nocturnos pasaron volando, chillando mientras aleteaban por encima. El sonido enmascaraba otro, un rozar en los árboles, pero tanto Verhoven como él lo notaron.

Hawker se dejó caer sobre una rodilla.

Verhoven estudió la jungla con el visor. No vio nada, pero de nuevo las ramas se estaban moviendo.

—Algo está yendo a un lugar más alto —dijo, tratando en vano de seguirle la pista.

Un segundo más tarde el sonido de disparos estremeció la noche. Disparos hechos al sur.

—Bosch.

Desde esa dirección algo estaba corriendo por la espesura, yendo hacia ellos. Verhoven alzó su fusil.

Dos nativos salieron huyendo de la maleza, con los ojos muy abiertos por la sorpresa de toparse con los dos blancos.

Verhoven iba a disparar, pero Hawker le apartó el cañón del arma a un lado. Los disparos dieron en tierra.

—¡Maldito seas! —gritó Verhoven.

Hawker se había levantado y corría, persiguiendo a los nativos. Furioso, Verhoven lo siguió, cargando a través de los árboles.

—¿Adónde demonios vas?

—Necesitamos hablar con ellos —le gritó Hawker.

Rodeando un árbol, apenas si consiguiendo no perder de vista a Hawker,

Verhoven le gritó de nuevo:

—¿Por qué?

Hawker le respondió a gritos, pero sin dejar de correr, y no pudo entender sus palabras. Verhoven oía a los nativos por delante chocando contra las ramas y pudo ver a Hawker por un instante, pero luego se esfumó. Antes de poder detenerse corrió su misma suerte: el suelo desapareció repentinamente bajo sus pies, y cayó en la oscuridad. Se estrelló contra una mohosa pared de tierra y luego se desplomó hacia atrás con un chapoteo, cayendo en un metro de agua y barro.

Miró alrededor pero no pudo ver nada: la negrura era completa. La única luz que podía ver venía de diez metros por encima, un débil velo de un negro un poco más claro, con forma de rectángulo.

Habían caído en algún tipo de pozo: una trampa. Se puso torpemente en pie, con los pies metidos en el barro del fondo, que también goteaba de todo él. La fétida agua hedía, pero probablemente le había salvado la vida.

—¡Hawk! —gritó—. ¿También estás aquí abajo?

Sonando como si él también estuviese dolorido, Hawker le contestó:

—Desgraciadamente.

Verhoven se volvió hacia el sonido de la voz del otro, con el agua arremolinándose justo por encima de sus rodillas.

—Mejor ruega porque siga todo a oscuras, compañero. Porque si te veo, te voy a matar...

—¿Por qué?

—Por traerme aquí abajo.

Escuchó el sonido del agua chapoteando cuando Hawker se movió en la oscuridad.

—Si no hubieses tratado de dispararle a ese hijo de puta, puede que hubiésemos podido hablar con él.

—Si un tipo carga contra ti de esa manera le disparas primero, y luego preguntas.

—No estaba cargando —le dijo Hawker—: Esos tipos miraban hacia arriba, a los árboles, estaban cazando algo. Se toparon con nosotros por casualidad.

Verhoven hizo una pausa, dándose cuenta de que Hawker tenía razón: los nativos iban corriendo mirando hacia arriba. Se movió hacia la derecha y chocó con algo. Lo tocó con la mano y se dio cuenta de que era el cuerpo de algún animal muerto. Se echó atrás.

—Parece que no somos los únicos que hemos caído aquí...

Las palabras murieron en los labios de Verhoven y se quedó muy quieto. Creía haber oído algo dentro del pozo, en la dirección opuesta a la que sonaba la voz de Hawker. Se movió un poco, removiendo el agua.

—Estate quieto —susurró—. Hay algo más aquí abajo.

Verhoven se acurrucó, con su nariz cerca de la maloliente agua embarrada. Estaba claro que el pozo había sido diseñado como una trampa, y fueran cuales fuesen los animales que hubiesen caído allá con ellos, había muchos que podían ser peligrosos. Se movió lentamente a un lado, tanteando en busca de la pared del pozo y finalmente chocando con ella.

Flotando en la oscuridad le llegó un gruñido, tan bajo que casi era inaudible, era como el rugido gutural y parco que surge de la parte posterior de la garganta de un cocodrilo. El sonido era trabajoso, profundo y lleno de bajos, una advertencia casi por debajo de la capacidad del oído humano.

¿Qué era lo que lo producía? Un caimán, una gran serpiente tal vez: se rumoreaba que las pitones producían gruñidos bajos con sus tripas... O tal vez fuera un jaguar, que, aunque estuviera herido y débil allá en el fondo del pozo, aún podía matar con sus garras.

Verhoven se echó atrás, alejándose del sonido, moviéndose a lo largo de la trinchera.

—Tengo una bengala —dijo Hawker, con su voz un susurro.

Verhoven se detuvo, asegurándose de que sus manos estuviesen dispuestas:

—Enciéndela.

Tras él sonó la bengala al partirse y, con un siseo, el fósforo se encendió, iluminando violentamente la oscuridad. Por un instante a Verhoven le dolieron los ojos. No había nada delante, donde esperaba que lo hubiera: sólo agua sucia y las paredes enfangadas del extremo cerrado del pozo rectangular. Pero desde su izquierda, una forma se abalanzó hacia él, lanzándose desde algún punto en la pared. Saltó hacia su cara, siseando, con las fauces abiertas.

Verhoven se echó hacia atrás, disparando. Chocó contra Hawker y la bengala cayó al agua cenagosa. La luz se desvaneció cuando el líquido se tragó la vara prendida.

Oyó un correr de pasos que se aproximaban a él. Verhoven disparó desde el suelo: tres ráfagas, una tras otra. Algo se agarró a él y la empujó, usándolo como un trampolín para lanzarse pared arriba. La bengala flotó a la superficie, y Verhoven pudo ver por un instante una forma que subía por el lateral del pozo. Le disparó mientras llegaba a la parte superior, alcanzándolo y empujándolo hacia delante, llevándolo hacia la noche de la jungla. La cosa aulló su agonía.

Cuando Hawker recogió la bengala del agua, la luz mejoró. Verhoven bajó la mirada, registrando el resto del pozo, de lado a lado y de arriba abajo.

Estaban solos.

Hawker cayó hacia atrás, partiéndose de risa.

—¿Qué es tan divertido?

—Que parecemos un par de tontos de una comedia mala —le contestó, apenas

pudiendo articular palabra.

—Pues tú eres el más tonto.

Hawker no podía contener las carcajadas.

—Y tú vas a tener mono para cenar.

Verhoven no había podido ver lo bastante bien a la cosa que escalaba como para identificarla, pero por el tamaño podría ser el mono que decía Hawker, y además no se le ocurría nada que pudiera subir por una pared de aquella manera. Por un momento casi se sintió avergonzado: acribillar a un monito con un AK-47. Pero luego pensó que un mono atrapado y hambriento podría haberlos dejado hechos unos zorros, aunque no supusiera una amenaza para su vida.

—Mejor él que nosotros —decidió.

Mientras Hawker seguía riéndose, Verhoven encontró su radio. Afortunadamente, como el resto de aparatos electrónicos que habían llevado consigo, era estanca. Pero, mientras llamaba por la radio para pedir ayuda, Hawker le dio un golpecito en el hombro y señaló a una de las paredes, alzando la bengala para dar más luz.

La parte central de la pared parecía estar hecha de piedra tallada. Estaba cubierta por pegotes de barro, pero incluso a la parpadeante luz de la bengala, bajo el barro se podía ver una gran cara. Una cara tallada en la piedra. A su alrededor había otras marcas, jeroglíficos que se parecían extraordinariamente a los de la charla informativa de Danielle.

Mientras la estudiaban llegó el grupo de rescate, aseguró la zona y dejó caer una cuerda, Hawker y Verhoven subieron por ella y el grupo iluminó con sus luces el interior del pozo. Danielle asintió de modo aprobador:

—Se lo mostraremos a McCarter por la mañana —dijo.

Cansado y enfangado, Verhoven inició el camino hacia el campamento, ignorando las preguntas acerca de lo que había pasado y contento de que hubiera terminado aquella ridícula situación.

Pero antes de que hubiera recorrido diez pasos, Hawker habló, haciéndole detenerse:

—¿Dónde está?

—¿Dónde está qué? —quiso saber Danielle.

La voz de Hawker estaba llena de suspicacia:

—El mono de Verhoven.

Danielle y los hombres que la habían acompañado al rescate parecían confusos, pero Verhoven lo entendía: miró por los alrededores. No encontró el cuerpo del mono, ni sangre en el suelo, ni tampoco un rastro que indicase que algún otro animal se lo había llevado a rastras a la espesura. Ninguna señal de la cosa a la que había acribillado.

—Quizá fallé —dijo, esperando zanjar el tema.

Los otros parecieron aceptar esa explicación y no se les veía preocupados, pero la mirada de Hawker no había cambiado: su naturaleza suspicaz se aferraba a la más mínima cosa que le pareciese fuera de lugar. Verhoven cruzó una mirada con él, y luego observó la jungla de nuevo, de cabo a rabo. Ambos sabían que no había fallado.

## CAPÍTULO 18

Las paredes del pequeño hospital estaban pintadas de un verde claro. Un par de viejas camas, de herrumbrosos armazones de hierro, estaban situadas en paralelo a ambos lados, con un mástil para colgar intravenosas alzándose junto a cada una. Junto a la ventana, una planta olvidada y marchita tendía sus delgadas ramas.

—Monótona, ¿no? —sugirió desde una esquina una voz.

Richard Kaufman acababa de entrar en aquella indudablemente monótona habitación; se volvió para ver a un hombre con una bata de hospital, una muleta bajo cada brazo y una enmarañada mata de cabellos rubios en la cabeza. Su rostro estaba chupado y cubierto por los pelos de una barba mal afeitada y las señales de heridas que se iban curando lentamente. El hombre parecía el superviviente de un naufragio.

—El señor Palmer, supongo.

El hombre asintió lentamente con la cabeza.

—Eso es —asintió—. ¿Y usted es...?

Los ojos de Kaufman se estrecharon.

—Tenía la impresión de que usted me conocía mejor de lo que parece...

—Usted es Helios.

—Sí —aceptó sarcásticamente el visitante—: Soy el dios griego del Sol, y paso el tiempo visitando pacientes en las habitaciones de pequeños hospitales.

Palmer intentó sonreír, pero eso pareció causarle dolor, así que rápidamente lo dejó.

—Deme un segundo y se lo explicaré todo.

Se tambaleó a través de la habitación, luchando con las muletas en lo reducido del estrecho espacio. Llegó a una de las camas, recostó las muletas contra la pared y torpemente se sentó. En esta posición sus piernas sobresalían por debajo del borde de la bata: una de ellas era blanca, la otra morena.

Fijándose en la mirada de Kaufman el hombre lo explicó:

—Me la cortaron —dijo—, y ni siquiera me pidieron permiso. Me la cortaron, y me dieron ésta para reemplazarla.

Miró a la prótesis oscura.

—Supongo que no hay muchos blancos rubios por aquí, así que todas las piernas tienen este aspecto y, a la postre, la que te dan es la que mejor se te ajusta.

—Me iba a explicar algunas cosas —le urgió Kaufman.

—Si, eso voy a hacer —le contestó el hombre—, pero antes, tengo algo que quizá quiera ver.

Con gran esfuerzo recogió una pequeña mochila de al lado de la cama, hurgó en ella y luego le lanzó algo a Kaufman.

Éste lo examinó: un cristal hexagonal que se parecía a los que ya tenía. Eso hizo

aumentar la importancia de aquella reunión, y se volvió hacia el hombre:

—¿Cómo es que sabe de Helios?

—Por Pritchard.

—¿Y quién es Pritchard?

Palmer rió unos segundos y luego se detuvo, lamiéndose los labios nervioso.

—Stephen Pritchard, un miembro de mi equipo, o mejor debería decir del equipo de Jack Dixon, como yo. Pasamos casi seis meses ahí fuera en la selva húmeda, trabajando para el NRI.

Los nombres daban cierta legitimidad al relato.

—Siga.

—Éramos un equipo itinerante. Haciendo camino por una parte del noroeste del Amazonas, catalogando cosas —Palmer se rascó un lado de la cara, cuidando de no abrir ninguna de las llagas—. Realmente eran más lugares que cosas: cavernas, pozos... mierdas así. ¿Ha oído hablar de El Dorado, la ciudad de oro? Bueno, pues no está por ahí, sino la hubiéramos encontrado.

—¿Era eso lo que andaban buscando?

—No —Palmer pareció confuso—. Quiero decir que no sé qué es lo que andábamos buscando. Dixon nunca lo dejó claro, sólo nos dijo que ya nos lo diría cuando lo encontrásemos. Nuestro trabajo era movernos deprisa, cubrir un montón de kilómetros, hablar con la gente local e informar de lo que hallásemos.

—¿Informar a quién?

—Dixon tenía sus jefes... a un tipo llamado Moore, creo —Palmer se detuvo, claramente agitado por el sesgo que estaba tomando la reunión—. Mire, no sé por qué me está preguntando todo esto. Nada de esas mierdas es importante. Lo que es importante es que hicimos un jodido montón de kilómetros, y que por allí hallamos un jodido montón de cosas extrañas; pero nada de eso era lo bastante interesante como para hacer feliz a Dixon. Es decir, no hasta que aquellos nativos que habíamos contratado agarraron una buena curda y nos hablaron de aquel lugar al que se suponía que nadie debía ir. —Palmer se echó a reír de nuevo—: Pensé que Dixon iba a matar a aquellos pequeños hijos de puta. Quiero decir que nos habían estado arrastrando río arriba y río abajo durante un mes, enseñándonos mierdecitas aquí y allá, haciéndonos perder el tiempo, pero aceptando nuestro dinero. Y todo ese tiempo sabían de ese lugar.

Kaufman cerró la puerta y tomó asiento junto a la mesilla que había en la parte de delante de la habitación.

—¿Qué lugar era ése? —preguntó.

—Una pirámide de piedra en medio de la selva. Un lugar al que llamaban la Morada de las Sombras. Según aquella gente nadie vivía allí, porque ni siquiera era posible la vida. Dijeron que los espíritus del lugar habían rechazado a la vida misma



y que todo lo que iba allí moría no una, sino muchas veces —Palmer miró al vacío—. Y, naturalmente, una vez que nos hubieron hablado del lugar, no quisieron mostrarnos dónde estaba. No paraban de decir que nadie regresaba de allí, así que yo les pregunté cómo podían entonces saber del lugar.

Palmer rió hasta que el hosco rostro de Kaufman le hizo parar. Se encogió de hombros.

—A ellos tampoco les pareció divertido. Pero por una paga extra, una caja de whisky y un par de cartones de cigarrillos, aceptaron intentarlo —Palmer agitó la cabeza y una neblina le cubrió los ojos—. Visto lo que pasó, hubiera sido mejor que nos hubieran mandado a freír espárragos...

—Pero no lo hicieron —le animó Kaufman.

—No —susurró Palmer—, en lugar de eso nos llevaron hasta allí.

Palmer tragó saliva y se rehízo.

—Voy a decirle un cosa: al principio, fue una visión increíble; ese enorme templo de piedra alzándose allí, en medio de la nada, sin cosa alguna alrededor, ni siquiera árboles o arbustos —Palmer se rascó la cara de nuevo—. Creo que tenían razón en lo que decían: que nada vivo quería tener nada que ver con aquel lugar.

Kaufman miró al hombre, inquisitivamente; el tono de su voz, inestable y con altibajos, había despertado su curiosidad. Se levantó y caminó hasta la ventana, ignorando a Palmer.

—¿Halló usted el cristal? —le preguntó, volviendo atrás—. ¿O lo encontró Pritchard?

—Dixon fue quien lo encontró —afirmó el hombre—, aunque yo estaba con él en ese momento. Estaba en el interior del templo, junto con algunos huesos, un altar de piedra y una especie de pozo. El cristal estaba encima del altar, junto con algunas otras cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

Palmer esperó hasta tener toda la atención de Kaufman:

—Del tipo que hacen sonar un contador Geiger.

—¿Las tiene?

—Las tengo —afirmó Palmer—, pero no aquí.

Kaufman miró alrededor, dudando que un hombre hospitalizado al que le faltaba una pierna tuviera el tiempo o la energía de esconder algo en otro lugar. Haría que luego registrasen la habitación.

—¿Y llamó Dixon, para dar esa información?

—No. La mierda de radio que llevábamos dejó de funcionar en cuanto llegamos allí.

—Mal momento para estropearse... —aceptó Kaufman, creyendo saber el porqué de esa avería, al suponer que Pritchard la habría estropeado para evitar la llamada de

Dixon.

—Muy malo —aseguró Palmer—. Porque desde ese momento las cosas fueron de mal en peor. Para empezar desapareció uno de los nativos: se fue a mear y jamás regresó. Lo buscamos, pero no lo hallamos —Palmer se encogió de hombros, como si todavía estuviera asombrado por la desaparición—. Ni señales de lucha, ni nada. Dixon supuso que aquel pequeño bastardo había puesto pies en polvorosa, ya que desde que habíamos llegado allí los nativos estaban ansiosos por marcharse, pero se había dejado todas sus cosas y sus tres compañeros seguían con nosotros, así que aquello no tenía mucho sentido. Dixon decía que no nos preocupásemos, que nos iríamos de allí en una semana...

Palmer miró más allá de Kaufman por la pequeña ventana, a la luz del sol que se filtraba por entre las hojas. Eso pareció calmarle.

—Una semana —repitió, como para sí mismo—. Señor mío, no sabe usted lo larga que puede ser una semana.

Kaufman permaneció en silencio y Palmer prosiguió:

—La primera noche escuchamos ruidos en la espesura. Extraños ruiditos de carreras y llamadas de pájaros. Al día siguiente encontramos a otro pobre bastardo, cubierto de barro seco y todo él lleno de cortes y rajaduras. Parecía como si hubieran querido quemarlo, pero el fuego sólo hubiera prendido en un brazo, su cuello y parte de la cabeza. Tendría que haberle visto la cara, congelada en una expresión de agonía. Puede que aún estuviese vivo cuando trataron de quemarlo, no sé.

—¿Qué ha querido decir con eso de «otro pobre bastardo»? —le preguntó Kaufman, interesado.

—Que no era uno de nosotros —le contestó Palmer, con su voz tornándose ronca—. No sabíamos quién era, pero a la siguiente noche escuchamos voces allí afuera. Dixon empezó a ponerse nervioso: ya nos habíamos encontrado con nativos antes, de diferente tribu que los que teníamos contratados... Habían venido a por nosotros a las malas, y llevamos a cabo una matanza, por lo que había supuesto que ya no nos volverían a molestar. Pero ahora, Dixon ya no estaba tan seguro de eso... Los tipos que teníamos contratados nos dijeron que aquella zona eran las tierras de la tribu *chollokwan*, y nos dijeron que los de esa tribu trabajaban con los espíritus oscuros. No sé, pero sí le diré una cosa: los de esa tribu son diferentes; quiero decir que he visto a un montón de gentes de los llamados pueblos indígenas, y la mayoría de ellos no valen una mierda: son como bajitos y tímidos, y realmente sólo quieren que se les deje en paz. Pero esos tipos, los *chollokwan*, son unos hijos de puta realmente duros. El día que vinieron a por nosotros corrieron directamente contra nuestra línea de fuego como si no les importase morir. Por un instante, pensé que iban a acabar con nosotros.

—Aparentemente, pudieron salir de ésa... —hizo notar Kaufman.

—Sí, salimos, pero ninguno de nosotros quería volver a ver a esa gente, así que empezamos a hablar con Dixon, tratando de meterle algo de sentido en la mollera, pero no cedió. No iba a ir a ninguna parte hasta que no encontrase lo que quería, Probablemente le esperaba una gran recompensa o algo así.

—Así que se quedaron...

—Sí, seguimos adelante. Y la siguiente noche fue tranquila, o eso creímos. Por la mañana encontramos dos rastros de sangre que iban hasta los árboles: algo había entrado en nuestro campamento sin que nos diésemos cuenta y Ray, un amigo mío de Texas, había desaparecido, junto con uno de los nativos. Los hallamos en la espesura... o, al menos, lo que quedaba de ellos.

—¿No habían puesto una guardia?

—Joder, sí, claro que habíamos puesto una guardia: Ray y el nativo... ellos eran los centinelas. Quizá se quedasen dormidos o algo así, no sé, pero el caso es que, después de eso, las cosas se pusieron realmente mal. Nuestros indios empezaron a charlotear de nuevo sobre los espíritus, y Dixon estaba seguro de que habían sido los *chollockwan*; pero yo miré los rastros y los pedazos que les habían arrancado a aquellos dos, y ya no estuve tan seguro. Por allí se veían pisadas humanas, seguro... pero también habían otras huellas. No sabía cuál era la respuesta al misterio, pero lo que sí sabía es que quería irme bien lejos de allí. Pero Dixon quería dar una última ojeada al templo. Ninguno de nosotros nos lo podíamos creer, pero si eso significaba que después nos largaríamos, yo estaba dispuesto a acompañarle. Así que, mientras Pritchard y los otros recogían el campamento, Dixon y yo volvimos adentro. Golpeamos las paredes, tanteando por si hallábamos un muro falso o una trampa. Cavamos por debajo de unos huesos y tratamos de forzar algunos de los bloques de piedra, que parecían un poco sueltos. Dixon incluso escaló, bajando parte del pozo, pero no hallamos nada. Finalmente se dio por vencido, y salimos...

Palmer agitó la cabeza.

—¿Y sabe lo que había pasado? ¡Que aquellos jodidos puercos se habían ido!

—¿Su equipo?

Palmer asintió con la cabeza.

—Se habían largado —dijo—. Aunque, honestamente, no puedo culparles por hacerlo. Si yo hubiera estado fuera, posiblemente también me hubiera ido. Pero Dixon, bueno... —A pesar de su mal aspecto, Palmer se echó a reír de nuevo—. Él se lo tomó mucho peor. Claro que, para empezar, ya estaba muy hundido por no haber tenido suerte en el templo, pero cuando se dio cuenta de que el cristal y las piedras ya no estaban en su mochila... bueno, le dio un ataque de locura. Quiero decir que pensé que le iba a estallar la cabeza.

Así que, después de todo, Pritchard había actuado, pensó Kaufman.

—Pero Dixon y usted los atraparon, ¿no?

—Más o menos —el rostro de Palmer parecía muy apesadumbrado—. A unos kilómetros del claro hallamos los cuerpos de Hernández y los nativos, cosidos a balazos. Eso significaba que los únicos que quedaban eran Pritchard y Vásquez. Eso tenía sentido, pues ese par eran muy colegas. Seguimos su rastro y fuimos tras ellos. A la siguiente mañana encontramos el fuego que habían hecho para acampar, pero algo no estaba bien: todo estaba hecho un lío y el fuego aún humeaba. Y Pritchard no era ningún tonto: no hubiera dejado las cosas así, no a propósito. Les seguimos la pista y una hora más tarde encontramos a Pritchard, caído boca abajo en el suelo, pero no le habían disparado. Los nativos lo habían cazado: le habían rajado y clavado una lanza en la espalda.

—¿Y Vásquez?

Palmer se quedó en silencio.

—Peor —dijo al fin—, mucho peor.

—Eso explica lo del cristal —dijo Kaufman—, pero no explica todo eso...

Ondeó una mano hacia Palmer, indicando su aspecto general, sus heridas y especialmente la pierna que le faltaba.

Palmer ahora le contestó más lentamente:

—Mientras Dixon vigilaba, yo registré a Pritchard. Encontré las piedras y el cristal en su mochila. Iba a dárselo todo a Dixon, pero de nuevo escuchamos aquel grito, y Dixon se dio la vuelta, sin agarrar lo que le tendía. Se adelantó un poco, buscando un blanco... y todo se acabó para él: algo le alcanzó, saliendo de la nada, y luego ya no estaba. Quiero decir que desapareció justo ante mis ojos.

—¿Algo le alcanzó? —preguntó Kaufman—. ¿Qué quiere decir con eso de que «algo le alcanzó»?

—Que no sé lo que era: pasó justo ante mí, pero sólo pude ver como una mancha borrosa. Y después de que echase a correr una de esas cosas me atrapó. Nunca había visto nada parecido, era como si estuviera hecho de roca o hueso, de algo duro. Se movía muy deprisa, como la araña que sale disparada de su agujero para atrapar una presa, o como una barracuda en el agua. ¡Bang! —Palmer estampó una muleta contra el armazón de hierro de la cama—. ¡Estás muerto! Uno de ellos me atacó y no le miento cuando le digo que le disparé y le acerté de lleno, pero no cayó, se limitó a cambiar un poco de dirección, luego me partió la pierna y me dejó allí para que los nativos acabasen conmigo.

Kaufman alzó una ceja.

—Y, sin embargo, sigue usted vivo.

—No paré de dispararles —explicó Palmer—, no les dejé que se acercaran lo bastante como para hacerme daño. Y entonces llegó un frente de chubascos, y todos desaparecieron justo antes de que empezara a diluviar. Probablemente pensaron que, de todos modos, iba a morir pronto... ¿por qué no dejarme sufrir un poco? Bueno, el

caso es que después de la lluvia pude ponerme en marcha, y cuatro días más tarde llegué a los botes que habíamos dejado en el río. Con mi pierna así, me llevó esos cuatro días cubrir solamente ocho o diez kilómetros, pero lo logré.

La frente de Kaufman se arrugó por la sospecha:

—¿Caminó cuatro días con una pierna rota?

—Más que nada me arrastré, con la ayuda de estimulantes. No habríamos podido cubrir todo el terreno que recorrimos sin la ayuda de estimulantes.

Kaufman no parecía muy impresionado:

—A mí todo esto me parecen las alucinaciones que le produce la droga a un dopado privado de sueño.

—Mire, le he dicho que no tenía las cosas claras —se defendió Palmer—, pero no me he inventado toda esa mierda. Quiero decir que, cuando me desperté, no es que tuviera la pierna bien...

Kaufman contempló a Palmer: había estudiado las fichas de personal del NRI y empezaba a creer que reconocía al hombre, a pesar de la pérdida de peso, las heridas y su aspecto general. Miró su reloj.

—Debería usted presentarse a las elecciones, señor Palmer. Le he hecho una pregunta simple y usted ha estado hablando quince minutos sin parar, sin contestármela. Así que se la voy a hacer una vez más, y usted me va a decir lo que quiero saber, o me voy a marchar y jamás volverá a verme la cara. ¿Cómo supo usted lo de Helios? ¿Dónde escuchó ese nombre?

Palmer puso la cara de disgusto de un crío al que le obligan a hablar de un incidente que él preferiría que fuese olvidado.

—Ya le dije que le cogí el cristal a Pritchard. Al mismo tiempo le cogí sus identificaciones: su pasaporte y su cartera. Me dije que él ya no necesitaba esas cosas. El caso es que, cuando estaba mirando sus cosas, encontré un papelito metido dentro. Sólo tenía un nombre escrito, Helios, y dos números que me di cuenta que eran frecuencias de radio. En aquel momento eso no tuvo sentido para mí: Pritchard jamás había tocado la radio... Dixon se encargaba personalmente de todas las comunicaciones. Pero, de algún modo, ya entonces comprendí que aquello era algo importante. —Palmer miró a la distancia como si estuviese recordando la sensación—. Pasé ocho días en aquel bote hasta que alguien me halló. Ocho días flotando río abajo, quemándome al sol, más muerto que vivo. Pero tuve momentos de claridad, y no paraba de pensar en Pritchard y en la nota. ¿Adónde iba? ¿Y qué era Helios? A mí me sonaba al nombre de una empresa. Después de que me metieran en la clínica y logaran bajarme la fiebre, vi las cosas un poco más claras. Yo conocía a Pritchard y ya le he dicho que no era ningún tonto: si iba a traicionar a Dixon no lo iba a hacer gratis, y no sin tener un comprador esperando lo que le fuese a vender. Ésa era la única respuesta que tenía sentido —la cara aún en curación de Palmer le impedía

mostrar una auténtica sonrisa, pero logró hacer una mueca—. Lo curioso es que si hubiéramos salido todos juntos de allí, Pritchard podría habernos matado mientras dormíamos, podría haberse salido con la suya; pero no, tuvo que apresurarse y escapar, y las cosas no le salieron bien...

—Pero a usted le han ido mejor —comentó Kaufman—, supongo que espera hacerse con lo que iba a cobrar Pritchard.

—Tengo el cristal —señaló Palmer.

Kaufman negó con la cabeza:

—Un abalorio —dijo—. Ya tengo una docena como ése.

Palmer pareció perdido, luego se animó:

—Tengo las otras piedras. Le daré una para que la someta a pruebas y luego le venderé el resto.

—Me interesa, pero si quiere recibir el cheque de Pritchard, tendrá que darme lo que se suponía que me conseguiría él: la localización del templo. ¿Sabe dónde estuvieron? ¿O se limitó a seguir a Dixon en medio de una neblina inducida por los estimulantes?

Palmer parecía auténticamente confuso:

—¿Para qué quiere usted volver allí? Nos llevamos todo lo que pudimos encontrar...

—Tengo mis razones —le contestó Kaufman—. Bueno, ¿puede llevarme allí o no?

—No voy a volver allí —afirmó Palmer.

El superviviente del naufragio negó con la cabeza, nada decidido a volver a meterse en el mar.

—Espero que se dé cuenta de lo que se está usted perdiendo...

La emoción desapareció de la faz de Palmer, y cuando habló de nuevo su voz era más baja:

—La mayoría de la gente nace con miedo —dijo—, pero algunos de nosotros sólo aprendemos a tenerlo en el transcurso de la vida. Y le diré una cosa: es peor para los que somos así, porque nos pasamos el tiempo suspirando por los días aquellos en que no sabíamos lo que era eso del miedo.

De nuevo tragó el bulto que se le había hecho en la garganta y uno de sus ojos empezó a moverse con un tic.

—Ni como ni duermo. Cada vez que cierro los ojos veo a Ray, o a ese pobre indio, o a Vásquez, hechos pedazos ensangrentados. En la oscuridad, todo sonido me sobresalta, cada ruido fuerte me asusta. Los doctores dicen que es una respuesta al sobresalto... será eso, pero de todos modos es sólo llamar de otro modo al miedo. Y, a veces... a veces oigo a esas cosas llamándose las unas a las otras, acechándonos —agitó la cabeza de modo enfático—. No me importa cuánto dinero tenga: no es

bastante para hacerme volver allí.

—Entonces puede darme la localización —le propuso Kaufman—, señalarme el punto en el mapa. Eso bastaría para que le pague una parte...

Palmer dudó demasiado tiempo.

—En ese caso, no le daré nada —dijo Kaufman, arrebatándole la mochila a Palmer—. Pero me llevaré este cristal y cualquier otra cosa que tenga, como pago por el tiempo que me ha hecho perder.

Palmer se abalanzó hacia Kaufman lo mejor que pudo, tratando de agarrarle por las solapas. Fue un esfuerzo torpe y en vano, Kaufman se libró de él.

—No puede coger mis cosas e irse sin más...

Kaufman miró al cojo.

—Señor McCrea —dijo, usando su verdadero nombre—. Usted no me conoce; si me conociese sabría que puedo hacer lo que me apetezca hacer. Puedo entregarle a las autoridades brasileñas, por crímenes contra las tribus indígenas, o puedo entregarle al consulado estadounidense, e incluso puedo hacer una llamada a los agentes del NRI que han estado buscándole... estoy seguro de que ésa sería una reunión muy placentera. O puedo arreglarlo todo para que salga usted del país en un avión privado, pagarle una sustanciosa cantidad y hacer que le den una pierna artificial nueva que sea más parecida a la de verdad. Pero, para ese tipo de caridad, tiene usted que darme a cambio algo mejor de lo que me ha dado.

Kaufman se apartó del paciente y golpeó con los nudillos la puerta cerrada de la habitación. Un momento más tarde se abrió, y entraron los dos hombres robustos que inicialmente habían encontrado a McCrea/Palmer. La cabeza de éste estaba gacha, miraba al suelo.

—Puedo decirle cuál es la zona general —dijo, alzando finalmente los ojos—. Eso tiene que valer algo.

Kaufman apretó los dientes, notando cómo se le escapaba la oportunidad. A pesar de sus esfuerzos, a pesar de haber raptado a los portadores del NRI, a pesar de haber entrado a lo *hacker* en su base de datos y a pesar de estar interrogando a uno de los antiguos empleados del Instituto que había estado en el lugar, aún se le escapaba la localización del templo.

—¿Cómo de general?

McCrea no le respondió de inmediato y el tic del ojo le empezó de nuevo.

Kaufman agitó la cabeza: no era suficiente.

# CAPÍTULO 19

El descubrimiento del NRI del Muro de los Cráneos había sido el resultado de combinar información con trabajo duro. El descubrimiento del pozo había sido pura suerte. Ambos hallazgos habían resultado provechosos.

El muro en sí era bastante parecido a cómo lo había descrito Blackjack Martin: una pared con cráneos metidos y cementados a todo lo largo de su longitud, mientras que glifos y otras marcas decorativas poblaban la base y el coronamiento de la construcción. Tras una semana de esfuerzos sólo habían limpiado la mitad del follaje, pero el resultado era impresionante, aunque no fuese el gran monumento del que había hablado Blackjack.

De extremo a extremo el muro tenía unos treinta metros y se alzaba un poco más de los dos metros: ambas medidas eran casi una quinta parte de lo descrito, exageradamente, por el anterior explorador.

Colgando dentro del pozo, suspendido de un arnés unido por una cuerda a una polea, el profesor McCarter se preguntó qué sería lo que Blackjack habría escrito sobre esto: el pozo tenía casi diez metros desde la superficie al lodazal del fondo, pero se imaginaba que Martin le habría dado un profundidad de más de treinta metros, o quizá lo hubiera calificado como «sin fondo». Mientras giraba, colgado de la cuerda, McCarter decidió que no importaba, que diez metros ya eran bastante.

—Bajadme al fondo —dijo, empezando a ponerse nervioso—, antes de que cambie de idea...

Abajo le aguardaban Danielle y Susan, con aspecto ridículo por llevar puestas unas botas de pescador demasiado grandes para ellas y que les llegaban hasta la cintura.

Los portadores soltaron cuerda, y McCarter empezó a bajar. Éste era su quinto viaje abajo, de hecho, había pasado más tiempo allá que nadie, pero no acababa de acostumbrarse al trayecto de entrada o de salida. Cuando la polea chirrió y lo bajaron por debajo del nivel del suelo, la atención de McCarter se centró en la losa de piedra que ocupaba buena parte de la pared este del pozo. Un gran rostro, de metro y medio de ancho, dominaba la losa. Tenía unos ojos tristes, redondos, de los que caían lágrimas de piedra, irónicamente resaltadas por la goteante condensación. Sus delgados labios estaban apretados, y unas espinas le atravesaban ambos lóbulos de las orejas, haciéndole brotar ríos de sangre. Unas antorchas estilizadas ardían a ambos lados de la cara, mientras que debajo de la misma había sido cincelada lo que parecía ser una cabeza de cocodrilo, completada por algo sanguinolento que llevaba entre sus fauces.

McCarter llegó a la fangosa agua y estiró los pies para tocar el suelo. No habiendo ido jamás de pesca, no acababa de acostumbrarse a la sensación de frío,



agua y barro, que pasaba a través de la delgada capa de goma de las botas.

Se soltó del arnés y chapoteó hasta donde estaban Danielle y Susan, y sacó dos fotos impresas del bolsillo de su pechera, entregándole una a cada una.

—Coincide —le dijo a Susan.

Las fotos eran de una imagen de la base de datos de los glifos mayas. Y la imagen era la representación de un nombre.

—Creo que tiene razón —aceptó Susan, comparando el glifo de la foto con el de la piedra.

—No estoy muy segura de qué es lo que estoy mirando —les dijo Danielle—, ¿qué tal si me dan una pista?

McCarter señaló las partes coincidentes:

—Éste es Siete Aras, un nombre de tiempos de la prehistoria maya, incluso de antes de *Tulum Zuyua*.

—¿Antes de *Tulum Zuyua*? —se asombró Danielle—. Pensaba que ése era su Jardín del Edén...

—Lo es, pero su Génesis funciona de modo diferente al nuestro.

—¿En qué sentido?

—Déjeme explicárselo así —prosiguió—: la versión judeocristiana del Génesis empieza diciendo: «En el principio Dios creó el cielo y la tierra». El segundo y tercer versículos nos dicen que la tierra estaba en sombras y que entonces Dios creó la luz. Hacia el versículo veintiséis ya estamos en el sexto día, y Dios crea al hombre. Pero antes no había nada, nada antes de los seis días. Ahora bien, en la versión maya la historia se extiende desde la Creación tanto hacia atrás como hacia adelante. Va hasta un tiempo de antes de *Tulum Zuyua*, mucho antes de que la humanidad existiese, cuando vivía una raza que nos precedió, una raza a la que los mayas llamaron los «seres de madera».

Los ojos de Danielle se entrecerraron, ya había oído hablar antes de ellos, pero no sabía mucho al respecto.

—¿Los seres de madera? —preguntó.

—Sí, los tallados en madera —le respondió—. En la visión maya de la Creación, los dioses no son perfectos; de hecho, es todo lo contrario: crear con éxito a la raza humana les llevó cuatro intentos. En el primero usaron barro como base para su trabajo y, más o menos, fue un fracaso total: la Creación no dejaba de disolverse en fango. Así que la dejaron morir, y lo intentaron de nuevo. Esta vez terminaron con unos seres que piaban y rugían, pero no hablaban. Viendo que esos seres tenían algún valor, los dioses los dejaron vivir, y se convirtieron en los animales de las selvas. De nuevo volvieron a sus tableros de diseño... y esta vez, en el tercer intento, lograron hacer los seres tallados en madera, que fueron una especie de prototipo de la humanidad.

McCarter hizo una pausa para asegurarse de que ella le seguía.

—El caso es que los seres tallados en madera se parecían a los humanos —le explicó—: podían contar, hablar y razonar, pero en muchos aspectos eran extraños. Cuando los describe el manuscrito maya, el *Popol Vuh*, dice que no tenían desarrollados los brazos ni las piernas, ni tenían sangre, sudor o grasa. Dice que podían hablar, pero que tenían rostros secos y cuarteados, y cuerpos desgarrados y deformes, supongo que serían algo así como los monigotes de palos que dibujan los niños.

Susan metió baza:

—Su nombre y su aspecto tienen que ver con que los dioses usaron madera para crearlos, así que eran tiesos como palos.

McCarter asintió, y luego prosiguió:

—Pero según el *Popol Vuh* eran viables, y existieron por algún tiempo, llegando incluso a prosperar y hacerse poderosos.

—Y este Siete Aras —preguntó Danielle, refiriéndose al glifo coincidente—, ¿era un ser tallado en madera?

—Totalmente —le contestó McCarter—, en cierto sentido era su líder. Lo describen diciendo que tenía ojos que brillaban y dientes como joyas. Vivía en un nido hecho de metal y tenía el poder de crear luz que iluminaba las tinieblas. Y fanfarroneaba con que podría iluminar el mundo entero, lo que no es poca cosa en un mundo de penumbra permanente; posiblemente ése era el motivo por el que era venerado. Pero los escritos mayas nos dicen que era un mentiroso, y que si bien podía crear luz, ésta no llegaba a la gran distancia que es el mundo entero, sino que sólo iluminaba lo que le rodeaba de cerca. A pesar de ello, *Vucub-Caquix*, también llamado Siete Aras, se enaltecía a sí mismo, presentándose como un dios, y obligando a los otros a adorarlo, como si fuera al mismo tiempo el Sol y la Luna.

Danielle pareció comprender:

—Estoy empezando a pensar que eso no les gustaría mucho a los dioses de verdad...

—No es bueno irritar a los dioses —coincidió McCarter—. Y ya puede imaginar el resultado...

—Que los seres de madera fueron destruidos —aventuró Danielle.

McCarter asintió con la cabeza:

—Los dioses mandaron bestias feroces a atacarlos, e incluso volvieron contra ellos a sus propios animales domésticos. En el *Libro maya de los reyes* esa historia está contada así: «Y llegó uno llamado El que Arranca los Rostros, que les arrancó los ojos. Y llegó uno llamado El Sangrador Súbito, que los abrió en canal y les arrancó las cabezas». Y por si eso no fuera bastante, los dioses mandaron una lluvia inmensa para ahogarlos a todos, como a los pecadores en los tiempos de Noé: «Lluvia

el día entero, lluvia toda la noche, y a causa de ella la tierra quedó ennegrecida».

—¿Lluvia ardiente? —quiso saber Danielle.

—La he visto descrita como una lluvia de fuego, como de aceite hirviendo, cenizas o napalm —dijo McCarter—, y puesto que la tierra quedó ennegrecida, algunos creen que puede ser la representación de una erupción volcánica, con fuego y cenizas ardientes cayendo del cielo; pero el *Popol Vuh* lo describe claramente como lluvia.

—Y *Vucub-Caquix*, ¿también murió con la lluvia?

—En realidad fue eliminado antes de la lluvia negra —explicó McCarter—. Algunos incluso piensan que fue necesario deshacerse de él, para que la lluvia pudiera caer, como si su poder pudiera enfrentarse al de los dioses, e impedirlo.

—Ya veo —dijo Danielle—. Entonces, ¿qué fue lo que le pasó?

—Mandaron a dos héroes a hacer el trabajo, unos semidioses llamados Hunahpu y Xbalanque. Éstos le dispararon con una cerbatana a Siete Aras, mientras estaba subido a un árbol y, cuando cayó, le quitaron el metal de sus ojos y sus dientes y le despojaron de todas sus joyas: las cosas que usaba para iluminar la noche. Sin esos objetos perdió su poder: ya no podía iluminar nada, ni siquiera lo que estaba a su lado. Se ocultó y ya nunca más molestó a nadie. Y, entonces, los dioses mandaron la lluvia.

Ella lo había entendido:

—Así que los héroes mataron a *Vucub-Caquix*, y luego llegó la lluvia para matar al resto de los seres de madera. Elimina al líder y luego acaba con la tropa, ¿es eso lo que me está diciendo?

—Es un modo en que decirlo... —aceptó McCarter.

Se regocijó, feliz por lo que acababa de descubrir:

—Bueno, esto prueba a las claras la conexión maya —dijo—, sin necesidad de reconstrucciones por ordenador.

McCarter lanzó una risita:

—Hace algo más que eso —señaló—: prueba que esta gente conocía íntimamente la mitología específica de la Creación según los mayas, un hecho que los relaciona con las otras tribus mayas y que nos sugiere que vivieron en los principios del ciclo maya. —Alzó las cejas—. Puede que usted tenga razón —admitió—. Después de todo, puede que *Tulum Zuyua* esté por aquí abajo.

Danielle sonrió con confianza, y luego se volvió hacia la losa incrustada en la pared. Miró los otros símbolos: la gran cara triste, los trazos y círculos de los glifos que la rodeaban y la irritada cabeza, como de cocodrilo, con su ensangrentado bocado.

—¿Qué me dicen de esto? —preguntó.

McCarter sonrió:

—Ése es *Zipacna* —dijo—, el Destructor.

Más tarde, esa noche, sentada junto a una parpadeante linterna Coleman, Danielle estaba pidiéndole a McCarter que le diera más detalles. Hawker se había unido a ellos y, como siempre, Susan Briggs estaba al lado del profesor.

En cierta medida, la anterior alegría de Danielle había debido dejar paso a la realidad del esfuerzo en el intento de crear una imagen completa, a partir de los diminutos fragmentos de conocimiento. A pesar de llevar a cabo una concienzuda búsqueda, no habían hallado más estructuras en los alrededores, y McCarter había empezado a pensar que esas ruinas eran una especie de monumento y no un centro de población. Aun así les había pedido que se reuniesen tras la cena, prometiéndoles una historia y algunas buenas noticias. Sin embargo, mientras le escuchaba sentada, a Danielle le parecía que el profesor no hacía más que dar rodeos, en lugar de ir directamente al grano.

—Uno de los problemas a los que nos enfrentamos es la mala conservación del hallazgo: los glifos del muro están en un terrible estado y en su mayor parte son ilegibles. Los que hemos hallado en la gran losa del pozo están mejor, quizá porque han estado cubiertos y protegidos de los elementos la mayor parte de su vida. Y las raíces de árboles que se ven al descubierto y la fuerte inclinación de las paredes del pozo sugieren que se trata de una excavación bastante reciente.

Esa afirmación la preocupó, se preguntó si, de algún modo, sus adversarios no habrían llegado allí antes que ellos. Sin saberlo, McCarter eliminó ese miedo:

—Parece que, por alguna razón, los nativos lo están usando como una trampa.

—Con todos los huesos que hemos tenido que sacar de ahí abajo, me pregunto si vuelven alguna vez a mirar si han cazado algo.

—Bueno, las personas civilizadas no somos las únicas que podemos ser derrochadoras —le hizo notar McCarter—, pero por el aspecto que tiene esa trampa, parece haber sido excavada con herramientas bastante primitivas. Y casi sin tener cuidado ninguno con las reliquias que dejó al descubierto. En muchos sitios hemos visto arañazos y desconchones de su cavar, que han dañado la losa de la pared. Aunque supongo que sabían lo de esa losa, y que eligieron cavar aquí para poder utilizar una pared ya hecha, sólida y vertical.

Hawker se frotó su dolorido hombro:

—La pared vertical la convierte en una trampa mejor: no ves la caída que te espera.

—¿Y qué hay de los glifos en la pared? —preguntó Danielle, volviendo a encarrilar la conversación—. ¿No iba a decirme algo bueno?

McCarter fue al fin al grano, abriendo una vieja libreta encuadernada en cuero y repleta de dibujos y notas. Señaló un grupo de dibujos que había hecho:

—¿Recuerda lo que le conté acerca de *Vucub-Caquix* y los seres tallados en madera... que eran una raza mitológica que los mayas creían que había existido antes que el hombre?

—Y como los dioses los aniquilaron con la lluvia ardiente... —le contestó ella—. Lo recuerdo perfectamente.

—¿Recuerda el otro glifo que usted señaló?

—*Zipacna* —dijo ella—. El Destructor.

—Mucho de lo escrito en la losa tiene relación con ellos. Cuenta la historia de Siete Aras y también una que se refiere a *Zipacna*, que era el hijo de *Vucub-Caquix*.

Danielle pareció sorprendida:

—¡Pero si *Zipacna* me ha parecido una especie de reptil!

—Ya lo sé —aceptó McCarter—, pero ha de recordar que todo esto es mitología. Como el minotauro y el kraken de la mitología griega, pero mucho más misterioso y menos lineal. Así, a pesar de que *Vucub-Caquix* era un ser de madera, un protohumano, por así decirlo, su hijo era esta bestia, este destructor, que habitualmente es descrito como parecido a algún tipo de repugnante cocodrilo, aunque vivía y caminaba por tierra firme.

Danielle escuchaba hablar a McCarter, sin saber hacia dónde quería llegar.

—Vamos, siga contando...

McCarter se volvió hacia Susan:

—Tú lo reconociste mucho antes que yo, ¿por qué no cuentas tú esa historia?

Ella se puso un poco colorada, pero habló:

—Los glifos en la losa hablan de un enfrentamiento entre *Zipacna* y un grupo llamado los Cuatrocientos Muchachos. Los muchachos estaban trabajando en la selva, cuando se encontraron con *Zipacna*. Algo sabían de él, y lo vieron subirse a los árboles y derribarlos luego. Habiendo sido testigos de su inmenso poder, decidieron que era muy peligroso y demasiado fuerte para dejarlo ir libremente. Lo engañaron para que cavase un pozo, y luego trataron de matarlo, dejando caer un enorme tronco de árbol en el agujero, mientras él estaba dentro.

—Un pozo —preguntó Hawker—, ¿como nuestra trampa?

—Posiblemente —le contestó McCarter—. De hecho, pensé en ello al principio, pero luego me he dicho que sólo se debe de tratar de una coincidencia.

—Vale, ¿y qué es lo que les pasó a los muchachos? —preguntó Danielle, para no desviarse del tema.

McCarter acabó la historia:

—Que *Zipacna* era más listo que ellos. Se había imaginado cuál era su plan, y había cavado un túnel lateral en un costado del agujero, ocultándose en él cuando los muchachos tiraron el tronco. Tras escuchar un rato y no oír el menor movimiento, los Cuatrocientos Muchachos supusieron que estaba muerto, se dijeron que estaba

aplastado y enterrado. Así que decidieron celebrarlo con una gran fiesta. Y, mientras se estaban emborrachando en el festejo, *Zipacna* salió del agujero escalando, y los destruyó a todos derrumbándoles su casa encima.

Susan sonrió:

—Hay quien piensa que es una fábula moral antigua, una advertencia contra los peligros de la bebida...

—Eso puedo entenderlo —aceptó Hawker—. A mí se me han caído unas cuantas casas encima a causa de los peligros de la bebida.

El grupo entero se echó a reír, y Danielle hizo otra pregunta:

—Así que ese pozo puede representar que *Zipacna* cavó, y tal vez esa losa de la pared se suponga que es el lugar en el que descansan los Cuatrocientos Muchachos.

—Posiblemente —aceptó McCarter—, aunque pienso que, en algún tiempo, la piedra del pozo estuvo en la superficie: probablemente la tierra se fuera acumulando alrededor, como la arena que el viento sopla contra una casa. Incluso ahora, la parte superior sobresale un poco. Pero pienso que tiene razón en eso de que es un monumento a los muchachos... de todos modos es algún tipo de monumento. Y, en su mejor momento, el muro pudo haber contenido cuatrocientos cráneos.

—Pero no es la ciudad —supuso ella—. No es *Tulum Zuyua*.

McCarter agitó la cabeza.

—No, no lo es. Por lo que puedo ver, nadie vivía aquí. Y en nuestra búsqueda por los alrededores no hemos encontrado señales de otras estructuras. Este lugar parece haber tenido un significado religioso, pero no era un centro de población.

Desencantada, Danielle miró hacia el cielo. Tendrían que volver a empezar, encontrar algo más, o darlo todo por terminado. No le gustaba ninguna de las opciones y, evidentemente, a Gibbs aún le iban a gustar menos. Miró a McCarter:

—Desde luego, hemos de llegar a una definición de buenas noticias que nos convenza a ambos.

McCarter sonrió:

—No desespere todavía —le dijo—. No todo está perdido en nuestra misión para convertir al viejo Stanley Morrison en un oráculo. Hay glifos, en la base misma de la losa, que hablan de otro lugar, un poblado o quizá incluso una ciudad. Un sitio con grandes fuegos.

Ella se animó visiblemente. Él alzó una mano, como pidiéndole cautela:

—Pero no se excite demasiado. No la nombran, sólo la describen. Sin embargo, si los estamos leyendo bien, los glifos afirman que los Cuatrocientos Muchachos vinieron desde allí en busca de *Zipacna*. Sea lo que sea ese lugar, está a dos días de marcha de aquí, en una dirección definida por el sol poniente, en una fecha dominada por el Noveno Señor de la Noche, una fecha a la que los mayas llamaban 8 Imix, 14 Mak.

Hawker movió la cabeza:

—Creo que ese día tengo una cita con el dentista.

Danielle le dio un puñetazo en un brazo, aunque no pudo contener una risita ante su comentario. Se volvió hacia Carter.

—Por favor, dígame que sabemos qué día es ése en nuestro calendario...

—Bueno... no exactamente.

Ella exhaló su frustración. Y McCarter elaboró su respuesta:

—El problema es que los mayas usaban varios calendarios. La fecha que le he dado está en un formato que no se corresponde con nuestro calendario.

—¿Y qué hay de las otras fechas? —preguntó Danielle—. Las fechas de la Cuenta Larga, ésas que usted dijo que eran más exactas que nuestro propio calendario, ¿tenemos alguna de ellas?

La Cuenta Larga era el supercalendario de los mayas, un ciclo de entrecruzados nombres y números que le daban a cada día un nombre y número de múltiples partes en una secuencia que no se iba a repetir en cinco mil años. Una fecha en ese formato podía ser confrontada a una fecha exacta del calendario gregoriano: día, mes y año. Y también les permitiría ubicar la ruina exactamente donde le correspondía en la línea temporal y probar más allá de toda duda si su descubrimiento precedía a otras estructuras mayas.

—Lo siento —dijo McCarter—, aún no hemos encontrado ninguna de esas fechas.

—Otra vez —susurró ella—. No... son... buenas... noticias...

Él sonrió y ella se dio cuenta de que se estaba guardando algo.

—Me está torturando, profesor. Límitese a darme una respuesta: ¿podemos ir allí o no?

Susan se echó a reír:

—Siempre lo hace —explicó—. Lo llamamos el síndrome McCarter. Es como el método socrático, sólo que peor. Puede llevarle tres clases el contestarte a una pregunta, y cuando lo hace, ya no te acuerdas de lo que le has preguntado.

McCarter sonrió y se excusó:

—Lo lamento —dijo—, son las viejas tradiciones universitarias. Hay otro glifo relacionado con el de la fecha, que nos dice que algo especial ocurrió el día en cuestión. Llama a esa fecha «El Día del Sol Amarillo». Pero no está usando amarillo para describir el color, más bien corresponde a una dirección. En el esquema maya, cada punto cardinal tenía un color: rojo para el este, negro para el oeste, blanco para el norte y amarillo para el sur. El Día del Sol Amarillo significa el día del sol más al sur: el solsticio. Y aquí al sur es el día más largo del año. Así que, fuera el año que fuese, ese 8 Imix, 14 Mak ocurrió un 21 o 22 de diciembre.

Danielle estaba sonriendo de oreja a oreja: al fin tenía algo a lo que poder

aferrarse.

—Así que sólo necesitamos un poco de trabajo astronómico, para saber dónde se pondría el sol en esa fecha.

—Supongo que lo necesitaremos para mayor exactitud —dijo el profesor—, pero, por suerte, sólo estamos en enero, tan cerca del pasado solsticio que puedo señalarle la dirección aproximada.

Extendió el brazo hacia el horizonte oeste, con su palma plana y vertical como la hoja de un cuchillo. La línea de visión corría a lo largo de su brazo y sobre su pulgar indicando la dirección.

—Justo por ahí —dijo—. Justo al sur de donde se ha puesto el sol.

Mientras miraba en aquella dirección, Danielle pudo notar cómo se le aceleraba el corazón. Tenía que creer que allí encontraría lo que andaba buscando. Tenía sentido: un gran centro de población sería más importante que una simple reliquia religiosa lejana. Los artículos importantes serían llevados allí, para ser guardados: oro, plata, joyas y, posiblemente, cristales como los que había hallado Blackjack Martin. Estaba un paso más cerca, pensó.

—Esto es increíble —dijo—. Un trabajo asombroso.

Se volvió hacia Hawker, que parecía menos entusiasmado. De hecho, parecía insatisfecho.

—¿Qué pasa con usted? —le preguntó—. ¿No está impresionado?

—Muchísimo.

—Pues no suena muy excitado...

—No, realmente lo estoy —insistió—. Es que, bueno, querría oír el resto de la historia de *Zipacna* y los Cuatrocientos Muchachos. Quiero decir que no puede acabar así, seguro que alguien le devolvió la pelota. Alguien le hizo pagar a *Zipacna* por lo que hizo, ¿verdad?

Danielle se echó a reír:

—¿Venganza?

—Justicia —le corrigió Hawker sonriendo.

Susan habló:

—En realidad alguien le hizo pagar a *Zipacna* que acabase con los Cuatrocientos Muchachos. Fueron los mismos héroes gemelos que destruyeron a *Vucub-Caquix*.

—¿Cómo? —preguntó Hawker.

Esta vez fue McCarter quien contestó:

—Lo llevaron engañado a un punto bajo una de las montañas que él había levantado, atrapándolo debajo de ella y encerrándolo en las profundidades. Es un lugar al que llaman *Meauan*, que significa la Montaña de Piedra.



## CAPÍTULO 20

En pie, a la orilla del río, Danielle se echó a los hombros la mochila y se apretó fuerte la cincha de la cintura. Hawker estaba a su lado, mientras que el resto del equipo estaba a unos cuarenta metros de distancia, sobre la parte plana de la orilla, recogiendo y preparándose para partir.

Había llegado el momento de separarse temporalmente. El *Ocana* regresaría de vuelta a Manaos con Hawker, Carlos y Culaco a bordo, mientras que el resto del grupo se movería hacia el oeste por la selva, en la dirección indicada por los glifos que habían descubierto. Tras descubrir cualquier signo del esperado asentamiento maya, entrarían en contacto con Hawker y despejarían en la jungla una zona de aterrizaje, para que pudiera llevarles por aire los suministros necesarios.

—¿Está seguro de que lo registró todo? —le preguntó Danielle a Hawker.

Él le sonrió, tan desinhibido como siempre.

—Miré en las cosas de todos, mientras estaban trabajando. Ni radios, ni transmisores, ni teléfonos por satélite. La única persona que puede entrar en contacto con el mundo exterior es Polaski, así que más vale que lo vigile a él.

Danielle enarcó las cejas.

—¿Realmente cree que Polaski es un infiltrado? Quiero decir que no hay más que mirarlo: es un tipo inofensivo.

—Ajá, justo lo que se supone que debe parecer un infiltrado.

Danielle lo sabía, pero también sabía que a Polaski le iba a ser prácticamente imposible entrar en contacto con nadie sin que ella se enterase. Para empezar, su contacto por satélite, el Satlink, estaba precodificado, para que sólo pudiera funcionar con los satélites del NRI... la verdad es que, más que una radio, era como una muy avanzada lata unida a un hilo, a través de la cual sólo se podía hablar con la lata que había al otro extremo del hilo. E incluso la onda corta que llevaban como sistema secundario tenía sus salvaguardias.

—No le perderé de vista —dijo—, pero creo que no hay problema en eso. Mi mayor preocupación es que estemos tan lejos de los suministros. Usted es ahora nuestro único nexo con la civilización, así que no se caiga a un agujero o algo así...

Él se echó a reír y ella sonrió. Ni recordaba cuánto tiempo hacía que no había bromeado tan fácilmente con alguien. Dejándose llevar por un impulso, empezó a tutearlo:

—Me pondré en contacto contigo en cuanto encontremos el lugar. Estate preparado para traernos el equipo de la lista que te he dado.

—¿Tu sistema de defensa? —también él la tuteó.

—Y los perros de Verhoven...

—Justo —dijo él—, nada me apetece más que llevar el helicóptero lleno de

chuchos ladrando.

Tras ellos, el gran diesel del *Ocana* rugió al ponerse en marcha, y Carlos le silbó a Hawker, que asintió con un gesto y luego se volvió hacia Danielle. Tendió una mano y le ajustó una de sus sujeciones, como un padre antes de mandar a su hija al colegio. Ella le apartó la mano de un manotazo y luego se dio la vuelta para ir con el grupo.

Diez minutos más tarde el *Ocana* se había perdido de vista y Danielle y su grupo se estaban internando más profundamente en la jungla. Al dejar atrás al río, perdieron la sensación de brisa fresca que allí había, y el aire sin movimiento y caldeado por el sol se fue haciendo más ardiente a cada hora que pasaba.

Un mes antes de la expedición, la idea de que pudieran encontrarse con una estación seca en el Amazonas hubiera hecho aparecer una sonrisa en la cara de Danielle: aparte de la interferencia por parte de sus competidores, su principal preocupación era la llegada de los aguaceros de la temporada de las lluvias. Las lluvias iniciales ya serían bastante malas, al saturar el terreno y convertirlo, en buena parte, en un lodazal. Pero a medida que prosiguiesen las lluvias, una gran parte del cauce del río se inundaría, y ya no habría modo de continuar. Después de todo, habían sido las lluvias las que, tantos años antes, habían echado a Blackjack Martin de esa misma jungla. Y se temía que harían lo mismo con el grupo del NRI.

Hasta el momento las lluvias no habían llegado, cosa destacable en sí, y producto de un modelo de clima influenciado por la formación de ese fenómeno meteorológico llamado El Niño. En general esto había sido una bendición para ellos, pero después de dos semanas sin que se viera una sola nube, una breve y fría lluvia habría sido un alivio muy bien recibido.

No obstante, a pesar de las condiciones climáticas, la moral del grupo estaba alta, así que caminaban a buen ritmo en el crepúsculo reinante bajo el techo de hojas, rodeados por las imponentes formas de árboles imposiblemente grandes. McCarter en especial parecía caminar con renovada energía, y Danielle no paraba de contemplarlo, mientras él señalaba cosas por el camino: determinadas plantas y brillantes orquídeas, o árboles muriendo entre el abrazo de una parra estranguladora. Y si bien el ver esto último parecía molestarle a McCarter, aun así se tomaba la molestia de describirlo y explicarlo.

Danielle trató de ignorarlo. A medida que se acercaban a lo que ella creía que era la fuente de los cristales de Martin y a un descubrimiento que, literalmente, iba a cambiar al mundo, no podía evitar sentir la presión del momento. La fe de Moore en ella, la apasionada llamada a su patriotismo de Gibbs, en pro de la seguridad nacional, su propia necesidad de acabar lo que había empezado... ¡había tanto en juego, personal y profesionalmente! Y ninguno de los que la rodeaban sabía nada de todo ello.

Y todo junto la dejaba con la sensación de estar muy sola, aislada, de vuelta en aquella isla que Hawker había descrito con tanta exactitud. Él era el único que tenía alguna idea de por lo que ella estaba pasando, y Danielle estaba empezando a disfrutar con ese lazo que los unía, y había comenzado a confiar en él. Odiaba admitirlo, pero echaba de menos su presencia, incluso sus chistes malos. Ansiaba que regresase, hasta un punto que no hubiese imaginado.

Mientras tanto, su atención volvió a la marcha y al último retraso en su avance: McCarter había detenido la caminata para ofrecerles otro de sus momentos a lo Canal Discovery, mostrándoles a los demás algo que había en un enorme árbol de caucho, de lisa madera parecida al yeso, y cuyo tronco se abría como en una serie de hojas verticales. Una delgada línea negra de hormigas estaba correteando por el tronco, centenares de ellas en fila india, llevando pequeñas hojas en sus bocas.

¡Hormigas! ¡Había detenido el avance por unas hormigas!

—¡Miradlas! —decía—. ¿No os recuerdan a nosotros, avanzando con sus pequeñas cargas?

Ella negó con la cabeza.

—No, a menos que pueda mostrarme la que no deja de parar al grupo e interrumpir su avance...

El rostro de él se arrugó: había estado tan contento como un colegial desde el descubrimiento del muro. Y se había estado portando como tal.

—No —le contestó—, pero mire a esta pequeña de aquí, que no para de mandar a las otras. Me recuerda a...

Le lanzó la mirada especial, que le hizo callarse a media frase. Con una sonrisa el arqueólogo abandonó a las hormigas y volvió a ponerse en camino, aunque poniéndose a silbar a todo pulmón el coro de «Grandes esperanzas». Esta vez ella no pudo evitar reír: todo le parecía bien, con tal de mantener la marcha.

Hacia el quinto día se encontraron con los restos de una pequeña estructura. No era mucho más que un montón disperso de piedras, cubiertas por vegetación y moho, pero era suficiente para indicarles que estaban en la buena zona. Y unas horas más tarde se toparon con una vista que Danielle no se podía explicar, y tuvo que limitarse a mirarla asombrada.

Habían salido de las sombras de la selva pluvial a un gran claro circular, que sólo estaba poblado por matorrales enclenques y hierba seca y descolorida. Tras ella, se extendía la penumbra por la que habían caminado durante los pasados cinco días, por delante brillaba sin impedimentos un sol cegador. En aquel lugar la selva, que reinaba por centenares de kilómetros en cualquier dirección, se rendía. Pero ésa no era la sorpresa más grande.

Danielle entrecerró los ojos ante el repentino brillo, usando una mano para hacer sombra sobre sus ojos. En el centro del claro, sobre el plano y yermo terreno, se

alzaba una pirámide gris de piedra. Sus muy inclinadas paredes eran lisas y sin marcas por tres de sus cuatro lados, mientras que una pequeña escalera subía por la cara restante, hasta llegar a un techo, pequeño y cuadrado, a quince pisos por encima del suelo de la jungla.

Era una estructura de inequívoco diseño maya: no podía ser más perfecta; y sin embargo, por motivos que primero a Danielle y luego a McCarter, les resultaría difícil explicar, parecía extraña y fuera de lugar. No sólo no debería de haber estado allí, en base a todo lo que sabían de la raza maya, sino que además no deberían verla como la estaban contemplando: tendría que haber estado enterrada bajo una masa entremezclada de árboles, lianas y tierra, tal como McCarter le había estado diciendo al grupo desde el primer día. Y además, debería de haber estado desplomándose bajo el propio peso de sus piedras labradas, y estar derrumbada y desgastada, así como hundida en la jungla siempre creciente y su abrazo constrictivo.

Pero no le sucedía nada de eso: se alzaba incólume y amenazadora, desafiantemente erecta, de un modo que nunca hubieran esperado. Y eso ponía a Danielle muy nerviosa, de un modo que no se podía explicar.

Nada más verla, los otros miembros del equipo empezaron a dar gritos, aullando y riendo de alegría y felicitándose los unos a los otros. Varios de ellos empezaron a correr hacia la pirámide, abalanzándose hacia la parte baja del templo, como si el primero en tocarlo fuera a ganar algún premio desconocido.

Pasaron corriendo junto a ella, tan sólo deteniéndose un instante para congratularse, antes de rodear a McCarter y llevárselo con ellos, entre exclamaciones de victoria.

Danielle los dejó ir, prefiriendo saborear el momento. Mientras caminaba hacia el interior del claro y su maravillosa luz, notó una gran sensación de triunfo: al fin tenía algo que podía mostrar. El templo no podía desaparecer, como lo habían hecho las otras pistas que habían seguido. No podía resultar ser un timo, un engaño o un error de traducción: era tangible, concreto e irrefutable. Encontraría lo que estaban buscando, y luego regresaría a Washington como una auténtica heroína. Y a Gibbs y las otras babosas que dudaban de ella no les quedaría más remedio que encomiarla. El terreno quedaría nivelado, o tal vez inclinado a su favor, y ya no tendría que volver a probar su valía nunca más.

# CAPÍTULO 21

Matt Blundin estaba sentado en la oficina de Stuart Gibbs, irritado y exhausto al cabo de una jornada de diecisiete horas. El director estaba sentado frente a él, recostado en su sillón, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos mirando al techo sin verlo. A las dos de la madrugada, hora de Washington, Blundin acababa de explicarle los entresijos de algo que estaba sucediendo: había descubierto que alguien había burlado su seguridad y robado sus datos.

Gibbs se movió hacia adelante y suspiró sonoramente:

—¿Qué más tienes?

—Eso es todo —le dijo Blundin—. Todo lo que sabemos por ahora es lo que sucedió.

—Me importa un comino lo que sucedió —estalló Gibbs—. Quiero saber cómo sucedió, por qué sucedió y quién fue el jodido cabrón que lo hizo.

Con las últimas palabras Gibbs lanzó el informe sobre la mesa, por donde se desparramó, para acabar chocando con la prominente tripa de Blundin.

Éste recogió el informe y se inclinó hacia adelante para volverlo a colocar sobre la mesa. Llevaban horas con aquello, y ya estaba cansado de escuchar a Gibbs maldecir, sobre todo porque llevaba meses, quizá años, advirtiéndole sobre la necesidad de tener un mejor sistema de seguridad para proteger los datos. Lo cierto es que aquél había sido siempre un problema en el NRI, desde el mismo momento en que los políticos se habían inventado la organización... en verdad, sólo había sido cuestión de tiempo que aquello pasara.

Blundin se frotó el cuello, estaba sucio y sudado tras un día tan largo y con ganas de devolverle la bronca a Gibbs. Pero eso sólo haría que la noche se prolongase aún más.

Sacó un aplastado paquete de Marlboro del bolsillo de su pecho, tomó un cigarrillo y se lo metió entre los labios. Dos intentos con el mechero y la punta brilló rojiza. Sólo después de dos largas chupadas comenzó a contestarle:

—Miré —dijo, mientras el humo blanco salía en volutas de su boca—, posiblemente puedo decirte cómo lo hicieron. Incluso puedo decirte cuándo es probable que lo hicieran, pero eso no nos va a ayudar con el quién, porque podría haber sido cualquiera que esté en Internet, desde dentro o fuera de este edificio.

Gibbs se echó hacia atrás, complacido.

—Empecemos por el cómo...

—Muy bien —aceptó Blundin—. Podemos empezar ahí, pero vamos a acabar exactamente donde estamos ahora.

Exhaló otra nube de carcinógenos y tendió la mano para alcanzar un cenicero en el que dejar el cigarrillo.

—Todo comienza con los códigos. Nuestro sistema emplea un código matriz generado a partir de un grupo de números primos y luego pasado por un algoritmo complejo —Gibbs ya parecía haberse perdido, lo que no era una sorpresa para Blundin. Quizá fuera por eso por lo que no le hubiese hecho caso con anterioridad. Se inclinó hacia adelante, demostrándoselo con las manos—: Piensa en un cierre de combinación. Si no sabes cuáles son los números de la combinación puedes llegar a descubrirlos comprobando cada número con las posibles combinaciones de los otros. Ya sabes: 1, 1, 1, luego 1, 1, 2, y luego 1, 1, 3 y así sucesivamente, hasta que finalmente llegas a 36, 26, 36 y por fin la caja fuerte se abre. Sólo que en este caso no estamos hablando de cuarenta números o lo que sea que tengan en una de esas cerraduras, estamos hablando de una enorme cantidad de posibilidades.

—¿Cómo de enorme?

—Digamos que es un uno con diecisiete ceros detrás. Tantos números que, si contases mil cada segundo, te llevaría cien años el contar hasta ese número.

Blundin se recostó en su silla.

—Y eso sería sólo contarlos. Para romper el código cada número debería ser comprobado con todos los otros números, y luego probado para ver si funcionaba.

Gibbs pareció entender.

—¿Qué hay del vendedor, del fabricante que nos facilitó ese encriptado?

—No —afirmó Blundin—. Las entradas ilegales fueron hechas empleando un código maestro inactivo, reservado por el ordenador para el caso de que todo lo demás quedase cerrado.

—¿Y qué hay de un ex empleado? —preguntó Gibbs—. Alguien que pueda conocer el sistema, pero que se haya marchado o lo hayan despedido...

—Ya lo he comprobado. Desde que instalamos el sistema no se ha ido de Atlantic Safecom nadie salvo una recepcionista.

—¿Y aquí?

—Cada vez que uno de nuestros empleados se marcha, sus códigos y perfil son borrados del sistema, y como te decía no ha sido con un código de empleado, sino con un código maestro.

Gibbs aporreó la mesa con el puño:

—Bueno, maldita sea, ¿y cómo demonios se han hecho con el código maestro? ¡Eso es lo que te pregunto! —estaba gritando descontroladamente—. Joder, no lo habrán encontrado por casualidad, ¿verdad?

—En realidad —le contestó Blundin—, en cierto modo, así fue.

Los ojos de Gibbs se entrecerraron, lo que Blundin tomó como una velada amenaza de que, si no era más claro, habrían repercusiones.

—Hicieron un montón de conjeturas —explicó Blundin—. Más de trescientos cincuenta cuatrillones.

El rostro de Gibbs se quedó blanco.

—Eso ni siquiera suena como un jodido número de verdad...

—Lo es —le aseguró Blundin—. Es lo que se precisa para romper el código. Y sobre eso te vengo advirtiendo desde hace un año.

Gibbs estaba callado, recordando sin duda las peticiones de Blundin para que se desconectasen de la División de Investigación, y sus afirmaciones de que el código podría ser vulnerable a un tipo especial de infiltración asistida por ordenador.

—Es el problema de los *hackers*, ¿no? —dijo finalmente—. Usando un superordenador o algo similar... ¿Es así como lo han hecho?

Blundin se removió en su silla.

—Bajo circunstancias normales yo diría que no, porque incluso un superordenador hace las cosas en series, comprobando un número con el otro, elevándolos un exponente y haciéndolos pasar por un único algoritmo. Incluso a la velocidad del típico Cray o Big Blue, estaríamos hablando de demasiados números y demasiado tiempo —Blundin hizo una pausa para llevar a cabo unos cálculos mentales—. Podría necesitar de uno o dos años de continuada y no interrumpida operación.

Gibbs golpeó el escritorio con su pluma.

—Has dicho «bajo circunstancias normales». ¿Debo asumir que vamos a adentrarnos en el mundo de lo anormal?

Blundin se secó la frente.

—En algunas partes hay un tipo diferente de programación —explicó—, que, en algunos casos, ya está entrando en su tercera o cuarta generación. Se llama Procesamiento Masivo en Paralelo. Se usa para unir ordenadores, desde PC hasta servidores y *mainframes*. Y que puede convertir a esas unidades en el equivalente de un superordenador... o de diez. Aparte de la NASA y el Departamento de Defensa no hay mucha gente que lo use, porque nadie necesita tanta potencia. Pero existe y es más rápido de lo que te imaginas...

—¿Cómo de rápido?

—Exponencialmente más rápido. En otras palabras: cuatro unidades conectadas no son cuatro veces más rápidas, sino dieciséis veces más. Y un centenar de procesadores unidos puede ser diez mil veces más rápidos. En vez de tener una autopista de un solo carril para que tu información corra por ella, ahora puedes tener una de cincuenta carriles, de mil carriles, o incluso de un millón de carriles. Los números son comprobados en paralelo, en lugar de en serie. Un programa sofisticado de éstos puede correr a un centenar de *teraflops* por segundo... y eso es un centenar de trillones de cálculos por segundo. Y, como he estado tratando de decirte desde hace tiempo, este tipo de programación convierte en vulnerables incluso a sistemas como el nuestro.

El director parecía impresionado.

—Nuestro sistema es el mismo que usa el FBI, incluso la CIA. ¿Quiere decirme con eso que sus archivos son vulnerables?

Blundin agitó la cabeza:

—Aparte de a unos pocos criminales, a nadie le importa una mierda lo que haya en los archivos del FBI: no puedes hacer dinero con lo que hay en los archivos del FBI. Y el sistema de la Agencia está aislado, no se conecta con nadie. A menos que hagas un agujero en la pared y te conectes a él, no hay manera de enlazar con la CIA. Pero nosotros estamos unidos al Departamento de Investigación, y ellos están unidos a una jodida cantidad de gente: universidades, empresas patrocinadoras, afiliados... es como las vías de la puñetera estación Grand Central, que van a todas partes. Y si alguien roba alguno de sus proyectos, o de los nuestros, le ha ahorrado a su empresa años de investigaciones y cientos de millones gastados en I+D. ¿De qué infiernos crees que vamos nosotros? Es lo mismo que les hacemos a los del otro lado, lo mismo que hicimos el año pasado en Osaka.

Gibbs parecía como mareado, y Blundin pensó: «Si ahora está mareado, cuando le cuente el resto va a vomitar».

—Pero aún hay algo peor...

Una mirada de incredulidad apareció en el rostro anguloso de Gibbs.

—¡Oh, por favor...! Dime, ¿qué puede haber peor? —pidió con falsa humildad —; porque, ¡joder!, yo no puedo imaginármelo.

Blundin dudó. Esta vez, cuando habló, las palabras salieron de su boca de mala gana. Aquella era la parte que más odiaba, la bofetada en la cara que hacía que todo fuese mucho más difícil de soportar.

—Te he dicho que no podían hacer esto desde el exterior... bueno, eso sólo deja una posibilidad: el trabajo pesado de pasar los números ocurrió dentro.

—¿Nuestros propios ordenadores?

—Tenemos *mainframes*, montones de servidores y doscientos setenta y un PC conectados, sólo en este edificio. Añade el Departamento de Investigación, y la red total es cinco veces más grande, incluyendo un par de Cray nuevecitos que hay en una sala de clima controlado en el Edificio Tres. Suma todas esas unidades y tendrás una máquina increíble con la que machacar números.

—Nos han atacado con un virus —supuso Gibbs.

Se aproximaba.

—Dado que no se reproduce a sí mismo, técnicamente no es un virus, sino un troyano. Tuvo que llegar a la red escondido dentro de otro programa, un programa legítimo, en este caso uno muy grande. Y luego se fue por su lado e hizo lo que tenía que hacer —había llegado al resumen—: Aún no tengo pruebas, pero me imagino que, cuando hayamos terminado la investigación, descubriremos que alguien



introdujo en nuestro sistema un programa de Procesamiento Masivo en Paralelo que puso a nuestras máquinas a trabajar para reventar nuestro propio código. Lo más probable es que tuviera su propio sistema interno de observación que comprobaba cuándo nuestra red estaba inactiva.

—¿Quieres decir que ese jodido virus nos estaba vigilando para asegurarse de que no lo descubriéramos?

Blundin asintió con la cabeza:

—Así nadie lo podía detectar. No había retrasos, ni conflictos con otros programas en funcionamiento. Si tengo razón, eso significa que, cada vez que alguien en esta oficina se iba a comer, hacía una pausa para el café o se daba la vuelta para charlar con un compañero durante un rato, su ordenador se ponía en marcha y empezaba a trabajar en hallar un modo de vulnerar nuestro código de seguridad.

Parecía como si los enrojecidos ojos de Gibbs fueran a saltársele de las órbitas.

—Todo eso es absurdo —dijo, echándole una mirada asesina a Blundin—. Francamente, espero que me digas que estás bromeando...

El otro metió un dedo por el cuello de la camisa para airearse.

—No bromeo.

Gibbs se recostó en su sillón, mascullando una retahíla de maldiciones, como si las suficientes palabrotas pudieran purgarle la sensación que crecía dentro de él. Finalmente volvió a fijar los ojos en Blundin.

—Vale —dijo—, me cuesta creer toda esta mierda, pero me imagino que no tengo más remedio. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Cómo encontramos a esos bastardos?

Blundin ya había iniciado un contraataque:

—Dado que probablemente se conectaron desde la parte de Investigación, hemos de empezar allí. Vamos a entrar nosotros también por la puerta de atrás de la División de Investigación. Ya estoy mirando los programas que han estado utilizando últimamente, para encontrar un posible candidato para este troyano. Una vez tengamos una lista, investigaremos las empresas propietarias de esos programas.

El director lo aprobó con un asentimiento de cabeza.

—De acuerdo, pero quiero que lo hagas tú personalmente, y que me traigas la información directamente a mí —le aclaró—: solamente a mí.

—¿Y qué hay de los chicos del FBI?

Gibbs se mostró testarudo:

—No quiero a nadie de fuera. Ni siquiera a nadie de tu departamento. No hasta que yo te lo diga...

Eso estaba bien: era mejor resolver el problema, antes de airearlo en el mundo exterior.

—¿Qué más sabemos?

—No mucho. Accedieron a información por todas partes, como si al principio no

supieran muy bien lo que andaban buscando. Sus búsquedas cubrieron una docena de proyectos, quizá más. Aún lo estoy investigando. Su última entrada fue hace tres semanas, el... —hojeó su copia del informe hasta que halló la página correcta—: el 4 de enero. No ha habido nada más después.

—¿Cambiamos los códigos esa semana?

—No, no se han cambiado todavía.

El rostro de Gibbs volvió a ponerse colorado.

—¿Y no tendría que cambiarlos ya?

—En realidad no queremos cambiarlos —le dijo Blundin—, nuestra mejor posibilidad de atraparlos es si los muy idiotas hacen otra entrada. He puesto un seguidor en el sistema, un pequeño localizador que no van a ver llegar. Si se introducen de nuevo en el sistema, los seguiremos hasta su casa...

Gibbs alzó una mano, finalmente convencido:

—De acuerdo, tú eres el experto en esas cosas, tú llevas la investigación. Haz lo que cojones tengas que hacer, pero mantenlo en secreto. No quiero que nadie más sepa de esto hasta que averigüemos lo que ha sucedido, ¿entendido?

—Vale, lo capto —aceptó Blundin—, ya lo había entendido la primera vez.

Tendió la mano hacia su cigarrillo y vio que se había quemado hasta quedar sólo una colilla. La miró con tristeza, preguntándose si no podría echarle una calada más, antes de descartarla y aplastarla. Buscó un nuevo cigarrillo en su bolsillo y descubrió que el paquete estaba vacío. Más dificultades...

—Estoy demasiado cansado para seguir con esta mierda esta noche —dijo, poniéndose en pie y tomando su chaqueta del respaldo de la silla—. Si quieres, podemos tener otra jodida sesión por la mañana. Pero ahora me voy a casa.

Gibbs miró el reloj y luego le dio permiso para marcharse haciendo un gesto con la cabeza. Blundin caminó hacia la salida, deteniéndose en la puerta y volviéndose.

—Hay otra cosa más —dijo.

—¿Qué?

—No lo sabemos con seguridad, pero estamos bastante convencidos que esto tiene que ver con el proyecto Selva Pluvial, ¿vale? Así que me tomé la libertad de comprobar esos archivos y, desde luego, habían accedido a todos. A todos y cada uno de ellos —Blundin se fue poniendo la chaqueta mientras seguía hablando—. El caso es que, mientras los comprobaba, me fijé en que los números de archivo no llevaban unidos ningún código de proyecto. Y los códigos de provisión de fondos pertenecían a otro proyecto totalmente distinto.

Gibbs pareció sorprendido.

—¿Y de quién eran las entradas?

—Del agente subalterno que tiene allí en Brasil, Laidlaw.

El director aguardó:

—¿Y...?

Blundin se encogió de hombros.

—Mira, ya sé que retiraste a Moore del proyecto por un buen motivo, y creo que hiciste bien, pero...

—Escúpelo ya... —dijo irritado Gibbs.

—Bueno, ¿sabe ella qué coño está haciendo?

Gibbs se relajó un tanto.

—No te preocupes por eso —dijo—. Te apuesto diez contra cinco a que todo es un error de contabilidad. Ya la han cagado antes, porque ella está fuera del sector que le corresponde. A ver si acierto: los códigos de provisión de fondos pertenecían a uno de sus proyectos norteamericanos.

—Ajá.

Gibbs sonrió:

—¡Contables! —se mofó—. Mañana les pegaré una buena bronca y haré que lo arreglen todo. Tu encuentra al hijo de puta que nos ha *hackeado*.

—De acuerdo —dijo Blundin, guardándose el informe en el bolsillo—. Ya me imaginé que sería algo así. Te daré los números de archivo por la mañana.

Gibbs asintió y Blundin le hizo un gesto cansino de despedida, mientras atravesaba la puerta.

Con Blundin fuera, Gibbs se quedó solo, considerando la situación. Se quedó unos minutos en silencio, regocijándose por los límites que les había puesto a Moore y Laidlaw, límites que le habían permitido no tener que entrar en la base de datos las informaciones más importantes, incluida la localización del templo recién descubierto. Eso eran buenas noticias, que le calmaron bastante el ánimo, pero las otras no eran tan agradables. Miró a través de la puerta por la que acababa de irse Blundin, con los ojos ardiéndole por la irritación y la falta de sueño. En cierto modo, las cosas habían ido de mal a peor.

## CAPÍTULO 22

Danielle estaba en pie en el techo del recién descubierto templo maya recorriendo con la vista el claro que la rodeaba: podía ver los restos de una hilera de edificios, que estaban alineados directamente con las escaleras del templo, y una calzada que corría entre ellos hacia la jungla, al oeste. El lugar había sido prominente e importante, y en lo más íntimo estaba convencida de que allí hallarían el origen de los cristales, si es que finalmente lograba conseguir que McCarter los buscase. Había varios motivos para darle un empujón: las incesantes peticiones de Gibbs para que se lo dieran era uno, y otro buen motivo era que las lluvias ya no tardarían demasiado en aparecer. Pero, mientras miraba al radiante profesor, que estaba trabajando con Susan y los portadores, volvió a embargarla la certidumbre del riesgo que corrían: sus vidas estaban en peligro, y los demás no tenían la más mínima idea de ello.

Contempló patrullar a Verhoven y sus hombres y escuchó cómo Hawker llegaba volando con una carga de equipo defensivo, que incluía sensores de movimiento, sistemas informatizados de seguimiento, luces, bengalas y cajas de munición... y la jauría de perros adiestrados por los que había insistido el sudafricano... y que los demás consideraban tan sólo una precaución. En realidad, pensaban que se estaban pasando tres pueblos con tantas precauciones, cuando hubiera sido mejor tomarse las cosas un poco más a la ligera.

Danielle sabía que no era así. En algún lugar de ahí fuera un enemigo los andaba buscando y, a pesar de la ventaja que habían ganado subiendo el río a la carrera, con el tiempo ese enemigo los hallaría. Y deseaba que cuando eso sucediese, hiciera ya bastante que los civiles se hubieran ido. Y, para que así fuera, ella tenía que seguirles presionando.

Miró al profesor McCarter, en cuclillas sobre el techo, pasando el dedo por una juntura en las piedras talladas y explicándole al grupo lo que había descubierto.

—Dígame otra vez lo que significa eso —le pidió.

—¿Ve lo preciso que es el ajuste? —dijo, señalando. Hizo un gesto a los otros para que se acercasen, y luego usó su cuchillo para raspar el moho. El ensamble de las piedras era tan apretado que el moho no había crecido dentro, sino que lo había cubierto como una lona—. No podrías meter ni un papel de fumar de canto por entre estas piedras. Todos los grandes monumentos que han soportado el paso del tiempo muestran este tipo de trabajo artesano. En Yucatán, en Egipto, en Mongolia... Y esta estructura debe de ser especialmente estable para tener este aspecto. Quizá fuese edificada sobre una base de roca, como los rascacielos del centro de Manhattan. He visto algunos daños en el lado norte —admitió—, pero los cimientos en sí no deben de haber sufrido mucho, o los ensambles de las piedras estarían abiertos y serían irregulares. Todo esto me parece muy emocionante...

—Ha dicho que tal vez haya descubierto un modo de entrar —le recordó ella—. ¿Podría saltarse el resto, e ir directamente a esa parte? Eso es lo que me parece emocionante a mí...

—No es usted partidaria de la cocina lenta, ¿verdad? —comentó McCarter, ligeramente malhumorado.

—Me va el microondas —le dijo ella—. O algo aún más rápido.

Él sonrió y se fue a otra parte del techo haciendo un gesto para que le siguieran.

—Esta piedra nos cuenta otra historia: la conexión es aquí menos correcta, el trabajo artesano menos preciso —hurgó en el moho, arrancándolo allá donde se había metido por las ranuras. El borde así expuesto era irregular y estaba mellado, con docenas de fracturas del grosor de un cabello mostrando los puntos donde algún día se producirían daños. Alzó la vista—. De todas las piedras de este techo, sólo ésta muestra estas condiciones. Esto únicamente puede significar una cosa: que esta piedra ha sido movida... repetidas veces.

«Al fin», pensó Danielle.

—Y usted cree que ésta es la entrada —supuso.

—Si es que tiene una —consideró él—. La mayoría de los templos mayas no tienen nada dentro... excepto otro templo maya anterior.

Le miraron caras de asombro.

—Los *Ahau* de los mayas querían tener monumentos erigidos en su honor, como todos los dirigentes del mundo antiguo. Pero, con un punto de vista sorprendentemente pragmático, a menudo ordenaban que fuera erigida una nueva estructura sobre la existente, en una especie de proyecto de rehabilitación urbana precolombino, lo que les permitía dejar tras de sí un templo más grande que el de sus predecesores. El resultado es algo parecido a esas muñecas rusas en las que una más grande alberga otras más pequeñas. En lugares como Yucatán, algunos templos tienen seis o siete capas debajo —volvió a su pensamiento anterior—. Pero hay otros templos mayas que son estructuras únicas, algunas de las cuales contienen cámaras interiores, estancias para que los reyes y los sacerdotes meditasen y se comunicasen con sus ancestros, muertos largo tiempo atrás. Un proceso que habitualmente era acompañado por el derramamiento de sangre, pues se pasaban cuerdas con púas y espinas de peces por sus labios, los lóbulos de sus orejas y... bueno, otras partes de su cuerpo consideradas aún más sensibles.

Hawker hizo una mueca:

—Eso le hace pensar a uno en que tal vez no fuera tan bueno ser rey...

Danielle se echó a reír y volvió a mirar a McCarter:

—Entonces, ¿cree que éste es un templo de ese tipo?

—Eso parece —dijo—. Y eso nos podría ayudar a determinar si éste lugar es o no *Tulum Zuyua*.

—¿Cómo? —quiso saber ella.

—*Tulum Zuyua* tenía otros nombres, ¿recuerda? La piedra que Blackjack Martin encontró contenía uno de esos nombres: Siete Cavernas, Siete Cañones. Otros escritos mayas se refieren a él como «El Lugar del Agua Amarga».

—Siete Cavernas —musitó ella, haciendo correr la idea por dentro de su cabeza—. Así pues, ¿cree que debajo puede haber una caverna o varias?

—Posiblemente —aceptó McCarter—, pero me lo planteo en términos menos dramáticos: se ha visto que otros lugares que llevan el nombre de «caverna» en realidad contenían estancias interiores. ¿Y por qué no? Después de todo, ¿qué es una caverna? Entre una estancia de paredes de piedra y una auténtica caverna sólo hay una diferencia semántica. Incluso los espeleólogos llaman «estancia» a las partes abiertas de una cueva. Y si resulta que este templo tiene una serie de estancias interiores, digamos que siete, eso apoyaría nuestra teoría de que se trata de *Tulum Zuyua*.

—¿Nuestra teoría? —inquirió Danielle.

—La estoy adoptando yo también —le explicó McCarter sonriente—. Y hay otra razón para entrar, una que quizá sea aún más importante: todo lo que haya en el interior habrá estado protegido del sol y la lluvia durante todos estos años. Ciertamente que los elementos han desgastado las paredes de fuera hasta dejarlas casi lisas, pero puede que dentro hallemos escritos, murales o alfarería. Incluso objetos rituales con información en ellos. El mejor y más rápido modo de obtener información es entrar en el templo, y eso significa que hemos de empezar aquí.

Les llevó varias horas, un montón de tirones musculares y una polea rota, pero al cabo la losa fue desalojada y forzada hacia arriba a base de usar barras como palancas. Pasaron por debajo de ella una cuerda de nylon y, utilizando un trípode improvisado, pudieron alzar la piedra y moverla a un lado, centímetro a centímetro. Se movió algo más de un metro, antes de que el trípode se desmoronara y la piedra quedase quieta.

McCarter se tumbó boca abajo para mirar por el agujero, pero en seguida se puso a toser y sacó la cabeza. Mezclado con el aire que se escapaba del interior del templo, Danielle podía oler un vapor acre. Era un asqueroso hedor sulfuroso.

McCarter alzó la cara, con los ojos llorosos:

—Esto te despeja la cabeza.

Mientras el arqueólogo volvía a acercarse al agujero, Danielle inspiró profundamente y se colocó tumbada junto a él; los haces de sus linternas iluminaron una escalera de anchos escalones, que descendía hacia la oscuridad de abajo.

—Entremos —dijo ella.

McCarter la miró a los ojos y pareció entender que no valía la pena discutir. Tomó la linterna fluorescente que le pasaba.

—¿Viene alguien más?

Algunos de los otros se echaron atrás, como para dar a entender que no se ofrecían voluntarios. Hawker se adelantó.

—¡Qué demonios, sólo es otro simple agujero en el suelo! Y, al menos, éste tiene una escalera.

McCarter asintió con la cabeza y luego se volvió hacia su ayudante:

—¿Susan?

Susan se había echado atrás, apartándose de la entrada, tosiendo y jadeando por el olor sulfuroso.

—No puedo —contestó—. No podría respirar...

McCarter asintió con un gesto.

—Vale, te haré un informe completo —se volvió hacia Danielle—. Bueno, jefa, vamos.

McCarter se deslizó por la abertura, desapareciendo de la vista. Le siguió Danielle, con Hawker tras ella.

Una vez dentro, pudieron ponerse en pie, y fueron descendiendo unos escalones mientras los penetrantes humos sulfurosos les asaltaban, haciéndoles lloriquear y abrasándoles las gargantas. Las gruesas paredes de piedra que tenían alrededor apagaban los sonidos del exterior y distorsionaban sus voces con extraños ecos reverberantes. Danielle se fijó en que, cuando los otros hablaban demasiado fuerte o muy deprisa, sus palabras se tornaban ininteligibles.

Se detuvo junto a McCarter al pie de la escalera, apuntando su linterna en varias direcciones. A pesar de ello, le era difícil el ver los detalles: el azufre en el aire se había condensado en una neblina amarillenta que dispersaba la luz de sus linternas.

Hawker habló:

—Veinte escalones. ¿Significa eso algo, Doc?

—No especialmente —le contestó McCarter—, pero hay veinte días con sus nombres en el Calendario Corto Maya. Aunque también puede que sea sólo el número de escalones que necesitaban para llegar arriba.

Danielle apuntó su luz al suelo: estaba hecho con la misma piedra gris que el exterior, cortada y colocada en bloques precisos.

—Asombroso —dijo.

Cuando pasó al lado de McCarter y fue hacia la oscuridad de más allá, su pie dio contra algo y lo mandó rodando por el suelo. El objeto se detuvo cerca de la pared y allí lo hallaron los haces de las linternas: un cráneo, descolorido y desgastado por el paso del tiempo, y que ahora descansaba cerca de la base de un gran montón de otros similares. Había docenas de cráneos, quizá cincuenta o más, algunos intactos, otros aplastados o rotos.

Danielle se los quedó mirando mientras McCarter iba hacia el montón, dejaba su

linterna en el suelo y tomaba uno entre las manos. Examinó los daños que tenía, luego lo cambió por otro.

—¿Qué me dice? —le preguntó ella.

—Todos muestran traumatismos —le contestó—. Daños por fuertes golpes o cortes de hojas afiladas, pero también hay otros tipos de señales...

Alzó otro cráneo y lo iluminó.

—Esto parecen marcas de colmillos. Y otros cráneos parecen dañados de dentro afuera, con las fisuras y los pedazos de hueso saliendo hacia el exterior. Nunca antes había visto algo así, y me hace preguntarme qué clase de rituales debían de practicar aquí.

—Mejor no pensemos en eso —dijo ella.

McCarter se irguió y los tres continuaron a través de una amplia puerta hacia una habitación aparentemente vacía. No obstante esa nueva estancia no estaba totalmente a oscuras: un delgado rayo de luz se filtraba desde algún punto en lo alto. Danielle forzó la vista para tratar de descubrir la fuente de esa luz, pero era difícil lograrlo. Entre el polvo, el haz de luz parecía una cortina.

—Una fisura en la estructura —aventuró McCarter.

—Ahora estamos en el lado norte —dijo Hawker.

Pasaron a través de la cortina de luz, volviendo a las tinieblas. Otra puerta los llevó hacia la izquierda, a través de una antesala, a una estancia rectangular, mucho más grande. Los haces de sus linternas atravesaron la neblina y la oscuridad y tocaron una plataforma centrada en el extremo más alejado. Parecía tener marcas en su parte frontal.

Danielle atravesó la habitación hasta llegar a la plataforma y se inclinó para examinarla. A todo lo largo de su superficie podían verse impactos de un objeto pesado, golpes repetidos que habían destruido o distorsionado mucho lo que originalmente había sido grabado en ella. Esquirlas de piedra yacían en la base de la plataforma, entre el polvo que levantaban con sus pasos.

—Parece vandalismo —comentó McCarter—. Me pregunto si los ladrones de tumbas habrán pasado por aquí...

Danielle tomó un puñado de polvo y fragmentos de piedra y los dejó caer por entre sus dedos de vuelta al montón. Y, mientras McCarter seguía examinando las estropeadas marcas, ella se irguió y estudió la plataforma: era de tres metros de ancho, con una leve depresión. Parecía ser algún tipo de altar, y si bien sus lados y parte delantera eran rectos, la línea trasera se curvaba hacia dentro, donde formaba parte del borde circular de un profundo pozo.

Colocó la linterna sobre el altar, se subió a él y miró dentro.

—Mirad esto —dijo.

McCarter subió junto a ella.



Dirigieron sus luces hacia el interior del pozo y los haces fueron parcialmente reflejados.

—Agua.

Hawker miró por encima del borde.

—¿Y para qué tendrían un pozo aquí dentro?

McCarter habló a desgana:

—Me temo que para hacer más sacrificios. Los antiguos mayas también tenían la mala costumbre de ahogar a la gente.

—No me gusta tener que decir esto —intervino Hawker—: pero no me molesta nada que hayan desaparecido...

En la oscuridad, era difícil juzgar la profundidad del pozo. Al menos eran treinta metros hasta la superficie del agua, calculó Danielle. Tomó una piedra pequeña y la soltó por encima del borde.

—Mil uno, mil dos, mil...

El chapoteo la interrumpió, pero fue lo que sucedió luego lo que les asombró: un momento después del impacto una brillante espuma fosfórica empezó a burbujear en la superficie, e instantáneamente el olor a azufre se hizo más penetrante.

—Parece... —dijo Danielle.

—... Ácido —McCarter acabó la frase por ella.

—¿Ácido? —se asombró Hawker.

McCarter se volvió hacia él.

—El azufre del aire tenía que salir de alguna parte. Parece que sale de ahí abajo. Los gases burbujan a través del agua como el anhídrido carbónico en una bebida gaseosa. El resultado parece ser un estanque de ácido sulfúrico diluido.

El rostro de Hawker se arrugó.

—Creo que ni siquiera deseo saber para qué lo usaban...

—Probablemente para deshacerse de los huesos —le explicó el profesor.

Mientras Hawker miraba dentro del pozo, Danielle se volvió hacia McCarter y dijo en voz alta lo que pensaba:

—Agua amarga —musitó—. Desde luego, agua amarga...

## CAPÍTULO 23

Esa noche, una llamada quejumbrosa resonó por el claro, alzándose y bajando de un modo ululante. Era un sonido hueco y estremecedor; un sonido que Pik Verhoven había estado esperando...

Danielle se volvió hacia la izquierda, que era donde estaba sentado Verhoven, con un tazón de café detenido ante sus labios. Ya antes él le había dicho que iba a pasar algo esa noche: había divisado movimientos entre los árboles horas después de que el templo hubiese sido abierto. *Voorloopers*, los había llamado: observadores.

Durante las horas siguientes, Hawker y él habían hecho una batida por los árboles, buscando nativos y esperando ahuyentarlos. Sólo habían hallado huellas de pasos, extrañas marcas en los árboles, como algún tipo de marcaciones de territorio, y rastros dejados por patas de sólo dos zarpas. Cerca de ellos habían hallado los cuerpos de dos animales muertos de un modo horrible, cubiertos de barro y con el mismo tipo de ampollas que habían visto en el cadáver del río.

—Más advertencias —le había explicado el sudafricano.

En respuesta a esto, Danielle había decidido no dormir de momento. Se había dedicado a hacer una serie de comprobaciones del círculo de detectores de movimiento que habían colocado en derredor del claro, asegurándose de que el ordenador portátil que mostraba la información de los aparatos estuviese muy a mano.

Por su parte, Verhoven había mandado a dos hombres a patrullar el claro con gafas de visión nocturna y se había traído a uno de los pastores alemanes, haciéndole sentarse a su lado junto a la mesa. El perro estaba alerta y se había colocado entre el sudafricano y la fuente de la llamada.

Verhoven le dio unas palmadas cariñosas al animal y miró a Danielle, cuyos detectores todavía no habían dado la alarma. Ella le ignoró, y se puso a trabajar con el portátil.

Cuando un segundo grito quejumbroso atravesó el aire nocturno, Verhoven dejó su tazón de café y tomó un radiotransmisor portátil.

—¿Qué veis?

—Nada por aquí —le llegó una respuesta; Danielle reconoció la voz de Roemer.

—Tampoco por aquí —llegó el segundo informe.

—Bueno, pues abrid bien los ojos, porque desde luego hay algo que no veis...

Danielle ya había escuchado bastante.

—Voy a despertar al campamento —pero no había necesidad: el fantasmal gemido ya lo había hecho. Los otros miembros del equipo estaban moviéndose, saliendo de las tiendas de campaña y dirigiéndose hacia la fogata, colocándose cerca de Verhoven y de ella.

Polaski fue uno de los primeros en acercarse:

—¿Qué es eso?

—Suena como un gato en celo —comentó Devers.

Los porteadores se agruparon, y les siguieron el doctor Singh, McCarter y Susan, con Hawker pisándoles los talones. Danielle se acercó a Devers:

—¿Son los *chollokwan*?

No le contestó de inmediato, al parecer sobresaltado por los ecos del grito.

—Claro que lo son —intervino Verhoven.

Ella deseaba confirmación:

—Vamos, ¿lo son o no?

—Creo que sí —dijo Devers—, suena como su lenguaje, pero...

Mientras Devers forzaba el oído para escuchar, Danielle cruzó una mirada con Hawker. Éste eligió un sitio junto a ella, frente al fuego, sentándose en una caja.

—Hora de ver si ese plan tuyo funciona...

El plan era muy simple: había una zona en el centro del campamento a la que se retirarían en caso de ataque. Esa zona estaba circundada por latas de humo y un grupo de trípodes que sostenían un par de docenas de potentes focos halógenos, como los usados en los campos de fútbol.

Si se enfrentaban a una incursión diurna, los botes de humo lanzarían espesas nubes de humo negro, que en unos segundos ocultarían el grupo a unos atacantes que cargasen contra ellos. Pero el humo no sería obstáculo para las miras infrarrojas que llevaban los rifles de Verhoven, cuyos hombres podrían disparar a voluntad desde su posición oculta.

Si el ataque se producía de noche, como el que ahora parecía inminente, los focos harían la misma función, cegando a cualquiera o cualquier cosa que fuera hacia ellos, mientras que el equipo del NRI prácticamente desaparecería en el oscuro vacío del centro, y podrían disparar desde allí si fuera necesario.

Danielle observó el claro. Por el momento estaban solos.

—¿Algo en la pantalla? —le preguntó Verhoven.

Ella miró el portátil.

—Aún nada —contestó—, deben de estar muy lejos...

La voz de Roemer les llegó por la radio:

—Ya los veo. Hay unos pocos, entre los árboles, al sur.

Mientras Roemer hablaba, el ordenador empezó a pitar débilmente. Aparecieron blancos señalados en la pantalla: puntitos rojos en un campo color gris, algunos al sur y unos pocos más al oeste.

Verhoven tomó la radio:

—Retiraos. No es bueno estar separados si va a haber pelea —con mucha calma se descolgó el fusil que llevaba al hombro y dijo—: Va a ser una noche interesante.

Sonaba más molesto que preocupado, como un hombre que finalmente tiene que hacer una tarea que ha estado retrasando demasiado.

—Que cojan las demás armas —ordenó Danielle.

Verhoven le tiró una llave a Brazos:

—Deprisa, vamos.

Los fusiles estaban en una larga caja, cerca de la tienda de Verhoven, pero como precaución adicional la caja estaba cerrada. Sólo le llevaría a Brazos un minuto el abrirla y tomar las armas de dentro.

Mientras se apresuraba, de nuevo les llegaron las voces, más fuertes ahora, el canto conjunto de varios nativos.

—Esto no es bueno —dijo Polaski—. No creo que esto pueda ser bueno...

—¿Qué dicen? —preguntó Danielle.

—Es difícil saberlo —le contestó Devers. Las voces subieron en intensidad, luego se apagaron, para ser de nuevo reemplazadas por el bajo y rítmico canturreo—. Es algún tipo de canción, realmente no es...

Una segunda voz nativa interrumpió a Devers, sobresaliendo por encima del coro con un grito desde el borde oeste que fue rápidamente contestado por otro desde el este, luego por uno desde el norte y finalmente por otro desde el sur.

Danielle se volvió en cada dirección, buscando el origen de los gritos mientras éstos se apagaban, para ser reemplazados de nuevo por el bajo y rítmico canto.

—No es fácil —insistió Devers—. Su lenguaje no es como el nuestro, no es completamente lineal.

Se esforzó por escuchar.

—Están invocando a los espíritus —dijo—. Les suplican que limpien la selva de la plaga, de la infección que nosotros hemos traído. O quizá nosotros seamos la plaga, la infección... en cualquier caso, parece que somos el problema.

Verhoven se echó a reír.

—¡Claro que lo somos! —corrió el cerrojo de su rifle y dio un paso adelante—. Bueno, será mejor que vengan con algo más que espíritus, si es que quieren acabar con nosotros.

Mientras el canto se alzaba de nuevo, Danielle tuvo la clara impresión de que la situación estaba escapando a todo control. Temía que los *chollokwan* fueran a atacarles, probablemente en masa, y también tenía la impresión de que Verhoven deseaba que lo hicieran... sólo para poder demostrar lo que él era capaz de hacer.

Miró a Hawker. No parecía preocupado, casi se le veía divertido. Movié la cabeza con calma, con sus ojos sugiriéndole que no iba a haber problemas, que todo eran bravatas... que tanto Verhoven como los nativos estaban compitiendo en un juego de ver quién era el más macho...

Volvió a mirar hacia los árboles, esperando que el piloto tuviera razón y, justo

entonces, cesó el canto.

—¿Y ahora qué...?

Los hombres de Verhoven se habían reunido con el grupo y su jefe les ordenó que se abriesen en abanico a unos metros por delante del grupo, cada uno de ellos cubriendo una dirección cardinal, con el resto de los miembros de la expedición apiñados entre los centinelas.

Danielle temía que cuatro hombres no fueran a ser suficientes.

—¿Dónde demonios está Brazos? —trató de ver en la oscuridad, buscando al robusto porteador. No podía verle, y se preguntó qué le podía estar retrasando tanto —. ¿No deberíamos encender las luces?

—Todavía no —le contestó Verhoven.

Nuevos gritos surgieron de entre los árboles, mientras crecía la acumulación de puntos rojos en la pantalla y el pitido de la alarma proseguía incesante.

—¡Cuidado! —gritó Roemer.

Todo el mundo se agachó, mientras un proyectil con fuego trazaba un arco en el oscuro cielo, yendo hacia ellos. Cayó corto, rebotando y deslizándose de un modo raro por el suelo: era algún tipo de arma, como un bolo, cuyos extremos ardían. La hierba seca a su alrededor se prendió, justo cuando nuevas llamas caían desde el cielo.

—¡Todo el mundo cuerpo a tierra! —gritó Verhoven.

Los trazos de fuego cruzaban el cielo en extrañas trayectorias sinuosas: dos bolas de fuego girando una alrededor de la otra, unidas por un trozo de cuerda. Chocaban contra el suelo desparramando chispas. Diez. Luego veinte, después más, una tras otra en grupos, llegando desde todas direcciones.

El doctor Singh empezó a patear tierra hacia las llamas que tenía más cerca. McCarter se le unió, pero lo cierto es que las marchitas hierbas del claro ardían en un momento, convirtiéndose en seguida en cenizas y sin representar un auténtico peligro.

Justo entonces regresó Brazos, llevando torpemente cuatro fusiles y una caja de cargadores llenos.

—Páselos —le ordenó Danielle.

Las voces que cantaban a su alrededor habían iniciado una nueva melodía, más oscura y siniestra, serpenteando alrededor del claro, mientras una voz tras otra repetía una única e idéntica palabra.

Por la expresión de su rostro, Devers había reconocido la palabra, pero no la traducía, lo que era una muy mala señal.

Danielle miró la pantalla del ordenador: había puntos por todas partes a su alrededor, demasiados para poderlos contar. Se volvió hacia Devers.

—Rostros blancos —le dijo él.

—¿Qué significa eso?

—Un rostro blanco es un espíritu. El que trae la muerte...

No mucho después, las voces empezaron a parecer una llamada a filas: uno tras otro, los *chollokwan* anunciaban estar presentes. Danielle calculó que serían unos cincuenta, luego unos setenta, después más.

A su lado, Hawker se puso en pie. Se adelantó hacia donde Verhoven estaba a punto de entregar el último fusil:

—Será mejor que ése me lo des a mí... —le dijo.

El sudafricano lo retuvo por un momento y luego lo colocó con fuerza en la mano extendida del piloto.

Danielle volvió a cruzar su mirada con Hawker, pero esta vez no halló ánimos en sus ojos: eran hoscos y fríos. Ya no parecía divertido.

A unos pasos de distancia Roemer miraba a través de unas gafas de visión nocturna:

—Hay un montón de ellos por ahí. Por lo menos cien, quizá más.

Verhoven se mostró en desacuerdo, mirando a la pantalla y sus múltiples puntos.

—Bastante menos. Desde luego menos de los que querrían hacernos creer... —le echó una mirada de aviso a Roemer.

—Tal vez —intervino Devers—, pero eso es una partida de guerra: esa gente se considera poseída por el espíritu de la muerte. Antes de iniciar una incursión, se cubren con pintura blanca, creen que eso los protege, pues si ya están muertos, no pueden morir.

Como en respuesta a lo que Devers había dicho, las voces se callaron de pronto. Danielle miró en derredor, pero nadie había cargado aún hacia el claro. Los bolos seguían ardiendo allá donde habían caído, e hilillos de humo flotaban a través del campamento. Pero el aire estaba quieto. Roemer se apartó del grupo y avanzó unos diez pasos por el claro. Estaba comprobando el perímetro con las gafas de visión nocturna y tenía que alejarse de la fogata para poder ver con ellas.

—Están por todas partes a nuestro alrededor —dijo—, en todas las jodidas direcciones. Van a venir a por nosotros. Están esperando a una señal, y vendrán...

Siguió observándolos con las gafas.

—Están prendiendo fuegos en la espesura...

Danielle vio la acción de la que estaba hablando: siluetas de pequeños fuegos allá donde empezaban los árboles. En pocos segundos pudo ver más de una docena de fuegos prendiendo en los árboles, mientras otros nuevos eran encendidos a lo largo del perímetro. El efecto era como si una mecha fuese ardiendo lentamente alrededor del claro, desde el lado oeste hacia el sur y luego hacia el este.

El sotobosque ardía con secos chasquidos, mientras los fuegos iban uniéndose unos a otros y las llamas iban recorriendo el lado este. Podía ver a simple vista la silueta de corredores con antorchas en las manos, marchando por delante de los

fuegos y con las llamas siguiéndolos. No mucho después el claro entero quedó rodeado por una conflagración, que crecía con rapidez.

—¡Dios mío, nos van a quemar! —susurró Polaski—. ¡Nos van a quemar vivos!  
Hawker trató de calmarlo:

—No hay nada que quemar aquí dentro.

Danielle suspiró: eso era cierto, el claro estaba vacío de cualquier cosa grande que pudiera arder... pero el humo sí que era un problema. Los fuegos que les rodeaban eran aceitosos, y el humo que producían espeso y pesado. Pronto se hizo difícil respirar.

El doctor Singh corrió a por su botiquín, a por los respiradores de papel que había en él. Le dio uno a Susan y los otros a Polaski, McCarter y los porteadores.

Roemer se quitó las gafas de visión nocturna.

—Ahora estamos ciegos. Han inutilizado las gafas.

—Eso no lo saben —le dijo Hawker.

—¡No podemos verlos!

—¡Ellos no lo saben!

Devers les interrumpió:

—Entiendo lo que están diciendo ahora. Las Muchas Muertes caminan en la noche, consumiendo la vida como lo hace el fuego. Fuego por fuego, vida por vida —gritó, para hacerse oír por encima del crepitar de las llamas—. No dejan de repetir eso: fuego por fuego, fuego contra la plaga.

En algunos lugares, las lenguas de las llamas se habían unido y alcanzado las proporciones de un auténtico infierno: subían por los árboles, creaban su propio viento, giraban en pequeños pero malignos vórtices, cual si fueran genios que diesen vueltas tras ser liberados de la prisión de sus botellas.

—El fuego es para nosotros —añadió Devers—. Nosotros somos la plaga.

—Pues ya está —dijo Danielle—. Encended las malditas luces y lanzadles algunas bengalas. No vamos a esperar más...

Verhoven sonrió y apretó un botón. El generador se puso en marcha y las luces se encendieron al momento. Un destello los cegó, cuando las nubes de humo blanco y gris se iluminaron como una neblina fantasmal. Lo cierto era que, ahora, la visibilidad era peor.

El sudafricano apretó otro botón y empezó a lanzar bengalas desde los contenedores previamente situados en la jungla. Dos bengalas se encendieron al norte y otras dos el oeste. Luego disparó más en el sur y el este, desde los contenedores que estaban tras los guerreros *chollokwan*.

Danielle esperaba que el sonido de las bengalas al ser lanzadas sobresaltase a los nativos. Y, mirando a la pantalla del portátil, vio agujeros en las líneas de los guerreros *chollokwan*, allá donde grupos de ellos se habían retirado... pero no lo

estaban haciendo en masa y, poco después, las brechas en sus filas empezaron a cerrarse de nuevo. Se volvió hacia Verhoven, con los ojos ardiéndole por el humo.

—¿Y ahora qué?

Verhoven permaneció en silencio un momento, luego se volvió hacia Roemer y miró más allá de él, a Hawker:

—¿Qué te parece? ¿Van a venir?

Hawker negó con la cabeza. Señaló con el rifle hacia los altos fuegos al borde del claro:

—Si viniesen ahora serían siluetas recortadas contra las llamas. Un buen modo de hacer que te maten, aunque seas un cara blanca...

Verhoven se volvió hacia Danielle:

—Ya lo ve, saben que no es el momento. Seguiremos vigilando, pero no van a venir. Esta noche no.

Danielle suspiró, convencida de ello, porque Hawker y Verhoven estaban de acuerdo.

—Así que esto es una advertencia... supongo que ya no habrá otra más.

Devers tosió:

—Tienen fama de no dar ni una primera —dijo.

Durante el resto de la noche, el grupo contempló cómo las llamas ardían en círculo a su alrededor. Ocasionalmente se escuchaban nuevos cánticos, especialmente cuando las copas de los árboles estallaban en llamas, pero los *chollokwan* no intentaron en ningún momento entrar en el claro. Al irse aproximando el alba se fueron hundiendo en las profundidades de la jungla y desapareciendo.

Alrededor del claro, la selva siguió ardiendo. Pero aunque, para lo que era habitual en el Amazonas, la jungla estaba seca, no era el tipo de espesura reseca que puede arder hasta convertirse en un infierno incontrolable: las llamas no podían alcanzar la temperatura crítica precisa para que los fuegos se convirtiesen en autosostenibles, especialmente con las frías neblinas matutinas.

Y al ir aumentando la luz del día, los fuegos se fueron apagando. El humo y las cenizas fueron disminuyendo durante la mañana y a última hora de la tarde lo único que quedaba eran los restos, aún chisporroteantes, de árboles quemados y ennegrecidos, y la duda de qué podía ocurrir la noche siguiente.



## CAPÍTULO 24

Era una mañana tremendamente fría, en la ciudad de Washington: una mañana de cielo azul, sin nubes ni plumas de vapor en el horizonte. El sol se alzaba, brillante y bajo, pero a pesar de su cegador brillo, no dejaba de ser un compañero distante y despectivo, una simple vela encendida sobre el manto del mundo. Aquel día no se notaba ni una pizca de calor, ni en la luz del sol, ni en el aire, ni en los corazones de aquellos que, en pie, contemplaban cómo el NRI enterraba a uno de los suyos.

Stuart Gibbs había pronunciado la elegía, había sido breve por consideración a los allí reunidos, en un día como aquel. Ofreció sus condolencias personales y luego se apartó, contemplando cómo otros se adelantaban para consolar a la viuda de Matthew Blundin, el fallecido jefe de Seguridad del NRI.

Miró cómo hablaban con ella, la abrazaban y le daban la mano. Suponía cuáles eran sus palabras, palabras amables sin duda, palabras de pena por su pérdida y de alabanza por el trabajo que su marido había hecho. Nadie mencionaría que había sido hallado en los bajos fondos de la ciudad, muerto a tiros y robado, en una calle famosa por sus putas y vendedores de droga. Nadie le preguntaría si su adicción al alcohol y a trasnochar les había llevado a la separación y a que ella hubiese estado tramitando el divorcio, o si alguno de sus vicios podía haberle llevado a aquel final. Naturalmente aquellas cosas las pensarían, pero esos pensamientos no serían expresados en palabras, pues la muerte no sólo es la gran igualadora, sino que también borra las malas acciones. Los errores y malos hábitos de Blundin serían olvidados en esta despedida de su duelo, y su sapiencia e ingenio ensalzados y mitificados.

Gibbs contempló la procesión de los que daban el pésame, notándose incómodo y distraído, aplastando el periódico enrollado que llevaba en la mano de modo inconsciente y cada vez con más fuerza. Le estaban cayendo problemas por todas partes: el equipo que tenía en la selva pluvial había sido atacado por los nativos, la seguridad de su sistema de ordenadores había sido violada, le habían hecho *hackearse* a sí mismo, y su jefe de Seguridad, el único hombre en quien podría haber confiado para hallar al culpable, estaba muerto y enterrado, con la única guardia de honor de un esquelético bosque de árboles marrones sin hojas.

«No es bastante —pensó—. Él se merecía más...»

Para la mayoría de los asistentes, la muerte del jefe de Seguridad sólo era una pequeña nota a pie de página en el libro de sus historias particulares. Incluso la reciente viuda de Blundin seguiría con su vida, tal como ya había empezado a hacer. Pero, para Stuart Gibbs y el NRI, el evento era de una gran importancia, uno de ésos que te cambian la existencia; y Gibbs no podía apartar esa idea de su mente, como tampoco podía evitar que le congelara el gélido aire invernal.

Al cabo de poco el grupo empezó a empequeñecer, y pronto incluso la viuda y los suyos se dieron la vuelta, para irse hacia el aparcamiento.

Gibbs se quedó unos veinte minutos más, de pie y solo, pensando en Blundin, en el proyecto Selva Pluvial y en las varias alternativas que ahora se abrían ante él. Y únicamente caminó hacia el aparcamiento, también él, cuando el hiriente aire comenzó incluso a traspasar su abrigo.

Para cuando llegó al lugar, su coche era el único que quedaba. Pero, mientras buscaba la llave, otro vehículo giró hacia él: un Mercedes plateado con los cristales de las ventanillas tintados.

Estudió el coche, esperando que pasara, pero éste se detuvo junto a él y el cristal de la ventanilla de la puerta de atrás descendió suavemente.

—¿Stuart Gibbs?

Gibbs dudó: casi no veía el interior del coche. Pero no había motivos para negar su identidad.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Un hombre, de espeso cabello cano y un austero traje color gris oscuro, se inclinó hacia la ventanilla abierta.

—Me he dado cuenta de que tiene una rueda pinchada, y pensé que quizá necesitase que lo llevaran.

Gibbs miró el neumático. Una rueda trasera estaba deshinchada, y eso que era una Michelin nueva de trinca y que había estado perfecta una hora antes.

—Es cierto —dijo—. Pero haré que alguien venga a por mí.

—Tenemos que hablar —insistió el hombre—. He estado en el funeral con el senador Metzger del Comité de Vigilancia, y tengo alguna información sobre la muerte del señor Blundin que creo que debería conocer...

—¿Qué tipo de información?

—Del tipo que no puede ser pasada a la policía hasta que ha sido adecuadamente estudiada y filtrada.

Gibbs se le quedó mirando.

—Es un tema muy urgente —prosiguió el hombre—, así que, si usted no quiere escucharme, tendré que dársela al buen senador...

Gibbs miró fijamente al hombre del coche.

—¿Quién es usted?

La puerta se abrió y el hombre del traje gris se deslizó hacia el otro lado del asiento.

—Me llamo Kaufman —dijo—. Y mi empresa es uno de sus socios fundadores.

Sin decir palabra, Gibbs se adelantó y subió al coche. Éste empezó a moverse y el cristal tintado se alzó suavemente hasta quedar cerrado.

Gibbs miró dentro del coche: aparte de Kaufman sólo estaba el chófer.

—Es una pena que haya muerto un hombre como ése —dijo Kaufman, con sus ojos enfocados en el diario que Gibbs llevaba abierto por la página de la sección de necrológicas.

Gibbs bajó la vista al periódico y luego la alzó a Kaufman.

—Blundin era uno de mis mejores hombres, y además un buen amigo. Pero tenía sus propios problemas y supongo que, finalmente, le atraparon.

Kaufman asintió con la cabeza, con la faz sombría.

—Parece que siempre es así.

El tono de la voz de Kaufman molestó a Gibbs: parecía muy pagado de sí mismo y condescendiente.

—Será una gran satisfacción cazar a quien lo hizo —dijo—. Incluso aunque sea algún malhechor de poca monta...

—No es muy probable que haya sido un malhechor de poca monta —le replicó Kaufman—. No cuando a su hombre lo han matado a causa de su proyecto Selva Pluvial...

Gibbs se quedó helado: ni siquiera el senador Metzger sabía nada del proyecto Selva Pluvial.

—No estoy muy seguro de saber de qué está hablando...

—En estos momentos tiene a un grupo de gente trabajando en el Amazonas. Se encuentran al sur, y de algún modo están allí sin el conocimiento ni el consentimiento del consulado de Estados Unidos, y no digamos del gobierno de Brasil. ¿Le importaría decirme por qué?

—Tenemos gente en cincuenta países —le contestó Gibbs, tratando de mantener la compostura—. No les sigo la pista a todos. En cuanto a lo que se refiere a nuestro consulado y al gobierno brasileño, estoy seguro de que está usted equivocado. Pero, lo que es más importante, ¿qué tiene que ver todo esto con la muerte de Matt?

—Es muy sencillo —le contestó el hombre—: lo mataron por lo que sabía. Estaba investigando su fuga de datos, y eso hizo que alguien se pusiera muy nervioso. Pero eso usted ya se lo imaginaba, ¿no?

Gibbs miró al hombre que tenía enfrente, notando que perdía el control sobre sí mismo. Aquel hombre era vil.

—Sea lo que sea lo que me quiera decir, dígamelo ya, de una jodida vez.

Kaufman suspiró.

—Empecemos con el proyecto —dijo—. Su gente está buscando allí las ruinas de una antigua ciudad maya. Una ciudad que puede que sea el lugar de origen de unos artefactos muy especiales. Hace ocho semanas perdió usted a otro equipo que intentaba lograr lo mismo. De hecho, aún se está preguntando qué es lo que les pasó a aquellos hombres. Y ésa es otra respuesta que yo le puedo dar, si es que quiere escucharme...

Gibbs le mostró una mirada vacía, y luego regresó, como casualmente, a su diario, concentrándose en la página que tenía delante, como si pudiera permitirse ignorar a Kaufman y su pregunta. Pero su mente daba vueltas y ya no veía las letras y las palabras, sino sólo formas en movimiento, en blanco y negro.

—¿Cuento con su atención? —le preguntó Kaufman.

Gibbs ya no podía seguir aparentando: dobló el periódico cuidadosamente, y lo dejó a un lado.

—Como probablemente ya ha supuesto —prosiguió Kaufman—, yo soy su competencia: tengo sus datos, tengo sus cristales y, si no fuera por unos pocos incidentes desafortunados, ya tendría el premio que usted andaba buscando. En otras circunstancias, éste podría ser uno de sus peores momentos; pero tiene usted suerte, es una oportunidad para usted: la mejor y última oportunidad que va a tener para dejar todo esto atrás.

Gibbs notó que estaba recuperando el equilibrio.

—El NRI no necesita su ayuda...

—El Instituto no, amigo mío: usted. Tengo la intención de ayudarle.

—¿Ayudarme en qué?

A pesar de la precisa pregunta de Gibbs, el hombre que tenía al lado seguía mostrándose moleestamente obtuso.

—¿Cuánto tiempo lleva con esto...? —le preguntó—. Por lo menos dos años. Tal vez más. Se ha endeudado usted, se ha puesto en peligro y ha arriesgado todo lo que tiene con tal de conseguir esa cosa. Y, si no me equivoco, ahora se está dando cuenta de que hallar eso tras lo que anda no va a acabar con sus problemas...

—No sé de qué me está hablando —dijo Gibbs.

Kaufman no se alteró:

—He llegado a darme cuenta de que ha movido todo este asunto por su propia cuenta y riesgo. Ha usado usted los medios y el personal del NRI, pero es su operación privada. Tengo que admitirlo: ha sido una jugada audaz. Pero que le coloca en una mala posición, ahora que se ha topado con problemas. La simple recuperación que usted planeó se ha visto embrollada por todo tipo de cuestiones y retrasos. Se está usted quedando sin dinero, o casi. Y tampoco le queda mucho tiempo, porque la gente está empezando a hacer preguntas... preguntas que usted no puede responder.

Gibbs tenía las mandíbulas apretadas; trató de relajarse.

—Quizá tenga usted suerte —le dijo Kaufman, ofreciéndole una esperanza—. Quizá encuentre usted lo que anda buscando y pueda desaparecer con ello, antes de que todo se le derrumbe encima. Pero, entonces... ¿qué? No puede ir con esa cosa al NRI o, puestos ya a ello, a ninguna otra organización estatal de Estados Unidos... pues no sólo querrían saber de dónde ha salido, sino que además, y para empezar, exigirían saber qué demonios hace en su posesión. Entonces, ¿qué le queda?

Desarrollarlo por usted mismo... ¿con qué medios? Está usted casi arruinado y prácticamente solo. E incluso aunque no lo estuviera, no podría obtener los recursos para jugar a un juego como ése... o, de lo contrario, no habría estado utilizando fraudulentamente los recursos del NRI. Así que va a tener que venderlo. La pregunta es a quién... ¿a los que lo desarrollarían o a los que lo destruirían?

Gibbs permaneció en silencio, como era su proverbial derecho.

—Supongamos que escoja usted a los que lo desarrollarían —siguió Kaufman—. La mejor apuesta está en los gobiernos nacionales, pero... ¿cuáles? No puede usted dirigirse al suyo propio, eso lo hemos dejado claro, así que... ¿adónde iría? ¿A los japoneses? ¡Seguro! ¿Por qué no? Prácticamente importan toda su energía, están tecnológicamente avanzados y cada año gastan millones en este tipo de investigaciones. Pero en ese mundo de usted son su principal rival, el equivalente económico de los rusos en la guerra fría y, aunque sea usted un ladrón, no es un traidor. De modo que la Unión Europea, los rusos y los chinos también quedan fuera, al menos hasta que haya agotado usted todas sus otras opciones. Y eso sólo le deja a los que lo destruirían...

—¿Los que lo destruirían? —repitió secamente Gibbs.

—Los que más tienen que ganar si esta próxima revolución nunca tiene lugar: la industria nuclear, las grandes petroleras, los países de la OPEC. —El tono de Kaufman se tornó pragmático—: Si yo fuera usted, la industria nuclear sería mi primera elección, aunque no se trate exactamente de un grupo monolítico. Quizá incluso un día puedan llegar a utilizarlo, cuando haya terminado la vida útil de sus trillones de dólares en inversiones de capital. Aunque lo más probable es que prefieran seguir construyendo esas enormes, caras y sucias centrales de energía, en lugar de otras pequeñas, más baratas y limpias... hay en ello más responsabilidad, más prestigio y, desde luego, más dinero. Eso sí, le pagarían a usted generosamente por lo que les ofreciese. Como también haría la gran industria petrolera: la OPEC y las Siete Hermanas, o lo que queda de ellas. Le cubrirían a usted de petrodólares para mantener esta cosa archivada. O quizá prefiriesen enterrarle a usted físicamente... tal vez ambas cosas. Como mínimo es algo por lo que debería estar preocupado el resto de su vida; porque lo tendrían controlado lo que le quede de vida.

Le miró directamente a los ojos.

—Es una cosa terrible, esa —le dijo—: vivir controlado.

Gibbs escuchaba los razonamientos de Kaufman con una tremenda sensación de *déjà vu*: había hecho esos mismos razonamientos él mismo al menos un millar de veces.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —le preguntó con amargura—. En otras palabras... ¿a dónde quiere llegar?

Finalmente, Kaufman le complació:

—Lo que usted espera encontrar allí... lo que ambos esperamos encontrar allí, es el inicio de una nueva revolución, una que dejará a la revolución industrial y la de la informática convertidas en simples puntitos en la línea del tiempo. La revolución industrial mejoró las vidas del veinte por ciento de la población mundial, sobre todo de los que vivían en Europa y América del Norte. En otras zonas, condenó a amplias masas de gente, antes feliz, a una vida en la más abyecta de las miserias: prácticamente son esclavos que trabajan la tierra en busca de sus recursos naturales, que se llevan otros, mientras que sus propias tierras acaban despojadas y polucionadas. La revolución informática ha hecho lo mismo, aunque en una escala menor: las vidas de un veinte por ciento han mejorado, mientras que otros se han quedado sin empleo, marginados e innecesarios para las actuales necesidades de la sociedad. Los países pobres caen por el precipicio de la falta de información y sus poblaciones van quedando cada vez más atrás, mientras malgastan sus míseros ingresos sólo para tratar de mantener las luces encendidas.

—La verdad es que no me metí en esto por los pobres —reconoció Gibbs.

Kaufman se recostó en el asiento.

—Entonces, véndaselo a los destructores. El mundo seguirá como ahora: bombeando petróleo, paleando carbón y acumulando los residuos nucleares a toneladas. Las guerras continuarán. Tendremos más desastres como el de Irak. Irán será el siguiente... y la totalidad de la península Arábiga, cuando la casa real saudí se desplome bajo el peso de su propia corrupción. Estados Unidos caerá en la bancarrota peleando guerras en el desierto, mientras Europa y Asia lo ven venir y se hacen con los despojos. La pobreza y polución de la era del petróleo continuarán, y usted se pasará el resto de su vida atisbando por encima de su hombro, preguntándose cuándo llegará esa bala por la espalda.

Gibbs apartó la vista de Kaufman, mirando por la ventanilla al mundo que pasaba deprisa. Demasiado deprisa, se dijo, igual que ese momento. Eso le dejaba desequilibrado y como mareado. No estaba acostumbrado a otra cosa que no fuese el estar al completo control.

—Me pinta usted un futuro muy negro —dijo.

—Ése es sólo un posible futuro —le explicó Kaufman—. Pero desde otro punto de vista, puede usted contemplar esta reunión como lo que realmente es: un camino para poder salir de todo este lío. Puede entregarme ese hallazgo a mí, y verlo desarrollado en todo su potencial. Tengo millones reservados para desarrollar esta tecnología y acceso a muchos billones más, si preciso de ellos. Tengo ejércitos de ingenieros, amigos poderosos en el Capitolio y entre los militares. Y tengo tiempo, que es un lujo del que usted ya no dispone. —Kaufman se inclinó hacia él—: Lo que hay ahí es la clave para igualar las cosas, para nivelar el tremendo desequilibrio entre el primer y tercer mundo, para estabilizar un planeta que se ha convertido en

peligrosamente inestable.

—¡Santo cielo! —exclamó Gibbs—: Usted es una especie de cruzado. ¿Acaso piensa regalarlo?

—No —le contestó Kaufman—. Pienso hacerme con una fortuna que hará parecer al señor Gates y al señor Buffet simples parados que cobran el subsidio de desempleo. Pero, con los beneficios y la influencia que eso me dará, iluminaré el mundo de los pobres. Y cuando el planeta entero tenga acceso a una energía barata y limpia, volverá a este orbe una sensación de equilibrio que hace siglos que se desconoce.

Mientras Kaufman hablaba, Gibbs se preguntó dónde se cruzaban la avaricia y la nobleza de aquel hombre, si tal vez estaba mintiendo o si simplemente estaba loco. Seguramente era una combinación de las cuatro cosas, decidió finalmente.

—Está usted loco, ¿se da cuenta?

—Lo que es una locura es apropiarse de fondos de su propia agencia —le devolvió la invectiva Kaufman—. Lo que es una locura es contratar a un grupo de mercenarios ya quemados para que busquen por las orillas del río y, tras su desaparición, mandar a un grupo de civiles que muy probablemente correrán el mismo destino.

Agitó la cabeza.

—Lo que es una locura es el sitio que usted ocupa en el mundo en este preciso instante. Y lo que le estoy ofreciendo es la posibilidad de recuperar la cordura.

Kaufman había acertado de pleno en el blanco: había descrito casi con total exactitud cada ángulo del problema y cada uno de sus miedos. Gibbs era un ambicioso, pero no era un traidor, y no se imaginaba a sí mismo ni politiqueando, ni vendiendo secretos al mejor postor. El moldear el futuro no era su gran preocupación: éste llegaría de todos modos. Pero los destructores, como los había llamado Kaufman no eran fuerzas con las que tontear, y no tenía deseos de pasar oculto el resto de sus días. Decidió dar un mordisco, al menos para probar lo que había en el plato.

—¿Y qué hay en todo eso para mí?

Kaufman le complació:

—Para empezar recibirá de inmediato una reposición de los fondos de su agencia, que usted o los que le apoyan han empleado irregularmente. Eso le quitará cualquier presión de encima, pues aparecerán esos fondos del NRI que podrían haber sido dados por desaparecidos. En segundo lugar, usted recibirá un millón de dólares, una vez se encuentren y autentifiquen los artefactos. Y, finalmente, tendrá usted un empleo en la Futrex, con un salario de seis cifras y una pequeña comisión sobre todos los beneficios netos —Kaufman se encogió de hombros—. Puede que su parte sólo sea un pequeño redondeo en la cifra final de los balances, pero en unos pocos años ganará más de lo que ganaría en diez vidas en el NRI. Cuanto más ganemos, más

ganará usted. Esto debería de garantizarnos su total cooperación.

Stuart Gibbs lo consideró en silencio, rumiando la oferta y notando un cambio en el comportamiento del hombre del traje gris.

—¿Y si me niego?

—Entonces sucederá una de dos cosas: o bien su grupo en la selva será eliminado antes de que tengan la posibilidad de traerle lo que usted quiere, o bien las autoridades a las que ello concierna, empezando por el senador Metzger, serán informadas de sus actividades.

Gibbs se echó a reír. Kaufman no metería en esto a las autoridades, pasara lo que pasase.

—Mi gente está bien protegida.

—Sí —aceptó Kaufman—. Sé quién la protege y cómo. Y le aseguro que cuento con la potencia de fuego necesaria para acabar con ella. Incluso tengo a uno de los míos en su campamento. Más tarde o más temprano mi gente recibirá una señal de esa persona, y entonces se habrá acabado su posibilidad de negociar.

Gibbs siguió contemplando la oferta: serían unos diez millones de dólares en total, una vez dicho y hecho todo. Y, en ese tiempo, esa tecnología valdría quinientos mil millones, más que todo el petróleo de Alaska o el oro de Sudáfrica... ¡y le estaba pidiendo que se la entregase a cambio de una limosna!

Le echó una mirada asesina a Kaufman, molesto por la arrogancia del hombre. Y, sin embargo, en medio de su irritación, su mal humor empezó a disiparse. Podía ver la oferta como lo que realmente era: un trato entre ladrones, aunque la división del botín fuera totalmente desproporcionada en sus partes. Así es como son las cosas, pensó. Los ricos se benefician de los pobres: pagan solamente un centavo y lo venden por un dólar, pero los pobres siempre les quedan agradecidos por los centavos.

Lanzó una contraoferta:

—¿Por qué no dejar que mi gente termine con la recuperación? Sea lo que sea que obtengan, usted tendría la primera opción.

Kaufman negó con la cabeza:

—Lo haremos a mi manera.

Gibbs había esperado esa respuesta. De todos modos apretó los dientes.

—¿Y qué hay de mi gente?

—Bueno —le dijo Kaufman—. No volverán a casa, si es eso lo que quiere saber.

Gibbs se quedó en silencio.

—He visto su lista de personal —añadió Kaufman—. Y en su mayor parte no les echarán a faltar.

Mientras Gibbs escuchaba, su rostro se fue poniendo serio, casi enfadado, pero no triste. De hecho, tampoco él había planeado traer al equipo de vuelta a casa... no sin que sufriera un accidente en algún punto del camino: un avión que se estrella, una



explosión... Pero ahora, y nada menos que a causa de Kaufman, uno de ellos ya estaba aquí.

—Más muertes —hizo notar.

—Sí —dijo respetuosamente Kaufman—, pero ninguna tan lamentable como la de Matt Blundin. Claro que supongo que no le dejó a usted otra opción...

El rostro de Gibbs se quedó en blanco, desprovisto de toda emoción. No había deseado matar a Blundin, pero, desde luego, el jefe de Seguridad no le había dejado otra alternativa. En su celo por hallar al culpable del robo de datos, Blundin había husmeado en lugares que se le había ordenado ignorar. Y al hacerlo, había descubierto los cabos sueltos en el montaje de Gibbs. Y, aunque no tenían relación alguna con la investigación, Blundin no había podido evitar tirar de ellos...

Más bien pronto que tarde se habría dado cuenta de que sólo Gibbs, y no Danielle ni ninguno de los oficinistas de la organización, podía cambiar los códigos de provisión de fondos. Y eso le habría llevado al dinero que faltaba, a las peticiones de fondos para proyectos que sólo existían en el papel y a los informes engañosos y transacciones no registradas que habían mantenido en marcha al proyecto Selva Pluvial. Y no hubiera pasado mucho tiempo antes de que Blundin se diera cuenta de lo que todo aquello significaba. Quizá ya estuviese enterado de todo y le hubiese estado dando a Gibbs tiempo para arreglar las cosas. Al fin y al cabo, había sido su amigo...

Kaufman rompió el silencio:

—Le doy veinticuatro horas. Piense bien su respuesta.

Gibbs puso su atención en el mundo exterior. Ahora estaban en el barrio de los negocios, tomaría un taxi desde allí. Miró al chofer por el retrovisor:

—Pare aquí.

A un gesto de cabeza de Kaufman el chofer obedeció y paró el Mercedes junto a la acera.

Kaufman le hizo una última advertencia:

—No sea estúpido —dijo—. Ya no tiene más opciones...

Gibbs salió del coche, cerró la puerta de un portazo y vio cómo el vehículo se alejaba. Ahora conocía a su enemigo, y sabía lo que tenía que hacer. La única cuestión era cómo hacerlo sin destruirse también a sí mismo.

# CAPÍTULO 25

El asiento trasero del taxi amarillo había visto pasar mucha vida: el vinilo rasgado por el que salían hilillos del relleno interior, las marcas de tinta, los grafitis y las manchas, todo ello testimoniaba una larga y agitada existencia. Desde ese trono real, Arnold Moore contemplaba las calles de Washington, ahora cubiertas de nieve, mientras pasaban lentamente ante él.

Ese año hacía un tiempo raro y otra tormenta había llegado a la capital de la nación, la cuarta en seis semanas; aunque se trataba de la menos molesta hasta el momento, ya que había llegado en un viernes y duraría sólo hasta el domingo por la noche.

No obstante, el sábado por la mañana la nieve seguía cayendo, cubriendo los árboles y el césped con un prístino manto blanco y dejando las calles remojadas por una capa de agüilla grisácea. Era suficiente para mantener a las masas de gente en casa, y Moore no recordaba haber visto nunca el distrito más vacío.

El taxi le llevó desde la parte de Virginia, rodando a lo largo del Jefferson Davis Parkway, cruzando luego el Potomac por el puente Arlington Memorial. El monumento a Lincoln se alzaba en la distancia, con su gran estructura de columnatas medio oculta por la nieve que caía.

Con ese tiempo la ciudad era un lugar distinto, con sus monumentos aún más espectaculares y grandiosos en su aislamiento, los estanques todavía más majestuosos en su silencio y vacío, todo más dignificado por la ausencia de turistas, vendedores y vagos.

Moore prefería a la ciudad así, especialmente en esta ocasión. Iba camino de una reunión: finalmente se había puesto en contacto con él alguien interesado en el proyecto Selva Pluvial. Con la ciudad tan vacía sería más fácil hablar abiertamente y descubrir un problema si éste se presentaba.

El taxi dejó a Moore ante el monumento. Caminó por la acera, con la capa de nieve crujiendo y quebrándose bajo sus pies.

Notando el aire helado, se subió las solapas de su grueso chaquetón de lana y hundió las manos en sus profundos y cálidos bolsillos: los mismos bolsillos en que había hallado la nota, justo dos días antes cuando estaba ante la puerta de su apartamento. Buscando sus llaves, su mano se había topado con un grueso trozo de papel cuya presencia le era extraña, una cartulina doblada y con una escritura que no era la suya. El texto decía simplemente: «llame» y facilitaba un número de teléfono. Bajo el número habían otras palabras: «podemos ayudarle». Nada más, ninguna mención al proyecto Selva Pluvial o el NRI, pero la conexión era indudable.

Moore se había quedado mirando al pedazo de papel, como en trance, durante un buen rato. Le molestaba no haberse dado cuenta de que se lo colocaban y sólo podía

imaginarse cómo y dónde: camino de su casa, en alguna parte, tal vez mientras hacía cola en la cafetería, o en el atestado andén del metro.

Y, no obstante, nadie había chocado con él, ni le había empujado ni permanecido demasiado rato a su lado, nadie había intentado ninguna burda distracción de carterista. Tras subir al metro, Moore había estado sentado solo y había bajado en su estación habitual junto con muy pocos viajeros. Y, sin embargo, el trocito de papel había llegado a su poder. Eso le hacía sentirse viejo y lento, como si el paso del tiempo le estuviera embotando los sentidos.

De vuelta al presente, Moore se fijó en un coche que se le estaba acercando e hizo lo que pudo para apartar aquel pensamiento. El vehículo color marrón frenó un poco, pero giró la curva y siguió su camino, escupiendo una pequeña oleada de aguanieve tras de él.

Contempló cómo el coche se alejaba, y luego miró más allá, hacia el blanco horizonte. En algún lugar, Gibbs estaba escuchando. Y además había gente vigilándole, al menos tres grupos de apoyo. Dos coches y un tercer grupo a pie, aunque no sabía exactamente ni quién, ni dónde. Era muy posible que el coche que había pasado llevase a uno de los equipos de Gibbs.

Trató de no pensar tampoco en aquello: era una distracción y su actual tarea exigía toda su atención. Estaba a punto de encontrarse con alguien del enemigo, el mismo enemigo que había tratado de matar a Danielle. Su trabajo era intentar averiguar quiénes eran, y para lograrlo iba a tener que convencerles de que estaba a punto y dispuesto a traicionar al NRI, lo que no sería fácil, vista su reputación. Era una trampa montada por alguien que, sin duda, a su vez esperaba una trampa... o sea una tarea difícil, se mirase como se mirase. Pero con la repentina muerte de Matt Blundin unos días antes, era la única posibilidad que tenían.

Otro coche llegó por la calle: un Lexus blanco con sus faros amarillos antiniebla encendidos. Se acercó a él y se detuvo. Una ventanilla abierta mostraba a un hombre de unos veintitantos años, con una perilla cuidadosamente arreglada.

—¿Arnold Moore?

Moore asintió con la cabeza.

—¿Por qué no entra? —le sugirió el joven—. Podemos hablar mientras conduzco.

Moore negó con la cabeza:

—Me parece que no —señaló el aparcamiento—. Vaya a aparcar allí, hay mucho sitio. Luego vuelva aquí y daremos un paseo por este maravilloso paisaje invernal.

La cara del rubio mostró una mueca de disgusto ante aquella idea, pero, de todos modos, pisó el acelerador e hizo lo que le indicaba Moore. Un momento más tarde regresó a pie, caminado con aire despreocupado.

Moore estudió al hombre: era joven y apuesto, con un cabello rubio a mechas y un radiante bronceado, a pesar de ser pleno invierno. Vestía unos pantalones

deportivos con la raya bien planchada y un jersey de cuello vuelto de cachemira.

—Cielos —susurró—, me han mandado a un instructor de esquí.

Cuando el hombre llegó a él, preguntó:

—¿Hacia dónde?

—¿Importa? —le dijo hoscamente Moore. Miró rápidamente en ambas direcciones y comenzó a caminar apartándose del monumento y yendo hacia el puente. Necesitaba seguir a cielo abierto.

El rubio miró a lo alto con expresión de impaciencia y empezó a seguirlo. Durante un minuto caminaron, sin palabras ni gestos; eran simplemente dos hombres caminando por la ladera que llevaba al puente.

—¿Cómo se llama? —preguntó finalmente Moore.

El rubio se echó a reír.

—Vale, nada de nombres —aceptó Moore—. Bueno, le llamaré Sven. Usted a mí me parece un Sven.

El otro no pareció disgustado con el nombre y los dos siguieron caminando. Moore con sus pesadas botas, bufanda color naranja y gruesas capas de algodón y lana; Sven con su jersey de cachemira y caros zapatos italianos, que la nieve estaba estropeando.

—Usted es el tipo del teléfono de la otra noche —supuso Moore.

—Muy observador —contestó el otro.

—¿Tiene usted una tintorería?

—¿Qué?

—Me preguntaba cómo me metió esa nota en el bolsillo —le dijo Moore—. No noté cuándo me la colocaron, así que pensé que ya vino dentro, desde la tintorería...

Sven siguió caminando y Moore le leyó el rostro.

—Eso no lo hizo usted...

—Yo sólo le respondí a la llamada.

—Era de imaginar —comentó Moore, con el tono de un veterano disgustado.

Dicho eso, apretó el paso, yendo hacia el puente mismo, por encima del río, en donde haría más frío y la delgada ropa de Sven le sería aún menos útil de lo poco que parecía serle.

Sven parecía darse cuenta de ello:

—¿Adónde demonios vamos?

—No vamos a ningún sitio —le contestó Moore, mirando hacia abajo, a las heladas y negras aguas del Potomac, oscuras y siniestras por el contraste con las blancas orillas—. Sólo estamos caminando. Estamos aquí en plena calle, en público, en un lugar donde es menos posible que le considere a usted una amenaza y me vea obligado a matarlo.

—Escuche... —empezó a decirle Sven, con la ira creciendo en su voz.

Moore le cortó, pero su tono era inquisitivo, y no irritado:

—¿Cree su gente que soy gay?

Sven se detuvo, aparentemente asombrado por el giro del interrogatorio.

—¿Cómo?

—¿Me han puesto la etiqueta de homosexual? —le aclaró Moore, encogiéndose de hombros—. Es una suposición razonable, puesto que nunca me he casado...

—No tengo ni idea —le contestó Sven—. Y, de todos modos, ¿a mí qué cojones me importa eso?

—Bueno, porque quizá usted sí que sea homosexual, Sven. ¿O tal vez debe hacerse pasar por uno?

Ahora Sven parecía más enfadado que confuso, pues al parecer no le gustaba nada la suposición.

—¿De qué mierda me está hablando?

Ahora la voz de Moore se hizo más cortante:

—Le estoy hablando de lo que usted está haciendo aquí. Me pregunto por qué su gente me ha mandado a un niño bonito para hacerme perder el tiempo. Es obvio que no sabe usted nada, que no está capacitado para discutir nada, así que me veo obligado a pensar que creen que soy gay y que de algún modo voy a considerarle a usted atractivo.

Dicho esto, Moore le dio la espalda al joven.

Sven le agarró por un hombro para darle la vuelta:

—Escúcheme, vejstorio...

Moore apartó la mano de un manotazo y clavó unos ojos llenos de profunda furia en los de Sven.

—No, escúchame tú, mierdecilla insignificante. No trato con correveidiles, ni con recaderos. Cuarenta años en este trabajo... eso es lo que yo tengo a mis espaldas. Así que, si la gente que te ha mandado tiene algo que decirme, será mejor que tengan los huevos de venir a verme ellos mismos. O, al menos, mandarme a alguien importante.

—No soy un chico de los recados —dijo Sven.

—Sí que lo eres. Eres un jodido don nadie, y no sabes una mierda acerca de esta operación. Ni siquiera sabes cómo tu gente entró en contacto conmigo.

El rostro de Sven estaba colorado por la ira.

—Venga, vamos... habla. Dime que me equivoco. Dime lo importante que eres y dime lo mucho que sabes...

—Sé bastante —dijo finalmente Sven—. Sé que le han apartado de un trabajo importante y que eso no le gusta. Sé que prácticamente su carrera ha terminado, y que eso tampoco le gusta. Habla usted de sus cuarenta años de servicio... yo diría que durante esos cuarenta años lo han estado utilizando y que ahora lo van a tirar a la basura, y eso le quema de mala manera por dentro o, para empezar, no habría venido

aquí. ¿No es así?

Moore miró a Sven y poco a poco su ira fue desapareciendo.

—Sí —admitió al cabo, sinceramente—. De hecho, así es. Pero venir aquí ha sido un error.

Miró a Sven con algo de piedad en sus ojos.

—Vete a casa —le dijo—, vete antes de que te maten. ¿Realmente crees que va a pasar algo? ¿Realmente lo piensas? ¿Dónde demonios estaríamos si la gente cambiase de bando cada vez que se cabrea?

Sven no le contestó y Moore agitó la cabeza disgustado.

—Vuelve a casa y dile a tu gente que no estoy interesado. Diles que no basta con dinero para comprarme. Y que la próxima vez que quieran ofrecermelo algo, será mejor que no me manden a un crío que aún se mea en la cama y al que le preocupa que el frío le corte los labios —Moore movió la cabeza aún con más desanimo que antes—. Tengo archivos que son más viejos que tú...

Moore le volvió a dar la espalda a Sven y miró por sobre la baranda de piedra del puente. Con una mano enguantada barrió la nieve del trozo que tenía ante él y recostó los antebrazos en el mismo, mirando a la negra agua que corría bajo el cielo gris-blanco.

—Cuarenta años y así es como acaba —murmuró—. ¡Vaya broma!

En una habitación caliente, lejos del puente, Gibbs escuchaba cada palabra y, por primera vez, empezó a comprender por qué Moore era tenido en tan alta estima. Había jugado su papel de modo magistral: Sven estaba furioso, lo bastante furioso como para contarle muchas cosas a Moore con tal de probar que no era el simple chico de los recados, o como para volver corriendo a sus superiores y decirles que Moore se lo había pensado mejor y tendrían que tentarle más si querían ganárselo. Lo que era un signo seguro de que iba de buena fe y aquello no era una trampa...

Casi era suficiente para hacerle desear a Gibbs que aquel drama fuera real. Pero la situación no era la que le habían hecho creer a Moore y, a pesar de su excelente trabajo, el agente estaba metido en una situación de la que no podía salir vencedor.

Allá en el puente, Sven sonrió por primera vez.

—¿Por qué no viene conmigo? Se lo podrá decir usted mismo...

Moore se volvió para mirar a Sven, con la espalda apoyada contra la baranda del puente. Se sentía tentado. Gibbs y él habían planificado una eventualidad de ese tipo: los dos coches podrían seguirlo hasta el lugar que Sven tuviera en mente. Pero le parecía que era una situación forzada, apresurada. Así que declinó la oferta:

—No hasta que sepa con quién trato.

Sven agitó la cabeza. Estudió el puente hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Estaba vacío. Miró de nuevo a Moore:

—Respuesta equivocada —dijo, sacando una delgada pistola de su chaqueta.

Le disparó dos veces, y Moore cayó hacia atrás contra la baranda y luego trastabilló hacia delante. Sven agarró la tambaleante figura y la empujó hacia atrás, apretándola contra la baranda y luego empujándola por encima.

Moore cayó de cabeza, con su chaquetón ondeando como una capa. Se hundió en la gélida agua negra y desapareció bajo la superficie.

Sven estuvo mirando unos momentos: sólo reapareció la bufanda naranja de Moore, flotando en la superficie y serpenteando en la corriente antes de perderse de vista bajo el puente.

Volvió a la calle mientras un Audi negro brillante se paraba junto a la acera. La puerta de atrás se abrió, el entró dentro y el coche aceleró.

Lejos de allí, Gibbs escuchaba por unos auriculares que ahora sólo le transmitían estática. Se volvió hacia el tablero de control, halló el interruptor del micrófono que llevaba puesto Moore y lo apagó.

Moore había desaparecido, Blundin había desaparecido y, en veinticuatro horas, todo el equipo del Amazonas habría desaparecido. Con ellos desaparecería toda la información de lo que había sido el proyecto Selva Pluvial del NRI.

## CAPÍTULO 26

El rostro de Mark Polaski se había tornado ceniciento ante la noticia, un mensaje de Gibbs informándole de una tragedia: su hija había sido arrollada por un coche, mientras hacía *footing*. Había sido llevada al hospital con graves heridas en el cuello y en el cráneo, y no se esperaba que recuperase el conocimiento. Ya le habían comprado un billete a su nombre, en el vuelo directo de Manaos a Miami, en donde le esperaría un reactor privado. Si podía llegar a tiempo, el vuelo salía de Manaos a las 9.43 de la mañana.

Miró a Hawker:

—¿Cree que podemos llegar?

—Si salimos ya mismo... —le dijo el piloto.

Los otros le desearon lo mejor, mientras Polaski subía al Huey. Tanto Devers como McCarter le prometieron ir a verle cuando regresaran a Estados Unidos, sobre todo McCarter, quien de repente recordó sus propias pérdidas personales, allá en casa...

Polaski casi ni se enteró de lo que le decían: se quedó sentado en el asiento del copiloto, mirando sin ver el profundo y azulado cielo, mientras rebuscaba algo en su mochila.

Hawker le dejó en paz, repasando una versión corta de la lista de chequeo, apretando el botón de ignición y esperando a que las agujas subiesen. Cuando las palas del rotor empezaron a girar, el aparato dejó de pesar sobre los patines. Tan pronto como estuvo en el aire, el helicóptero giró hacia el este, bajó el morro y empezó a hacer camino, ganando cada vez más velocidad y altitud. Poco después el Huey color caqui marchaba a su velocidad de crucero, retumbando a mil quinientos metros de altura y casi doscientos kilómetros por hora. En tres horas y media cubriría lo que al grupo le había costado diez días hacer en barco y a pie. Dentro de la carlinga, Polaski permanecía en silencio, mientras que Hawker estaba ocupado con sus tareas de piloto, comprobando los instrumentos y vigilando, con sus ojos eligiendo una porción del cielo y examinándola por un instante para asegurarse que todo estaba despejado, para luego pasar a la siguiente, en una sucesión que se repetía constantemente. Vigilar el cielo es una precaución que se inculca a los pilotos desde el mismo día en que empiezan a volar, y Hawker lo llevaba a cabo por puro hábito, sin esperar encontrarse con ningún otro aparato. Pero, de todos modos, divisó algo: un pequeño punto negro apareció en el firmamento, en la posición de las dos relativa al Huey. Estaba inmóvil, como si fuera una mancha en el parabrisas, no mostraba ningún movimiento relativo, lo que era la señal inconfundible de que se acercaba en una trayectoria convergente.

Hawker ajustó algo su rumbo y puso al Huey en un ascenso suave.



El otro helicóptero continuó su camino. Poco después, Hawker pudo ver de qué tipo era: un Hughes 600, habitualmente llamado NOTAR, el acrónimo en inglés de «No Tail Rotor», es decir, sin rotor de cola, porque era un modelo que controlaba su dirección canalizando los gases de escape de su turbina, en lugar de mediante el rotor. Pero lo más extraño era que ese NOTAR en especial era totalmente negro, estaba desprovisto de cualquier tipo de marcas de identificación y llevaba un par de contenedores externos a ambos lados.

—¿Algo va mal? —preguntó Polaski, saliendo de su trance.

—No lleva marcas —le explicó Hawker.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé —le contestó el piloto—, pero no puede ser nada bueno...

El NOTAR pasó por debajo de ellos, hacia un lado y dirigiéndose en dirección opuesta. Hawker no le quitó ojo, forzando el cuello y deslizando el Huey hacia la derecha, en un esfuerzo por no perderlo de vista. Justo antes de que se escapase a su visión se dio cuenta de algo más: el NOTAR se había inclinado en un giro. Estaba volviendo.

Allá en el campamento, Danielle regresó a donde estaba el Satlink, para informar a Gibbs de la partida de Polaski.

—¿Me confirma que ha partido? —le preguntó él.

—Afirmativo —dijo ella—. Hace cinco minutos.

Hubo una larga pausa y al cabo Gibbs dijo:

—Entendido. Volveré a contactar con usted a las diecinueve para ponerla al día. Gibbs, corto.

Danielle iba a cortar la conexión, pero su mano se detuvo ante el conmutador cuando recordó que tenía que hablarle a Gibbs de un problema en el sistema de defensa, el último de una larga lista de problemas electrónicos que habían estado padeciendo. Tomó sus notas y apretó el botón de transmisión.

No hubo respuesta. Lo apretó de nuevo:

—Stuart, ¿sigue al aparato?

Miró la pantalla: «Conexión terminada». Al parecer, Gibbs le había colgado.

Volvió a marcar el código de autorización, apretó el botón de inicio y esperó. No pasó nada y luego vio que en la pantalla decía: «Enlace no establecido. Inténtelo de nuevo».

Lo intentó de nuevo, sólo para recibir una respuesta aún más preocupante: «Autorización no válida. Acceso denegado».

Se le empezó a hacer un nudo en el estómago. Dejó ir un suspiro de frustración y

miró alrededor en busca de ayuda, pero era Polaski el que estaba a cargo de las pruebas con el Satlink. Y Polaski se había ido...

Los ojos de Hawker volvieron a clavarse al frente. El NOTAR negro había continuado con su giro y pronto lograría colocarse detrás de ellos. En un esfuerzo por impedirlo, Hawker le dio al acelerador y dejó caer el morro. Cuando el Huey fue tomando velocidad volvió la mirada atrás buscando al otro helicóptero, pero no podía verlo por ninguna parte.

Polaski se giró en su asiento:

—¿Tenemos problemas?

—Puede que los tengamos.

Segundos más tarde, una ráfaga de balas trazadoras les sacó de dudas.

Hawker movió la barra de mando y se zambulló hacia la selva, que estaba a unos mil setecientos metros por debajo. El NOTAR les siguió y, a pesar de la velocidad que estaban logrando, les iba ganando terreno.

El NOTAR era dos generaciones más moderno que el Huey: era más pequeño, más ligero y más rápido. A la larga, Hawker no podía esperar ni ganarle en velocidad ni en capacidad de maniobra. Y puesto que ellos no tenían ningún arma, la situación parecía desesperada... era como si se te acercan en la calle unos hombres armados: si te piden algo se lo das, y si no te lo piden corres como si te persiguiese el diablo y esperas tener suerte. Mientras Hawker hacía virar al Huey violentamente hacia la izquierda y descendía en picado hacia el río, esperó tener suerte...

—¿Quiénes son? —gritó Polaski, para hacerse oír sobre el ruido.

Hawker no le contestó. El Huey aceleró con rapidez. La aguja de la velocidad en el aire giró por todo el arco amarillo y pasó la línea roja, una marca que los pilotos llaman «Vne», que significa: «Velocidad, nunca exceder». Y que era llamada así por una buena razón: pasada la Vne habían dudas sobre si se mantendría la cohesión estructural del casco del aparato. Y como para subrayar esas dudas, el viejo Huey empezó a estremecerse violentamente, tambaleándose y amenazando con hacerse pedazos. Aun así, cayeron hacia las copas de los árboles y finalmente equilibraron el vuelo, con el motor aullando y el aparato estremeciéndose por la tensión, cruzando después por sobre el techo vegetal, a 225 kilómetros por hora. Les llegaron ráfagas por la izquierda y Hawker se dirigió hacia ellas, consiguiendo así que los disparos del NOTAR pasasen de largo. Una masa de follaje más alta que las otras se alzó ante ellos y Hawker hizo subir al helicóptero, oyendo cómo los patines rozaban la hojarasca. Volvió a hacerlo bajar pasado el obstáculo, y siguió huyendo.

—¡Cuidado! —gritó Polaski.

El NOTAR pasó como un rayo por encima de ellos, cruzándoles desde la derecha y disparando. Un seco tintineo sonó dentro del helicóptero: era como cuando se pone

una barra de acero contra el rápido giro de las paletas de un ventilador.

Los ojos de Polaski recorrieron la cabina buscando daños. Hawker miró los indicadores por lo mismo. Polaski vio que la luz del sol entraba por una docena de agujeros en el costado, Hawker comprobó que las agujas seguían donde debían estar y que todo funcionaba como tenía que funcionar. Aunque las balas les habían alcanzado, el helicóptero era, sobre todo, espacio vacío, y los proyectiles lo habían atravesado sin tocar nada vital.

Hawker se dio cuenta de que el NOTAR trazaba un amplio arco, preparándose para hacer otra pasada de ametrallamiento. Sólo le quedaba un lugar al que ir.

Con el motor rugiendo y el casco estremeciéndose por la tensión a la que era sometido, se dirigió de nuevo hacia el río. El NOTAR les siguió, ganándoles terreno rápidamente.

Los árboles pasaban con rapidez bajo ellos, quedando atrás, justo cuando el helicóptero negro volvió a disparar. Hawker dejó caer el Huey hacia el agua y comenzó a seguir el curso del río. El NOTAR les pasó de largo, describió un amplio giro y luego regresó, colocándose tras ellos y volviendo a acercárseles rápidamente.

Ahora estaban casi a nivel del suelo, atronando a lo largo del río. Dos helicópteros corriendo por encima de la centelleante agua, zigzagueando y esquivándose, con las paletas de sus rotores sin dejar de girar, como si fuesen dos enormes libélulas en una disputa territorial. El ondulante curso del río le daba a Hawker una cierta cobertura, pero los árboles que se alineaban a lo largo de las orillas lo encerraban como las paredes de un desfiladero haciendo que sus maniobras fueran más predecibles para el otro piloto. Hawker se fue hacia la izquierda, pero pronto se quedó sin espacio a causa de los altos árboles. Se fue hacia la derecha, cruzando ante las ametralladoras destellantes del NOTAR, e hizo una mueca cuando la metralla atravesó la carlinga.

—¿Qué vamos a hacer? —gritó Polaski—. ¿Por qué nos atacan?

—No tengo ni idea —le contestó Hawker a las dos preguntas a la vez, mientras forzaba al helicóptero a dar otro giro.

Por un momento el río se ensanchó, dándoles más espacio, pero por delante se veía un tramo estrecho. Con el gas al máximo, el Huey corría hacia allí, apuntando al centro de una delgada isla boscosa a cuyos lados se partía el río. Giró en el último minuto, volando deprisa por el lado izquierdo de los altos árboles, mientras el NOTAR se iba por el derecho. Dos segundos para pasar la isla y Hawker se inclinó en seco hacia la derecha, girando hacia el NOTAR y tratando de empujarlo contra los árboles de la orilla del río.

Pero el NOTAR perdió velocidad y Hawker se vio obligado a subir por encima de la selva para no cruzar por delante de las ametralladoras que le aguardaban. Tiró hacia atrás de la palanca y el Huey pasó por encima de las copas de los árboles,

rozándolas; estaban a salvo... pero sólo por un momento: el NOTAR fue tras ellos con sus armas destellando.

Las balas hicieron saltar jirones de la cola y corrieron hacia el motor. Un horrible gemido de metal que deformándose apagó todos los otros sonidos cuando se rompió algo dentro de la turbina. El helicóptero atronó, se estremeció violentamente y escapó a todo control.

Hawker intentó estabilizar el aparato, pero, habiendo perdido el sistema hidráulico, sus esfuerzos fueron en vano. Ahora, el aparato era poca cosa más que un proyectil, un objeto que sólo respondía a las leyes de la física. Apuntó el morro hacia abajo en un declinante arco balístico, girando hacia la derecha y arrastrando una oscura nube de humo.

La distancia entre el helicóptero y la jungla disminuyó rápidamente, y el Huey se estrelló contra la densa vegetación, partiendo troncos de árbol, lanzando trozos de rotor y plexiglás, y desapareciendo bajo la superficie de la selva como una piedra lanzada al océano.

## CAPÍTULO 27

En el campamento base la mayoría del grupo se había puesto a trabajar de mala gana, extendiéndose por el claro para dedicarse a diversas tareas. Danielle y Verhoven siguieron en el centro de mando, hablando en privado de la súbita pérdida de las comunicaciones.

—¿Nos está interfiriendo alguien? —preguntó Verhoven.

Danielle no lo creía: estaba recibiendo una respuesta de la red. Y aunque la respuesta seguía indicando que su código de autorización no era válido, eso significaba que su llamada llegaba al otro lado, pero era rechazada. Lo más probable era que hubiese un fallo en el *software*, ya fuera de su parte o en Washington. Pero los programas pueden ser arreglados, lo que significaba que las comunicaciones podrían ser restauradas. No veía razón alguna para romper el silencio por radio.

—He hecho todo lo que se puede hacer desde nuestro lado —dijo—. Está programada una comprobación esta tarde, a las 17 horas. Se darán cuenta del problema y lo arreglarán desde su lado. Y si no pueden, nos llamarán por la radio, en la frecuencia adecuada, para darnos instrucciones; y así no tendremos que descubrir nuestra posición.

—Es lo que siempre digo sobre la jodida tecnología —exclamó el sudafricano—. La mitad de las veces no sirve de nada en campaña...

La voz de Verhoven se fue apagando mientras se volvía hacia el este. Danielle siguió su mirada y escuchó el sonido de un helicóptero que se aproximaba a baja altura por sobre los árboles. Hawker se había ido sólo una hora antes...

Verhoven se puso en pie:

—¡Maldita sea!

Un instante más tarde el NOTAR apareció por encima de los árboles y pasó zumbando sobre el campamento, yendo de este a oeste. Verhoven agarró su fusil.

Danielle no necesitó nada más: se abalanzó hacia la alarma y la sirena empezó a sonar, al tiempo que el helicóptero, negro y con forma de huevo, llegaba al lado más alejado del claro y empezaba a inclinarse para poder girar de vuelta hacia el grupo.

—¡Humo! —gritó Verhoven.

Danielle hizo lo que le mandaba y los contenedores alrededor del campamento se fueron disparando en secuencia, pero mientras el helicóptero terminaba su giro y volvía hacia ellos, se dio cuenta de que el humo no iba a bastar. Cogió su propio rifle y se dispuso a correr.

Verhoven la aferró:

—¡Espere!

—¿A qué?

—¡Un segundo!

El NOTAR había girado medio círculo, e iba ganando velocidad mientras se ponía en línea con ellos. Bajando el morro, desapareció en medio de la nube que se espesaba.

—¡Ahora! —gritó Verhoven.

Corrieron hacia la derecha, justo mientras el helicóptero alcanzaba con una ráfaga de letal fuego de cañón el punto en el que habían estado un momento antes. El aparato los siguió, cruzando por entre el humo y dispersándolo a su paso. Verhoven se dio la vuelta, hincó una rodilla y disparó, pero el helicóptero se inclinó y disparó a las tiendas plantadas al sur, haciendo trizas el delgado nylon antes de pasar de largo. Danielle contempló con horror cómo uno de los portadores salía arrastrándose y se desplomaba.

Para ese entonces los otros miembros de la expedición estaban corriendo hacia el centro del campamento, tal como habían ensayado, un acto que ahora les iba a llevar al punto más peligroso. Cuando el helicóptero giró para dar otra pasada, estuvo segura de que iban a morir todos.

Furiosa, disparó su propio rifle, tratando de alcanzar al aparato que se acercaba. Verhoven hizo lo mismo y, cuando los proyectiles de los AK-47 silbaron por el aire, el helicóptero alzó el morro, cruzando el campamento y volando hacia la jungla sin alcanzar a nadie más.

Siguió en esa dirección unos segundos, poniéndose a una distancia segura antes de iniciar un lento giro y seguir la curvada línea de los árboles, trazando un círculo alrededor del campamento, como si fuera un tiburón al acecho.

Verhoven miró hacia los árboles: jamás lo conseguirían...

—¡Vamos! —gritó—. ¡Hemos de llegar al templo!

Corrieron desesperadamente, huyendo hacia el viejo templo maya y sus gruesas paredes de piedra, el único lugar a la vista que podía ofrecerles un refugio frente a los cañones del helicóptero.

Mientras corrían hacia el templo, Danielle vio cómo McCarter, el doctor Singh, Susan y Brazos, presos del pánico, corrían alejándose del mismo.

—¡Vuelvan! —les gritó.

Parecieron captar el mensaje, deteniéndose en seco y dando la vuelta. Por el rabillo del ojo Danielle vio cómo el helicóptero giraba de nuevo, yendo esta vez a por Larsen y Segun, colocándose detrás de ellos y levantando enormes polvaredas del suelo. Se les acercó con rapidez, como una enorme bestia cazando a su presa. Sus cañones destellaron y surtidores de tierra se alzaron alrededor de los hombres. Cayeron al suelo en desmadejadas posturas, y el helicóptero pasó zumbando sobre ellos y de nuevo se fue alejando por sobre los árboles.

Danielle y Verhoven habían alcanzado la base del templo.

—Arriba —ordenó el sudafricano—. ¡Adentro!

Mientras el grupo de McCarter corría escaleras arriba, a Danielle y Verhoven se les unieron Roemer, Muncik y Bosch, que habían logrado hacerse con sus fusiles y una caja de munición.

—Bien hecho —les dijo Verhoven—. Ahora moveos...

Danielle se apresuró a subir por las escaleras, oyendo al NOTAR pero sin verlo. Llegó a la parte superior, dio un paso adelante y, entonces, vio al helicóptero, que se dirigía directamente hacia ella. Se dio la vuelta y se tiró escaleras abajo, justo cuando el piloto disparaba. Las balas rebotaron en el techo del templo, haciendo arder el aire. El NOTAR la siguió, rugiendo, apenas a tres metros por encima. Ahora era su oportunidad: magullada y con rasguños, se puso en pie y atravesó el terrado, escabulléndose por la entrada hacia la ya familiar oscuridad.

Muncik y Bosch iban justo tras de ella, seguidos por Roemer y su caja de munición.

Verhoven seguía sin aparecer, y eso que el zumbido del helicóptero se acercaba de nuevo. Pero se zambulló por la abertura unos segundos más tarde, y cayó rodando por las escaleras con los disparos persiguiéndole. Los proyectiles dieron contra la piedra y varios hallaron la abertura, rebotando locamente en las sólidas paredes.

Danielle miró alrededor: todo el mundo parecía estar bien.

—Va a volver —gritó Verhoven mirando al portal que había en lo alto de las escaleras—. Probablemente va a lanzar toda una tonelada de mierda de plomo a través de ese agujero. —Se volvió hacia los otros—: Id a las otras habitaciones. Y mantened las cabezas gachas.

Mientras McCarter guiaba a los otros hacia la habitación trasera, Verhoven y sus hombres se cubrieron lo mejor que pudieron, apretándose contra las paredes que bordeaban la escalera, acurrucándose y recargando sus fusiles.

—¿Qué van a hacer? —le preguntó Danielle.

Verhoven la ignoró, escuchando al ruido que llegaba de arriba. El NOTAR había dado la vuelta. Miró a sus hombres:

—Cuando pase.

Los otros asintieron, le habían entendido.

—¿Qué demonios van a hacer? —le exigió Danielle.

—Vamos a derribar ese jodido trasto —le contestó Verhoven—. Vendrá despacio para tratar de apuntar hacia dentro de ese orificio, pero se va a tener que estar moviendo, por si no estamos todos aquí. Cuando pase, vamos a subir. Pero antes de eso aquí va a haber una tormenta de fuego, así que váyase allá atrás con los otros.

El ruido en lo alto se hizo más fuerte. Danielle miró hacia los lugares más oscuros del templo, adonde se había ido el resto del grupo.

—¡Y una mierda! —dijo—. Voy a poner en práctica mis seis meses de entrenamiento en el manejo de armas de fuego que hice en Langley.

—Entonces, póngase detrás de mí —le mandó Verhoven.

Danielle se acurrucó contra la pared detrás del sudafricano y, segundos más tarde, estalló un auténtico infierno. El fuego de cañón entró por la boca del templo, lanzando por la cámara chispas, esquirlas y trozos de piedra. Un rebote partió un trozo de suelo delante de Verhoven, arrancando luego esquirlas de la pared que se le clavaron en la cara. Otro dio en la culata del rifle de Bosch, arrancándoselo de las manos y dejándoselas temblando.

Tres segundos de terror y estruendo, y el NOTAR hubo pasado: pero en el mismo instante en que lo hacía, Verhoven y sus hombres corrieron escaleras arriba.

Danielle les siguió, saliendo a la luz justo cuando el grupo de mercenarios abría fuego contra el helicóptero que se alejaba. Estaba más lejos de lo que habían esperado, pues había acelerado tras hacer la pasada.

Alzó su propio fusil y, entonces, vio el punto rojo en la espalda de Muncik.

—¡Al suelo!

Ya era muy tarde: el pecho de Muncik estalló con una gran herida de salida. Cayó de cara.

Los otros se tiraron al suelo.

—Un francotirador tras de nosotros —gritó ella, disparando a ciegas en esa dirección, mientras Verhoven se adelantaba reptando hasta el borde de la extensión plana, para echar una ojeada. Había una docena de hombres con uniforme de combate corriendo hacia ellos desde el norte. Disparó contra el grupo, rodó hacia un lado y luego disparó de nuevo, derribando al líder y haciendo dispersarse al resto. Se echó hacia atrás cuando le devolvieron el fuego.

—¡Más por este lado! —gritó Roemer, mirando hacia el sur.

El ruido de disparos hizo ecos en ambas direcciones y balas trazadoras ardieron en el cielo, entrecruzándose por encima de ellos. Hacia el este, el NOTAR había terminado su giro.

—Volvamos dentro —ordenó Verhoven—. ¡Ya!

Danielle regresó, sobre codos y rodillas, al interior del templo, con Roemer pisándole los talones. Verhoven fue el último en entrar, llevando el arma de Muncik, manchada de sangre. Se la tiró a Bosch, mientras el rugido del helicóptero que se aproximaba resonaba por todo el templo.

Ella miró a su alrededor:

—Aquí dentro estamos atrapados —gritó.

—¿Preferiría estar ahí fuera?

No tuvo oportunidad de responderle, porque de nuevo entró un torrente de fuego de cañón por la abertura.

Por pura frustración Verhoven disparó una ráfaga escaleras arriba, hacia el cielo, pero allí no había ningún blanco a la vista.



El NOTAR había pasado de nuevo, pero esta vez el sonido no se fue apagando, sólo bajó un poco y luego mantuvo un volumen constante.

—Aquí nos tiene acorralados —explicó Verhoven—. Eso quiere decir que sus hombres vienen.

—¡Estamos atrapados aquí! —gritó Danielle, furiosa porque Verhoven les hubiera llevado allí, pero dándose cuenta al mismo tiempo que, de haber corrido hacia los árboles, estarían todos muertos.

—Aún tienen que entrar aquí a por nosotros —dijo Verhoven—. Y cuando lo hagan les haremos pedazos. Vaya allá con los otros. Bosch, ve con ella: eso nos dará dos líneas de defensa.

Danielle se fue a la otra habitación y buscó allí una posición para disparar. Tras ella, el doctor Singh trataba de ayudar a Susan Briggs, que estaba tosiendo con gran violencia, mientras que McCarter y Brazos la miraban acusadoramente.

—¡Al suelo! —les dijo y se volvió hacia la entrada.

Estaba dispuesta a luchar. Hasta la muerte, si era necesario. Pero, a pesar de lo que había dicho Verhoven, sus atacantes no tenían que ir a por ellos: estaban atrapados como ratas, y lo único que tenían que hacer ahora sus enemigos era cerrar la jaula. En lugar de avanzar contra un fuego mortal, simplemente podían volver a colocar la losa en su sitio y sellar el templo. Los miembros del NRI morirían de hambre y sed, o posiblemente mucho antes, sofocados. Como es natural, Verhoven lo sabía, pero... ¿qué otra opción tenían? Una carga escaleras abajo sería suicida. Esperaba que el enemigo fuese lo bastante estúpido como para entrar...

El sonido del helicóptero se fue acercando, retumbando opresivamente, como si se tratara de un monstruoso enjambre de abejas. El viento provocado por su hélice entraba por la abertura y el sonido de unas pesadas botas empezó a cruzar el terrado de piedra.

—¡Preparados! —gritó Verhoven. Dentro de un minuto habría disparos, llamas y muerte.

Danielle se colocó tras la pared y apretó con fuerza el fusil, rechinando los dientes mientras aguardaba. Durante un momento no sucedió nada.

Por encima de ellos el retumbar del helicóptero se apagó un poco y las pisadas cesaron cuando, probablemente, los atacantes se apiñaron alrededor de la entrada. Pero seguía sin pasar nada.

Danielle empezó a preguntarse si habría alguna posibilidad de rendirse o incluso, quizá, de negociar. Tal vez aquellos hombres se mostrasen razonables. Y luego lo oyó: clunc... clunc... clunc, un objeto metálico caía rebotando por la escalera: sólido, pesado, imparable. Se dio la vuelta y cerró los ojos.

Un relámpago cegador le llegó a través de los párpados, acompañado por una tremenda explosión que la aplastó contra la pared de piedra y luego la derribó al

suelo. Yació allí, atontada y casi inconsciente, con los oídos pitándole. Notó el sabor de la sangre en su boca. Era medio consciente de que los otros se hallaban igualmente afectados: McCarter de bruces en el suelo, Brazos caminando lentamente a cuatro patas. No podía ver a Susan, el doctor Singh ni a Verhoven.

Buscó su rifle: yacía sobre el suelo de piedra, a unos tres metros de distancia... y era como si estuviera a un kilómetro. Con gran esfuerzo pudo alzarse sobre sus codos y rodillas y comenzó a moverse hacia el rifle. Pero entonces volvió a escuchar ese sonido: otro objeto metálico cayendo por las escaleras. Al final golpeó el suelo y rodó por él.

Cerró los ojos con fuerza y se cubrió la cabeza... aguardando, esperando una explosión. Pero sólo hubo un pop apagado y un fuerte siseo, como cuando se escapa aire de un neumático. Miró hacia la antesala, y vio un vapor blanco que surgía de una larga lata cilíndrica y olió algún tipo de producto químico. Y luego sus ojos se desenfocaron y se desplomó inconsciente.

## CAPÍTULO 28

A Danielle Laidlaw la despertó una voz tranquilizadora:

—¿Puede verme? —le preguntó la voz.

Bizqueó por la cegadora luz y sus ojos recuperaron la capacidad de enfocar. Vio un rostro, de ojos marrones y cabello gris oscuro. No lo reconoció.

—¿Puede verme?

—Sí —dijo. Los detalles del rostro se hicieron algo más claros, mientras un estremecimiento de dolor le recorría el cuerpo.

El rostro se echó atrás, apartando una mano del costado de la cabeza de ella: llevaba un trapo manchado de sangre.

—Es de su oído —le dijo el hombre—. No se preocupe, he hecho que su doctor se lo mirara y tiene el tímpano intacto. Dañado, pero intacto.

—El doctor Singh —dijo ella—. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi gente?

El hombre la miró con severidad, pero no sin una cierta amabilidad.

—Dentro de un momento le llevaré con ellos.

Su campo de visión había empezado a ampliarse: vio el cielo azul tras el rostro y se dio cuenta de que estaba en el exterior. Notaba un suelo desigual bajo ella y vio que el hombre llevaba una chaqueta de safari y que estaba rodeado por otros hombres, que llevaban fusiles y vestían uniformes de camuflaje. Mientras se daba cuenta de lo que aquello significaba, la pasada hora volvió a ella en tromba y notó una repentina oleada de ira:

—Ustedes son la gente que nos ha atacado...

—Me temo que sí —admitió el hombre, tendiendo una mano hacia ella.

Danielle se echó hacia atrás.

—Relájese —le dijo él, volviendo a tender la mano y asiendo un pequeño artilugio negro del cinturón de ella—. Ya no va a necesitar esto.

Era el transpondedor que llevaba cada miembro del NRI para evitar que los sensores del sistema de defensa dieran la alerta con ellos y sus movimientos. El tipo se lo tiró a uno de sus hombres. Y, mientras lo hacía, ella se dio cuenta de que tenía libres las manos y los pies. Trató de ponerse en pie, como para atacarle, pero al instante se le fue la cabeza y cayó hacia delante, a cuatro patas.

—Es un efecto de la droga —le dijo el hombre—. Al parecer a usted es a quien más le ha afectado. Debería de pasársele en uno o dos minutos. Pero, claro, antes de que eso suceda la habremos atado.

Le dirigió al hombre una mirada asesina:

—¿Qué demonios quieren ustedes?

—Creo que ya sabe lo que queremos. ¿Le importaría hablar de ello conmigo?

Así que ésta era la gente que les había estado acosando, el enemigo oculto que

había mandado hombres a atacarla en el puerto.

—No sé quién se cree que es usted, pero le juro que no sabe con quién se la está jugando...

—En realidad —le dijo el hombre con el tono de estar corrigiendo un leve error—, sé perfectamente con quien me la estoy jugando. Y aunque crea usted que van a intentar rescatarlos, nadie lo va hacer... les he dejado sin comunicaciones, y su helicóptero ha sido derribado y cayó ardiendo a la jungla a unos cincuenta kilómetros de aquí.

Miró más allá del hombre y vio el helicóptero negro posado sobre suelo firme, a un centenar de metros de distancia, con los contenedores de los cañones automáticos claramente visibles.

—En cuanto a su protector, allá en Estados Unidos —añadió—. Su protector, el señor Moore... bueno, lamento tener que decirle que tampoco existe ya.

Ella le escupió.

Él se limpió tranquilamente la cara y luego le dio un bofetón. La mejilla le dolió, luego se puso roja y pareció arderle.

—Puedo ser razonable si usted también lo es —le dijo él secamente, mientras se guardaba el pañuelo—. O puedo hacer que su vida sea un infierno. Si quiere salir de aquí con vida, al igual que su gente, cooperará. Si se muestra usted tan testaruda como me han dicho que es... bueno, supongo que entonces morirá.

La cabeza le daba vueltas: Hawker muerto, Moore muerto. ¿Y qué pasaba con Gibbs? ¿Por qué no había mencionado a Gibbs?

Quizá aún hubiera esperanza. Se mordió el labio y permaneció en silencio.

—No me sorprende —dijo, haciéndole una seña a uno de sus hombres—. Dado que no quiere hablar, la dejaré tranquila. Con el tiempo cambiará de idea...

Dos de los hombres de Kaufman la ayudaron, llevándola a través del claro hasta un gran árbol, en el borde de la selva, que estaba quemado en parte por el fuego de los *chollokwan*. Los otros supervivientes estaban allí sentados, con las espaldas contra el árbol y los brazos sujetos detrás.

Una gruesa cadena, asegurada por un candado, rodeaba el árbol. Los hombres la forzaron a sentarse con la espalda contra el tronco, pasaron la unión de unas esposas por la parte interior de la gruesa cadena y luego le esposaron las muñecas. Así, sus esposas y la cadena quedaron unidas como un par de anillos uno dentro del otro: podía moverse libremente a lo largo de la cadena pero, a diferencia de los anillos unidos de los magos, no podía liberarse sin romper una de las dos cadenas: era una prisión simple, pero eficaz.

Contó cabezas: allá estaban Verhoven, McCarter y Susan. Al otro lado del árbol estaban Roemer, Bosch, Brazos y el doctor Singh. Todos los que habían estado dentro del templo, los siete afortunados. No había señales de los otros. Roemer estaba

sangrando por una herida vendada y Susan sollozaba en silencio, mientras McCarter trataba de consolarla. Cuando los guardianes se alejaron, McCarter la miró con mala cara, con la expresión de un hombre que sabe que le han engañado.

—¿Quién es esa gente? —preguntó—. ¿De qué va todo esto?

—No lo sé —le contestó ella.

—¿Somos rehenes? —insistió—. ¿Son terroristas?

—Son alemanes orientales —le contestó Verhoven—. Mercenarios. Probablemente ex miembros de un equipo de la Stasi, la policía secreta de la antigua República Democrática. Peores que la KGB.

—¿Y qué es lo que quieren de nosotros? —quiso saber McCarter.

Danielle le miró: sus peores temores se habían hecho realidad y deseó que no le hiciera más preguntas. No les iban a llevar a nada bueno.

—Hemos de mantener la calma —le dijo—. Encontraremos un modo de salir de ésta...

No supo si McCarter la había creído, o simplemente se había dado cuenta de que no era buen momento para seguir con la discusión. El caso es que no dijo nada más.

Miró al grupo:

—¿Hay alguien más de los nuestros?

—Sólo Devers —le contestó Verhoven.

—¿Y dónde está?

—Con ellos.

Danielle miró hacia el claro pero no vio a Devers.

—¿Qué es lo que le están haciendo?

—Pagándole, supongo —dijo Verhoven—. Ese hijo de puta nos vendió. Y si logro ponerle las manos encima, le voy a hacer sangrar por cada moneda que le hayan dado.

Danielle se recostó, pensando en cómo podría darle a Verhoven esa oportunidad y vio que el hombre de antes se acercaba, acompañado por dos de sus sicarios.

—Me llamo Kaufman —le dijo—. Y querría excusarme por lo que ha pasado aquí esta mañana. No debería haber ocurrido así. Pero tienen mi palabra de que, de ahora en adelante, serán tratados bien.

—Sería inteligente por su parte si nos dejase ir —insistió Danielle, con la mejilla aún ardiéndole por el bofetón.

—¿Inteligente? —repitió él—. No, no creo que sea ésa la palabra más adecuada. Pero, sí, eventualmente les dejaré libres y sin sufrir daños... siempre que cooperen, claro. Mientras tanto, necesito libertad para trabajar sin interrupciones... y algo de ayuda de la señorita Briggs.

Cuando los mercenarios de Kaufman fueron a liberar a Susan, McCarter se preocupó.

—¿Qué es lo que quieren de ella?

Los dos hombres le soltaron las esposas y la pusieron en pie.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó ella, en un tímido eco del profesor.

—No tiene nada que temer —insistió Kaufman—. Sólo queremos utilizar sus conocimientos por un rato.

Uno de los mercenarios tomó a Susan por un brazo y los ojos de la chica se llenaron de lágrimas mientras se la llevaban. Miró desesperadamente a McCarter, pero no había nada que éste pudiera hacer.

Kaufman llevó a Susan a una mesa hecha con una caja vuelta al revés. Le ofreció algo de comida, que ella rechazó, y algo de agua. Dudó.

—Es buena —aseguró, tomando él mismo un sorbito—. No es San Pellegrino, pero le aseguro que es potable.

Susan primero la rehusó, pero luego la aceptó. Tenía la garganta reseca. El tono de Kaufman era tranquilizador:

—No he venido a hacerles daño —le dijo—. Los acontecimientos de esta mañana han sido un error, una aberración...

Señaló hacia los mercenarios.

—Esos hombres reaccionaron con demasiado celo y yo no estaba aquí para detenerlos. Pero ahora que estoy aquí, le prometo que no volverá a suceder.

No estaba segura de cómo tomar aquello:

—Han matado a gente...

—Lo sé —le dijo Kaufman—. A eso es a lo que se dedican. Pero, con la situación controlada, ya no tienen que volver a hacerlo.

—¿Por qué está haciendo esto? —quiso saber.

—Me gustaría poder decírselo, pero eso sólo le complicaría las cosas...

Ella le habló honestamente:

—No quiero ayudarle.

—Eso lo puedo entender, pero necesito su ayuda. Si coopera conmigo les daré a sus amigos agua y comida, y una posibilidad de vivir el resto de sus vidas. Si no lo hace, no me quedará más remedio que obligarla: pasarán hambre y sed hasta que cambie de idea.

Bajó la vista a la mesa, como mareada: todo le daba vueltas.

—¿Dispuesta a escucharme?

Alzó la cabeza hacia él, y luego asintió con un gesto.

—Bien —dijo él—. Aquí, en este lugar, hay algunas cosas muy importantes, probablemente estén en el templo. Quiero que nos ayude a localizarlas.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Ha estado dentro del templo?

—No.

—Y sus amigos, ¿han estado dentro?

—El profesor McCarter y Danielle.

Asintió.

—¿Sacaron alguna cosa de dentro? ¿Algo metálico?

—¿Metálico? —se extrañó—. No, nada metálico.

Durante un momento él hizo una pausa, como si deseara asegurarse de su respuesta:

—Quiero que entre ahí con nosotros, que nos lo muestre todo.

Ahora, ella tenía un motivo para protestar:

—No lo entiende... no puedo entrar ahí dentro. No puedo respirar allá abajo, a causa de los gases...

—Sí, ya sé —le dijo él—, ya me han contado lo de los gases. Es un hedor terrible, pero creo que tengo un remedio para usted.

Hurgó dentro de una caja que había detrás y sacó una máscara antigás de manufactura militar.

—¿Le ayudará esto?

Susan miró la máscara sin decir nada. ¿Qué podía decir...? Claro que la ayudaría.

Desde su lugar en el árbol—prisión, McCarter trataba desesperadamente de no perder de vista a Susan.

—¿Qué pueden querer de ella?

—Su mente —le contestó Verhoven—. Sabe lo que usted sabe, pero es más débil y frágil. Eso es lo que quieren de ella... Ya les vio registrar nuestras cosas. Buscan algo, y quieren que ella les ayude a encontrarlo.

—Hubiera preferido que se me hubieran llevado a mí —dijo McCarter.

Verhoven estuvo de acuerdo.

—Bueno, si es lo bastante lista y se hace la tonta, quizá vuelvan a por usted. Eso podría sernos de ayuda...

Mientras Verhoven hablaba, Danielle trataba de poner orden en su mente, que giraba enloquecida. Le resultaba difícil llegar a comprender todos los entresijos de lo que había pasado, lo rápida y radicalmente que había cambiado su suerte. Horas antes habían estado a punto de tener éxito, y ahora, en cambio...

Ahora habían sido atacados y hechos prisioneros por algún tipo de grupo paramilitar. Los miembros muertos de su equipo yacían en el claro, cubiertos por lonas. Aquellos mercenarios les vigilaban, armados con fusiles a punto de disparar. Y Moore... su amable rostro se dibujó en su mente: un hombre honesto, un buen hombre. Todo aquello le parecía un mal sueño, una absurda pesadilla de la que no se podía despertar. Apretó los dientes furiosa y en silencio, jurándose hallar un modo de

salir de aquella locura, de hacer pagar a aquellos hombres lo que habían hecho... o morir en el intento.

Volvió su atención a los otros. Verhoven y McCarter seguían discutiendo.

—Verhoven tiene razón —dijo, terciando en la discusión—. Tenemos que usar toda ventaja, por pequeña que sea. Si lo sacan de aquí, agarre cualquier cosa que nos pueda servir. Tal vez una de sus herramientas, o algo que podamos usar para romper esta cadena. Eso haría que nuestras posibilidades fueran mejores.

—¿Mejores? —exclamó McCarter—. ¿Cómo de mejores?

—Mejores de lo que son ahora.

McCarter jadeó.

—Esto es demencial —dijo, agitando la cabeza. No parecía estar soportándolo bien. Otro motivo por el que nunca debieron haber traído civiles...

Danielle se volvió hacia Verhoven:

—¿Ha visto cuál es el mercenario que lleva las llaves? —ella no había pensado en mirarlo: estaba aún demasiado atontada cuando la habían esposado.

—Sí —le contestó con tono cómplice el sudafricano—. Me he fijado en él.

—Yo también —intervino Bosch—. Lo he mirado bien mientras le soltaba las esposas a la chica. Tiene una cicatriz encima del ojo izquierdo, como si en alguna ocasión alguien le hubiese abierto la cabeza.

Danielle se volvió de nuevo hacia McCarter:

—Usted es el único al que es probable que utilicen. Si le dan un poco de libertad, ¿se acordará de ese tipo y verá lo que puede hacer?

Verhoven intervino:

—Si tiene oportunidad, hable con Susan, dígale que esté preparada. Y, cuando regresen, míreme a los ojos. Escupiré si es el momento de intentar algo.

Danielle se mostró de acuerdo.

Junto a ella, McCarter se sentía mal. Era una locura: escupir... coger alguna cosa... intentar algo... Se sentía como mareado, desorientado, miró al cielo, tratando con todas sus fuerzas de no vomitar.

Tuvo que probar tres diferentes, pero al fin Susan Briggs halló una máscara que se adaptaba a su cara. Kaufman le presentó a Norman Lang y, junto con dos de los mercenarios, entraron en el templo, respirando trabajosamente a través de los filtros de carbón de las máscaras.

Descendieron con cuidado los escalones, con Lang grabando la exploración con una cámara digital. Las paredes estaban coloreadas en algunas partes: hacía mucho las habían pintado con un tono rojizo, pero estaban desconchadas y manchadas por pegotes de color amarillo. Y donde la piedra estaba desnuda brillaba a la luz, goteando condensación.



Lang usó el zoom para hacer un plano cercano de lo que parecía ser algún tipo de óxido amarillo.

—Azufre —dijo—, se está comiendo la piedra.

Entraron en la primera cámara. Susan contempló los montones de cráneos: la descripción de McCarter no le había hecho justicia a aquella visión...

Lang ordenó que apagasen todas las luces y él encendió una luz negra. La luz ultravioleta iluminó sus ojos y sus dientes, y los cordones de las zapatillas de tenis de Lang; todo ello brillaba con un color blanco purpúreo, como si estuviera iluminado desde dentro. También convirtió los cráneos en una visión fantasmal y mostró un millón de puntitos ocultos dentro de las piedras. Pero, fuera lo que fuese lo que buscaba Lang, no lo halló. Volvió a pasar a luz normal y el grupo continuó, a través de la puerta, hasta la segunda habitación.

Examinaron esta sala como habían hecho con la antesala: luz blanca primero, luego ultravioleta. De nuevo no hallaron nada de interés.

Lang se volvió hacia ella:

—¿Qué hay ahora?

Ella navegaba en base a las explicaciones de McCarter:

—Ahora debería de venir la sala del altar —dijo.

Desde luego, la siguiente sala era la del altar, pero para entrar en ella tenían que pasar a través del haz de luz que caía de lo alto. Lang colocó su mano en el rayo: era ancho pero de menos de un centímetro de grosor. En alguna parte por arriba una raja, larga y estrecha, dejaba entrar la luz. Pareció suspicaz:

—¿Hay alguna trampa por aquí? —preguntó.

—¿Trampa?

—Sí, como lanzas que se disparan cuando pisas la luz...

Ella parpadeó dentro de la máscara.

—Me está tomando el pelo, ¿verdad?

Lang no parecía estar bromeando.

—Danielle y el profesor McCarter ya han entrado ahí —explicó con lógica—, así que no creo que haya ninguna trampa.

Lang se animó a seguir adelante, pero bordeó el haz de luz, entrado en la sala del altar que había al otro lado. Susan contempló cómo Lang vagaba por el interior, tocando esta parte y aquella, mirando a través del visor y grabando todo lo que veía. Varias veces usó la luz negra y ocasionalmente miró el resto de instrumentos que había llevado con él. No parecía muy impresionado por lo que le decían. Finalmente fue hasta la plataforma, en donde de nuevo apagó las luces.

Esta vez algo apareció en presencia de los rayos ultravioleta: marcas geométricas ocultas dentro del frontal de piedra del altar.

Susan las miró.

Kaufman se fijó en su mirada:

—¿Reconoce eso?

No lo reconocía.

—No se parecen a los glifos.

Lang apuntó su cámara a la superficie superior del altar y apareció otra serie de marcas: unos surcos alargados, hundidos dentro de la piedra, que iban de la parte delantera a la trasera del altar. Muy espaciados al principio, los surcos se estrechaban en medio, formando líneas paralelas a lo largo de unos centímetros, antes de inclinarse de nuevo hacia fuera. Al acercarse al borde trasero, las dos líneas divergían por completo, hasta que huían una de otra en diferentes direcciones, extendiéndose a lo ancho del diseño en curvas que fluían y ondulaban. En varios puntos del altar había depresiones talladas en la piedra, todas ellas dentro de los límites marcados por las dos líneas.

Susan se puso de puntillas para atisbar, y Kaufman le hizo una seña indicando el altar:

—¿Le resulta familiar?

Ella estudió el conjunto.

—No, tampoco son glifos.

—No —estuvo de acuerdo Kaufman.

Ella inclinó la cabeza:

—Casi parece...

—¿Casi parece qué?

Se volvió hacia Kaufman.

—Casi parece un árbol.

Kaufman examinó de nuevo las líneas. Parecía incapaz de visualizarlo.

Ella trató de ayudarle:

—Aquí están las raíces —dijo, señalando a la parte más cercana de las marcas—.

La parte inferior del árbol. Y esto sería el tronco...

Su dedo siguió las líneas hacia atrás.

—Y estas ondulaciones son las ramas y las hojas —se volvió hacia Kaufman—:

Un árbol.

Kaufman y Jones miraron el dibujo. Eran líneas delgadas, apenas arañazos. Era difícil ver el conjunto como un árbol.

Susan se dio cuenta de que dudaban.

—Lo que quiero decir es que no se parece a las otras marcas —explicó—. Aquellas son rectas y angulosas, estas son todo curvas.

Kaufman miró de nuevo:

—¿Cómo es que usted ve un árbol que nosotros no vemos? —se volvió para ponerse de cara a ella—. ¿Quizá estaba esperando hallar un árbol?

—No —le contestó ella—. No estaba esperando hallarlo, pero es algo que se ve repetidamente en el arte maya. Se llama el Árbol del Mundo y que une los tres mundos que existen: el mundo inferior, en sus raíces, el mundo medio donde nosotros vivimos en su tronco y el reino de los dioses en lo alto de su copa. Eso es lo que veo aquí... —Y añadió, ahora más segura—: Esto es arte, no escritura.

Kaufman volvió a mirarlo y luego le tocó en el hombro a Jones, que volvió a pasar a luz blanca. A sus ojos les llevó unos segundos acostumbrarse.

—Señorita Briggs, ¿sabe usted lo que es un escaneo electrográfico del suelo?

Ella asintió con la cabeza:

—Comprueba la resistencia del suelo, para determinar la composición mineral de las capas subterráneas. A veces lo usamos antes de excavar.

—También puede ser usado como un ultrasonido —le dijo Kaufman—. Hemos hecho varios esta mañana, junto con una serie de ultrasonidos, y creemos que este lugar está edificado encima de una enorme caverna. ¿Le sorprendería eso?

McCarter y ella habían supuesto que había una caverna, pero no había querido darles esa información.

—Realmente no. Los vapores de azufre han de venir de alguna parte, ya sea de grietas volcánicas o de una caverna sulfurosa. Buscamos un poco, pero no pudimos hallar una entrada.

Kaufman sonrió:

—Eso es porque el templo está construido justo encima. El agua lo prueba. El templo es la entrada a la caverna.

Kaufman señaló el pozo y los tres atisbaron la oscuridad de su abismo circular.

—Es como en un cuento de Poe...

Susan miró pozo abajo.

Kaufman señaló a uno de sus hombres.

—Llévela afuera con los otros y asegúrate de que tienen agua y comida suficientes —miró a Susan—. ¿Ve? Cumpló mis promesas...

—Supongo que se enfadará si hablo de lo que hemos encontrado aquí, ¿no? —preguntó Susan.

—En absoluto —le dijo Kaufman—. Hable libremente de ello... quizá el profesor McCarter tenga alguna idea respecto a lo que usted ha visto. Si es así, me gustaría escucharla.

Susan asintió, confundida y sorprendida, pero mucho más calmada que antes.

Mientras era llevada fuera, Kaufman se volvió hacia Lang.

—Aquí es donde McCrea halló las piedras —dijo—. Y el quinto cristal.

Lang volvió a encender la luz negra y Kaufman examinó las marcas en la piedra, el árbol que Susan había visto. Había cuatro pequeñas depresiones en la parte inferior del diseño, una en la parte central del tronco y cuatro más en la superior.

Kaufman sacó una cajita de un bolsillo interior. Contenía los cubos y el cristal que McCrea había hallado en el cadáver de Pritchard. Los colocó en las depresiones: los cubos en la parte de abajo y el cristal en la de arriba. Los cubos encajaban perfectamente, el cristal no. Lo movió a la depresión del centro, en la que encajó con un suave clic. Del mismo bolsillo Kaufman sacó un estuche de joyero. Alineados dentro como dardos estaban los cristales de Martin, en su poder desde hacía dos meses gracias a las manos ladronas de William Devers.

Colocó los cristales en varios puntos de la parte superior del diseño y, al cabo, los tres se ajustaron a la perfección. No pasó nada.

El mercenario agitó la cabeza:

—No hay magia —dijo, resoplando al acabar.

—No estamos buscando magia —le reconvino Kaufman.

Seguía habiendo un problema.

—Nos falta uno —hizo notar Lang.

—Sí —dijo Kaufman, recordando que el NRI había despedazado uno de los cristales—. Aunque no creo que eso importe...

Miró a Lang:

—Esto no es nada, ¿verdad?

—No veo cómo esto podría generar energía. La chica tiene razón: es sólo arte. Arte antiguo, primitivo.

—Como los cristales vírgenes —dijo Kaufman, recordando cómo había descrito Lang dos de ellos—. Entonces, ¿se trata de unos niños jugando con el sobrante del inventario...?

—Eso tendría sentido. ¿Por qué no traemos aquí el equipo de ultrasonidos y vemos qué podemos encontrar?

Kaufman no respondió, estaba mirando el diseño:

—¿Tú ves aquí un árbol?

Lang estudió las líneas de nuevo.

—Sí, supongo que sí.

—¿Crees que habrá un túnel? —preguntó Kaufman—. El cristal va entre las líneas. Eso a mí me sugiere una estructura hueca: un árbol hueco es un túnel. —Miró por encima del borde al interior del pozo—. O quizá un pozo...

Lang miró a Kaufman, luego al diseño y finalmente al pozo tras el altar.

—Ya veo en qué estás pensando —dijo—, pero déjame que primero haga los ultrasonidos...

Mientras Lang y su ayudante preparaban el equipo de los ultrasonidos, Kaufman ordenó a los mercenarios llevaran dentro del templo iluminación y equipo adicional. Como algunas herramientas eran demasiado grandes para pasar por la abertura, empezaron a mover la losa hacia atrás. Pero no fueron tan cuidadosos como lo habían

sido los miembros del NRI, y la piedra se rajó profundamente a lo largo de una grieta preexistente. Un nuevo intento de moverla lanzó escaleras abajo la mitad de su masa, que se deshizo en pedazos.

Kaufman miró el estropicio y agitó la cabeza.

—Límpienlo —dijo con disgusto.

El líder de los mercenarios, el tipo alto y robusto llamado Vogel, ordenó a sus hombres que pusieran manos a la obra. Varios de ellos dejaron en el suelo el equipo que transportaban y empezaron a limpiar la escalera.

A Lang no le gustaban los mercenarios, no le gustaba lo que representaban ni la matanza que habían llevado a cabo. No podía creerse dónde se había metido.

—Ése sí que es un buen trabajito —dijo señalando a los cascotes—. ¿Les pagarás extra por eso?

Kaufman se lo tomó con filosofía:

—No se puede decir que haya sido uno de sus mejores momentos, pero imagino que vamos a necesitar que esa abertura sea más grande...

## CAPÍTULO 29

La máquina estaba ahora en silencio, quieta y apagada. Había llegado atravesando los árboles como un proyectil para ser tragada por la profundidad viva de la selva pluvial. Pero, a pesar de las fanfarronadas del piloto del NOTAR, el Huey no había estallado ni ardido. De hecho, una hora después de estrellarse la mayor parte de su combustible se había derramado por el suelo sin crear peligro ninguno. Tras un momento de inconsciencia, Hawker se había despertado y había conseguido liberarse y sacar también a Polaski de entre los restos. Había llevado el cuerpo inerte de su compañero hasta un árbol caído, a unos veinte metros de distancia, y usando un trapo empapado en agua fría había conseguido despertarle, pero estaba en un estado de delirio.

Con obvio dolor, Polaski murmuraba incoherentemente, con los ojos medio cerrados.

Hawker le cubrió con su chaqueta de vuelo y la manta de Mylar del equipo de supervivencia, pero continuaba teniendo escalofríos, y pronto volvió a caer en la inconsciencia.

Estaba grave: tenía una herida en la cabeza que se había hinchado de un modo desmesurado, parecía tener varias costillas rotas y de su boca brotaban pequeñas burbujitas sanguinolentas, lo que era suficiente para indicarle a Hawker que estaba sangrando por dentro. Tal vez un cirujano en una sala de operaciones esterilizada hubiera podido salvarlo, pero allí había poco que Hawker pudiera hacer, aparte de verlo morir lentamente.

Mirando de nuevo el destrozado helicóptero, Hawker trató de recordar cómo demonios había acabado en esa situación: el mensaje sobre lo de la hija de Polaski, el otro helicóptero, la huída a lo largo del río, y luego... Por mucho que se esforzara, de lo último que se acordaba era de los proyectiles haciendo impacto en el fuselaje.

A lo largo de su vida ya se había estrellado otras dos veces antes. Una en Angola, tras el impacto de una granada cohete RPG, y otra vez cuando había rozado un árbol en un vuelo muy bajo, llevando un cargamento de armas de contrabando. En aquellas ocasiones tampoco se había podido acordar luego del momento mismo en que se había estrellado.

Y, sin embargo, esta vez era diferente: aquellas eran zonas calientes, lugares en donde esperaba recibir fuego enemigo y, en cambio aquí... bueno, al parecer ahora también era una zona caliente.

Miró de nuevo a Polaski y vio que su pecho había dejado de moverse. Las burbujas habían desaparecido. Le busco en vano el pulso...

—Lo siento —susurró—. Joder, lo siento.

Decir aquello parecía algo sin sentido ni valor, pero de todos modos le salieron

las palabras.

Notando que se adormilaba, Hawker se frotó la nuca: había estado inconsciente uno o dos minutos. Así que quizá tuviese una contusión. No podía dejarse caer dormido, pues existía la posibilidad de que nunca más se despertara.

Se obligó a permanecer en pie. Notaba las piernas pesadas, abotargadas y blandas, como si estuvieran hechas de mantequilla. Se estremeció, se estiró y flexionó, tratando de infundir algo de energía en sus músculos sin vida.

Sentía cómo cada parte de su cuerpo era azotada por el dolor. Le dolían las costillas y el cuello por el trallazo del impacto y la presión del cinturón de seguridad, sus manos estaban magulladas y arañadas por la caída dentro de la carlinga, y algo de sangre medio coagulada le supuraba de un corte en la mejilla, justo debajo de su ojo derecho.

Pero al menos estaba vivo.

Miró de nuevo a Polaski, recordando que le había aconsejado a Danielle que lo vigilase, porque si tenían un topo, él apostaba porque fuese Polaski: el tipo era tranquilo y educado, y trataba de pasar desapercibido, tal como se suponía que debían de comportarse los topes. Y era un voluntario que trabajaba en el sistema de comunicaciones; o sea, el perfecto candidato. Pero aquella valoración había sido errónea: Polaski sólo era un hombre amable y tranquilo, que se merecía algo mejor que ser abandonado para que se lo comiesen los animales de la jungla. Decidió enterrarlo.

Tomó una pala desmontable del equipo de supervivencia, y la montó. Con un pisotón de su bota la hincó en la tierra y la volteó. En cuanto empezó a cavar aumentó la frecuencia de los latidos de su corazón, y la neblina que había en su mente fue retrocediendo poco a poco. Empezaron a surgirle pensamientos, enredados y confusos al principio, como imágenes que están tratando de hallar su lugar exacto. El ataque y lo sucedido después le parecían más claros, pero eso le hizo preguntarse quién lo habría hecho y por qué.

Tenía que ser la misma gente que les había atacado a Danielle y a él en el puerto, pero ninguno de sus contactos había sido capaz de descubrir nada acerca de ellos. Eso significaba que estaba metida gente importante en todo el asunto, y que se preocupaban por mantener oculta la verdad. Pero, al no tener modo en que determinar quién les había atacado, se centró en el porqué.

Era obvio que lo que querían era aquello tras lo que iban Danielle y el NRI, pero fuera lo que fuese, él aún no sabía lo que era. Debía tener algo que ver con el templo, y su primera idea fue que serían los artefactos que habían estado descubriendo y recuperando. McCarter le había hablado de que el tráfico de artículos arqueológicos era un negocio muy provechoso, en el que había mucho robo, contrabando y negocios sucios en el mercado negro. Pero, ¿cuánto podían valer aquellas cosas? Miles, quizá

decenas de miles de dólares... no era bastante para lo que había pasado. Quizá lo fuera para una puñalada por la espalda, o para un par de piernas rotas en un callejón oscuro, pero no para utilizar una plataforma de armas especialmente construida como era el NOTAR negro. Solamente los contenedores de los cañones ya debían de costar un millón de dólares... Hincó de nuevo la pala. En cualquier caso, aquello no tenía sentido: el NRI era una organización estratégica. Y sólo estarían allí en busca de algo importante a un nivel político, o mundial. Y lo único que se le ocurría era que fuese petróleo.

Los países de Oriente Próximo aún estaban en pleno torbellino, y el precio del petróleo únicamente estaba a unas cuantas bombas más de los doscientos dólares el barril. Un gran hallazgo, en un país amistoso y democrático, sería muy bienvenido. Y los vapores de azufre atrapados en el templo parecían indicar que había algo ahí debajo.

Pero, a pesar de que varios datos concordaban con esa hipótesis, había otros que no lo hacían. Para empezar, los brasileños no necesitaban al NRI para que les encontrase petróleo, y estaba claro que el NRI no iba a poder bombearlo en secreto. Y, en todo caso, tampoco iba a poder hacerlo su misterioso adversario. Entonces, ¿de qué iba todo aquello?

No, decidió que no se trataba de una carrera por registrar los primeros la propiedad de un nuevo yacimiento: era un robo, un trabajito de los de entrar, tomar y escapar. Eran dos cacos peleándose por unas joyas en la casa de un tercero. Fuera lo que fuese tras lo que anduviesen los dos grupos en liza, era algo fácil de transportar y no una fuente de recursos, algo cuya misma posesión ya era valiosa.

Hawker se irguió y se secó el sudor de la frente, aceptando que la respuesta no estaba a su alcance. No podía imaginarse ni el quién ni el porqué del incidente, pero cuando sus ojos se posaron en el hombre que iba a enterrar, de repente tuvo claro el cómo...

Tanto para Polaski como para él, como para cualquier otro del campamento base del NRI, aquél había sido un vuelo no programado, una decisión tomada al momento, que había resultado necesaria tras enterarse de la tragedia sucedida en Washington. Pero para alguien, en alguna otra parte, aquél había sido un vuelo planificado con meticulosa precisión, que les había situado, a Polaski y a él, exactamente en el punto justo y en el peor de los momentos.

No había otra explicación lógica. El NOTAR había tenido que llegar de bastante lejos y, para realizar una interceptación, su piloto tenía que haber sabido exactamente cuándo iban a pasar ellos por aquella zona. Un error de diez minutos hubiera echado a perder lo planeado.

Pero, naturalmente, no había habido ninguna espera de diez minutos: con el fin de que Polaski llegase lo antes posible a Washington habían tenido que salir de



inmediato de la jungla. Así que todo aquello era una trampa, y el accidente que había tenido la hija de Polaski solamente había sido el cebo. Una pequeña esperanza alegró su mente, pues incluso era probable que aquel accidente de la hija de su compañero fuera un puro engaño, ya que de ser así, los detalles de la situación les serían más fáciles de controlar. Claro que un engaño como ése conllevaba también algunos problemas de veracidad y confirmación, que podían hacer que se descubriera el asunto.

Si había algo que había aprendido en los diez últimos años, era lo realmente malvado que podía ser el hombre con el hombre. No sólo podía ser violento durante un conflicto, sino también decididamente perverso en el intento de alcanzar sus propios objetivos. Y una gente como ésa no tenía problemas para destruir a una familia entera, tan sólo para mover una pieza en su tablero de ajedrez.

Dejando de lado la pala, Hawker rechinó los dientes. Fuera verdad o no que su hija había sufrido un accidente, Polaski había muerto pensando que la pequeña estaba grave, había muerto desesperado por llegar al lado de una doliente esposa, que estaba igualmente desesperada por tenerlo en casa. Era un hombre destruido, o toda una familia, y en cualquiera de ambos casos, directa e indirectamente, él había tenido parte en lo sucedido.

Sintiéndose culpable, depositó con cuidado a Polaski en la poco profunda tumba, cruzándole los brazos sobre el pecho. Mientras empezaba a cubrirlo con tierra la muerte del hombre era como un peso encima de él. Recordó su trato con Danielle; de hecho recordó que era él quien lo había sugerido, intercambiando su silencio y lealtad por la ayuda de ella. Ese silencio formaba parte de la cadena de acontecimientos que habían llevado a la muerte de Polaski: con su silencio había ayudado a que él y los otros se creyesen a salvo.

Los otros...

Hawker empezó a preguntarse qué habría sido de ellos. Si el enemigo conocía la ruta que seguiría su helicóptero a través de la jungla, es que sabía dónde se había iniciado: la muy secreta localización del templo. Seguro que no tardaría nada en atacar el claro: probablemente lo habría hecho inmediatamente después...

—Dios me ayude... —musitó, cubriendo a Polaski con más tierra amazónica—. Dios nos ayude a todos...

Terminó de enterrar a Polaski en absoluto silencio, con la mente como atontada y girando en círculos. Aplastó la tierra para compactarla y pronunció una breve plegaria, incluyendo un versículo que recordaba muy a menudo, y que le parecía muy adecuado tanto para Polaski como para él mismo:

—«Y el Señor dijo: venid a mí todos los que laboráis y lleváis pesadas cargas, pues yo os daré descanso.» Descansa en paz, Polaski.

Alisó la oscura tierra de encima de la tumba con la mano, luego se alzó

lentamente y le dio la espalda.

Con su compañero muerto ya enterrado, Hawker se veía forzado a enfrentarse a una grave decisión: tenía que ponerse en movimiento, intentar conseguir ayuda para sus amigos.

Lo más sensato sería dirigirse hacia el río e ir hacia el este. Más pronto o más tarde le recogería un barco y, cuando eso sucediese, podría hacer una llamada por radio. Podría hablar con alguien del NRI, alguien que supiese de la operación y que pudiera organizar un rescate con el suficiente personal y equipo como para ocuparse de quien hubiera organizado aquello. Pero, aun con la mejor de las suertes, pasaría una semana antes de que le recogiesen y otra semana más antes de que todo estuviera listo para el rescate.

Demasiado tiempo.

Para ese entonces, el enemigo ya se habría ido, y sus amigos estarían muertos o desaparecidos. Incluso era muy probable que ya lo estuvieran. Pensó en McCarter, en Susan y en Singh. Pensó en Danielle, y cerró los ojos.

Con el corazón pesado por la ira y el sentimiento de culpa, Hawker tomó la bolsa con su equipo de supervivencia y se la echó al hombro, habiéndose asegurado antes de que la pistola estuviese dentro. Inspiró profundamente, apretó los dientes y se puso en camino hacia el oeste. Regresaría al claro.

No iba a abandonar a los otros a un enemigo asesino y despiadado, no cuando su propio papel en el engaño era una carga tan pesada sobre sus hombros. Volvería a pie al claro, y esa acción ocasionaría un nuevo enfrentamiento y un gran derramamiento de sangre; algo que llevaba años tratando desesperadamente de evitar.

Pero ahora se había convertido en inevitable. La oscuridad había vuelto a anidar en su alma y de nuevo regía sus movimientos. Volvería al claro y salvaría a sus amigos, o mataría a sus asesinos uno a uno.

## CAPÍTULO 30

Los hombres de Kaufman pasaron la mayor parte del día convirtiendo el claro en un campamento armado: cavaron pozos de tirador y defensas, llevaron cajas de armas y municiones y descargaron aún más equipo de su helicóptero, que hizo dos viajes más, antes de desaparecer en el horizonte.

Mientras progresaba el trabajo, dos hombres examinaron el terreno con detectores de metales, deteniéndose excitados varias veces para desenterrar objetos ocultos bajo tierra. Pero lo que hallaron sólo pareció decepcionarlo, y Norman Lang prosiguió con su trabajo de efectuar prospecciones con ultrasonidos, que confirmaron que había una caverna bajo el templo y que había un túnel que unía a ambos. No el pozo vertical que había detrás del altar, sino un espacio vacío de fuerte pendiente, que zigzagueaba de un lado a otro de la estructura como uno de esos sinuosos caminos rurales de montaña, y que conectaba la oculta caverna inferior con un punto en la sala del altar, un punto que parecía hallarse al otro lado de la boca del pozo. Una investigación más minuciosa reveló una fisura entre dos de las piedras y, con sumo cuidado, los hombres de Kaufman pudieron alzar la piedra usando palancas. Fueron alzándola centímetro a centímetro, mientras, antes de que la subieran un poco más, otro de los mercenarios colocaba maderos en el hueco así abierto para impedir que se volviese a cerrar.

La piedra se deslizaba a lo largo de una guía, pero se quedó encajada contra algo sólido cuando la abertura tenía unos setenta y cinco centímetros. A pesar de sus esfuerzos ya no se movió más.

Lang supervisó la construcción de una improvisada pasarela, hecha de tablas y tablones, que colocaron sobre la boca del pozo. Luego, se arrastró por sobre ella y atisbó dentro del túnel. Mirando alrededor con su linterna, vio los restos de un sistema de poleas y contrapesos, pero fuese cual fuera el tipo de cuerda que habían usado, hacía tiempo que se había desintegrado.

Dirigió su luz túnel abajo. Caía en fuerte pendiente, siguiendo recto unos diez metros antes de girar a la derecha. Era un espacio angosto, de quizá metro y medio de altura y no mucho más ancho que los hombros de una persona. Lang ya sentía la claustrofobia, así que retrocedió sobre las tablas. Aquello era lo más lejos que estaba dispuesto a explorar solo. Kaufman llegó un poco más tarde, con Susan Briggs y cuatro de los mercenarios. Susan llevaba puesta su careta antigás, pero los demás habían decidido no utilizarla: esas caretas eran muy calurosas y hacían sudar mucho la parte del rostro que tapaban. Y el aire no era tan malo como para no poder prescindir de ellas: era irritante, pero no peligroso. De todas maneras las llevaban con ellos, por si el aire era peor más abajo.

Kaufman le entregó a Lang una radio con carcasa de plástico naranja.

—¿Qué es esto?

—Una radio FEB —le explicó Kaufman—: Frecuencias extremadamente bajas. La Armada usa un sistema similar para comunicarse con los submarinos que están a trescientos metros de profundidad. Debería funcionar en el interior del túnel, si es que no bajáis demasiado.

Con la radio FEB colgada de su cinto, Lang volvió a reptar por encima del pozo. Uno tras otro le siguieron Susan y los cuatro hombres, todos ellos con linternas y uno de ellos llevando colgado un foco fluorescente.

Entraron a gatas en el pasadizo, y luego se pusieron en pie cautamente. El techo era tan bajo que sólo Susan podía caminar erguida, los otros debían hacerlo incómodamente inclinados. Caminaron en fila india, con Lang y Susan al frente; se detuvieron un momento en la esquina de noventa grados que ya había visto el científico, que daba paso a otro túnel igualmente en pendiente por el que descendieron hasta llegar a otro ángulo recto.

Otros dos tramos rectos y dos giros más les llevaron hasta una especie de descansillo, algo más alto y ancho. Allí Lang también pudo erguirse, pero los mercenarios debieron seguir con las cabezas inclinadas.

Susan señaló a las paredes: eran de piedra natural sin pintar, pero el azufre las había atacado más que a las del templo y había mucha condensación. Se limpió la humedad de la careta.

Lang examinó las paredes y luego continuó, siguiendo el túnel hasta otra esquina que daba paso a otro tramo recto que bajaba con una pendiente más acusada durante cien metros o más.

En ese trecho el grupo tuvo que luchar contra la fuerte pendiente, ya que resbalaban sobre la piedra húmeda y debían usar las manos para sostenerse en las paredes del estrecho túnel. Lang hizo una pausa a la mitad del camino, preguntándose qué cojones hacía él allí, con las piernas doloridas por el continuo frenar y su mente luchando contra la claustrofobia. Nunca había sido lo que se dice un atleta y jamás le habían gustado los espacios totalmente cerrados.

Encerrado, atrapado: así es como se sentía desde que Kaufman le había liado para llevarlo hasta aquel atolladero, tentándole a que diera paso tras paso por aquel camino mientras le ocultaba la verdad sobre adónde llevaba. Y llevaba a tiros, muertos y rehenes. Mucho más de lo que él jamás hubiera imaginado... muchísimo más.

De algún modo tenía que salir de todo ese lío, pero, ¿cómo? «Si tomamos ese camino ya no habrá vuelta atrás», le había dicho Kaufman. Sin duda, cualquier intento de echarse atrás tendría desagradables consecuencias. No, Lang no iba a hacer enfadar a su jefe, sobre todo allí en la jungla y rodeado de matones y asesinos. Era un realista, al menos en el sentido de saber lo que tenía que hacer para poder sobrevivir, y por el momento eso significaba obedecer, tratando a los prisioneros como lo que

eran: gente ya muerta que aún caminaba. Si las cosas cambiaban, entonces su conducta también cambiaría, pero dudaba mucho que fueran a darse tales circunstancias.

Se volvió hacia Susan;

—¿Cuánto queda?

Ella le miró sin entender, a través del plástico de la máscara antigás.

—¿Y cómo voy a saberlo?

Naturalmente que no podía saberlo, era una pregunta idiota. ¿Y por qué demonios estaba siquiera hablando con ella? Comenzó a moverse de nuevo, resbalando y medio encorvado, y notando cómo le volvía el dolor a las piernas. No quería ni pensar en el esfuerzo que precisaría el subir por aquellas pendientes.

Hacia el final de aquel tramo, las paredes se fueron haciendo menos lisas. Seguían siendo de piedra tallada y ensamblada, pero algunas de ellas habían sido desalojadas de su lugar, dejando ver la oscura tierra rocosa, que había formado montones en los lugares en que había caído dentro del túnel. Se abrieron paso bordeando los obstáculos y salieron a una amplia caverna natural. Después de la angostura del túnel, la caverna, llena de estalactitas, parecía espaciosa.

Lang usó la radio FEB para llamar a Kaufman. La señal llegó, y Kaufman le aseguró que el aparato estaba funcionando perfectamente; pero el volumen de la estática le hizo tener al científico serias dudas acerca de la definición que le daba su jefe a aquella palabra. Volvió a colgarse la radio del cinto y miró alrededor, dudando sobre qué dirección tomar. A lo largo de su vida había estado en varias grandes cavernas, pero siempre acondicionadas para los turistas: bien iluminadas, llenas de carteles, con un sendero liso preparado para los visitantes y un bar-restaurante al fondo. Las únicas fuentes de iluminación en esta cueva eran las linternas que llevaba el grupo, y mientras miraban lo que había en diferentes direcciones, las sombras bailaban en derredor de ellos con una agilidad mareante. El efecto le resultaba desorientador.

—No muevan tanto las luces —espetó.

Las luces se detuvieron y él se recompuso. Intentó calcular las dimensiones de la caverna con la antorcha de la cámara. Ciertos lugares parecían vacíos, o portales a otras cámaras, aunque también podían ser simples huecos sin salida, no lo sabía. Se preguntó si iban a tener que explorar en todas las direcciones, pero tras un momento de observación, se dio cuenta de que había un sendero dentro de la caverna. No era liso cemento, ni siquiera losas talladas, sino más bien un camino en el que las estalactitas habían sido rotas y el suelo desgastado por los pasos de los caminantes y el traslado de pesados objetos.

—¿Sabe algo de esta caverna? —le preguntó a Susan.

Ella le respondió, tras pensárselo:

—Los mayas consideraban las cavernas como lugares sagrados, portales al mundo subterráneo. Incluso hoy en día los descendientes aún vivos de los mayas consideran las cavernas como lugares de poder, lugares en los que pueden comunicarse con sus ancestros y calmar a los Señores de la Noche.

—No le he preguntado por las otras cavernas, le he preguntado por ésta...

—No sé nada de esta caverna —le contestó ella irritada—. Han sido ustedes los que la han descubierto, ¿recuerda?

Lang aceptó eso y volvió a moverse otra vez.

—Iluminen el sendero con las linternas —dijo.

El camino que seguían había sido desgastado en la roca milenios antes, y aunque los depósitos minerales de la caverna habían empezado a crecer en ciertas partes, el proceso era mucho más lento, en realidad varios órdenes de magnitud más lento: lo que quizá hubiera tardado sólo diez años en desgastarse podía precisar de diez mil años para volver a cubrirse. Como resultado, la mayor parte de la ruta aún era reconocible. Cruzaron aquella zona y atravesaron otra pequeña sala.

Unos minutos más tarde entraron en un espacio mayor, una cámara mucho más grande, en donde el techo subía hasta perderse de vista y cuyos límites se extendían hasta lo lejos, a ambos lados de ellos. Era un lugar enorme y en el que había eco, como un estadio oscuro y vacío. Sus exclamaciones de asombro se perdieron en el aire, volviendo en reverberaciones hacia ellos, mientras sus luces recorrían débiles las lejanas paredes.

Directamente frente a ellos había un estanque de agua absolutamente quieta y transparente como el cristal, un pequeño lago que se extendía por la caverna unos ciento cincuenta metros. Parecía haber más terreno al otro lado.

Lang llamó para informar:

—Estamos en la entrada de la caverna principal —dijo—, y una buena parte de ella está llena de agua.

La respuesta de Kaufman le llegó entrecortada:

—Entiendo que... principal... llena de... gua.

—Afirmativo —respondió Lang.

No hubo respuesta. Ni siquiera estaba seguro de si Kaufman había recibido lo último o no. No importaba: iban a seguir, completarían su exploración inicial y regresarían.

Lang realizó algunas pruebas con varios instrumentos de la batería de aparatos que llevaba, luego repitió su prueba de la luz negra, pero no halló nada. Miró por encima del agua al terreno elevado que había al otro lado. Sus luces apenas si llegaban hasta allí, pero parecía plano y llano, a diferencia del resto de la caverna.

—Tenemos que encontrar un modo de llegar al otro lado —dijo—. O eso, o vamos a necesitar de un bote.

El grupo se dividió para explorar las orillas del lago y uno de los hombres halló una continuación del sendero, que seguía por la orilla derecha del lago.

Aunque algunos restos bloqueaban parte del camino, éste aún era transitable e iba pegado a la orilla del lago durante la mayor parte de su recorrido, con alguna desviación ocasional a través de un bosque de estalactitas y otras formaciones que parecían gigantescas setas de piedra húmeda. Pasado este obstáculo, el sendero regresaba a la orilla del lago, y se convertía en un estrecho paso, al borde del agua, encerrado entre la orilla y la pared de la caverna. Finalmente, ya cerca del otro lado, giraba para cruzar uno de los extremos del lago mediante lo que parecía ser una presa hecha por la mano del hombre. Al costado derecho de la presa se veía un pequeño número de estanques, dispuestos como los panales de una colmena, mientras que al lado izquierdo estaba el lago.

Lang filmó todo el lugar con su cámara.

—Cuento siete.

Los estanques circulares tendrían unos tres metros de ancho. Estaban separados unos de otros por muros de contención, de la misma altura que la presa. El nivel de líquido de todos los estanques era el mismo, aunque fuese unos centímetros más alto que el nivel del agua del lago. Lang concluyó que los estanques debían de estar conectados entre sí, aunque no con el lago. Filmó el más cercano, pero su quieta y oscura superficie le decía bien poco.

—Es algún tipo de construcción —dijo para la grabadora—. El mismo tipo de piedra que la presa, piedra pulimentada. Tiene un aspecto casi de cerámica, quizá sea volcánica. No hay ninguna indicación de para qué sirve.

Uno de los alemanes miró a Lang con una sonrisa, y luego se volvió hacia sus compañeros, él sí que tenía una idea:

—Jacuzzi —dijo.

Mientras los otros se reían, Lang descubrió un lugar mucho más prometedor, una zona hueca, con una amplia extensión de piedra plana y lisa. Una especie de plaza, que claramente había sido trabajada y aplanada con herramientas.

—Ahí es donde tenemos que ir —dijo, y atravesó la presa, con Susan y los mercenarios siguiéndole.

Uno de éstos se detuvo:

—Un momento —dijo, iluminando uno de los estanques más de cerca con su linterna—. Hay algo ahí dentro.

—¿Qué ve? —le preguntó Lang, sin estar seguro de que aquello fuera importante.

—Un reflejo —dijo el hombre—, algo brillante...

Otro de los mercenarios se puso al lado del primero:

—Munzen —dijo—. Geld munzen.

Que en alemán significaba «monedas de oro».

Lang miró a Susan en busca de una explicación.

—A menudo los mayas tiraban cosas a pozos y estanques como ofrenda para los espíritus —le dijo—. Las famosas pozas de México están llenas de ofrendas. Pero aquello son grandes accidentes naturales, no pequeños estanques como éstos.

—¿Qué clase de cosas tiraban? —le preguntó uno de los mercenarios.

Lang iba a responder, pero Susan se le adelantó:

—Joyas y cerámica, sobre todo, y a veces también a gente...

—¿Y qué me dice del oro?

—Los mayas no tenían mucho oro —le contestó ella.

Los dos mercenarios se echaron a reír al oír eso:

—Seguro que es oro —dijo el primero—. ¿Para qué otra cosa habríamos venido aquí?

Los otros mercenarios se pusieron al lado de distintos estanques, como si cada uno de ellos reclamase uno para sí. Lang se encogió de hombros: ¿cómo podría echar en cara a aquellos hombres que sufriesen la fiebre del oro, si Kaufman y él estaban allí en busca de su propia riqueza? Decidió mirar más de cerca y se acercó a uno de los estanques de la parte trasera del grupo, el más alejado de la presa.

Los mercenarios empezaron a hablar entre ellos con nerviosismo. El que había divisado el reflejo no perdía el tiempo: ya se había quitado las botas y la camisa.

—Me voy a meter —dijo.

Se desabrochó el cinturón, y luego se quitó los pantalones y los calzoncillos sin la menor muestra de pudor.

Susan miró hacia otro lado, poniéndose colorada. Lang se preguntó si no debería de estar filmando aquello.

—Estos europeos... —dijo, riéndose.

El alemán desnudo estaba al borde del estanque, alzando los brazos como si fuera a hacer el salto del cisne. En el último momento decidió no hacerlo y sus compañeros lanzaron gritos de decepción.

—Parece fría —dijo.

Lang volvió a clavar su mirada en el estanque que tenía frente a él. Enfocó su linterna hacia él, pero no vio nada; desde luego, nada metálico. Tomó la cámara y se la colocó sobre el hombro. La antorcha de la cámara era más potente que la linterna.

El alemán estaba dispuesto a saltar, esta vez de pies.

Lang lo ignoró, enfocó la cámara y encendió la antorcha. Por un segundo la luz se reflejó en el líquido y le cegó, pero en seguida apuntó la antorcha hacia otro punto y el destello desapareció.

Cerca de la presa, los otros animaban a su camarada a saltar.

Lang ajustó el objetivo y enfocó con precisión, pero lo único que vio fue un reguero de minúsculas burbujas, como las de anhídrido carbónico que se ven en un



vaso de gaseosa. Al sonido de un chapoteo, alzó la vista.

Finalmente el mercenario había saltado tapándose la nariz, ante los gritos de alegría de sus compañeros. Sacó la cabeza al cabo de unos momentos, escupiendo un gran chorro de líquido, para a continuación lanzar un alarido.

Por un instante los otros se echaron a reír, recordando su anterior comentario de que el agua parecía fría, pero el alarido no cesó y el hombre braceó violentamente, con los ojos cerrados, buscando a ciegas la pared del estanque. Sus camaradas se quedaron helados, confusos. Cuando finalmente se dieron cuenta de que sus problemas eran reales, corrieron a ayudarlo.

Por ese entonces el hombre había llegado al borde del estanque e intentaba salir de él empujándose con los brazos, pero la lisa pared del estanque no le ofrecía ningún punto donde aferrarse. Los otros tendieron sus manos hacia él, asiéndole por los brazos y tirando. Pero se les escapó, estremeciéndose violentamente y aullando.

—¿Qué le pasa? —gritó Susan.

Los mercenarios la ignoraron: uno de ellos se estiró cuanto pudo, aferró al otro por el cabello y tiró de él hacia la orilla. Los otros le ayudaron a sacarlo del agua y llevarlo sobre la presa, donde quedó tirado, estremeciéndose y sufriendo convulsiones.

Sus amigos retrocedieron, con expresiones de horror en sus rostros: la piel del hombre se estaba disolviendo, fundiéndose; una espuma sanguinolenta supuraba de sus piernas y cintura, mientras el resto de su cuerpo se llenaba de ampollas.

Empezaron a gritarse unos a otros, mientras se limpiaban las manos con sus camisas, pantalones o cualquier otra cosa que pudieran hallar, pues su propia piel estaba ardiendo. Uno de ellos tomó su cantimplora y echó el contenido sobre sus manos:

—*Wasser* —gritó, y los otros le imitaron, tratando de diluir con agua el corrosivo líquido que les había mojado.

Mientras los mercenarios se lavaban frenéticamente las manos, se apartaron de su camarada caído y Susan Biggs pudo verlo por primera vez. Cayó de rodillas, sintió arcadas y creyó que iba a vomitar. Tiró de la máscara antigás, ansiosa por sacársela, mientras de repente recordaba que McCarter había hablado de un estanque de ácido. Cómo no lo había recordado ni había establecido una conexión.

A veinte metros de distancia, Lang estaba traspuesto. Podía ver al mercenario en el suelo, estremecido por espasmos, temblando como si una corriente eléctrica estuviera atravesándole el cuerpo y ahogándose con su propia lengua, ya que ésta se le había hinchado dentro de la boca por el líquido cáustico que había tragado.

Sus compañeros se acercaron a él, pero al instante se alejaron. Luego, uno de ellos tomó su fusil y le apuntó, al parecer decidido a acabar con sus sufrimientos. Pero otro de los mercenarios alzó una mano para detenerle: las convulsiones habían

empezado a disminuir.

Lang miró casi hasta el final, antes de hallar la fuerza para cerrar los ojos y darse la vuelta. Inspiró profundamente y abrió de nuevo los ojos, mirando el plácido estanque que tenía ante él. Y esta vez vio algo más que el hilillo de burbujas: no era dorado como el alemán había creído ver sino verde. Un pequeño disco verde... no, dos. Eran unos ojos.

# CAPÍTULO 31

Una forma oscura salió del agua, disparada como por un estallido. Chocó contra Lang y lo derribó de espaldas, mandando la cámara en una dirección y a su cuerpo en otra diferente. Y cuando la cámara chocó contra la piedra, su antorcha estalló, iluminando por un instante la caverna con una fuerte luz color azul eléctrico.

Ante el destello, los otros se volvieron y, a la débil iluminación de las restantes linternas, vieron una forma que vapuleaba a Lang. Lo mantenía apretado contra el suelo y, clavándole las fauces en el torso, le agitaba violentamente la cabeza de un lado a otro. Mientras Lang se debatía, aquella cosa se echó hacia atrás, y entre tremendos alaridos del hombre, lo partió completamente en dos, lanzando la parte superior del cuerpo hacia los espantados mercenarios.

Esta visión los sacó del trance y, mientras la forma negra cargaba hacia ellos, se abalanzaron, presos del pánico, hacia las armas de las que antes se habían deshecho.

A pesar de los apresurados disparos lanzados en su dirección, la cosa golpeó, a plena carrera, a uno de los mercenarios, zambulléndose en el lago con el hombre entre sus fauces y ocultándose bajo la superficie. Vieron cómo la luz del cinto del hombre se iba hundiendo más y más y finalmente desaparecía. Una ráfaga de balas le siguió, pero sin resultado: el hombre y la bestia se habían esfumado.

El mercenario que había estado disparando retrocedió de espaldas, alejándose de la orilla del lago cuando una espuma rojo sangre subió a la superficie.

—¿Está muerto?

El otro miró por un instante el agua y agitó la cabeza, negando. Aquello no estaba muerto, pero su camarada sí. Miró los siete estanques y a lo que quedaba del cuerpo de Lang. Ya era más que suficiente...

Escapó, corriendo a lo largo del sendero, en un enloquecido intento por huir de allí, tropezando y perdiendo el equilibrio en su prisa. Su mirada pasaba del camino que tenía por delante a la salida en el otro lado, y al agua a su costado.

Su amigo le gritó, pero él siguió corriendo, huyendo a la desesperada hacia la salida. Saltando por sobre montones de rocas como un atleta. Parecía como si lo fuese a conseguir, hasta que una perturbación en la negra superficie del agua empezó a ir hacia él. La ola se acercó con rapidez y la bestia salió del lago violentamente, aplastándolo contra la pared de la caverna y cerrando sus fauces sobre sus piernas, como hace un cocodrilo con un carabao. Sus alaridos de agonía llenaron de ecos la caverna, seguidos sólo de sonidos gorgoteantes cuando el animal lo arrastró bajo el agua.

Susan Briggs y el último de los mercenarios seguían en el lugar del primer ataque, allá en la plaza, al borde de la presa. Susan estaba de rodillas, jadeando por el aire, presa de un ataque de asma, mientras que el alemán tomaba la ensangrentada radio

FEB de la parte inferior del despedazado cadáver de Lang.

—¡Tenemos una emergencia! —gritó por el aparato.

Esperó una respuesta, y luego probó de nuevo, manteniendo el botón apretado con todas sus fuerzas, como si eso fuera de alguna manera a aumentar la potencia de la señal.

—¡Lang está muerto... sólo quedamos la chica y yo! ¡Hemos sido atacados... necesitamos ayuda!

No oyó nada... no había nada a hacer: estaban demasiado abajo y la señal no podía llegar.

El mercenario dejó de transmitir, apagó su linterna y se metió más adentro de la caverna, apartándose de la presa y del lago, y colocándose justo al otro lado de la superficie de piedra lisa sobre la que Susan luchaba por respirar.

Desde su posición vigiló la caverna, ahora fantasmagóricamente iluminada por las quietas luces de los muertos. A la orilla del lago, una gran sombra estaba saliendo del agua.

Al otro lado de la plaza, la chica seguía de rodillas, tosiendo y ahogándose, sin darse cuenta del peligro. La bestia iría a por ella, y cuando tuviera toda su atención puesta en la nueva presa, él dispararía. Dejó la radio en el suelo, entre sus pies, y asió su fusil con ambas manos.

Aquella cosa huesuda y angulosa se puso a acechar a la chica desde la oscuridad: se movía con la tripa pegada al suelo, con sus largas patas extrañamente dobladas debajo del cuerpo y sus zarpas resonando levemente a cada paso. Ahora parecía moverse con deliberada precaución, haciendo una pausa por un momento, manteniendo una pata alzada por encima del suelo, como si este estuviera demasiado caliente para tocarlo. Bajó el morro para olisquear ese punto concreto, y luego lo rodeó, por razones desconocidas.

Un momento más tarde la bestia se detuvo de nuevo. De algún modo, la chica había logrado dejar de toser y el silencio resultante parecía desconcertar a aquel ser. Su cabeza se alzó un poco, girando en una dirección y luego en otra, haciendo una rotación como la de una torreta. El mercenario apretó los dientes, mientras la repugnante cosa se encogía como para saltar... la chica le daba la espalda, no la vería llegar. Alzó el arma: desde aquella distancia no iba a fallar.

—... táis aún ahí?... cad otra vez lo... sado.

El mercenario miró a sus pies. La radio estaba hablando con una tonalidad rasposa, electrónica. Alzó la vista justo cuando el animal le golpeó.

Fauces y garras, que apenas se podían ver por la rapidez con que se movían, le desgarraron, y su propia sangre le salpicó la cara. Zarandeado de uno a otro costado, uno de sus pies le dio una patada a la radio, haciendo que se deslizara por el suelo de piedra. Había perdido el rifle, pero asió su cuchillo y golpeó con él hacia arriba, pero

le saltó de la mano por el impacto, pues fue como si hubiese golpeado contra roca sólida. Le dio una patada al ser y trató de liberarse, pero las garras de la bestia se le clavaron en la tripa y, atrayéndolo más cerca, le clavó los colmillos en el cuello. Abrió la boca, como para gritar.

Susan lo había contemplado todo con horror, echándose hacia atrás mientras el animal se erguía sobre el cuerpo sin vida. Extrañamente, no lo dañó más. Se quedó allí contemplándolo, con sus fauces abriéndose y cerrándose y su óseo exterior brillando a la débil luz. Olisqueó al muerto. Tras su nuca tenía una hilera de cortos y erizados cabellos, que se movían de un lado a otro, balanceándose y moviéndose como cañas al viento. Un sonido gorgoteante resonaba de muy dentro de su garganta y su cola segmentada se alzaba por encima de su cabeza, como la cola de un escorpión. Y, cuando irguió la cola, la cabeza del animal se inclinó hacia atrás y lanzó un grito horripilante, inhumano.

Veinte minutos más tarde llegó Vogel con diez de sus hombres y el doctor Singh. Habían bajado dispuestos a pelear, o a cavar si ello era necesario, pero no encontraron nada que les exigiera hacer una u otra cosa. Al único hombre al que hallaron ya nadie podía ayudarle.

No le llevó mucho a Singh el determinar lo que había pasado: había visto quemaduras así en trabajadores de industrias químicas de su India nativa. Se inclinó para aproximarse al cuerpo: el olor a azufre era intenso y el ácido aún se lo estaba comiendo. Un rastro de sangre llevaba hasta el estanque más cercano a él.

Tomó la camisa que se había quitado el hombre y la tiró. El agua hizo espuma y en la camisa en seguida aparecieron agujeros.

—El agua tiene un gran contenido de ácido —dijo—. Tal vez ese hombre se cayó, o le empujaron.

Uno de los mercenarios encontró la cámara de Lang, y otros dos grandes charcos de sangre. En aquellos lugares no olía a ácido, pero había rastros de sangre, huellas de dos garras que se alejaban de cada charco.

Un grito que perforaba los tímpanos les llegó desde lo más hondo de la caverna y todos se quedaron helados. Era un sonido fantasmal y las armas se alzaron en todas las direcciones. Vogel tomó una decisión:

—Nos vamos.

—¿Y qué hay de los otros? —dijo uno de los hombres, recordando que habían dos mercenarios de los que no sabían nada.

—¿Y Susan? —preguntó el doctor Singh.

El jefe de los mercenarios ni se volvió ni ofreció respuesta alguna: se iba hacia la

salida.

Kaufman fue hacia los mercenarios cuando estos salieron del templo.

—¿Dónde está Lang? —preguntó—. ¿Dónde están los otros?

—Les han atacado. Los han matado. El animal del que nos habló es real. Está debajo del templo, lo he oído.

Por prudencia, Kaufman les había hablado de las locuras que le había contado McCrea, a pesar de que él mismo no se las había creído.

—¿Está seguro?

—Hay huellas marcadas con sangre —le contestó el mercenario—. De una pezuña de dos dedos

Tal cual lo había descrito McCrea...

—McCrea los vio en la espesura —dijo—. No en el templo.

—Debe de haber más —alzó su fusil—. Tenemos que estar preparados.

Kaufman se quedó momentáneamente anonadado, no sólo por la pérdida de Lang, sino por el mismo ataque, que había sucedido dentro del templo, un lugar que él había supuesto que sería seguro. Lo había sido para McCrea, lo había sido para el grupo del NRI.

—Deberíamos cegar el túnel —dijo el alemán.

Kaufman no le escuchaba, había descubierto el error en su pensamiento: el ataque no había sido en el templo, había sido en la caverna que había debajo del mismo. No eran el mismo lugar, el error era suyo.

Se volvió hacia los mercenarios y le habló a su jefe:

—El verdadero peligro está ahí fuera —dijo, señalando la selva—. McCrea vio a más de uno allí. Los oyó llamándose unos a otros y corriendo con los nativos. Llegaron caída la noche.

Los mercenarios miraron alrededor, parecían amedrentados. Pronto anochecería.

—Deberíamos sellar el túnel —repitió Vogel—. Luego podríamos concentrar nuestro fuego hacia fuera, luchar con un solo enemigo cada vez. Y, cuando hayamos acabado aquí, podemos abrir de nuevo el túnel, entrar ahí dentro y matar al resto.

## CAPÍTULO 32

La oscuridad regresó a la cuenca del Amazonas. En la visión del mundo que tenían los mayas, lo que había sucedido era que el mundo de los espíritus se había invertido: los cielos del día y sus poderosos señores habían caído bajo la tierra, reemplazados en influencia y posición por las fuerzas espirituales del mundo subterráneo: los xibalbanos y los Nueve Señores de la Noche.

Sin embargo, para los miembros del equipo del NRI, la noche llegó sin ningún cambio perceptible frente a lo que la había precedido: seguían encadenados al árbol al borde del claro, controlados, sin que les prestaran atención más que de lejos, pero en general ignorados y no vigilados.

Habían forcejeado y confabulado, desarrollando una buena docena de planes de huida, a cual más imposible. Verhoven y Danielle se habían peleado con sus esposas hasta que les habían sangrado las muñecas, tratando desesperadamente de liberarse deslizándose sus manos fuera de los aros metálicos. Y, cada vez que uno de los sicarios de Kaufman se acercaba, les embargaban las emociones del miedo y la esperanza: esperanza de que fueran a liberarlos y miedo de que les pegasen un tiro y los matasen. Pero nada de eso sucedió y, al ir llegando la noche, se hundieron en distintas formas de un sueño siempre inquieto.

Tras dormitar una hora o así, Michael McCarter se despertó con la pierna dormida, como si también se la hubieran tenido sujeta con bandas de acero. Cambió de postura y trató de estirarla, gruñendo de dolor y esperando que pasasen los pinchazos.

Alrededor, el aire estaba en calma y era frío, el claro estaba en silencio y bajo un cielo más reluciente que cualquier otro que hubiese visto. El aire irrazonablemente caliente significaba días más calientes y noches más frescas, y eso hacía que el cielo permaneciera brillante y claro. A su alrededor, el campamento estaba a oscuras. Miró a los otros y le pareció que dormían, excepto Danielle y Verhoven, que estaban hablando en voz baja.

Mientras los contemplaba, notó que un sentimiento de ira crecía en su interior: les habían llevado, a Susan, a él y al parecer a algunos de los otros, con falsos argumentos, poniéndolos en peligro sin que supieran a lo que se enfrentaban ni diesen su consentimiento.

Ahora, todo le parecía muy obvio: la seguridad armada, los perros guardianes, la transmisión codificada por satélite... naturalmente, habían estado en peligro desde el principio. Y no es que no se hubiera dado cuenta de todo aquello, pero lo había considerado únicamente una demostración de prudencia y un temor natural a los *chollokwan*. Miró a Danielle, que le devolvió la mirada.

—¿Algo nuevo? —le preguntó.

—Nada —le contestó ella.

—Al menos aún nada —añadió el sudafricano.

Había algo siniestro en la afirmación de Verhoven, pero antes de que McCarter pudiera contestar, oyó voces: los gritos lejanos de mercenarios ocultos. En la distancia se encendió una linterna, que luego volvió a apagarse. Hubo movimientos apresurados, más órdenes y unos ruidos metálicos, como de fusiles que se preparan para disparar. En el silencio del aire, le parecía como si pudiera escuchar cada pisada.

—¡Cielos, qué silencio!

—Demasiado silencio —dijo Verhoven—. Todo está demasiado silencioso, y durante demasiado tiempo.

McCarter miró al sudafricano.

—¿Qué quiere decir con eso?

Vio una débil sonrisa en el rostro de Verhoven.

—Que vienen problemas...

A McCarter le picaban las manos: no le gustaba cómo sonaba aquello.

—¿Qué clase de problemas?

—Visitantes —le dijo Verhoven, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a los árboles—. Llevan un rato por ahí, pero esos *braks* no se han dado cuenta hasta ahora.

McCarter alzó la cabeza y miró hacia el oscuro vacío que había entre los árboles tras de él. Notaba algo, aunque se preguntaba si no sería por la influencia de lo sugerido por el sudafricano.

—¿Los chollokwan?

—Vinieron a por nosotros después de que entrásemos en el templo —le recordó Danielle—. Y desde entonces nos han dejado tranquilos. Pero esos tipos han estado trasteando ahí dentro todo el día. Me temo que les han tocado un nervio al descubierto...

Permanecer fuera del templo no había sido una decisión consciente por su parte, pero las consecuencias de ambos eventos no se le escapaban a nadie. La idea de estar encadenados a un árbol cuando se produjese un ataque le horrorizó; recordaba los cánticos y el fuego.

—¿Y en qué posición nos deja a nosotros todo esto?

—Metidos de lleno, y con unas cartas muy malas —le contestó Verhoven.

El rostro de McCarter se arrugó en una mueca. Danielle le observó.

—De todas maneras, manténgase alerta —le dijo—. Aún no estamos acabados. Puede que, entre toda esta locura, tengamos una oportunidad.

McCarter entendía la situación. Antes había puesto en tela de juicio sus posibilidades, pero sabía lo que significaba aferrarse a un clavo ardiendo. No podían esperar a tener una buena oportunidad, ni siquiera a una regular... estaba seguro de



que rezar por tales posibilidades no iba a tener ninguna respuesta. Pero una oportunidad entre cien, el menor error de sus captores... quizá fuera más lógico rezar por eso, tal vez tuviesen una oportunidad de ese tipo antes de que todo acabase.

Trató de estirar las piernas. Una vez más inclinó la cabeza hacia arriba y contempló el cielo nocturno: las estrellas lucían tan increíblemente brillantes que parecía que se estuviesen burlando de él.

—Los mayas talaban agujeros como éste en la jungla —dijo—, sólo para poder ver las estrellas. Alineaban sus templos con el equinoccio y el solsticio, e incluso con el mismísimo centro de la galaxia... aunque nadie sabe cómo lograban determinar dónde estaba. Talaron zonas enteras de la jungla pluvial, únicamente para poder estudiar los cielos, el reino de sus dioses.

McCarter examinó el cielo que se extendía sobre el claro.

—Con el paso del tiempo, la selva regresó y fue tragándose del todo los otros lugares. Pero éste sigue despejado de árboles y las estrellas aún brillan. Supongo que debe de ser un pequeño refugio para los dioses.

Miró a Danielle y a Verhoven, esperando un comentario burlón, o alguna chanza acerca de la inutilidad de su filosofía. Pero, al contrario de lo que se imaginaba, el sudafricano le sonrió.

—Entonces, esperemos que los viejos dioses nos favorezcan —comentó.

En el claro, la actividad había cesado.

McCarter dejó que su cuerpo se quedase quieto; su propio silencio pareció agudizar sus sentidos, y pronto pudo ver una tenue luminosidad en el centro del campamento y el perfil, levemente iluminado, de una cara bañada por un brillo, extraño y fluctuante. Pasó un momento antes de que lograra entenderlo: la débil luz era la del sistema de aviso del perímetro. La pantalla estaba emitiendo destellos. Verhoven también lo vio y le dio una patada a Bosch para despertarlo:

—Nuestros amigos ya están aquí.

McCarter pensó en despertar a Susan, antes de recordar que había desaparecido. Otra pérdida que, en algún momento, tendría que aceptar.

—La cosa se puede poner fea —dijo Verhoven—. Si los ven, no se muevan: si se dan cuenta de que somos prisioneros, quizá se apiaden de nosotros. O tal vez nos maten de todos modos. Pero si llamamos su atención o luchamos contra ellos, nos matarán.

—¿Y si prenden fuego a los árboles? —preguntó McCarter, dando voz a su anterior temor.

—Entonces, ruegue porque le maten antes...

Mientras el profesor trataba de digerir esa posibilidad, miró hacia el centro de mando. Ahora podía ver la cara de Devers, que estaba señalando a la lejanía.

Una bengala salió disparada directamente hacia el oeste. Se alzó unos ochocientos metros por el aire, antes de desplegar un pequeño paracaídas e iniciar un lento descenso, flotando sobre el campamento hacia el sur.

—Es una bengala blanca —comentó el sudafricano—. Es de las que se disparan si pisas un hilo, no la han tirado desde la consola. Hay algo por ahí, en la espesura.

Mientras ardía, la bengala iluminaba el campamento, y McCarter contó:

—Veo a ocho mercenarios —dijo.

—Yo también he contado a ocho —confirmó Danielle.

—Hay más, lo sé —dijo Verhoven—. Pero deben de estar ocultos, esperando el ataque.

—¿Alguna señal de los *chollokwan*? —preguntó Danielle.

Verhoven giró su torso para poder ver mejor la selva que tenían a sus espaldas.

—Todavía no.

Los ojos de McCarter fueron del claro a la jungla y de nuevo al claro, justo cuando otra bengala salía disparada hacia el norte. Esta vez era una roja, lanzada por los sensores o manualmente desde la consola. Un fusil disparó, rompiendo el silencio. Un instante más tarde se le unieron otras armas disparando a ráfagas.

Las cosas tenían mal aspecto y cuando, un minuto más tarde, llegó hacia ellos uno de los alemanes a la carrera, McCarter se preguntó si no iban a ponerse peor.

El mercenario que se les aproximaba había sido mandado por Kaufman. Ante un probable ataque de los nativos o las bestias, los prisioneros se habían convertido de pronto en un problema para él. No deseaba dejarlos encadenados al árbol, pero no tenía otro lugar en el que mantenerlos seguros, y no deseaba que le causasen problemas en medio de una batalla. Así que se había optado por una solución de compromiso: dejarlos allá donde estaban, pero mandarles protección. Y aquel mercenario había sacado la pajita más corta para la poco envidiable tarea de que no perdieran la vida en lo que fuera a ocurrir.

Se les acercó y le dio una patada en las piernas a McCarter.

—Estoy despierto —gruñó el profesor, apartando las piernas.

—*Ja*, bien —dijo—, y ahora quédese quieto.

Hizo un gesto con el cañón de su arma que abarcó al grupo:

—Todos callados y quietos.

Los ojos de Verhoven seguían los movimientos del mercenario. Si pudiera hacerle la zancadilla podría derribarlo, y luego una buena patada en el cuello y otra en la sien podría noquearlo. Pero por el momento esa posibilidad estaba demasiado lejos.

En la distancia, los hombres de Kaufman volvieron a disparar otra vez, con ráfagas intermitentes hacia aquí y allá, tanteando, buscando. El mercenario que los custodiaba miró hacia el centro del campamento. Y, mientras lo hacía, McCarter se abalanzó contra él, yendo tan lejos como la cadena le permitía, y golpeando al alemán

con su hombro.

El movimiento sorprendió al guardián, pero no había sido lo bastante meditado: con la cadena y el peso de los otros tras él, McCarter sólo le pudo dar un golpe de refilón, y con las manos esposadas a su espalda, no podía hacer mucho más que ir a por el hombre y derribarlo.

El mercenario cayó, pero se levantó en seguida, irritado. Se volvió, maldijo a McCarter y levantó el rifle.

El profesor bajó la cabeza y sonó un disparo.

McCarter tuvo un sobresalto, pero fue el mercenario el que cayó de espaldas, desplomándose como un títere al que le cortan los hilos.

Los fusiles atronaban en la distancia mientras McCarter contemplaba al hombre caído. Danielle y Verhoven miraban alrededor y, un instante más tarde, una sombra salió corriendo de las profundidades de la selva. Verhoven exclamó:

—¿De dónde infiernos...?

—De allí vengo —le contestó Hawker, agarrando al mercenario y llevándolo tras del árbol.

—No paras de volver de entre los muertos, compañero...

Danielle sonrió:

—¡Gracias a Dios! —sintió una leve esperanza, cuando antes no había tenido ninguna—. ¿Puedes sacarnos de aquí?

—Lo intentaré —le contestó Hawker.

McCarter estaba en silencio, prácticamente catatónico. Miraba al mercenario muerto: otra muerte... otra vida tomada, a cambio de la suya.

Mientras el tiroteo en la distancia se apagaba, Hawker se puso en cuclillas junto al árbol y comenzó a registrar al muerto en busca de llaves.

—¿Dónde están los otros?

—Muertos —le contestó Danielle—. Y Devers colabora con ellos.

—Eso explica muchas cosas —dijo Hawker, dando la vuelta al hombre y buscando en sus bolsillos de atrás.

—¿Está Polaski contigo? —le preguntó Danielle.

Hawker negó con la cabeza.

La radio que había junto al cadáver empezó a emitir chasquidos.

—Puede que hayan escuchado el disparo —dijo Verhoven—. Vendrán. Libérame.

Hawker había terminado su búsqueda, sin resultado.

—No hay llaves.

Verhoven miró al muerto.

—Éste no es el de las llaves —dijo—. No importa, sácame esto.

Hawker sopesó las consecuencias de la petición del sudafricano, mientras por la radio aumentaban las demandas.

—¡Vamos! —gritó Verhoven—. ¡Sácame esta maldita cadena!

Los otros no acababan de entender de qué estaban hablando, pero Hawker y Verhoven sí parecían entenderse. Hawker se irguió.

—¿Qué mano?

—La izquierda —dijo el sudafricano, cambiando su posición, y descansando su mano de lado contra la base del árbol, con el pulgar hacia arriba y el meñique contra las raíces. Apartó la otra mano tanto como le permitían las esposas.

Los otros les miraron confundidos, antes de apartar la vista cuando Hawker alzó su pie, calzado con una pesada bota y luego lo dejó caer, estampándolo contra la abierta mano de Verhoven, aplastando los huesos y desgarrando los tendones y los ligamentos.

A pesar de su agonía, el sudafricano logró contener su grito. Se mordió la lengua y rodó de costado.

Hawker se dejó caer sobre él, aplastándolo contra el suelo y asiendo la mano herida, apretando los dedos juntos de un modo que habría resultado imposible unos segundos antes. Forzó la palma a través de la anilla de la esposa y sacó la mano fuera.

Verhoven se dio la vuelta, estremeciéndose de dolor, caminando de rodillas y sosteniendo su mano destrozada. Ahora era inútil, pero ya no le mantenía cautivo. Gruñendo y apretando los dientes, se volvió hacia Hawker, con unos ojos entrecerrados que eran los de un perro rabioso.

—Necesitarás esto —le dijo Hawker, tendiéndole la automática del calibre cuarenta y cinco.

Verhoven no podía sostener un fusil, pero la automática podía manejarse con una sola mano. La arrancó de la de Hawker y vio cómo este tomaba el rifle del alemán muerto.

—Dos hombres armados —dijo—. Es una situación mucho mejor de lo que me había atrevido a esperar...

—Os he estado observando un rato —le dijo Hawker—, pero será mejor que me expliques la situación.

—Han cavado pozos de tirador en círculo —le dijo Verhoven, deteniéndose para luchar contra una oleada de dolor—. Seis o siete, dos hombres en cada uno, quizá separados unos cincuenta metros, con sesenta grados de arco entre cada uno. Apuesto a que este tipo vino del más cercano.

Señaló.

—Entonces puede que allí haya dejado solamente a un hombre.

La radio chasqueó de nuevo y Hawker la cogió. Sólo pudo escuchar una parte de la llamada, pero eran órdenes, no preguntas. El hombre que hablaba no esperaba una respuesta.

El claro ya solamente estaba iluminado por la bengala roja que flotaba en lo alto,

pero el viento se la había estado llevando hacia el sur, flotando más allá de la línea de los árboles, por encima de la selva. El ángulo de la luz dejaba a los prisioneros entre las sombras, pero a treinta metros de allí las sombras acababan. Había demasiada luz para un ataque por sorpresa y muy poco tiempo para esperar a que se apagase la bengala.

—Sólo vamos a tener una oportunidad —dijo—. Espera aquí.

Hawker se puso la guerrera del muerto y el distintivo gorro de la Legión Extranjera que llevaba el hombre. Se colgó el fusil del hombro, estiró los faldones de la guerrera y empezó a caminar por el claro, hacia el pozo de tirador.

—Estás loco —le dijo Verhoven.

Mientras Hawker cruzaba el claro, le llegó una llamada por la radio preguntándole adónde iba. ¿Por qué volvía? Se llevó la radio a la boca, le dio al botón y contestó en su mejor alemán: era un farol, pero no tenía elección.

Las llamadas de los otros mercenarios cesaron de momento, y Hawker prosiguió hacia el pozo de tirador. Desde allí una figura le hizo gestos de que se apresurase e inició un trotecillo.

Con la bengala hundiéndose tras él, sabía que los alemanes sólo podían ver su silueta. Verían el rifle colgado del hombro y la radio en la mano, y la guerrera y la gorra. Esperaba que creyeran ver a su compañero.

A diez metros de la fortificación, Hawker caminó más despacio: había dos mercenarios en el pozo, no uno como había supuesto Verhoven. Y ambos empuñaban sus fusiles.

## CAPÍTULO 33

Sorprendido, Hawker continuó adelante: dar la vuelta habría sido un suicidio. Sus ojos fueron de un mercenario al otro y luego a las herramientas que habían utilizado para cavar el pozo.

Mientras se aproximaba al borde del mismo, alzó la radio, agitándola, esperando reforzar así la idea de que estaba rota, y para apartar su atención de su cara. Se la tiró al más cercano de los dos y luego saltó dentro del pozo, cayendo junto a una gran pala, que agarró con las dos manos, y giró con todas sus fuerzas. El borde dio contra el puente de la nariz del hombre, matándolo al instante.

El otro mercenario saltó hacia atrás, hallándose en la estúpida situación de estar ofreciendo una nueva radio a un hombre que intentaba matarle. Dejó caer la radio e intentó alzar su fusil, pero Hawker le dio un golpe con la pala, derribándolo. Otro golpe en la sien acabó con él.

Hawker se dejó caer contra la burda pared de tierra, acurrucándose dentro del pozo. Segundos más tarde la bengala se apagó y el claro volvió a quedar a oscuras.

Mientras, en el árbol, Verhoven miraba atentamente. Había visto parte de la lucha a la luz de la bengala y luego nada: ni señal, ni disparos, ni rastro de Hawker.

A su lado, McCarter había empezado a salir del trance en que había caído. Danielle se agitaba nerviosa, tratando de ver algo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—No sé —le contestó el sudafricano.

—¿Qué ve?

—Nada, no está a la vista.

Verhoven siguió vigilando y, cuanto más permanecía oculto Hawker más se temía que estuviera muerto o malherido. Si ése fuera el caso, trataría de llegar hasta él y traerlo de vuelta, lo que sería una misión suicida si los mercenarios lo descubrían. Pero Hawker había vuelto a por ellos y él no podía dejarlo morir allá sólo.

Finalmente un punto de luz le dio en los ojos, encendiéndose y apagándose, transmitiéndole un mensaje en Morse: «¡Mueve el culo!» Era Hawker...

Sin la bengala, la oscuridad era completa, pero sus enemigos tenían visores de luz nocturna y sería un blanco fácil si lo descubrían.

Miró al centro del campamento: podía ver el destello de la consola de defensa, pero nada más. Supuso que cada pozo de tirador tenía una zona que cubrir, un pedazo de la jungla que vigilar. En tales condiciones era poco probable que los ojos de los centinelas mirasen a otra parte. Corrió, esperando que aquella zona fuera responsabilidad del pozo que Hawker había tomado.

Mientras saltaba dentro del pozo, el sudafricano dio una rápida mirada alrededor.

—¿Tenían las llaves?

—No tenían las llaves —le contestó Hawker—, pero sí muchas de nuestras cosas.

Hawker le pasó a Verhoven unas gafas de visión nocturna que le eran familiares: equipo del NRI tomado de la mochila de uno de los alemanes. Verhoven se las tiró de vuelta.

—Será mejor que las uses tú. Yo ya sé dónde están.

Hawker se puso las gafas y estudió el campamento. Desde luego, los pozos estaban dispuestos en círculo, tal como se lo había descrito Verhoven. Podía ver a la mayoría de los mercenarios de los otros pozos, observando el perímetro con sus armas a punto. Cada uno de ellos miraba a un sector distinto.

—No saben que estamos aquí —dijo.

Junto a ellos, la radio se puso en marcha y, en el mismo instante, sonaron disparos de varios rifles. Los dos hombres se agacharon buscando cubrirse.

—¿Estás seguro? —preguntó Verhoven desde el fondo del pozo.

El tiroteo proseguía, pero el sonido no era el que esperaban: los fusiles de los alemanes estaban disparando en otra dirección. Verhoven sacó cautamente la cabeza por el borde del pozo.

—Quizá estén tratando de hacerte salir al descubierto. Supongo que fuiste tú quien hizo dispararse a esas bengalas, ¿no?

—Pensé que sería ventajoso para mí que estuvieran buscando un blanco en la dirección equivocada.

—¿Cómo lograste pasar por los sensores? —preguntó Verhoven.

—Aún tengo mi transpondedor. Cuando me di cuenta de que estaban usando nuestro sistema, me imaginé que no se habrían molestado en cambiar los códigos. Así que los pasé caminando.

—Eres listo —dijo Verhoven—, y afortunado.

—Va bien ser un poco las dos cosas.

Otra orden de fuego llegó por la radio y los fusiles acribillaron un sector al norte. Hawker y Verhoven volvieron a cubrirse, pero no con tanta premura esta vez.

—¿A qué demonios están disparándole ahora? —preguntó Verhoven.

—No tengo ni idea —le contestó Hawker—, pero será mejor que hagamos algo. Antes de que nos maten por accidente.

—Hemos de ir hacia delante —dijo el sudafricano—. Tomar el centro de mando; desde allí podremos verlos a todos y estaremos a sus espaldas.

El piloto miró hacia el centro del campo.

—Es un largo camino...

Verhoven miró su mano y luego al espacio abierto. Había unos setenta metros hasta el centro de mando, y sabía que no iba a ser capaz de disparar un tiro acertado a

aquella distancia. No con una pistola y menos en la oscuridad.

—Me parece que me toca correr a mí.

Hawker asintió con la cabeza.

—Cuando abran fuego —dijo el otro.

Hawker apoyó el fusil para disparar mejor.

—Quédate a la derecha de mi línea de tiro.

Verhoven se puso en posición para echar a correr, y ambos hombres aguardaron en silencio a que los mercenarios volvieran a disparar. Pasó un minuto y luego otro, pero la radio y las armas de los alemanes seguían en silencio.

—Venga ya —susurró Hawker.

—Quizá ya hayan acabado de disparar —comentó Verhoven.

Era una posibilidad que el piloto no quería considerar. Apretó la culata de su rifle y miró por la mira telescópica. Las figuras junto a la consola de defensa estaban inclinadas sobre la pantalla de la misma, examinándola atentamente. Podría haberlas alcanzado con facilidad, pero en el silencio de la noche, eso los descubriría de inmediato.

El silencio proseguía y Verhoven agitó la cabeza:

—Vamos a necesitar de otro plan...

—¿Como cuál?

—No lo sé, pero esto no va a...

Junto a ellos la radio sonó y Verhoven salió de un salto, justo mientras las armas de los mercenarios empezaban a hacer astillas otro sector de la selva pluvial.

Hawker aposentó el rifle, exhaló y apretó el gatillo.

La primera bala le dio a un blanco en el pecho, a unos veinte centímetros por debajo de su nuca. El hombre se desplomó hacia atrás sin un sonido, mientras él volvía a disparar.

Corriendo de prisa, Verhoven oyó la segunda bala pasar silbando. Vio al blanco caer y, un instante después, estaba entre ellos. Reconoció a Devers en el suelo, agarrándose un hombro herido y al hombre que se había identificado como Kaufman inclinado sobre el primer blanco, tratando desesperadamente de sacar el rifle de debajo del cadáver.

Al acercarse el sudafricano Kaufman se volvió, sólo para recibir un golpe de pistola en la sien; se desplomó desmadejadamente, atontado y gimoteante, medio inconsciente.

A su lado, reconocer quién era el atacante estremeció a Devers como una corriente eléctrica. A pesar de la herida de bala, se abalanzó hacia la consola de defensa, sobre la que estaba su propia arma, pero Verhoven lo bloqueó, lo derribó de nuevo y apuntó con la 45 a la cabeza del lingüista.

—Quieto, chico —le dijo—. Ésta va a ser una mala noche para ti.



Los disparos en la distancia cesaron, tal vez salvándole la vida a Devers, y Verhoven oyó cómo llegaba Hawker corriendo. Señaló a Kaufman.

—Te dejaste a uno.

—Creo que los dos contamos mal —le contestó.

Verhoven se volvió lentamente para examinar el lugar: desde donde estaban se podía trazar una línea recta a cada uno de los pozos de tirador, que habían sido dispuestos como los radios de una rueda, todos unidos al centro. Sin contar aquel del que acababan de llegar, había cinco pozos de tirador, con dos mercenarios en cuatro de ellos y sólo uno en el quinto. La batalla estaba lejos de terminar, pero ahora Hawker y él contaban con las ventajas de la sorpresa, la posición y el control. Sólo tenían en contra el número, y eso estaba a punto de cambiar.

—Siguen vigilando los árboles —dijo Verhoven—. Esperan a que los *chollis* carguen aullando por entre la jungla, como si fueran malditos zulús. —Su mano flotó sobre la consola de defensa—: Peor para ellos...

Con el cañón de la 45 apretó tranquilamente un botón y el mundo a su alrededor volvió a la luz del día. Hawker apuntó y empezó a disparar.

De repente, los mercenarios de Kaufman quedaron totalmente expuestos: atrapados contra la pared de sus pozos de tirador y mirando a la lejanía, dándoles la espalda a Hawker y Verhoven. Oyeron disparos, pero no órdenes y se quedaron confundidos por el repentino empleo de los reflectores.

Se movieron frenéticamente, algunos de ellos asiendo sus radios, otros disparando en diversas direcciones: hacia los árboles y a través del claro, casi a todas partes, menos al centro. Y los que se dieron la vuelta sólo vieron el brillo cegador de los reflectores. Y, en medio de la tremenda confusión, fueron cayendo en rápida sucesión.

Hawker apuntaba, disparaba y buscaba otro blanco, pasando rápidamente de fortificación en fortificación. En diez acelerados segundos cuatro de los pozos habían sido silenciados. Pero, antes de que pudiera apuntar al quinto, una ráfaga de balas hizo impacto en los cajones de equipo que tenía al lado. Verhoven y él se zambulleron en busca de protección.

—El lado norte —dijo el sudafricano—. Es el único que queda.

Hawker se agachó, se dio la vuelta y disparó.

Los hombres del pozo salieron de nuevo y dispararon, con sus balas levantando tierra del suelo y astillas de una caja de madera. Una piedra rebotada le dio a Verhoven, haciéndole daño en el cuello. Se llevó la mano al lugar dolorido, para asegurarse de que no había sido alcanzado, luego disparó a su vez, irritado, mientras Hawker cambiaba de posición.

—Son al menos dos —grito Verhoven.

En medio de la carnicería, Kaufman empezó a moverse.

—No —gruñó semiconsciente y tratando de ponerse en pie—. No. No se dan cuenta de lo que están haciendo...

Verhoven lo volvió a tumbar en el suelo de una patada, mientras más balas pasaban zumbando, destrozando uno de los focos entre una cascada de chispas. Pero el fuego de respuesta de Hawker fue más preciso y el mercenario que había hecho aquellos disparos cayó muerto. El otro se dejó caer de nuevo dentro del pozo.

—Escúchenme —les suplicó Kaufman—. Podemos acabar con esto...

—¡Cállese! —le gritó Verhoven.

Era demasiado tarde: el último de sus hombres decidió correr un riesgo que lo dejó demasiado expuesto y Hawker apretó el gatillo. El mercenario se envaró por el impacto de la bala, con su rifle apuntando al cielo y disparando hacia la oscuridad. Un segundo proyectil de Hawker lo derribó hacia atrás y lo hizo caer fuera de su vista. La matanza había terminado.

## CAPÍTULO 34

De forma parecida a la noche infernal en que los *chollokwan* habían hecho arder los árboles, esta batalla también terminó con un velo colgando del aire. Pero el velo esta vez estaba compuesto por el acre olor de la pólvora, el humo de las bengalas y un creciente enjambre de polillas y otros insectos que revoloteaban en derredor de las luces, en una enloquecedora danza sin sentido.

En el oscuro vacío entre los focos, Hawker y Verhoven fueron girando en círculo, buscando cualquier signo de vida, mientras les advertían a Kaufman y Devers que no se moviesen.

Al cabo, Hawker bajó el fusil, con su rostro transformado en una máscara de desesperación.

Verhoven lo estudió, y después agitó la cabeza:

—Esto es lo que eres, Hawk. Al margen de lo que tú quieras creer, naciste para esto.

Tras ellos, Richard Kaufman habló:

—No saben lo que han hecho. No lo saben...

Hawker se adelantó hacia él, poniéndole la punta del rifle bajo la barbilla e inclinando su cabeza hacia arriba.

—Pero sí sé lo que usted ha hecho, hijo de puta —le dijo—. Y estoy a punto de deshacerlo. Voy a ir a liberar a mi gente, y luego voy a volver aquí y voy a matarle.

Kaufman le respondió con frialdad, extrañamente confiado, teniendo en cuenta su situación.

—Sí, vaya a por sus amigos. Tiene que hacerlo, pueden ayudar. Pero si piensa en matarme, méditelo bien antes... porque sin mí, ni usted ni ninguno de ellos van a salir de aquí con vida.

—Eso ya lo veremos —le replicó el piloto—. ¿Dónde están las llaves?

Kaufman hizo un gesto desabrido hacia el mercenario muerto:

—Las guardaba él.

Hawker registró al hombre y tomó un grupo de llaves de su bolsillo del pecho, comprobando la más pequeña en las esposas que aún colgaban de una de las manos de Verhoven. Las abrió y cayeron al suelo.

Se dio la vuelta para irse.

—Apaga las luces —dijo.

Verhoven apretó de nuevo el botón, los focos halógenos tomaron una tonalidad naranja y luego se apagaron. Se desvaneció el día artificial y la oscuridad se los tragó de nuevo.

Hawker se movió con rapidez a través del claro, caminando con la clara impresión de que estaba siendo observado: una sensación que había tenido en varias

ocasiones durante las pasadas horas. Era lo mismo que había sentido en el Muro de los Cráneos. Se preguntó si Kaufman tendría más hombres por alguna parte, si era por eso por lo que se había mostrado tan arrogante. Se detuvo, poniéndose a cubierto en uno de los pozos de tirador y observando la zona con las gafas de visión nocturna. No vio nada.

Dejado atrás en el centro de mando, Verhoven se puso en un lugar desde el que vigilar mejor a los dos prisioneros. Señaló con el arma a Devers, indicándole que se acercara más a Kaufman.

Devers se deslizó, haciendo presión con la mano útil en su herida, que era un agujero de bala, con entrada y salida en la parte carnosa del hombro.

—Al menos podría darme algo para detener la sangre —dijo.

Verhoven lo miró con desprecio y se limitó a soltar una carcajada.

Kaufman se volvió hacia él, y comenzó a plantear su caso:

—Su amigo no ha querido escucharme, pero tal vez usted lo haga —dijo—. Yo puedo ayudarles. Pero si le deja que me mate, nunca saldrán de...

Verhoven lo traspasó con una mirada.

—Ha matado a gente buena —le dijo con una voz que raspaba como la lija—. Compañeros míos desde hacía veinte años. Así que más le vale esperar que él le pegue un tiro, porque si no lo hace, yo le clavaré al suelo con estacas, le cortaré las manos y dejaré que los animales...

—No lo entiende —le replicó con lentitud el magnate—. Todos estamos en peligro. No sólo yo: usted, sus amigos, todos...

Verhoven se adelantó amenazador hacia Kaufman, pero se detuvo cuando le llegó un pitido electrónico del sistema de aviso del perímetro. Algo había hecho dispararse a uno de los sensores.

Allá en el claro, la radio de Hawker sonó: «¿Me escuchas, Hawk? Ha aparecido un blanco en el lado oeste. Ya ha desaparecido, pero fue confirmado. Corta hacia el este antes de bajar, eso te pondrá a una cierta distancia de lo que sea».

Hawker volvió a mirar por las gafas de visión nocturna, preguntándose aún por los hombres de Kaufman y recordando que habían estado disparando hacia la jungla mucho después de que terminase su maniobra de distracción con las bengalas. ¿Sería verdad que los *chollokwan* se estaban acercando? Habló por la radio:

—¿Qué clase de blanco? ¿A qué distancia?

—Era un solo blanco. Y estaba al límite de los sensores, a unos cincuenta metros, entre los árboles.

Hawker dio su confirmación y, tras mirar una vez más hacia el oeste, hizo lo que

Verhoven le había sugerido; se movió hacia el este en carreras cortas, pero de pronto se quedó quieto, helado, ante un extraño sonido: parecía el gemido de un perro llorando, apenas audible.

Mientras, junto a la consola de defensa, Kaufman seguía tratando de persuadir a Verhoven:

—Su amigo está en peligro —dijo el empresario—. Debería llamarlo de vuelta.

—Ahora la pantalla está vacía.

—No creo que eso importe —le dijo Kaufman con urgencia—. Ahí fuera hay animales, animales que los nativos usan para cazar a la gente como nosotros: los extranjeros, los infieles. El mismo tipo de animal que atacó a mi gente en la caverna. Seguro que el doctor les habló de él, ¿no?

Verhoven le lanzó una mala mirada. Sí, Singh les había hablado de la sangre, las huellas y los cadáveres desaparecidos. Había dicho que lo visto allí le había recordado los ataques que un tigre había llevado a cabo en cierta ocasión en la India, sólo que esto era mucho peor. Era extraño, pero la verdad es que en aquel momento lo único que le importaba a él era el escapar y, en su interior, se sentía muy satisfecho por que Kaufman hubiese perdido a cinco de los suyos a cambio únicamente de la chica.

Ahora, las palabras del hombre le hicieron preguntarse cómo era posible que un animal acabase con cinco hombres armados.

—¡Cállese! —le dijo a Kaufman—. Ya estoy cansado de escucharle.

La voz de Hawker volvió a sonar por la radio. Verhoven podía escuchar, de fondo, a los perros gimiendo lastimeramente. Eran unos sonidos temerosos, patéticos, parecidos al modo en que los canes habían retado a los *chollokwan* cuando éstos habían ido a por ellos.

—Necesito las luces —le dijo Hawker.

Verhoven miró su reloj.

—Todavía no puedo.

—Dígale que vuelva —le pidió Kaufman—. Nuestra única oportunidad es atrincherarnos aquí con el resto de las armas...

—¡Cállese!

—¡Enciende esas jodidas luces! —le mandó Hawker.

—Son cinco minutos —dijo Verhoven, recordándole a Hawker el período de enfriamiento. Las luces ardían de tal modo que necesitaban enfriarse cinco minutos antes de encenderlas de nuevo, o de lo contrario sus filamentos estallaban al llegarles la energía.

—¡Olvídense de los otros! —le dijo Kaufman—. Pueden darlos por muertos. ¡Dígale que vuelva, antes de que sea demasiado tarde!

—¡Cierre su jodida boca! —le gritó Verhoven.

Podía escuchar los gimoteos de los perros, que flotaban en el quieto aire nocturno. De repente, un seco alarido resonó en el claro, similar al lamento de los *chollokwan*, pero mucho más potente, más resonante...

Inhumano.

—Ya vienen —dijo Kaufman, con aire grave—. Primero le matarán a él y luego a nosotros. ¡Llámele de vuelta!

Verhoven volvió la pistola hacia el hombre:

—¡Una palabra más y le vuelo su jodida cabeza!

Mirando a la negra pistola, el magnate le obedeció, pero en ese mismo momento la alarma del perímetro empezó a sonar de nuevo. Había aparecido otro blanco. Y éste lo había hecho directamente frente a donde se hallaba Hawker.

El piloto había llegado a la parte del campamento en la que guardaban a los perros. La llamaban la perrera, pero no era más que un grueso poste clavado en el suelo al que estaban atados los perros. Los animales se habían ido poniendo nerviosos durante la batalla, aullando irritados cuando sonaban disparos, pero se habían ido tranquilizando en los minutos siguientes. Ahora, algo diferente les estaba molestando. Algo que podían oler y oír, pero no entender.

Gemían mientras abrían las fosas nasales y sus ojos y morros apuntaban de un lugar a otro, claramente confusos y asustados. Cuando Hawker se acercó, se sobresaltaron, pero reconocieron su olor y de nuevo se volvieron hacia los árboles, gruñendo y enseñando los dientes, pero con las orejas gachas, las cabezas bajas y las colas entre las patas.

Pronto empezaron a retirarse, intentando alejarse de los árboles y de lo que fuera que olieran. Cuando llegaron al extremo de sus correas tiraron de éstas, tensándolas. Uno de ellos pareció enloquecer de pánico; aullaba, gemía y agitaba la cabeza de un lado a otro, como intentando deshacerse de su collar.

«¿Qué demonios debe de haber ahí fuera?», se preguntó Hawker. Jamás había visto a una jauría de perros actuar así.

La voz de Verhoven le llegó por la radio:

—El blanco está justo delante de ti, compañero. Ahora son dos.

Un alarido resonó dentro de la selva; Hawker se puso las gafas de visión nocturna y observó la espesura ante él. No vio nada.

Uno de los perros aulló, y luego ladró nervioso a un punto frente a él. Hawker empleó de nuevo las gafas y de nuevo no vio nada.

—Está justo delante de ti —insistió el sudafricano.

—Dispárele —dijo la voz de Kaufman, débil y hueca desde algún punto por detrás de Verhoven—. Dispárele a esa maldita co...

Verhoven cortó la conexión y, a la derecha de Hawker, una ramita chasqueó al partirse.

Los perros se abalanzaron hacia delante, cargando contra algo que todavía estaba oculto entre los árboles. Hawker se dio la vuelta y disparó a ciegas, tirando contra la línea de los árboles, por encima de los perros. Los blancos corrieron hacia el sur, apartándose de Hawker y los perros y yendo directamente hacia los prisioneros, aún encadenados al árbol.

Hawker echó a correr, atajando a través del campamento, acelerando con todas sus fuerzas. Sólo había cubierto la mitad de la distancia cuando la sombra salida del bosque llegó al árbol-prisión.

Sonaron unos espantosos gritos: las voces de sus amigos gritando de terror, y el estrépito de una horrenda lucha. Dos bengalas escalaron el cielo tras de él, disparadas por Verhoven. Y, mientras los botes de fósforo estallaban en luz, algo se lanzó contra la cara del piloto, estirándose hacia él como una cobra que intenta golpear. Hawker se echó a un lado y las fauces se cerraron con un chasquido, atrapando sólo aire. Rodó sobre sí mismo y se alzó disparando, acribillando a la cosa mientras corría alejándose de él, hasta desaparecer entre los árboles.

Se abalanzó hacia sus amigos, que no paraban de gritar, justo a tiempo de ver a otra forma alejándose del lugar. Era robusta y negra y arrastraba algo con ella. Hawker apuntó y disparó, llenando de balas los árboles, tratando de seguir a la cosa por los sonidos de su movimiento, disparando un poco por delante. Pero ya se había ido: había desaparecido en la jungla.

Danielle le gritó:

—¡Hawker!

Corrió hacia sus amigos, se dejó caer de rodillas ante Danielle y le quitó las esposas. Le entregó la llave y se quedó de guardia mientras ella liberaba a los otros. También él encendió una bengala y la lanzó hacia la jungla, esperando así iluminar a cualquier cosa que viniese en su dirección. Las sombras parpadeaban y saltaban, pues la bengala ardía de forma irregular, pero la selva permanecía en silencio.

Miró de reojo a los prisioneros: Danielle, McCarter, Bosch y Singh parecían indemnes y Brazos, el último porteador superviviente, trataba de ponerse en pie. Pero a Roemer no se le veía por ninguna parte: sus esposas yacían en el suelo, con tiras de piel ensangrentada pegadas a sus bordes. Algo lo había sacado a tirones de las anillas de acero.

En la lejanía lo escucharon gritar.

—Esa maldita cosa se lo llevó a rastras —dijo Bosch.

—¿Qué era? —preguntó Hawker.

—¡Un jaguar! —exclamó Brazos—. ¡El jaguar negro!

—No era un maldito gato —aseguró Bosch—. Hedía, a humedad y a

podredumbre.

—Marchémonos de aquí, antes de que vuelva —sugirió Danielle.

Brazos cojeó y se apoyó en McCarter: su rodilla estaba hinchándose, pues el animal se la había pisado mientras estaba arrancando a Roemer de las esposas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Danielle.

—Al centro de mando —le dijo Hawker—. Verhoven está allí.

Sin decir palabra, los supervivientes se movieron, con Brazos cojeando y apoyándose en McCarter y Singh, y con Danielle y Bosch delante de ellos. Hawker se quedó atrás, alejándose de espaldas para caminar de cara a la jungla, cubriendo la retaguardia. Miró al suelo: las huellas de dos pezuñas eran claramente visibles, las mismas huellas que Verhoven y él habían visto cerca de los animales muertos, justo antes del ataque de los *chollokwan*.

El sonido de Roemer gritando les llegó desde muy dentro en la espesura. Hawker lanzó unos disparos en aquella dirección, esperando darle al animal, o incluso a Roemer; pero desde luego no iba a entrar allí.

Un minuto más tarde, en el centro del campamento, Kaufman vio a Hawker acercarse y contempló la decisión de sus pasos y su furia. Se recostó contra uno de los postes de los focos para ponerse de pie. Aquello no tenía buen aspecto.

—Traté de decirl...

Hawker lo aplastó contra el poste, antes de que pudiera acabar:

—¿Qué cojones son esas cosas?

Kaufman abrió la boca y un hilillo de sangre la cayó por la comisura. Se había mordido y cortado un pedazo de lengua.

—No sé lo que son —dijo, girándose para escupir un poco de sangre al polvo del suelo—. Atacaron a mi gente en el templo.

El piloto miró alrededor

—A Susan la mataron en el templo —le dijo Danielle—, junto a algunos de sus hombres. Singh dijo que las heridas se parecían a las que produce un gran felino cuando vapulea a una presa.

Todos los ojos se volvieron hacia el doctor Singh.

—Había mucha sangre y un montón de algo que parecían ser huellas. Pero no fue en el templo, sino en la caverna.

—¿Qué caverna?

—La que hay bajo el templo —le contestó el doctor.

Kaufman recuperó el hilo de la conversación:

—Vine aquí a matar a esas cosas, pero ahora que ustedes han interferido probablemente no seamos bastantes para hacerlo. Y una vez hayan devorado a su amigo, volverán a por el resto de nosotros. Y si lo que he oído es correcto, los nativos



que trataron de quemarles vendrán con ellos. Sólo que esta vez no se mantendrán alejados.

Kaufman volvió a girar la cabeza y a escupir de nuevo aquella mezcla de sangre y saliva. Lo más que podía hacer con sus manos, ahora sujetas con cinta americana, era limpiarse la cara contra el hombro de su chaqueta. Se dirigió a Danielle:

—Parece que no advirtió a su gente.

—No sé de qué demonios está hablando —le contestó ella.

—Oh, yo creo que sí lo sabe —replicó Kaufman.

Con la punta de su fusil, Hawker forzó la cara de Kaufman, apartándola de Danielle.

—Estaba hablando conmigo —le dijo.

Kaufman querría haberle lanzado un par de dardos más a Danielle, para hacerla empezar a preocuparse por su falta de sinceridad con sus subordinados... lo suficiente como para preparar el terreno para un trato. Y éste era el momento para hacerlo, quizá no tuviese otro; pero cuando miró a los ojos ardientes del hombre, se dio cuenta de que era muy poco probable que le dejase proseguir mucho rato por aquel camino. Sin embargo, decidió intentarlo esperando que el modo que emplease Hawker para detenerle no fuera ni fatal ni definitivo.

—Sólo han sido peones en el juego, ¿verdad, señorita Laidlaw?

Antes de que la última sílaba hubiese escapado de sus labios, la rodilla del piloto ya estaba yendo hacia su entrepierna. Kaufman se desplomó en el suelo y, mientras rodaba por tierra, mudo y dolorido, clavó sus ojos en Danielle. Podía verlo en su cara: sus palabras habían surtido efecto.

Ella le devolvió la mirada, pero luego volvió sus ojos hacia la parpadeante pantalla del portátil: la alarma del perímetro había empezado a sonar de nuevo.

# CAPÍTULO 35

Los supervivientes del NRI pasaron la noche apiñados alrededor de la consola de defensa, vigilando el perímetro por si había problemas. Sólo tenían dos fusiles y la pistola de Hawker para defenderse, pero nadie deseaba entrar en la oscuridad a recoger las armas de los muertos.

Durante el resto de la noche, la alarma se disparó una docena de veces. En cada ocasión Verhoven encendió las luces y Hawker hizo unos cuantos disparos en la dirección de los blancos. A veces éstos se dispersaban, y otras se mantenían en el sitio, retrocediendo lentamente hacia las profundidades de la selva, hasta que desaparecían de la pantalla sin que quedase revelada su verdadera naturaleza, humana o animal.

Nadie tenía ganas de hablar. El miedo y la angustia llenaban los corazones, y así estuvieron hasta que el negro cielo fue cambiando a un azul oscuro. Y al cabo salió el sol, trayendo con él una palpable sensación de alivio... como si hubiera desterrado físicamente el peligro a otro reino, junto con la oscuridad y Los Señores de la Noche de la tradición maya.

Mientras se alzaba el sol, McCarter sintió una repentina empatía con los viejos pueblos que tanto tiempo llevaba estudiando: ahora entendía, a un nivel visceral, primario, por qué tantos de ellos habían adorado al astro rey.

Junto a él, Hawker hablaba con el doctor Singh:

—Voy a necesitar que venga conmigo.

Antes de que Singh pudiera contestarle, saltó Danielle:

—¿Para qué? ¿Adónde vas?

Hawker señaló el claro.

—Vamos a ver si hay supervivientes.

Danielle entrecerró los ojos.

—Necesitamos sus armas —le explicó—. Y también hemos de asegurarnos de que estén muertos. Y, si alguno de ellos está con vida, hemos de ayudarle... si podemos.

El tono de voz de Hawker dejaba claro lo absurdo de la situación: por la noche, Verhoven y él habían hecho todo lo posible para matar a aquellos hombres, para asegurarse de que no habría supervivientes. A la mayoría de ellos les habían disparado por la espalda, en un ataque por sorpresa, sin darles la menor opción de rendirse o escapar. Y ahora, caso de que hubieran fallado con alguno, iban a hacer todo lo posible para ayudar a quien pudiese haber sobrevivido.

McCarter escuchaba mientras Hawker hablaba, y se ofreció para unirse a la búsqueda, pues le dolía aquella carnicería. Se movieron por el claro, yendo de pozo en pozo, recuperando once fusiles de asalto de fabricación alemana Heckler & Koch,

junto con una docena de cajas de munición, así como sus propios Kaláshnikov, que les habían quitado al apresarlos. Sólo encontraron a un superviviente, un hombre rubio con una barba rojiza, que estaba mínimamente consciente y muy desorientado. Tenía la parte izquierda de la cara cubierta de sangre coagulada y, a juzgar por la herida y el moratón, o una bala le había pasado rozando, o un rebote le había dado de lleno, con la fuerza suficiente como para dejarlo inconsciente pero no para matarlo. Alzó una mano débilmente para dar a entender que se rendía. Dijo llamarse Eric.

Mientras el doctor Singh lo atendía, Hawker y McCarter arrastraron a los muertos al pozo más lejano a contraviento, enterrando los cadáveres con la tierra que los mercenarios habían sacado al cavar el pozo.

Cuando regresaron al grupo, McCarter hizo la pregunta que todos tenían en mente:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Nos vamos de aquí a toda leche —le dijo Hawker—, antes de que pase algo más. Usted y Brazos intenten encontrar nuestra radio de onda corta o cualquier otro tipo de radio que hayan traído estos tipos.

Señaló a Kaufman:

—Llévenselo con ustedes, seguramente les podrá decir dónde mirar. Si les causa algún problema, péguenle un tiro en una pierna, o en las dos si les apetece...

—No les voy a causar problemas —dijo Kaufman. Con las manos aún sujetas por la cinta americana, guió a McCarter y Brazos hacia otra parte del campamento.

Mientras partían, Hawker se volvió hacia el doctor Singh:

—Recoja el agua potable y las raciones de comida que trajimos. Reúna todo lo que se pueda llevar y deje a seguro el resto, pero déjelo. Sólo queremos aquello que podamos llevar con nosotros.

El doctor Singh se volvió hacia Danielle, que seguía siendo la que oficialmente le había dado trabajo. Ella le hizo un gesto para que fuera.

Cuando Singh se fue a cumplir su cometido, Hawker y Danielle intercambiaron miradas: aparentemente, ella no estaba contenta. No le importaba.

Hawker se fue a dar una vuelta, vagando entre las ruinas, necesitaba espacio para pensar. Al poco, llegó ante un montón de equipo cubierto por barro, cosas que la gente de Kaufman había localizado con sus detectores de metal y desenterrado. El equipo era moderno, el óxido no lo había atacado y le resultaba preocupante familiar.

Se puso en cuclillas para examinar un objeto en particular, apartando el barro que se había pegado a un lateral. Al ir cayendo los pegotes, quedó a la vista una placa: Texas Sounding Corp. Movié la cabeza disgustado.

—Naturalmente...

Mientras la estudiaba, Danielle se le acercó por detrás.

—Quería darte las gracias —le dijo.

—¿Por qué?

—Por volver a por nosotros, por hacer callar a Kaufman anoche...

—No me des las gracias —le contestó, dándose la vuelta—. Ya sabía lo que iba a decir...

Se fijó en que ella tenía la vista clavada en el aparato que sostenía en las manos.

—¿Cuánto sabían ellos? —le preguntó, alzando el objeto—. ¿Tanto como nosotros? ¿Quizá menos?

—¿Cuánto sabía quién...?

—El grupo que mandasteis antes que a nosotros —le dijo—, la gente que dejó esto atrás...

Ella permaneció en silencio.

—Esto es un receptor de ultrasonidos —siguió él—. Cargué uno igual que éste el otro día. Lo traje para McCarter, pero no funcionaba bien, así que lo cargué otra vez en el Huey y lo llevé de vuelta a Manaos. Pero era el mismo aparato, del mismo fabricante.

Ella se cruzó de brazos.

Ya no más negativas, pensó él.

—Deberías de haberme hablado de ellos.

—¿Y qué habría cambiado eso?

—Si pierdes un grupo de campo, eso aumenta el nivel de amenaza.

—Gente disparándonos, cadáveres flotando en el río, ¿no fue eso bastante para ti? Tenía razón, debería haberlo sido...

De todas maneras, le ofreció una respuesta:

—Escucha, no sé lo que les pasó. Perdimos contacto con el grupo casi a ochenta kilómetros de aquí. Y en ese momento no se dirigían en esta dirección. No sabían nada del Muro de los Cráneos, no tenían la información que nosotros teníamos, así que cómo demonios hallaron este lugar es algo que se me escapa. Y, después de eso... —se encogió de hombros—. Cualquier suposición tuya es tan buena como las mías. Los nativos... esos animales. No sé. Básicamente dejaron de informar y no regresaron. Así es como se cerraron sus expedientes: desaparecidos y supuestamente muertos.

A Hawker le costaba aceptar la rudeza del tono de ella.

—Bueno, pues tenemos que irnos de aquí, antes de que cierren nuestros expedientes de la misma manera.

—No iremos a ninguna parte —dijo ella. Aparentemente, había recuperado toda su determinación—. Ahora no, lo peor ya ha pasado...

—Lo peor no ha pasado —le replicó Hawker—. ¿Escuchaste a Kaufman, o es que anoche estabas ausente? ¿Realmente quieres volver a ver cosas de éstas, como la que se llevó a Roemer? ¿Quieres estar aquí cuando vuelvan los nativos, decididos a

hacernos pedazos? Esas amenazas aún siguen ahí fuera. Y no te olvides de Kaufman: no me importa lo que diga, ese hijo de puta es un mentiroso. Tiene a otra gente por alguna parte, y cuando no sepan nada de él en un tiempo, van a venir a buscarlo. ¿Quieres quedarte a esperarlos?

—No especialmente, pero tenemos trabajo que hacer.

—Creo que ya hemos hecho bastante.

Ella pareció inamovible. Fría y distante de un modo que no se hubiera esperado. Comprendía su posición, pero la operación se había ido al garete, y cuando pasa algo así, uno salva lo que puede.

—Mira, podemos llevarnos a esta gente fuera de aquí, y luego puedes volver con un nuevo equipo, e incluso puedes traerte a un pelotón de infantes de marina si lo deseas. Entonces podrás hacerte con lo que cojones estés buscando y nadie más tendrá que morir.

—Es demasiado tarde para eso —afirmó ella—. Hemos quedado al descubierto. Y si Kaufman tiene matones por alguna parte, pueden estar aquí antes siquiera de que nosotros hayamos vuelto a Manaos. Es ahora o nunca. Tenemos que entrar en el templo. Salir de aquí ahora no es prioritario.

La irritación de Hawker se transformó en tristeza.

—¿Ni siquiera te molesta que haya muerto gente que confiaba en nosotros?

—También ha muerto gente a la que apreciaba. Irnos de aquí no va a devolverles la vida...

—Pero mantendría vivos a otros...

—Irnos ahora significaría que han muerto para nada. Acabaremos esto, para que su sacrificio tenga sentido.

Hawker estaba molesto.

—Estoy harto y asqueado de oír a gente que habla de hacer algo para honrar a los que han caído, cuando en realidad lo están haciendo por sus propias y egoístas razones.

Los ojos de ella se estrecharon y notó que cambiaba de táctica:

—¿Sabes una cosa, Hawker? Es un poco tarde para venirme con moralinas... sabías que esto era una posibilidad. Conoces este negocio.

—Sí conozco este negocio... pero, ¿qué me dices de ellos? —señaló a través del campamento—. ¿Conoce McCarter este negocio? ¿Y Polaski, o su hija, o Susan Briggs... conocían este jodido negocio? ¿Y qué hay de los porteadores, Takia y Segun? Tenían familias, tenían sus vidas...

—¡Yo no los quería aquí! —gritó ella—. Pero no tuve elección...

—No importa —dijo él, con un tono más controlado—. Ganamos anoche porque la gente de Kaufman se esperaba otro tipo distinto de ataque. Eso los convirtió en blancos fáciles. Pero no tendremos la misma suerte la próxima vez...

Ella miró al otro lado del campamento, donde estaba Kaufman enseñándoles a McCarter y Brazos las cosas que había traído su gente.

—Mira, lamento lo que ha pasado aquí. Lo lamento más de lo que puedes imaginar. Posiblemente no me creas, pero, para empezar, yo no quería tener nada que ver con esta maldita expedición. Sin embargo, en nuestro trabajo vas a donde te mandan y haces lo que te dicen que hagas. Y justo ahora tengo órdenes de llevar de vuelta lo que he venido a buscar aquí, sin importar el coste. Es un R.O.C., ¿recuerdas? Todo a por lo que hemos venido está al alcance de nuestra mano. Sólo tenemos que entrar ahí dentro y cogerlo.

—¿Coger el qué?

—No puedo decírtelo.

—Voy a verlo —le replicó, con los ojos desorbitados por lo que ella le estaba diciendo—: Si entramos ahí dentro y lo hallamos, todos lo vamos a ver.

—No sabréis lo que es —le dijo ella con calma—. Aunque lo veáis, no sabréis lo que es. Y no puedo decirte más que eso. Pero es importante, lo bastante importante como para arriesgar vidas para conseguirlo y, sí... lo bastante importante como para perderlas por lograrlo. Es así de crucial, aunque no puedas entenderlo. Podría ser el proyecto Manhattan del siglo XXI, y, maldita sea, no me voy a ir de aquí sin eso.

Hawker se llevó una mano a una sien y se frotó un dolor punzante.

—Haz lo que cojones quieras —dijo—. Realmente, ya no me importa. Pero si entras ahí dentro vas a hacerlo sin mí, y sin nadie más, si puedo evitarlo. No he pasado por todo este infierno para que al final desperdicien sus vidas sin más.

Los ojos de Danielle se estrecharon.

—Maldito seas, Hawker, no me hagas eso. No cometas ese error.

—El error fue venir aquí.

—No, el error es olvidarte de quién eres. Eres un instrumento de esta agencia, para eso es para lo que firmaste. Te guste o no, tu trabajo es ejecutar las órdenes, no darlas —le echó una mirada asesina—. ¿Te crees que no sé por qué te quemaste en tu carrera? Lo sé todo de tu numerito en África, puede que no tenga todos los detalles, pero sé lo bastante. Te apartaste de la gente que establece la política. Te olvidaste de cuál era tu lugar y te convertiste en alguien peligroso para ellos. Dices que no te buscan, pero eso es porque ya estás en prisión... sólo que no ves los barrotes. No puedes ir a ninguna parte, no puedes hacer nada sin que ellos lo sepan, sin que ellos lo aprueben. Y soy la única que puedo hacer que eso cambie.

Trató de no escucharla.

—Esta es tu única posibilidad —añadió—, la última que vas a tener. Ayúdame a llevar esto a buen puerto, y podrás volver a casa como un jodido héroe. La gente que antes te maldecía te cubrirá de alabanzas, y se empujarán los unos a los otros para poder acercarse a darte una palmada en la espalda, insistiendo en que siempre

supieron que se había cometido un error en tu caso. ¿No es eso lo que quieres? Tú no quieres que te perdonen, lo que quieres es que reconozcan que tenías razón. Bueno, pues ésta es tu oportunidad, pero si ahora me dejas en la estacada, las cosas se pondrán para ti; mucho peor de lo que puedas imaginar, te lo prometo. Esta vez irán a por ti. Te acosarán.

Hawker se dio la vuelta. Era imposible explicarle el estado de cosas que le había llevado a donde estaba, imposible explicarle que se había cargado su carrera y echado a perder su vida a pesar de saber perfectamente que lo estaba haciendo. ¿Cómo justificar la arrogancia de creer que su éxito llevaría a la Agencia a ver las cosas como las veía él, que era el modo opuesto a como las veían ellos... cómo explicar siquiera la estupidez de tal razonamiento?

Ella no podía imaginar la cantidad de veces que se había maldecido a sí mismo por las decisiones que había tomado, las muchas ocasiones en que había deseado haber cumplido las órdenes recibidas. Y ahora, ella le estaba ofreciendo la misma maldita elección: sigue nuestras órdenes, será mejor para ti.

—Hay gente muriendo ahí —dijo al fin—. Buena gente. Si entendieses algo, te darías cuenta de que es tu gente... nuestra gente.

—¡Joder, Hawker, no es por culpa nuestra! —le contestó ella—. De Devers y Kaufman, sí... la culpa es de ellos.

—Utilizamos a esa gente —gritó Hawker—. Tú mentiste y yo apoyé tu mentira. Y los trajimos aquí, sonriéndoles, hasta la mismísima puerta del infierno. Si no crees que tendremos que pagar por eso, entonces es que, tristemente, estás ciega.

Ella ni parpadeó.

—No voy a irme de aquí con las manos vacías.

Hawker la miró con el corazón lleno de tristeza. Podía darse cuenta de que el precio que deberían pagar iba haciéndose mayor para los dos.

—Desearás haberlo hecho antes de que esto acabe —le advirtió.

Ella miró al suelo y luego le miró brevemente a él, antes de darle la espalda y marcharse hacia el centro del campamento.

Hawker agitó la cabeza, dejando caer la pieza de equipo que había hallado y pateándola a través del claro, para dar salida a su frustración. Voló por los aires, cayó, rodó y se hizo pedazos. Por un momento se quedó mirando los restos rotos, como si tuvieran algún profundo significado.

Fue preciso que oyera unos gritos lejanos para que saliera de su ensimismamiento.

El profesor McCarter corría por el campamento, llevaba algo y hacía señas. El camino de McCarter le llevó primero hasta Danielle. Hablaron brevemente, antes de que él la tomara de la mano y la llevara hacia Hawker. Para cuando llegaron hasta él, McCarter estaba sin aliento.

—Tenemos que volver a entrar en el templo —dijo jadeando—. Y tenemos que hacerlo ahora.

Hawker agitó incrédulo la cabeza:

—Es como si todos hubierais contraído una enfermedad...

McCarter no perdió el tiempo en explicaciones. En lugar de eso, le tendió un objeto de brillante color naranja que llevaba en la mano: la radio FEB de Kaufman. Subió el volumen.

—¿Puede alguien oír...? Señor... fman, por favor, con... —era Susan Briggs, tratando de entrar en contacto con Kaufman con el transmisor de frecuencias extremadamente bajas.

—Está viva —dijo McCarter—. Podemos oír su transmisión, pero ella no puede oírnos a nosotros. No ha respondido a nuestras llamadas. Está en alguna parte de la caverna bajo el templo y, si Kaufman no se equivoca, esos animales están allí con ella. No podrá salir ella sola, hemos de ir a sacarla. Y hemos de ir ya.

Hawker miró de reojo a Danielle. Ambos sabían lo que aquello significaba: que, después de todo, ella iba a tener su oportunidad de explorar la caverna.

—Debes de tener siete vidas como los gatos —le dijo—. Pero trata de no olvidar en qué número estás.

Ella le devolvió una sonrisa: la misma sonrisa radiante y atractiva que le había dedicado cuando se habían conocido. Y, a pesar de lo que ahora sabía de ella, a pesar de todo lo que sentía, tuvo el mismo efecto. De algún modo, borró todo lo anterior.



## CAPÍTULO 36

En la oscuridad de la caverna, bajo el templo, Hawker se apartó de la orilla del lago y observó el agua clara que tenía frente a él. Una capa de suave y blanquecina roca, algún tipo de calcita, cubría el fondo a unos pocos palmos de la superficie. Mientras que, en algunos puntos de ese fondo, se veían grupos de unas esferas del tamaño de guisantes, las llamadas perlas de las cavernas. Y, a la luz de su linterna, todo relucía, como cubierto por una capa de laca líquida.

Dirigió la luz hacia el techo, que estaba a unos doce metros por encima. Allí se veían diferentes formaciones pétreas: enormes estalactitas que colgaban en grupos, como gigantescas dagas de piedra apuntadas hacia ellos, algunas de las cuales llegaban a los cinco metros de largo y un metro de grosor en su base. Abriéndose paso entre ellas se veía una hilera angulosa de puntas más pequeñas, como si fuera una interminable fila de dientes de tiburón, en una formación conocida como una línea de ribete, y más allá colgaba de un saliente una serie de delicados canutillos de piedra, las llamadas pajitas de frescos, cuyas puntas brillaban con la humedad.

—¡Vaya una caverna! —exclamó, y sus palabras tuvieron eco.

Tras él, McCarter, Danielle y Verhoven estaban llegando a la misma conclusión. Incluso el doctor Singh estaba asombrado, y eso que era su segunda visita.

—Una caverna sulfurosa —dijo McCarter, moviendo alrededor su linterna—. La mayoría de las cavernas se forman en la piedra caliza, pero hay algunas que lo hacen en la roca por los efectos del ácido sulfúrico. Por ejemplo, la de Lechugilla en Nuevo México. Eso podría explicar el agua en el fondo del pozo, y también esta agua.

Hawker estudió el agua con su luz. Verhoven y él habían visto varias veces la grabación de Lang y habían escuchado grandes chapoteos. Sabían que el peligro llegaba del agua, aunque no estaban seguros de dónde exactamente. La zona inmediata parecía estar despejada.

—¿Por dónde vamos? —preguntó Hawker.

El doctor Singh señaló:

—Hay un sendero a la derecha, lleva al otro lado.

Hawker encajó su linterna al cañón de su fusil. Los otros le imitaron, excepto Verhoven, que llevaba un tipo diferente de arma: una escopeta de repetición, una Mossberg tomada del arsenal de Kaufman. Su mano derecha accionaba el gatillo, la hinchada izquierda estaba sujeta con cinta americana a la corredera de bombeo, lo bastante apretada como para poderla usar para recargar.

Siguieron las indicaciones de Singh y fueron por el sendero, caminando en fila india y vigilando el agua por si había señales de peligro. Hawker iba en cabeza, seguido de cerca por Danielle, que llevaba una pequeña mochila con el equipo, además de un contador Geiger portátil que llevaba sujeto a la pierna y hacía un

pequeño ruido a cada paso que daba.

—Sólo es una precaución —había explicado—. Los cristales de Martin mostraban señales de contaminación radioactiva. Al igual que el terreno, arriba.

—Gracias por decírnoslo ahora.

—No te preocupes, es todo de muy baja intensidad. Tendríamos que estar aquí años para que nos afectase.

Hawker había lanzado un gruñido:

—Que es algo que sabemos que no vamos a hacer...

Siguieron el tosco camino hasta la presa. Los siete estanques y la piedra plana de la plaza estaban detrás.

—Aquí es donde estaba el hombre quemado —explicó el doctor Singh—. Los estanques son de ácido.

Señaló a la plaza.

—A los otros parece que los mataron allí.

Hawker estuvo de acuerdo:

—Las últimas imágenes de la grabación eran de ese lugar —luego le preguntó a Verhoven—: ¿Estás preparado?

El sudafricano asintió.

—Ya sabes que esos cartuchos no hacen mucho cuando llegan a una profundidad de metro veinte o metro y medio...

—Ajá —aceptó Hawker—. Pero serán una jodida llamada de despertador, si es que hay algo dormido allá abajo.

Verhoven asintió con un gesto.

—Te cubriré las espaldas.

Hawker fue hacia la presa y subió a ella sin dejar de vigilar el lago; luego le dio la espalda. Verhoven tomó posición al final de la estructura, preparado y dispuesto por si algo iba a por Hawker desde el lago a sus espaldas. El piloto se acercó al primer estanque, disparó dos rápidas ráfagas dentro y luego se echó atrás, esperando alguna reacción. El sonido de los disparos retumbó por la caverna y volvió a ellos en ecos desde la oscuridad, en oleadas recesivas... pero no pasó nada. Uno comprobado, quedaban seis.

Hawker fue hacia los otros estanques y repitió el procedimiento hasta que hubo hecho la prueba con todo el conjunto. Al parecer los estanques estaban vacíos.

Se subió a la presa e hizo una rápida inspección de los alrededores. Satisfecho, les dijo que todo estaba despejado.

—Una extraña formación —dijo McCarter—. Siete estanques. Es curioso: Siete Cavernas, Siete Cañones.

Danielle estuvo de acuerdo:

—Y «El Lugar del Agua Amarga» —añadió—. Dígame otra vez dónde estaban

los otros —le pidió a Singh.

—Ya no estaban —le explicó el doctor—, pero por los restos de sangre, parece que a un hombre lo mataron allí. Y al otro en aquella dirección.

Señaló a un punto en la parte más alejada de la plaza.

Hawker apuntó con su linterna hacia allí, a la parte lejana de la caverna. Con el lago en su parte frontal, la plaza se extendía unos sesenta metros, con parte trasera acabando justo en la pared de piedra de la caverna. En el lado más cercano a ellos se hallaban la presa y los estanques, además de más caverna abierta. En el lado más lejano la pista rota del sendero parecía continuar hacia una parte más profunda. Hawker se imaginó que ése era el camino que debían seguir.

Dirigió el haz de luz por encima de la plaza, hacia el sendero por el que acababan de llegar. Se detuvo: unas olitas se estaban formando lentamente en la superficie del lago, una superficie que momentos antes había sido plana como un cristal. Sus ojos fueron de un lado a otro, mientras enfocaba la luz hacia las profundidades de la caverna y luego hacia el agua de nuevo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Danielle.

—Algo ha movido el agua —le contestó—. Entrando o saliendo de ella.

Las manchas resacas de sangre en las losas mostraban que dos de las víctimas habían sido atacadas en la parte abierta de la plaza. Ése no era un buen sitio en el que detenerse...

—Vamos —dijo—, necesitamos ponernos a cubierto.

Hawker los llevó a la parte de atrás de la plaza, a un lugar en que el liso suelo se encontraba con la irregular piedra natural de la pared. Se apretaron contra ésta, con Hawker a la derecha y Verhoven a la izquierda, y con la amplia extensión de la plaza por delante de ellos. Tácticamente era un buen lugar: nada podía ir hacia ellos por su espalda, solamente por los lados y por delante, y eso dejaría a un atacante expuesto a un tremendo fuego.

—¿Ves algo? —le preguntó Verhoven.

—Sólo agua.

Verhoven iba a volver a hablar, pero se quedó callado cuando a sus oídos llegó un sonido apagado, un sonido raspante, como el que produciría una piedra arrastrada sobre otra.

Danielle apagó el contador Geiger para poder escuchar bien.

—¿Qué ha sido eso? —susurró McCarter.

Nadie podía decírselo. Pero sus ojos fueron de un lado a otro buscando la fuente del sonido, y las luces de sus linternas se entrecruzaron en la oscuridad.

El sonido volvió: dos largas y lentas rozaduras, precedidas de un extraño clic apagado.

El grupo cayó en un absoluto silencio, con sus ojos esforzándose por ver en la

oscuridad.

—¿Y si es Susan? —preguntó McCarter. Desde que habían entrado en la caverna habían tratado varias veces de ponerse en contacto con ella por radio, pero no lo habían logrado—. ¿Y si ha habido un derrumbe en la caverna, está atrapada, y está tratando de hacernos señales? A las víctimas de las avalanchas se las encuentra así a veces...

Hawker escuchó atentamente cuando se oyeron los sonidos de nuevo.

—No es ella —dijo.

—¿Está seguro? —dudó McCarter—. Porque...

—Los sonidos se superponen —afirmó el piloto—. Hay más de una fuente.

Desde la absoluta oscuridad el sonido les susurraba, bajo pero inconfundible: raspa, raspa.

—¿De dónde diablos viene? —preguntó Danielle, con sus ojos yendo de un lado a otro.

Era una buena pregunta; con la extraña acústica de la caverna, el sonido parecía llegar de todas partes a un tiempo: ras, ras, ras...

A la izquierda de Hawker, McCarter, Danielle y Singh se esforzaban por permanecer quietos. Los ignoró, escudriñando con cara hosca a su alrededor. Sabía que Verhoven estaría haciendo lo mismo y que, armados y con las espaldas pegadas a la pared, estaban en buena posición. Había algo allá que los estaba acechando, arrastrándose desde la orilla del lago o reptando desde las profundidades de la caverna; pero iba a tener que cruzar el terreno abierto antes de poder caer sobre ellos.

—Quédense pegados a la pared —susurró—. Pase lo que pase, quédense pegados a la pared y no se nos interpongan.

Ras, ras. El ruido era ahora más fuerte, sonaba, más cerca.

McCarter y Danielle se apretaron contra la piedra. El doctor Singh les imitó.

Hawker forzó la vista en la oscuridad, moviendo la luz cuando aquellos sonidos volvieron a estremecerle. Pero siguió sin ver nada. Al lado derecho, su lado, la plaza se extendía unos veinte metros antes de que la irregular pared de la cueva tomase su lugar. Más allá, la caverna se ensanchaba y un largo dedo del lago parecía extenderse hasta la formación rocosa de detrás. Aquella zona ofrecía la única buena cobertura frente a cualquier cosa que se les aproximase, y era difícil ver en la oscuridad, pero una observación constante no había mostrado nada.

—Es por tu lado, Pik.

Verhoven negó con la cabeza.

—No lo creo.

Ras, ras.

—Tiene que ser por ahí...

El sudafricano se irritó:

—¡Te digo que no hay nada por aquí!

El hueco sonido raspante les llegó de nuevo: más lento y apagado. Y luego sólo hubo silencio... que al poco les dio más miedo que los sonidos que lo habían precedido.

En aquel silencio que no acababa esperaron, atentos a cualquier señal de peligro. Pero ni vieron, ni oyeron nada: no hubo movimientos, ni rumores, únicamente el latido de sus corazones, el rítmico gotear del agua en la distancia y la irreal sensación de que el tiempo había llegado a su fin.

El suelo de piedra brillaba por la humedad y los pesados vapores de azufre flotaban en el aire, pero nada se movía en la caverna.

Hawker miró hacia la izquierda, para asegurarse de que Verhoven no había pasado nada por alto, y luego de nuevo a la derecha. ¿Qué demonios estaban olvidando?

Mientras esta pregunta corría por su mente, vio por el rabillo del ojo un minúsculo destello: era una mota de polvo que caía por el haz de luz de la linterna de Danielle, brillando incandescente mientras pasaba, como una minúscula estrella fugaz. Y sólo entonces se dio cuenta de su grave error... miró arriba.

—¡Muévete!

Agarró a Danielle y la empujó a un lado, mientras una sombra caía desde el techo, que estaba a unos quince metros de altura. El animal dio en el suelo donde ella había estado, logrando rasgar de un zarpazo la parte trasera de su pantorrilla, a pesar de que Hawker estaba tirando de ella. El grupo se dispersó, con sus haces de luz bailando locamente en la oscuridad, mientras brillaban fauces y zarpas e hilillos de repugnante saliva volaban por el aire.

El animal se giró y se abalanzó contra el doctor Singh.

Una posta de la escopeta de Verhoven lo mandó rodando por el suelo.

—¡Cuidado! —gritó McCarter.

Una segunda bestia se había dejado caer tras del sudafricano. Mientras se lanzaba contra su espalda el cañón del arma de Hawker escupió relámpagos, y las ráfagas iluminaron la caverna con un efecto estroboscópico. Las balas alcanzaron al animal mientras volaba por el aire para caer sobre Verhoven.

Éste se derrumbó hacia delante, mientras el piloto disparaba de nuevo. El animal aulló y de nuevo saltó por el aire. Y cuando la luz de McCarter le dio justo en los ojos, la bestia siseó, escupiéndole, huyendo luego hacia la oscuridad, con un reguero de balas siguiéndola.

Los haces de luz se entrecruzaban en la oscuridad. Los sonidos de los animales correteando y siseando competían con los fuertes pasos de los hombres, los gritos de advertencia y el fuego de los disparos, y todo ello creaba ecos en la cámara.

Por ese entonces, Danielle ya se había arrastrado de nuevo hasta la pared. Sacó

una bengala y la tiró en medio de la plaza. El magnesio ardiente les había cegado al principio, pero cuando la luz carmesí llenó la caverna, les mostró una forma deslizándose hacia el interior del lago, otro animal arrastrando su dañado cuerpo por sobre las losas de la plaza y un tercero todavía en el techo, escapando del escenario de la batalla, con sus garras asiéndose a las protuberancias de arriba y su espalda cara al lago.

—¡Hawker! —gritó Danielle, señalando al techo.

El piloto se dio la vuelta, apuntó al ser y disparó. Herido, aulló de dolor: era como el grito de un pájaro tropical, amplificado un millar de veces. Sus patas traseras perdieron su agarre y quedó colgando por un momento, mientras Hawker le disparaba de nuevo. Alcanzado por segunda vez, el animal cayó al lago, aullando en su agonía. Una cascada de trozos rotos del techo le siguió en su caída, y todo junto chocó con el agua con un tremendo chapoteo.

Ahora, Hawker entendía lo que había pasado: los animales habían salido del agua, habían subido por las paredes laterales y acechado a los humanos desde su posición invertida, arriba en el techo. El sonido que les había inquietado era el de las zarpas de los animales asiendo y soltando la piedra, y el rozar era el de sus duros cuerpos deslizándose por entre las estalactitas y otras protuberancias del techo. Observó su irregular superficie: las estalactitas y otras formaciones medio ocultaban profundas depresiones, y hacían imposible verlo todo con rapidez y por completo, desde una sola localización. Más allá, McCarter también estaba mirando hacia arriba, mientras que Danielle tiraba otra bengala.

Mientras los demás observaban el techo, Verhoven se puso en pie. Había caído sobre su mano herida y ésta palpitaba, causándole más dolor del que hubiera imaginado. La cinta americana que sujetaba la escopeta se había desprendido en parte, pero el sudafricano logró bombear otro cartucho, antes de arrancar su mano del arma con irritación. Observó la plaza y luego miró hacia el techo. No viendo señales de peligro, volvió su atención hacia la causa de su dolor: el animal herido que se agitaba espasmódicamente sobre un costado, tratando desesperadamente de arrastrarse hacia el lago. Verhoven caminó hasta él, maldiciendo mientras se peleaba para arrancarse lo que quedaba de cinta en su mano. Cuando llegó hasta el ser, apuntó cuidadosamente y luego le atravesó el cráneo con una posta brenekke. La cosa se derrumbó al suelo instantáneamente.

El sudafricano bajó el Mossberg con gran satisfacción. Los otros aún seguían controlando el techo. Él mismo dio otra mirada y luego mostró una sonrisita:

—Se han ido —gritó, con el orgullo de un conquistador en su voz—. Se han ido o están muertos, lo que prefiráis.

Verhoven había estado en más tiroteos de los que podía contar, y cada uno de ellos había tenido su propio ritmo; aquella batalla no era diferente: con un animal

muerto y los otros huidos, heridos o muertos, de vuelta al lago... podía notar cómo el peligro se disipaba, desapareciendo como una tormenta que se lleva el viento. Dio una mirada final alrededor, a nivel del suelo y por arriba. Todo despejado. Volvió hacia Danielle y el doctor Singh.

—¿Están bien los dos?

Danielle estaba sentada, con el botiquín de primeros auxilios abierto a su lado, empapando antiséptico en el corte de su pantorrilla.

—Viviré —dijo, más enfadada que otra cosa.

—¿Y que hay de usted, doctor?

—Parece que me he librado de lo peor —dijo Singh, usando el antiséptico en unos cortes en su antebrazo, y mostrando un moretón en la cabeza, allí donde se había dado contra el suelo, mientras trataba de evitar que le alcanzaran las garras.

Algo más allá, Hawker y McCarter estaban examinando sistemáticamente el techo.

—Déjenlo ya —les gritó Verhoven—: Acabarán haciéndose daño en el cuello si lo tienen mucho rato inclinado como si fueran unos jodidos pelícanos.

McCarter hizo una pausa en su búsqueda, miró un par de rápidas veces más y luego bajó el fusil y fue hacia los otros. Pero, un poco más lejos, Hawker siguió comprobando la parte más profunda de la caverna, atisbando en las sombras de entre los candelabros de piedra.

Verhoven se echó a reír:

—Paranoico —comentó.

Se volvió hacia el doctor Singh, asiéndole el brazo herido y girándoselo para verlo mejor.

—Es una buena herida de guerra. Le dejará una bonita cicatriz.

Y, mientras Singh apartaba el brazo, el sudafricano rió de nuevo, más animado de lo que nadie lo había visto antes.

Caminó hacia los otros, McCarter se detuvo para echar un vistazo de cerca al animal que Verhoven había matado. Yacía de costado, muerto, pero aún se le estremecían ciertas partes. Oscuros fluidos brotaban de sus heridas y un extraño y penetrante olor escapaba de su cuerpo. Era un hedor que a McCarter le recordaba el de las verduras podridas. De cerca, el olor era lo bastante intenso como para anular el de azufre de la caverna.

El animal era más pequeño que el que se había llevado a Larsen, tal vez tenía la mitad de su tamaño. Era delgaducho y de patas largas, como si fuera un ejemplar joven. Calculó que pesaría unos noventa kilos, aunque había parecido mucho más grande cuando caía sobre ellos.

Examinó lo que quedaba de su cabeza, muy dañada por el disparo de escopeta que lo había matado, un impacto que hubiera hecho pedazos un cráneo humano. La

cabeza era grande para el tamaño del animal, y muy angulada, casi con forma de cuña, estrechándose mucho en la frente. El ojo que le quedaba no tenía párpado, y brillaba bajo algún tipo de gel, como si fuera una piedra pulimentada y húmeda. Era negro del morro a la cola, con franjas de un negro algo menos oscuro, que parecían piel de otra textura. Y esa piel era resbaladiza, por efecto de algún tipo de aceite que parecía estar segregando por millones de diminutos poros.

Su cuerpo era todo ángulos, como si estuviera hecho con planchas superpuestas. Las patas era gruesas, pero sus junturas eran simples y quedaban expuestas, como las bisagras de una puerta, con una muesca en la parte de arriba y otra en la de abajo, y podía verse ternilla allá donde se doblaban, como los cables bajo su aislamiento. El cuello, muy estrecho, casi parecía el de un insecto y tras él habían hileras de cabellos, tiesos y recios como cerdas, que crecían en una «V» convergente.

Era un ser de aspecto diabólico, pensó McCarter, con todo el equipamiento propio de un predador: visión estereoscópica, un cuerpo fuerte y liso, zarpas que parecían hojas de acero dobladas... Su boca colgaba abierta y mostraba unas poderosas y muy musculosas fauces, con dientes que eran como gruesos clavos afilados. De hecho, no se parecía a nada que hubiese visto antes.

McCarter alzó la vista hacia el techo por el que se habían arrastrado las bestias. Y le vino a la mente la imagen de aquella vieja pintura maya: humanos alzándose erectos sobre el suelo, totalmente desconocedores de que los xibalbanos estaban colocados directamente bajo ellos, caminando invertidos con sus patas puestas en la parte inferior de la superficie de la tierra. Se estremeció, mientras los otros iban hacia él.

Como él, todos se quedaron boquiabiertos ante la cosa. Singh parecía especialmente interesado en los orificios de entrada de los disparos de las macizas postas de Verhoven: como en el cristal de una ventana que ha sido atravesado por un balón, las heridas habían tomado la forma de largas fisuras que salían de los agujeros.

Con el cañón de su rifle Singh empujó el cuerpo y hurgó en él. Era rígido. Lo golpeó y casi sonaba a hueco.

—Un exoesqueleto —dijo—. Tiene los huesos por fuera.

Verhoven y Danielle se acercaron.

—Los animales grandes no son así —les explicó el doctor—. Sólo los insectos y los crustáceos.

—Entonces es un jodido *gogga* —dijo asqueado Verhoven, usando la palabra del argot sudafricano para los bichos que se arrastran por el suelo.

McCarter tocó a Verhoven y señaló a una ancha mancha púrpura en su guerrera, allí donde le había golpeado el animal.

—Es algún tipo de secreción —dijo el doctor—. Tiene todo el cuerpo cubierto por ella.



Verhoven se quitó la guerrera de uniforme y la tiró, luego se inclinó más sobre el cuerpo del ser.

—Póngale la mano encima —le dijo a McCarter.

Con algunas dudas, McCarter hizo lo que le pedía. No notó nada.

—Los animales muertos irradian calor —le explicó el sudafricano—. Cuando matas a uno, puedes notar el calor brotando por sus heridas. Pero no en esta cosa...

—¿Y qué significa eso?

—Quizá que es de sangre fría, aunque más fría de lo que nosotros conocemos.

—Eso explicaría por qué los sensores tienen problemas para detectarlos —intervino Danielle.

Verhoven señaló a la cola, cuya punta estaba dividida en dos, como un par de agujones.

—¿No les recuerda nada?

Danielle asintió con la cabeza: el cadáver en el agua con los dos grandes agujeros en el pecho, heridas de algo que había entrado y salido.

Un momento más tarde Hawker se les unió. Dio una breve mirada al animal.

—Muy majo —comentó—. ¡Este viaje es tan divertido!

Miró a McCarter:

—No olvidemos para qué hemos entrado aquí abajo.

Estuvieron de acuerdo con él y, a pesar de su enorme sensación de asombro, siguieron adelante por el sendero que llevaba más allá de la plaza. Éste les condujo hacia la parte más profunda de la cueva, allí las paredes se estrechaban y volvían a ser lisas. Más trabajo con herramientas. Continuaron por un valle que se iba haciendo angosto, y que pronto se convirtió en un túnel, cuando el techo se hizo más bajo. Y ese túnel tallado en la roca llevaba a una puerta rectangular, aún más estrecha.

El hueco era de menos de metro veinte de alto y quizá cuarenta y cinco centímetros de ancho. Tuvieron que entrar, apretándose como pudieron para poder pasar. Tan pronto como llegaron al otro lado una voz, débil y rasposa, les llamó:

—¿Señor Kaufman?

McCarter le respondió:

—Somos nosotros y no Kaufman, Susan.

Ella salió de las sombras:

—¿Doctor McCarter?

—Sí, ¿estás bien?

Corrió hacia ellos y directamente a los brazos de McCarter que, algo azarado, la apretó en un abrazo de oso. Podía oír cómo le silbaban los bronquios y sacó el inhalador que había encontrado y había pensado en llevar consigo. Ella lo usó de inmediato.

—Escuché los disparos —dijo, con los ojos llenándosele de lágrimas—, pero no

sabía si...

Se cortó a media frase, mirándoles a los rostros y deteniéndose en el de Hawker: parecía confusa.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué les ha pasado a los hombres de Kaufman?

—La mayor parte de ellos están muertos —le explicó McCarter—, Kaufman está arriba sujeto con sus propias cadenas. Te escuchamos por la radio... pero al parecer tú no nos podías escuchar a nosotros.

—No conseguía obtener ninguna respuesta —les dijo—. No estaba segura de usarla bien y creo que gasté la batería tratando de llamar.

Luego, pasó a explicarles el ataque y los detalles de su supervivencia:

—Cuando mataron al otro hombre, la radio fue deslizándose por el suelo hasta golpearme. La cogí y eché a correr —contó—. Llegué hasta aquí y encontré esta puerta. Resultó que no había salida, pero cuando intenté volver ya estaban aquí esas cosas, tratando de entrar. Rascaron e intentaron forzar la entrada durante horas, pero supongo que no cabían. Así que aquí me quedé.

—Eso está muy bien —dijo Hawker—, pero aún tenemos que volver por ese camino, para poder salir. Y cuanto antes nos vayamos... mejor.

Susan tomó a McCarter de la mano.

—Sí —dijo muy seria—, pero hay algo que deben ver antes...

Los llevó hacia más adentro en la cámara por un largo pasillo, pasando junto a una habitación abierta y vacía y luego otra. Eran habitaciones que habían sido excavadas en la roca, habitaciones de paredes lisas y verticales y lisos y planos suelos. Era otra muestra de trabajo bien hecho, similar a la plaza de fuera. De hecho, allá donde las pisadas de Susan habían apartado el polvo, el suelo brillaba como lujoso mármol. McCarter se agachó para examinarlo.

—Allí —dijo Susan, arrodillándose junto a un montón de cascotes y tierra.

Mientras McCarter se acercaba adonde estaba Susan, Danielle trabajaba con sus instrumentos. Miró la habitación: la pared más lejana y el techo se habían desplomado, pero aquel espacio mismo era un trabajo increíble. Tenían que estar cerca. Volvió a conectar el contador Geiger, que comenzó a sonar de inmediato, algo más deprisa que antes.

Hawker alzó una ceja.

—Aún es un nivel bajo —le aseguró ella.

—Haz el favor de avisarnos antes de que empecemos a brillar.

Ella sonrió y se apartó, acercándose a la pared caída. Habían lecturas positivas en un segundo instrumento y el contador Geiger sonó con más urgencia: había radiación en las piedras, o en algún lugar tras ellas.

Susan la llamó:

—Ahí —dijo, llamando a Danielle y los otros para que fueran adonde había

llevado a McCarter.

Danielle se dio la vuelta y se acercó más. Una figura yacía allí, parcialmente oculta por los montones de rocas. En la gris oscuridad los huesos parecían los de un ser humano, pero cuando las luces convergieron sobre ellos quedó claro que no era así.

El cuerpo tenía la talla de un niño, tal vez midiera un metro veinte. Las piernas y la pelvis habían sido separadas del torso y la carne que en un tiempo habían sostenido hacía mucho que había sucumbido a la putrefacción. Sin embargo, lo que quedaba era lo bastante asombroso como para hacerles olvidar al animal que habían estado observando unos minutos antes.

McCarter se arrodilló junto a la figura. Tenía que tocarla para convencerse de que era real.

—¿Qué es esto?

Danielle sólo pudo susurrárselo:

—Esto es por lo que hemos venido aquí.

Nadie la oyó; estaban como hechizados por la visión que tenían ante ellos: otra forma de vida, aunque ahora muerta. Otro ser bípedo, casi humano en su forma.

Su cráneo tenía la forma de un amplio óvalo, ensanchándose por detrás y estrechándose en el mentón. Era grande en comparación con el cuerpo, desproporcionado como el de un niño o un bebé. En la parte superior de la cara había un par de grandes huecos vacíos, que debieron de contener unos ojos; y se veían unas prominencias óseas encima de esas cuencas y una frente que se inclinaba fuertemente hacia atrás. Otros cuatro orificios, inclinados hacia dentro indicaban dónde debió de estar la nariz, y una mandíbula simple, con dos anchos y planos dientes yacía suelta, junto a la cabeza.

En lugar de caja torácica, el cuerpo tenía dos anchas placas que se curvaban hacia fuera desde la clavícula, envolviendo al cuerpo y fundiéndose juntas al frente, cubriendo por completo la cavidad torácica con algo parecido al exoesqueleto del animal de fuera.

McCarter tocó el frágil cráneo, pasando la yema de su dedo por la lisa superficie. Le recordaba a un cangrejo de mar que había encontrado una vez, cuando era niño, varado en la playa.

—Cuando lo hallé estaba casi totalmente cubierto —les dijo Susan—. Retiré la mayor parte de los escombros. Eso me ayudó a pasar el tiempo.

—¿Qué es esto? —preguntó McCarter—. ¿Algún tipo de mutación?

Danielle negó con la cabeza.

—No —dijo—, me temo que no.

# CAPÍTULO 37

Danielle Laidlaw se quedó mirando el cuerpo un rato más. Era más de lo que había esperado. De hecho, había perdido las esperanzas de hallar algo, debido a que todos sus esfuerzos habían sido en vano y, sobre todo, por tener que estar recordándose constantemente a sí misma que tras las increíbles afirmaciones de Gibbs había una sólida evidencia científica: la radiación y el residuo de tritio en los cristales probaba que éstos habían sido empleados en una reacción nuclear, una reacción de fusión fría, y los cristales habían sido fabricados a propósito, originados de algún modo en un ambiente desprovisto de gravedad o en un campo magnético.

Y, sin embargo, todos los estudios e investigaciones que había ordenado efectuar Gibbs llegaban a la conclusión de que algo así era matemáticamente imposible. Y, cuando se les había hecho considerarlo como una hipótesis, los expertos habían afirmado que cualquier nave llegada de otro mundo debería de haber sido no tripulada. Era la única explicación factible. Después de todo, el noventa por ciento de los vehículos lanzados al espacio desde la Tierra van sin tripulación, como por ejemplo todas las sondas planetarias y las enviadas al espacio profundo. Los vehículos no tripulados son más baratos, más fáciles de construir y, a menudo, más útiles. Parecía razonable pensar que otras especies inteligentes se enfrentasen a las mismas condicionantes económicas.

Durante todo ese tiempo, Gibbs había estado trabajando sobre la teoría de que una sonda llegada del espacio había caído allí y había sido saqueada por aquella gente proto-maya. La habían desmontado, había dicho, y algunas de sus piezas se habían convertido en los cristales de Martin. Para hacer un viaje así, una sonda habría necesitado de mucha energía, una energía limpia y eficiente, y la fusión fría parecía ser la fuente de esa energía. Y si fueran capaces de encontrarla y hallar esa fuente...

Danielle se dio la vuelta y su linterna pasó por sobre los montones de rocas caídas antes de posarse en la pared más lejana. Caminó hacia ella y el contador Geiger comenzó a sonar de nuevo.

—¿Hay algún otro pasadizo aquí abajo?

—Si lo hay, yo no lo he encontrado —le contestó Susan.

Miró a su alrededor: no vio nada que refutase aquello. Se quitó la mochila y sacó un ordenador portátil que había cargado con la información de los análisis del terreno, por ultrasonidos y electromagnéticos, que había hecho Kaufman. Buscó una representación tridimensional de la caverna.

La resolución era buena, pero como la pantalla era plana, en ciertos puntos resultaba difícil determinar las tres dimensiones. Manipulando la imagen de la pantalla, al cabo fue capaz de determinar su situación con relación a la del lago. Dio un giro total a la imagen para poder contemplarla desde el otro lado y luego aumentó

la imagen con el zoom para ver con más detalle el punto donde se encontraban. No indicaba nada fuera de lo normal, sólo agua, espacio abierto como la habitación en que se hallaban y roca. Había otras cámaras en la caverna, pero eran irregulares, fracturadas y de formas naturales. Lo que andaban buscando estaría allí.

Danielle estudió de nuevo la cámara en la que se hallaban: era muy grande, a pesar de la parte hundida, pero estaba totalmente vacía, a excepción del cuerpo que habían hallado. Casi parecía haber sido saqueada. Bueno, no saqueada, que eso era un trabajo sucio; más bien parecía haber sido vaciada a propósito; limpiada e higienizada, tal como habría hecho ella si hubiera tenido oportunidad. Se preguntó si alguien habría llegado antes al lugar arqueológico, pero en seguida descartó tal posibilidad: no habrían dejado allí el cuerpo. Estudió los cuatro rincones de la habitación, yendo de uno a otro y comprobando sus instrumentos. Caminó de vuelta al estrecho pasillo y examinó la otra sala por la que habían pasado. Tampoco había nada allí, sólo un espacio cavernoso y vacío, de las dimensiones de un almacén, pero absolutamente vacío, igual que la habitación en la que se hallaban.

Alzó la cabeza y lo examinó todo otra vez, confiando desesperadamente en hallar una señal de que hubiese maquinaria, equipos o conducciones de cualquier tipo, pero ni siquiera se veían los restos de algo así. Alrededor suyo no había nada más que la lisa y pulimentada piedra. Tendió una mano y tocó la pared. No había nada que llevar a casa, ningún premio que lograr.

Con un fuerte suspiro bajó la pantalla, cerrando el portátil con un chasquido.

Se levantó lentamente: el grupo la estaba mirando. Se volvió hacia ellos:

—Tendríamos que pensar en irnos de aquí —les dijo—. Cuanto antes, mejor.

McCarter habló por el grupo; su mirada era dura.

—Creo que todos nos merecemos una larga explicación. Pero quizá no sea ni el momento ni el lugar...

Ella se dio cuenta de que la estaban juzgando con dureza.

—Quizá éste sea el mejor momento —le dijo—. Puede ser la única posibilidad que tengamos.

## CAPÍTULO 38

Dándoles una versión resumida, Danielle les explicó cómo los cristales de Martin habían sido examinados por el NRI, a petición de un ayudante de cuidador del Museo de Historia Natural, y como eso había llevado al descubrimiento del residuo de tritio y otros subproductos radioactivos en las inclusiones. Les explicó que un análisis estructural había demostrado que los cristales se habían formado de un modo que no podía ser reproducido en un ambiente gravitatorio. Los únicos cristales con el mismo tipo de absoluta simetría eran aquellos que había creado la NASA en el Skylab a mediados de los setenta y a bordo de los transbordadores espaciales en misiones realizadas en los noventa. Les explicó cuál era la composición química de los cristales y cómo ésta indicaba que habían sido usados en una reacción nuclear sostenida de baja energía: la fusión fría.

—Pensaba que había quedado demostrado que la fusión fría era un timo —dijo McCarter.

—La mayoría de la gente piensa eso —admitió ella—, pero recientemente se ha trabajado lo suficiente como para poder refutar tal afirmación. Al menos ante aquellos que están dispuestos a escuchar. El NRI ha estado involucrado en estudios que demuestran que la fusión fría podría ser una realidad sostenible, y cuando esos cristales cayeron en nuestras manos, empezamos a buscar su fuente. Eso nos trajo aquí.

Querían saber más.

—Los datos de los cristales de Martin nos revelaron un material que es exacto al que, teóricamente, sería óptimo para fabricar un reactor de fusión fría. Eso, junto con el resto de información, nos llevó a creer que los cristales provenían de un vehículo espacial de algún tipo, uno que necesitaba de una energía fiable para un viaje tremendamente largo. Nuestra mejor suposición era que aquellos predecesores de los mayas habrían encontrado una sonda caída del espacio y le habían arrancado algunas piezas para usarlas en sus ceremonias. Después, cuando ellos abandonaron la escena, las piezas habrían llegado a poder de los *chollokwan* y, de éstos, a Blackjack Martin. Nuestro objetivo era recuperar la parte principal de ese vehículo. Entonces, podríamos deconstruirlo, hacerle ingeniería inversa, y avanzar varias generaciones de golpe.

Danielle se detuvo, vio que la estaban mirando de un modo extraño.

—Veamos... yo no puedo explicar cómo llegó esto aquí, pero puedo explicar una simple posibilidad, una que se basa en cuestiones muy simples, nada de principios relativistas, ni de agujeros de gusano o algo tan exótico. No, en simple física lineal. En 1988, la sonda Voyager de la NASA salió de nuestro sistema solar. Actualmente está a unos doscientos noventa mil millones de kilómetros del sol, y sigue

transmitiendo. Un nuevo tipo de propulsión, que la NASA ya ha probado, podría cubrir esa distancia en la décima parte de tiempo: se llama NEXIS, acrónimo de *Nuclear Electric Xenon Ion System*, o sea, sistema nuclear—eléctrico de iones de xenon. Funciona a base de acelerar electromagnéticamente iones cargados, y no a base de crear químicamente impulso, en un motor cohete. Es extremadamente eficiente y muy potente, durante largos períodos de tiempo. Con la segunda o tercera generación de ese sistema podríamos hacer en seis meses lo que al Voyager le ha costado dos décadas. Y después de eso se habla de usar métodos de propulsión aún más rápidos, como utilizar los vientos solares, explosiones termonucleares controladas como empuje inicial... cosas que incrementarían la velocidad de la nave otras veinte veces más. Con un sistema como ése, podríamos llegar a la estrella más cercana en un periodo relativamente corto de tiempo: tres o cuatro siglos como mucho. Y este templo ha estado aquí levantado unos treinta... hagan las cuentas. No hay nada raro en todo esto: lo único que se necesita es tiempo y energía, una energía limpia y de poca masa. La fusión fría es la respuesta.

—El proyecto Manhattan —dijo Hawker.

—Querían saber para qué vinimos aquí —les dijo—. Bueno, ya tienen su respuesta: creímos que aquí podríamos hallar el futuro, enterrado en el pasado.

Pensó en pedirles excusas por haberles llevado a aquel lugar, por mentirles y ponerlos en peligro y, tal como había señalado Hawker, por arriesgar su posibilidad de escapar; pero en lo profundo de su corazón sabía que aquel era su trabajo y que, enfrentada a las mismas circunstancias, volvería a tomar las mismas decisiones. Ella jugaba a ganar, sin importarle el coste, y ése era un hecho que reconocía como la principal diferencia entre Hawker y ella, la razón por la que él se había autodestruido y por la que ella siempre tendría éxito. Y eso la hacía sentirse extrañamente triste.

—Deberíamos irnos, ¿no? —dijo al fin.

Uno a uno se fueron poniendo en pie, buscando ánimos en su interior, e iniciando la larga caminata a lo largo del sendero por el que habían llegado allí.

McCarter se quedó atrás, con su atención puesta en el cuerpo que tenía ante él. Por un momento pensó en llevárselo, o al menos parte del mismo. Había tomado huesos y artefactos de lugares arqueológicos de todas partes del mundo, pero esto le parecía diferente... como si hubiera visto algo que nunca debiera haber visto. En un momento de emoción nada científica, decidió no hacerlo. Se irguió lentamente y se unió al grupo.

Treinta minutos más tarde habían llegado a la parte alta del túnel en zig-zag. Una vez se hubieron arrastrado por sobre las estrechas maderas, Hawker quitó el puntal de debajo del bloque de granito y éste cayó como un martillo, haciendo astillas las planchas de madera y lanzándolas pozo abajo. El túnel estaba cerrado, aunque Hawker recordó que, probablemente, el lago fluía hasta él. Y, habiendo visto cómo

podían escalar aquellos animales, no había duda de que podrían subir por el interior del pozo.

Pondrían un sensor de movimiento encima del pozo y Verhoven colocaría además una bomba trampa: no estaban dispuestos a cometer el mismo error que los Cuatrocientos Muchachos mayas.

Un momento más tarde estaban ya de nuevo en el oloroso aire de la jungla, respirando con satisfacción y entrecerrando los ojos a causa de la cegadora luminosidad de mediodía. Brazos y Bosch les esperaban, vigilando a un tranquilo y pasivo Kaufman, al mercenario alemán superviviente y a William Devers.

Kaufman los vio llegar y sonrió calurosamente.

—¡Señorita Biggs! —dijo—. Me alegro de verla con vida.

Ella le miró, y luego apartó la vista.

—La encontraron —comentó Brazos—. Eso es bueno. ¿Podemos irnos ya?

Danielle miró a Hawker y luego asintió:

—Nos vamos.

Devers y el alemán se pusieron en pie, pero Kaufman siguió sentado, al parecer nada interesado en moverse.

—No me escucharon antes, pero quizá me escuchen ahora. Si se meten en la jungla jamás saldrán por el otro lado, posiblemente ni lleguen a mañana. Los animales de la noche pasada los cazarían en la espesura. Ya están en ella, eso lo saben ustedes. Y los nativos también están ahí. En cambio, en este lugar, ustedes tienen todas las ventajas.

Danielle le lanzó una mirada aviesa a Kaufman. Había estado esperando que les tendiese otra trampa, y se preguntó si sería ésta.

—¿Se le ocurre a usted algo mejor?

—Espero ayuda —dijo él, con orgullo.

—Naturalmente —aceptó Danielle—. Su helicóptero.

—Me preguntaba cuándo íbamos a volver a ver a ese bastardo —intervino Hawker.

—Sí, el bastardo que le derribó —dijo con sorna Kaufman.

Hawker sonrió ante el implícito desprecio:

—En realidad no fue una lucha justa. Pero, si podemos salir de aquí volando en lugar de caminando, le daré un beso a ese hijo de puta...

—Lo traeré —aseguró Kaufman—, pero quiero hacer un trato. Quiero algo a cambio.

—A cambio seguirá con vida —le dijo Danielle—. Eso debería de bastarle.

Hawker sonrió.

—Ella es quien manda...

Kaufman hizo una mueca: no estaba en posición de negociar.



Hawker le señaló la radio de onda corta:

—Salgamos de aquí antes de que caiga la noche.

—¡Ojalá pudiésemos hacerlo —dijo Kaufman de un modo extraño.

Hawker le miró.

—Pruebe con la radio —le dijo el magnate—, a ver qué logra...

Hawker conectó la radio y esta lanzó un fuerte chirrido y luego un estallido de estática que hacía daño a los oídos. Cambió de frecuencias sin obtener resultados y por fin la apagó.

—¿Qué es lo que le pasa?

—Casi todos los aparatos electrónicos que trajimos han fallado —le explicó Kaufman—. O están a punto de hacerlo. Y las radios de onda corta no funcionan, ni la suya ni la nuestra.

—¿Por qué? —preguntó el piloto—. ¿Qué es lo que pasa?

—La radiación de esta zona tiene un componente electromagnético que, al parecer, destruye los transistores. Es similar a lo que los militares llaman EMP, el *Electro Magnetic Pulse*, o sea, pulsación electromagnética. Cuanto más compacto sea el aparato, más pequeños sean sus transistores o más energía pase por él... antes falla. Es por eso por lo que las radios de onda corta fueron lo primero en estropearse. Si tuviéramos una radio de las antiguas, con válvulas de vacío, puede que aún estuviese funcionando.

Danielle intervino:

—Tiene razón. Antes de que ellos aparecieran ya estaban fallando algunos aparatos.

—¿Y qué hay del SatLink?

—Falló poco después de que tú te fueras.

—Vale, pero hay algo que aún está funcionando: el sistema de defensa, los transmisores—receptores portátiles.

Kaufman asintió con la cabeza:

—Sí, el sistema de defensa y los transmisores—receptores portátiles. Todos esos aparatos fueron diseñados para los militares. Y están protegidos contra ese tipo de pulsación electromagnética, porque en una explosión atómica se produce una enorme pulsación de éstas y los militares no quieren que todo deje de funcionar en cuanto empiece la gran guerra. Al cabo también fallarán, pero aguantarán más tiempo. Así que, si quieren que haga un llamada, más les valdrá que me encuentren una radio militar, y pronto.

—¿No podemos usar ésta? —dijo McCarter, alzando la radio FEB.

—Seguro —le contestó sarcástico Kaufman—... si lo que quiere es que le rescate un submarino.

—Las radios normales no la captan —explicó Hawker, luego se volvió hacia

Kaufman—. Supongo que debe de tener un plan de emergencia...

—Lo tengo. Desde que estamos aquí, mi gente ha estado operando en secreto, al igual que ustedes: sin llamadas entrantes ni salientes. Y sin una petición anticipada para que apresure el proceso, mi piloto regresará con suministros un día y a una hora predeterminados —Kaufman miró su reloj—: aproximadamente dentro de setenta y dos horas. Volará hasta esta zona y esperará una señal, una secuencia específica de disparos de bengalas. Una vez la reciba, hará la aproximación final y aterrizará. Cuando llegue, podemos descargar los suministros e irnos de aquí volando, evitando lo que no dudaría en calificar como una muy desagradable caminata.

—¿Qué piensas? —le preguntó Danielle al piloto—. ¿Nos puede llevar a todos?

—Tal vez —contestó Hawker—. Si descargamos el suficiente combustible...

Se volvió hacia Kaufman:

—¿A qué distancia está su campamento base?

—Tenemos una barcaza en el río, a unos ciento cincuenta kilómetros de aquí.

—Eso me parece una buena idea —intervino Brazos.

—Sí —le apoyó el doctor Singh, mientras los otros se mostraban de acuerdo.

Hawker los contempló, aferrándose a la esperanza que representaba el helicóptero. Parecía la solución racional, mucho mejor que al abrirse paso luchando por la jungla. Pero también tenía sus peligros, de los que el tener que fiarse de Kaufman era el peor. No obstante, la esperanza era una motivación poderosa y no había razón alguna para apagarles aquella chispa. Intercambió una mirada con Danielle y luego se acercó a Kaufman.

—De acuerdo, esperaremos a su extracción —dijo, y luego añadió una severa advertencia—: Pero si algo sale mal, va usted a lamentarlo, y mucho. En otras palabras: no nos joda, o nosotros le joderemos a usted.

Richard Kaufman estudió a Hawker, valorando la amenaza. Aquel hombre era un bárbaro, pero uno que se había impuesto a sus propios bárbaros.

—Estoy convencido de que lo harían —dijo al cabo.

En último término Kaufman era un hombre de negocios, y en un sentido transaccional, no era dado a emociones, sentimientos y ni siquiera a dejarse llevar por el orgullo. Lo que le importaba era lo que decía la última línea, el resultado final. Y, en este caso, era la supervivencia. Si le daban a elegir entre morir en la jungla o volver a Estados Unidos encadenado, siempre elegiría los tribunales, con una horda de abogados vestidos de Armani a su lado y con todos los abusos del NRI por destapar. De hecho, dudaba que las cosas llegasen tan lejos: siempre podía hacerse un trato previo.

Por todo ello, cooperaría cuanto le fuera posible; pero ver la mirada retadora de Hawker se lo ponía difícil, hacía que se despertara su propio orgullo. Se volvió hacia Danielle y la estudió, viendo el desencanto grabado en su rostro. Creía entender el

porqué:

—¿No hay nada allá abajo? —le preguntó.

—Nada —le contestó ella—. Nada más que espacios vacíos, piedra y muerte.

Kaufman se quedó en silencio, sintiendo su propia decepción tan profundamente como ella, y siendo su tristeza igual de real.

—Es una pena —dijo en voz baja—. Una vergüenza, después de todo lo que ha pasado...

## CAPÍTULO 39

Así pues, esperarían. Esperarían en el claro al helicóptero de Kaufman, hasta que viniese o dejase de venir. Convertirían el campamento en un reducto fortificado y se refugiarían en él, evitando el oscuro laberinto de la jungla y sus sombras vaporosas e infinitas cortinas vegetales. Cavarían trincheras y construirían obstáculos y atesorarían las armas y municiones que ambas partidas habían traído. Y si sus atacantes regresaban a por su sangre, para conseguirla tendrían que superar una tormenta de fuegos entrecruzados.

Éste había sido el plan de Kaufman desde el principio, desde su primera conversación con el misterioso señor McCrea. Se había dado cuenta de inmediato del error que era entrar en la jungla, incluso antes de escuchar el tremendo relato de la caminata de McCrea hasta el río. Pero, claro, McCrea necesitaba escapar, mientras que, por el contrario, la intención de Kaufman había sido siempre quedarse, enfrentarse al problema y luego hallar lo que estaba buscando, sin que le molestasen ni los animales ni los *chollokwan*. Ahora, en las postrimerías de la fracasada versión inicial del plan, los supervivientes de ambos bandos iban a intentar un segundo acto, esperando que les fuera mejor.

Recayó en Verhoven el construir la nueva fortaleza, y empezó por descartar la mayor parte de lo ya hecho. Se dio cuenta de que, si Hawker y él no hubiesen abierto brecha en las defensas de Kaufman, no hubieran tardado en hacerlo los animales o los nativos: la red de pozos de tirador estaba demasiado dispersa, demasiado lejos unos de otros como para servir de mucho. Aquel dispositivo correspondía a un mundo para el que se habían entrenado durante las pasadas décadas los mercenarios de la Europa Oriental de Kaufman: el moderno campo de batalla, con sus terrores mecanizados y altos explosivos, un lugar en el que la distancia impedía que múltiples posiciones fueran barridas por un solo proyectil, bomba o misil.

Verhoven, en cambio, había pasado su vida luchando en combates cuerpo a cuerpo, en luchas con armas ligeras en sabanas herbosas, en junglas y en territorios tribales, combatiendo contra enemigos que usaban una tecnología inferior, pero en general contaban con el mayor número. Ese tipo de situación, que era en el que se encontraban ahora, precisaba que los combatientes estuviesen muy juntos, ya que la mejor defensa contra el verse arrollados era la concentración de la potencia de fuego.

Según su plan, Verhoven iba a cavar una nueva serie de pozos de tirador, menos profundos a causa de la premura del tiempo, pero apiñados, muy juntos, como el círculo de carromatos que usaban en el viejo Oeste americano. Cada pozo podría añadir su fuego al de su vecino, y de ese modo se duplicaba o triplicaba la potencia de fuego disponible sin importar en qué dirección se aproximase la amenaza. Eso haría que su pequeño grupo pareciese todo un pelotón de hombres armados.

Devers y Eric, el mercenario superviviente, fueron obligados a hacer la mayor parte del trabajo: Bosch les hacía trabajar, mientras que Verhoven vigilaba y criticaba. A pesar de sus heridas, trabajaron con todas sus fuerzas.

A corta distancia de allí, Danielle le dio a Susan un cursillo acelerado sobre armas. La joven nunca había disparado un arma de fuego, y no mostraba grandes deseos de hacerlo ahora, pero el plan de Verhoven y el escaso número de componentes del grupo exigía que, por lo menos, supiese cargar los fusiles. A lo largo de una hora aprendió a manejar un Kaláshnikov: cargar, apuntar, disparar y practicar la extracción de cartuchos atascados. Disparó dos cargadores completos de munición, sin que su puntería llegara a ser precisa, pero eso poco importaba: sólo dispararía si los *chollokwan* los estaban asaltando, y en tal caso habría demasiados blancos como para fallar.

Mientras Susan practicaba, Brazos y Singh emplearon las herramientas de la expedición para mejorar en lo posible su situación, complementando los sensores electrónicos con la más primitiva de las defensas: cortaron barras de acero en trozos y los clavaron en el suelo con su punta afilada hacia arriba. Luego añadieron montones de palos y piedras sueltas como obstáculos adicionales, de modo que cualquier cosa que llegase a la carga se vería obligada a seguir un camino zigzagueante o a meterse de lleno en una línea de fuego.

Mientras el resto del grupo construía defensas, Hawker, McCarter y Kaufman recuperaban lo que quedaba de las armas de este último. Con el magnate guiándoles buscaron entre las cajas de equipamiento que habían llevado hasta allí desde la barcaza en el río, y que continuaban cuidadosamente apiladas, hasta dar con las que contenían armas y municiones. Kaufman tenía razón al ufanarse ante Gibbs de que sus hombres estaban mucho mejor equipados que los del NRI, pero los combates por hacerse con el control habían terminado tan súbitamente, que buena parte del armamento continuaba embalada.

Hawker hizo un inventario de los suministros, separando lo útil de lo que iba a ser un simple engorro, y empezaron a llevar cajas al centro del campamento. Cuando faltaba una hora para que anoheciera, apartó una lona de encima de algo y una sonrisa se dibujó en su rostro: en el suelo frente a él, apoyado por delante sobre un bípode había un enorme fusil de gran calibre, con una mira láser colocada encima. Era un Barrett M107, un monstruo de calibre cincuenta, preciso a más de mil metros, y que disparaba grandes proyectiles que viajaban a unos ochocientos cincuenta metros por segundo y que podían atravesar bastantes centímetros de acero endurecido. La coraza corporal de los animales de nada serviría contra aquella arma.

—Caballeros —anunció Hawker—: les presento un solucionador de problemas.

—¿Nos ayudará eso? —preguntó McCarter.

—Oh, sí —le contestó el piloto—. Esto nos ayudará. —Y le preguntó a Kaufman

—: ¿Cuánta munición hay para este trasto?

—No sé nada de armas —le replicó el magnate—, para eso los contraté a ellos. Será mejor que se lo pregunte a Eric.

Hakwer alzó la radio para transmitir la pregunta, cuando le interrumpió un sonido como de papel rasgándose. Tras ellos, una bengala subió al cielo.

Se volvió, sabiendo que estaban siendo atacados. Su rifle tableteó, mientras lo alineaba. Las balas dieron de pleno a la bestia que cargaba, pero el animal se abalanzó sobre él, y ambos cayeron al suelo dando tumbos.

Una segunda bestia le seguía, y cargó contra Kaufman y McCarter. Éste disparó, pero falló, y Kaufman y él salieron corriendo en distintas direcciones. El animal siguió al magnate que, por azar, había escapado alejándose del centro del campamento.

Dándose cuenta de su error, Kaufman trató de cambiar su carrera hacia el centro del claro, pero el animal le cortó el paso. Kaufman giró hacia la izquierda, pivotando de un modo tan seco que tuvo que poner una mano en el suelo para evitar caerse. Pero la bestia era más rápida. Lo derribó con un golpe de su zarpa delantera y el hombre cayó entre una nube de polvo. Antes de poder recuperarse, un tremendo dolor le atravesó el hombro y notó que lo zarandeaban de un lado a otro. Aulló.

A cincuenta metros de distancia, a cuatro patas, Hawker jadeaba cogiendo aire. Estaba tosiendo tan violentamente que pensó que iba a vomitar. Toda la fuerza del golpe le había dado en sus ya doloridas costillas, y cada respiración era como tragar fuego. Atontado, miró a su alrededor, asombrado de siquiera seguir con vida. El animal yacía a unos pasos, en un montón desmadejado. Los balazos en la cabeza habían resultado mortales, pero su propio ímpetu le había llevado hasta Hawker, incluso mientras se desplomaba ya sin vida al suelo. Hawker tomó su rifle por la correa de transporte y tiró de ella: el arma se arrastró hasta él sobre la seca hierba. La agarró, haciendo funcionar la corredera un par de veces para asegurarse de que no estaba encasquillada, luego se puso en pie. Oía la agonía de Kaufman en la distancia.

Entre los árboles, el rostro de Kaufman golpeaba contra el desigual terreno mientras el animal lo arrastraba a paso de carrera. El hombro le ardía y estaba tenso, como si le estuviesen arrancando el brazo y luego, de repente, se halló libre en medio de la jungla.

Moviéndose por puro efecto de la adrenalina, Kaufman se puso en pie, sólo para ser estampado de nuevo contra el suelo y luego vuelto boca arriba.

—¡Ayúdenme! —gritó.

La repugnante cosa lo sujetó aplastándolo contra el suelo, quitándole el aliento.

Mientras luchaba por respirar, Kaufman trató de agarrar al animal por el cuello. Pero no tenía una débil tráquea que aplastar, sino puro hueso y una estrecha juntura allá donde las placas se deslizaban la una sobre la otra. Trató de alcanzar el bulboso ojo, pero la cabeza se echó hacia atrás y la presión sobre su pecho aumentó. Incapaz de moverse bajo aquella masa de más de doscientos kilos, Kaufman se estremeció de horror cuando la bestia alzó su cola segmentada por encima de su cabeza, y le apuntó con ella. Vio cómo los aguijones del extremo se extendían lentamente, saliendo de sus fundas, y gotas de un claro líquido perlaban sus aguzadas puntas.

—¡No! —gritó—. ¡No!

La cola se estremeció un poco, se quedó totalmente inmóvil, y luego saltó hacia delante.

Hawker llegó veinte segundos más tarde, pero no halló rastro de Kaufman ni del animal. Vio hierbas aplastadas y sangre, y luego cortes recientes en la corteza de un árbol. Allá arriba las ramas más altas se balanceaban en un aire sin brisas, y en algunas de las hojas se veían manchas de las secreciones oleosas de la bestia. Se había llevado a Kaufman a lo alto de los árboles, como un leopardo se lleva a una presa muerta.

Podían trepar en vertical en la caverna, pensó. Naturalmente también podrían hacerlo en la jungla.

Mientras estudiaba el follaje, le llegaron estampidos de disparos desde el campamento. Esperó que cesaran, pero continuaban sin tregua. De mala gana, volvió a correr.

Para cuando llegó al centro del campamento, las armas estaban en silencio. Contó cabezas: todos estaban presentes, McCarter incluido.

Los otros le miraron con curiosidad: una sangre roja brillante le brotaba de un costado de la cara, fluyendo del reabierto corte de debajo de sus ojos; el brillante líquido rojo contrastaba con su polvorienta apariencia.

—¿Dónde está Kaufman? —le preguntó Danielle.

—Ya no está con nosotros —le contestó Hawker.

—¿Ha huido?

—Yo no lo diría así...

Danielle parpadeó, dándose cuenta de lo que aquello significaba.

Hawker hizo saltar el cargador de su fusil.

—¿Balas?

Ella señaló a una de las cajas que él mismo había llevado allí antes, y el piloto se sentó junto a ella y empezó a recargar. Miraba hacia el perímetro exterior, mientras llenaba de balas el cargador. Querría haber vuelto a por el rifle Barrett, pero los árboles se estaban tragando el sol y el arma estaba demasiado cerca de la espesura

como para arriesgarse con tan poca luz. Tendría que esperar a la mañana siguiente... si es que continuaban con vida.

Esa noche el campamento fue sitiado. Los detectores de movimiento captaron a alguna criatura, a lo largo del perímetro, en treinta y nueve ocasiones. Al principio, los sitiados disparaban sólo después de haber apuntado cuidadosamente, esperando alcanzar, o al menos asustar, a los atacantes, y al tiempo ahorrar munición. Pero, a medida que los seres se tornaban más agresivos, la respuesta de los defensores del campamento se fue haciendo menos controlada. No mucho después, la noche estaba llena de ruido de disparos. Balas trazadoras y bengalas iluminaban la oscuridad, mientras que los focos brillaban al igual que las armas.

Y, a medida que los animales se fueron acostumbrando a la luz y el ruido, empezaron a cargar contra el campamento de uno en uno y de dos en dos, derribando las tiendas hechas jirones y destrozando piezas del equipo. Pasando veloces frente al pequeño punto fuerte de pozos de tirador dispuestos en círculo.

Uno de ellos logró acercarse lo bastante como hacerle un corte en el brazo a McCarter, aunque fue expulsado por un disparo de la escopeta de Verhoven. Otro, desequilibrado por los obstáculos, tropezó y cayó frente a Brazos. Éste le disparó a quemarropa, pero a pesar de ello la cosa se marchó tambaleante, aún viva, al menos por el momento.

Las bestias más pequeñas hacían cargas más veloces, y una de ellas saltó en pleno ataque, cayendo entre los pozos, justo en el centro del círculo. Nadie podía dispararle, por miedo a dar a los otros, pero los perros le atacaron, y en el lío de aquella pelea de animales, los canes se llevaron la peor parte, especialmente porque las cuerdas de nylon que los tenían sujetos les molestaban.

Verhoven tomó un machete y, dando un gran tajo a la estaca a la que los animales estaban atados, los liberó; pero la bestia contra la que estaban luchando era invulnerable a sus dientes y sus zarpas, y los perros seguían muriendo a su alrededor.

—¡Todo el mundo abajo! —gritó Hawker.

Una rápida ráfaga le hizo lanzar un alarido al animal, que saltó por encima del pozo de Susan, huyó y desapareció entre los árboles.

Tres de los perros estaban muertos, los otros dos heridos y sangrando. Con una expresión de dolor en su rostro, Verhoven tomó el rifle de las manos del doctor Singh.

—Límpiele las heridas —le dijo.

Singh tragó saliva y asintió, pero antes de que pudiera empezar, la alarma del perímetro se disparó de nuevo, señalando otro ataque.

Dos horas después de la medianoche, las cosas fueron a peor. Se debió a una casualidad, aunque a las cansadas mentes del equipo del NRI no les pareció que lo fuese. En dos ataques distintos y en un período de cinco minutos, los animales destruyeron por completo el sistema de iluminación que tanto había ayudado a los



humanos en su defensa.

En el primer ataque, un animal chocó de cabeza contra el poste que sostenía dos de los focos. El poste cayó y, al chocar contra el suelo, las luces estallaron, dejando caer sobre el grupo una lluvia de chispas incandescentes. Minutos más tarde, otra bestia mucho más grande se quedó irremediablemente atrapada en los cables de corriente. La fiera se estremeció con frenesí, tirando y girando sobre sí misma, como un tiburón atrapado en una red; al hacerlo tiró al suelo otro de los focos, y luego arrancó el generador entero de sus anclajes, produciendo un cortocircuito en el sistema y hundiendo el claro en una repentina oscuridad.

Danielle, rápida de reflejos, tiró una bengala... pero la bestia se había soltado y escapado.

Durante las siguientes tres horas sólo tuvieron bengalas para iluminar la noche. Lanzaron docenas de ellas, algunas disparadas desde el panel de control, otras con pistolas lanzabengalas y muchas lanzadas a mano.

En un momento dado un bidón de gasoil recibió el impacto directo de uno de los fusiles. Estalló en una explosión de luz naranja, y las llamas pronto prendieron al que estaba a su lado. Las hogueras chasqueaban y estallaban mientras lenguas de fuego saltaban hacia el cielo, medio cubierto por un humo negro y grasiento.

Para ese entonces, los supervivientes estaban llegando al punto del desmoronamiento. Estaban más exhaustos de lo que se pueda medir, sitiados por unas cosas que, unas semanas antes, ni siquiera se imaginaban que existiesen: unas extrañas fieras que no mostraban ningún miedo a los humanos ni a sus armas, y que en realidad no tenían motivo para temerlos.

No podían estar seguros de haber matado ni a uno solo de los animales en toda la noche. Los habían obligado a huir y habían herido a muchos de ellos: pero ninguno yacía en toda la extensión del claro.

Tenían varias hipótesis para explicarlo: para empezar, la mayor parte de los animales eran más grandes que los que habían visto en el templo. Eso le llevó al doctor Singh a especular que sus esqueletos serían más gruesos y proporcionalmente más fuertes. Y Verhoven les hizo fijarse en sus particulares formas, suponiendo que su exterior, extrañamente inclinado, operaba como la coraza de un tanque, desviando cualquier proyectil que les diese en un ángulo llano, como cuando una piedra rebota en la superficie del agua. Aunque no podían estar seguros de nada de ello.

Pronto, sus mentes empezaron a engañarles: veían cosas que no estaban allí, oían sonidos que no se habían producido. Las emociones pasaban locamente de un extremo al otro: en un momento dado McCarter notó que caía en la más absoluta desesperación, deseando que todo acabase ya, de una manera u otra... y un momento después se reía de lo absurdo de todo aquello. Los otros se enfrentaron a estados de ánimo similares.

Y, entonces, las cosas empeoraron aún más.

Una hora antes del amanecer, otro sonido los alertó: la hueca y rítmica voz de hombres cantando ocultos entre los árboles. Los *chollokwan* habían vuelto.

Poco después entrevieron el fuego entre la masa enredada de los árboles, y el humo volvió a llenar el claro de nuevo.

Pero esta vez los nativos no prendieron el tipo de conflagración de la vez anterior: encendieron fuegos aquí y allá, y volvieron a cantar y gritar en oleadas. Sus voces sonaban irritadas y amenazadoras. Espantaban a los supervivientes, burlándose de ellos y, sobre todo, recordándoles algo de lo que ninguno quería acordarse: que ya les habían avisado.

## CAPÍTULO 40

Al irse acercando el alba, las voces de los *chollokwan* se fueron apagando, perdiéndose en el interior de la jungla con las nieblas matutinas. Pero esta vez, el sol naciente no les trajo una sensación de alivio o de seguridad, ni una falsa creencia de estar a salvo, sino más bien una áspera conciencia de lo mal que tenían las cosas.

Los casquillos de las balas se amontonaban en el suelo por centenares, desparramados como las colillas de alguna loca convención de fumadores. Las bengalas consumidas habían formado montoncitos de ceniza en medio de círculos de tierra ennegrecida, mientras que las pilas de piedras que habían amontonado se alzaban como cascotes entre las feas erupciones que eran los hierros de punta. Las tiendas de campaña en las que antes dormían eran poco más que jirones desgarrados de nylon, tiras irregulares que colgaban flácidas de los armazones deformados. Algo más lejos, los bidones de gasoil chisporroteaban y ardían, eructando espeso y oleoso humo, y emponzoñando el aire con vapores acres.

A la cruda luz de la mañana se veía el claro como lo que era, como lo que siempre había sido: un erial, un camposanto, un punto maligno en medio del paraíso, en el que nada vivía ni nada crecía... como los *nuree* recalcaban, un lugar que había sido rechazado por la vida misma.

A pesar de ello, con la pausa de los ataques, los supervivientes corrieron el riesgo de recuperarse y dormir, sesteando por turnos, con sus armas cargadas al lado, aguardando a que comenzase el siguiente asalto y de algún modo esperando que no llegase. Apenas si habían superado doce horas, la mayoría de ellos se preguntaba cómo iban a seguir con vida sesenta horas más.

Hacia mediodía, tras el cambio de guardia, el profesor McCarter se sentó junto al doctor Singh, que le iba a cambiar el vendaje de su herida. Cuando el médico hubo terminado, el arqueólogo volvió a abrocharse la camisa, bromeando, irónicamente sobre que los de su manga se alineaban perfectamente con los cortes de su piel. Se colgó el fusil del hombro, mientras Hawker se les aproximaba.

—¿Qué tal el brazo? —preguntó.

McCarter hizo su mejor imitación de John Wayne:

—Tan sólo es un arañazo...

Hawker miró el grosor de la gasa y el vendaje que hacía bulto bajo la camisa de McCarter.

—¡Pues vaya un arañazo!

Con sólo unas pocas horas de sueño, Hawker se había despertado con la mente relativamente clara, y con sus pensamientos enfocados en las posibilidades que tenían ante ellos. Su principal preocupación era el daño que habían sufrido al perder a Kaufman.

Aquella idea le había asaltado cuando se había ido a dormir, dándole un golpe demoledor, un golpe del que dudaba que fuera a recuperarse. Sin Kaufman para mandar la señal no habría extracción, nada de viaje gratis de vuelta a casa, y posiblemente eso significaba el fin para todos ellos. Se había guardado este pensamiento para sí, esperando que no se les ocurriese a los otros.

Pero, al despertarse, se sentía diferente: era poco probable que Kaufman conociese la mecánica de las señales entre los mercenarios. Después de todo, no sabía nada sobre las armas y, con toda probabilidad, hacía poco más que dar las órdenes. Aparte de eso, una secuencia de bengalas era una señal de aterrizaje poco corriente: las bengalas eran usadas para llamar la atención desde la distancia, no para hacerle señales a alguien que ya conocía la posición de uno. Una señal mucho más común sería un bote de humo de color, que identificaba a la persona que necesitaba ser rescatada y además permitía al piloto juzgar el viento.

Cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que la señal de Kaufman era una mentira, una invención pensada para darse a sí mismo algún valor residual y de ese modo disminuir la posibilidad de ser sumariamente ejecutado de un tiro. Una actuación astuta, reconoció el piloto, pero que él ahora ponía en duda.

Para confirmar su teoría, Hawker había husmeado entre los suministros de Kaufman en busca de botes de humo, y los había hallado. Desafortunadamente de tres colores diferentes: amarillo, rojo y verde. Y si bien abrir el bote equivocado (o lanzar la bengala que no era, si es que Kaufman había dicho la verdad) no iba a ahuyentar a su piloto, indudablemente le iba a hacer sentirse más suspicaz, y ahí es donde radicaba el problema: puede que el piloto aterrizase, o que se aproximase para echar un vistazo más detallado, o también pudiera ser que los ametrallase antes de pasar por encima y perderse en la distancia.

Pensó que quizá pudiesen engañar al piloto desenterrando a los mercenarios muertos y poniéndose sus uniformes; pero el grupo del NRI tenía una composición muy diferente. No sólo su número era menor, sino que además había entre ellos dos mujeres, un negro y un brasileño de piel muy oscura. Eso no iba a pasarle desapercibido al piloto. Desde luego, no estarían a la vista ni Kaufman con su gran cazadora de safari, ni la docena de rubios alemanes orientales.

E incluso si el piloto aterrizaba, sin Kaufman para darle órdenes, probablemente habrían de hacerse con el helicóptero por la fuerza, sin dañarlo en el intento. Lo cual, de nuevo, no era imposible, especialmente con el rifle de francotirador... pero, aun así, un millón de cosas podían ir mal.

Por todo ello Hawker se preguntaba si no deberían de emprender una caminata a través de la jungla, mientras el sol estuviese aún en lo alto. Elije tu veneno, se dijo a sí mismo.

Pero, tras la noche que acababan de vivir, no tenía deseo ninguno de enfrentarse

ni siquiera a una sola de aquellas cosas en medio de la enredada oscuridad de la jungla pluvial. Dos días en el bien defendido claro y un cincuenta por ciento de posibilidades con el helicóptero le parecía una opción mucho mejor que cuatro o cinco días abriéndose paso por la jungla. Continuarían esperando, y eso significaba que necesitaban información.

—Una noche dura —le dijo a McCarter.

—Estoy seguro de que esta noche será más de lo mismo... —replicó el científico.

—Tal vez —comentó el piloto—. Y tal vez no...

McCarter acabó de abotonarse la camisa.

—En cualquier pelea, las cosas siempre parecen peores desde tu propio bando —le explicó Hawker—: Lo único que ves son tus propias pérdidas, pero no las del enemigo. Tu mente te dice que aún sigue intacto, cuando es evidente que no es así.

Hawker señaló a la selva.

—No lo hicimos tan mal anoche: seguimos con vida y les dimos una buena paliza a esas cosas. Algunas de ellas van a morir y otras se van a quedar lamiéndose las heridas, lo que significa que habrá menos de ellas por aquí para molestarnos esta noche.

—Pero van a volver —insistió McCarter.

—Vale, supongo que lo harán —aceptó Hawker—, y antes de que lo hagan, tenemos que hacer algunas investigaciones.

McCarter le prestó más atención:

—¿Investigación? Me gusta la investigación... ¿en qué está pensando?

Hawker señaló hacia la espesura.

—Tenemos que ir allí a husmear un poco entre los árboles. Mirar algunas cosas.

El rostro de McCarter reflejó desagrado ante ese plan:

—¿Le he dicho ya lo mucho que odio la investigación? ¡No la soporto! Siempre la dejo para mis ayudantes...

Hawker sonrió:

—Buen intento —le dijo.

Unos minutos más tarde, Danielle les estaba dando dos radiotransmisores. El primero de ellos sonaba débil e intermitentemente.

—¿Estáis seguros de que esto es sensato? —les dijo.

McCarter cogió el otro aparato.

—Es cualquier cosa menos sensato —dijo, mirando a Hawker—. De hecho, creo que habría que mirarle la cabeza. Tal vez tendría que examinarlo el doctor Singh.

—Estoy demasiado mal para que me pueda curar —dijo el piloto riendo.

—Sí, pero quizá pudiera empezar a ponerle parches... —replicó McCarter—, y eso es lo importante.

Hawker apretó el botón del micrófono de la radio: parecía estar funcionando.

—Ésta es buena

—Trata de hacer que dure —le dijo Danielle—, el cargador ya no funciona.

Hawker se colocó la radio al cinto.

—Maravilloso —dijo—, dentro de poco viviremos como en la Edad Media.

Mientras Hawker, tras tomar su fusil, se llevaba a un nada convencido McCarter a través del claro, Danielle se encontró pensando en él: a pesar de su aparente humor notaba que llevaba un gran peso sobre sus hombros... el peso de las esperanzas puestas en él por los otros. Lo miraban con confianza, esperando que él los llevara de vuelta a casa. En tanto que él creyese que iban a sobrevivir, los demás también lo creerían, pero si desfallecía o hablaba con desconfianza, lo iban a notar y entonces se derrumbarían.

Mientras caminaba hacia los árboles, se descubrió observándole y preguntándose acerca de él, y hacía eso sentada junto a la persona que probablemente lo conocía mejor en este mundo.

Se volvió hacia Verhoven, que estaba sentado al borde de su pozo de tirador, llenando torpemente cargadores con su mano buena:

—Hábleme de Hawker —le dijo.

Verhoven alzó la vista por un instante, y luego volvió a la tarea que le ocupaba. No parecía interesado.

Ella sacó una lata de tabaco, una de las que la gente de Kaufman le había quitado.

—Le recompensaré bien...

Verhoven le guiñó un ojo, con una sonrisa cómplice en el rostro, como para decirle que le gustaba su modo de negociar.

—¿Qué es lo que quiere saber?

Le entregó la lata.

—Ustedes ya trabajaron juntos antes, ¿no?

—Hace mucho.

—¿Y qué pasó? ¿Cómo se convirtieron en enemigos?

El curtido rostro de Verhoven se arrugó mientras tomaba un oscuro trozo de tabaco de mascar de la lata y se lo metía en la boca.

—Traté de matarlo —dijo con sinceridad.

Danielle se quedó asombrada: ella había supuesto que era por algún tipo de discusión llena de orgullo, un desacuerdo estratégico, una pelea por dinero o incluso quizá por una chica. Cualquiera cosa, menos lo que Verhoven acababa de decirle.

—O, por lo menos, así lo cree él —explicó el sudafricano.

—¿Y por qué lo piensa? —quiso saber ella.

Verhoven suspiró, como molesto, antes de contestar:

—Hubo un tiempo en el que Hawker y yo éramos amigos —dijo—. Buenos amigos, a pesar de nuestras diferencias. Trabajábamos en Angola, él para la CIA y yo

para las Fuerzas Especiales de Sudáfrica. Nuestro trabajo era promover la resistencia contra el régimen que llevaba treinta años oprimiendo aquel país. Era un trabajo jodido, siempre lo son en esos lugares. Y, con el tiempo, Hawker hizo algunas elecciones que lo enfrentaron a todos los que conocía, yo incluido.

—Sé algo de eso... —dijo ella—, que desobedeció órdenes.

Verhoven escupió al suelo el primer salivazo de jugo de tabaco. Eso pareció alegrarle sobremanera.

—Hay órdenes —afirmó—, y órdenes. Algunas se dan a sabiendas de que tal vez no serán cumplidas, especialmente en ese mundo. Pero hay otras que son la ley.

—Y Hawker desobedeció las que no hay que desobedecer...

Verhoven se guardó la lata en el bolsillo del pecho y tomó otro cargador que llenar.

—Sí —aceptó—. Pero, realmente, las cosas no son tan simples. Para entender lo que sucedió, para verdaderamente entender lo que pasó, primero hay que entender África...

Metió un cartucho en su lugar.

—Aparte de mi país, en la mayor parte del continente reina una especie de anarquía. Una anarquía cíclica e insoluble. Señáleme una nación, y yo le mostraré una guerra. Señáleme otra y yo le mostraré un genocidio o dos. Angola no era diferente: la CIA llevaba décadas en el país, la mayor parte del tiempo apoyando a un demente llamado Jonas Savimbi. Para cuando Hawker llegó allí, se habían dado cuenta de que aquel hombre no era más que un loco asesino; de modo que empezaron a diversificar: Hawker y yo trabajábamos con los grupos más pequeños, los que no estaban unidos a Savimbi. En cualquier otro lugar habrían sido aliados, unidos en contra de un enemigo común, pero la razón y la lógica cuentan bien poco en África, y Savimbi nos consideraba una amenaza. Así que se llegó a un trato, uno de esos que deja a ciertas partes fuera de juego...

—Vuestras partes —supuso ella.

Verhoven asintió.

—El dinero se iba a acabar, las armas se iban a acabar y las tribus con las que Hawker y yo habíamos estado trabajando iban a ser dejadas a su suerte, con una división entera del Ejército de Angola yendo a por ellas, sedienta de sangre y con ganas de darles un escarmiento como advertencia para los demás.

Así que ésa era la orden que Hawker había desobedecido. Naturalmente no estaba en su ficha: para empezar, algo así jamás sería escrito de un modo oficial.

—Y Hawker los siguió armado... —volvió a suponer.

—Se había hecho muy amigo de ellos. Les había dado su palabra. Así que se saltó las normas, comprando armas a cuenta de la Agencia, y robándolas cuando La Agencia le cortó el acceso al dinero.

Verhoven hizo una pausa en la narración para cargar unas cuantas balas más.

—A su gobierno no le gustó mucho aquello, y le pidió al mío que lo detuviese y lo pusiese a buen recaudo. Bueno, costó pero lo hicimos. Y mientras Hawker estaba pudriéndose en uno de mis campamentos, los angoleños hicieron una matanza entre aquella gente.

Danielle apartó la vista, sintiéndose mal. Verhoven continuó:

—Y mientras la CIA estaba pensando qué hacer con él, un hombre llamado Roche entró en su celda y le pegó un tiro en el pecho. Hawker cree que yo lo ordené.

—¿Y por qué iba a pensar eso?

—Porque, oficialmente, Roche estaba a mis órdenes —le contestó Verhoven—. En realidad, las órdenes las recibía de alguien de Pretoria: parece ser que pensaban que mi gente y yo habíamos estado demasiado tiempo asociados a Hawker como para poder fiarse de que lo fuésemos a cazar, así que le ordenaron a Roche y su equipo especial que hiciera el trabajo. Pero resultó que durante casi un año Hawker los estuvo haciendo quedar como unos tontos, escapándose de las trampas que le tendían, llevándose las armas y el dinero, y empujando a Roche a callejones sin salida una y otra vez. Al parecer Roche estaba a punto de ser relevado, cuando al fin consiguió su objetivo.

Verhoven apretó los dientes y su voz se hizo más ronca:

—La primera vez que vi a Hawker, después de eso, no le reconocí: estaba hecho un cromo, cubierto de sangre.

—¿Y no pudo usted evitarlo?

Verhoven la miró con frialdad.

—Ya se lo he dicho, Roche no estaba a mis órdenes...

Danielle se inclinó hacia atrás, inspirando profundamente y removiendo con la punta de su bota el polvo del fondo del pozo de tirador.

Por su parte, Verhoven colocó otra bala en el cargador y lanzó otro salivazo de tabaco al suelo.

—¿Cómo sucedió? —preguntó al fin ella.

—No lo sé exactamente —le dijo él—. Oí un disparo y cuando llegué le encontré en el suelo, sangrando por el pecho. Roche estaba allí con la pistola en la mano, balbuceando algo sobre que Hawker se iba a escapar, pero aún seguía encadenado a una jodida viga. Casi maté a Roche allí mismo: le pegué hasta dejarlo inconsciente, con su propia pistola... y habría acabado con él, pero llegó uno de sus hombres y me detuvo. Al parecer, a Roche se le había acabado el tiempo: le habían dicho que la CIA había mandado a alguien a recoger a Hawker esa misma tarde... Supongo que pensó que lo iban a dejar libre y no pudo soportarlo... se volvió loco.

Verhoven agitó la cabeza, recordando los acontecimientos.

—Yo mismo comprobé cómo estaba Hawker, y no tenía pulso. Quiero decir que



estaba azul, ¿sabe? No podíamos entregárselo así a su gente, así que lo metimos en la parte de atrás de un *jeep*, lo llevamos a unos tres kilómetros de allí y lo tiramos entre los matorrales. Le dijimos al enviado de la CIA que se había escapado. —Una sonrisa apareció en el arrugado rostro de Verhoven—. Lo más irónico de todo fue que Roche no podía decirle a nadie que le había pegado un tiro a su prisionero, o se las hubiera cargado. Así que tuvo que fingir que Hawker le había dado una buena paliza y se le había vuelto a escapar otra vez. Eso acabó de enloquecerlo del todo.

—¿Y cómo sobrevivió Hawker?

—No lo sé. Durante un tiempo ni supe que había sobrevivido. Pero un par de meses más tarde empecé a oír rumores de un estadounidense que trabajaba en el tráfico de armas, en la costa oeste de África. No hay demasiados blancos por allí, y los estadounidenses son minoría. Unos pocos meses después, la CIA me trajo una foto de vigilancia para que la examinase: la habían tomado la semana anterior en Liberia. Era Hawker, tan claro como el agua.

Danielle sonrió.

—¿Y qué hizo usted?

—¿Qué infiernos podía hacer? —le contestó—. La verdad es que sonreí, y luego me estremecí. De todos modos, por ese tiempo yo ya estaba saliendo de aquel mundo: unos años antes mi país había pasado por todas esas transformaciones que ya conoce, y las cosas ya eran diferentes. El pelotón de la verdad venía a por mí, ¿comprende...?

Danielle asintió, recordando la historia de Sudáfrica tras el *apartheid*.

—¿Y qué le pasó a ese tal Roche?

—Unos años más tarde saltó de lo más alto de un rascacielos del centro de Johannesburgo —Verhoven alzó las cejas—. Fue un beso al asfalto desde veinte pisos de altura.

—¿Hawker?

Verhoven se encogió de hombros:

—Roche tenía un montón de enemigos —dijo—. Por ese entonces también él se había metido en el negocio. Pero era un descartador, que es como se llama a los que siempre buscan dejar atrás a unos cuantos de sus hombres, para que su parte de beneficios sea mayor. Así que tal vez no fuera Hawker... aunque, si lo fue, nos hizo un favor a los demás. —Verhoven miró hacia Hawker, en la distancia—: Lo único que sé con seguridad es que todos los que estuvieron involucrados en ese lío han muerto, de un modo u otro, pero siempre sangriento: muertos a disparos o enviados al infierno con una bomba. Cada uno de esos hijos de puta que Roche utilizó para traicionar a Hawker, o que participó en la paliza que le dieron, ha muerto.

Verhoven se volvió hacia Danielle.

—Así que, pensando lo que él piensa, supongo que tiene una bala en ese arma para mí —colocó una última bala en el cargador que estaba llenando—. Y, ¿quién

sabe?, tal vez también yo tenga una para él...

El aire se llenó de silencio, con Danielle y Verhoven mirándose hasta que la radió graznó junto a ellos:

—¿Hay alguien despierto por ahí?

Danielle la cogió:

—Adelante, Hawker. ¿Qué hay?

—Cuerpos desaparecidos. Al parecer esas cosas han desenterrado a los hombres que enterramos. O sea que ya no podemos ponernos sus uniformes...

Danielle puso cara agria:

—De todos modos, eso no me hacía mucha ilusión...

—Ni a mí tampoco. Y parece que también se han llevado al animal que yo maté.

—Carroñeros, además de depredadores.

—Eso parece. Escucha, ya casi estamos en los árboles. Antes de entrar ahí, quiero estar seguro de que la zona está despejada.

Danielle comprobó una vez más la pantalla de su ordenador, que estaba empezando a perder definición.

—No hay nada en la pantalla —dijo—, aunque cada vez se ve peor...

Un doble clic le hizo saber que le había oído y, cuando de nuevo se volvió hacia Verhoven, comprendía mejor la ira de Hawker contra el sistema, contra las órdenes y contra aquellos que las daban.

—Cuando todo haya acabado, déjeme hablar con él —le dijo—. Déjeme intentar explicárselo. Es lo menos que les debo a él y a usted.

# CAPÍTULO 41

Al otro lado del claro, Hawker y McCarter entraron en la selva pluvial, pasando a través de la zona quemada, en donde los fuegos de los *chollokwan* lo habían abrasado todo, y tras ese espacio ennegrecido llegaron a la exuberante jungla verde que había a continuación.

—Explíqueme otra vez por qué hacemos esto... —pidió McCarter.

—Esas cosas no cesaban de llegar de esta dirección —le dijo Hawker—. Al final, su aproximación era predecible. Y algunas de ellas se quedaban un tiempo por aquí, después de salir del claro. Quiero saber el porqué.

—¿Por qué será que algo me dice que ya lo sabe...?

—No lo sé todo —insistió Hawker, examinando los troncos de varios árboles y luego entrando más adentro de la jungla—, pero tengo una teoría. Singh dijo que su cuerpos eran como los de los insectos: que tienen exoesqueletos, increíblemente duros, pero con unas juntas muy simples. Se llevaron el cadáver del que maté ayer, posiblemente para comérselo, y los animales depredadores no acostumbran a hacer eso. Un león puede que mate a su rival, pero no se come su cuerpo. Ni tampoco lo hacen los tigres, ni siquiera las hienas. Los tiburones pueden hacerlo... cuando están furiosos, cuando muerden cualquier cosa que se mueva... pero se sabe que se apartan de los tiburones que flotan muertos en la superficie, como si estuvieran malditos. Incluso fabrican una sustancia para ahuyentar a los tiburones con una enzima que se halla en los tiburones muertos, porque les provoca esa respuesta de huir.

Los ojos de Hawker iban de árbol en árbol y de ellos al suelo, buscando huellas.

—Pero las hormigas sí que se comen entre ellas —prosiguió—. Y también lo hacen las cucarachas y todos los insectos del mundo. Se llevan los muertos de vuelta al nido y allí los despedazan, como se hace con un coche viejo para aprovechar sus piezas como recambios. Así que puede que el buen doctor tenga razón, que esas cosas sean como insectos. Y, si ése es el caso, tal vez sigan pistas marcadas con feromonas. Quizá vayan y vengan por éste sendero, porque una de ellas lo trazó y las otras lo siguen sin pensar. Entran y salen todas por el mismo sitio, como si fuera el único camino a casa, como hormigas que han hallado el camino al azucarero.

—Se necesita imaginación para pensar así —dijo McCarter, sonriendo.

Hawker pasó a la base de otro tremendo árbol.

—Bueno, si ése es el caso, quizá podamos tenderles una trampa... colocar algunos de los explosivos de Kaufman, y hacerlos estallar cuando aparezcan esos bastardos para su resopón nocturno. Y, si podemos hacer eso las bastantes veces, quizá se vayan a buscar unas presas más fáciles.

—Hay muchos condicionales en esa teoría...

—Sí, lo sé —dijo Hawker mientras examinaba la corteza grisácea de otro árbol

—. El principal problema es que sólo aparecen intermitentemente en los escáneres, aunque no son invisibles, sólo de sangre fría... —se detuvo, porque había encontrado lo que buscaba—, y trepadores.

Los ojos de McCarter se fijaron en el árbol que estaba delante de Hawker: el enorme nogal brasileño debía de tener más de tres metros de grosor en su base y se alzaba hacia el cielo unos setenta metros o más, con sus ramas extendiéndose a través de tres capas de techo vegetal que albergaban nidos, orquídeas y diferentes especies de animales a distintos niveles: monos, perezosos y pájaros... aunque nada parecía estar ahora viviendo en él. Sus ramas tapaban el cielo con una tupida red de sombras entrelazadas y múltiples tonalidades de verde clorofila.

—Trepadores —repitió McCarter, mirando hacia arriba.

Hawker asintió.

—Cuando los vimos en la caverna estaban caminando por los techos. Y el que se llevó a Kaufman subió directo hacia el techo vegetal, en vertical. Pero nuestras defensas están montadas para buscar en la horizontal, al hombre que se acerca por el suelo. Los sensores de calor no los pueden captar en absoluto, y los sensores de movimiento tan sólo los captan cuando se dejan caer. Es por eso por lo que creímos que aparecían y desaparecían. Pero si pudiéramos recalibrar los sensores de movimiento y apuntarlos hacia arriba, hacia los árboles, con el ángulo correcto, entonces podríamos descubrirlos antes y hacer algo al respecto. Pero, para eso, tenemos que saber hasta dónde pueden subir.

Hawker señaló las profundas muescas que subían y bajaban por el tronco. Las muescas empezaban en un punto a un metro y medio del suelo y seguían rectas hacia arriba, profundas marcas de garras en la madera viva, que acababan desapareciendo entre la hojarasca que se espesaba.

—Deben de subir por el tronco como los operarios suben por un poste de teléfono cuando deben repararlo —dijo McCarter.

—Ajá —estuvo de acuerdo Hawker—, y nosotros tenemos que subir ahí, para ver hasta dónde llegan. Deme un empujón.

A McCarter no pareció gustarle nada la sugerencia, pero dejó apoyado su fusil y juntó las manos para alzar a Hawker hacia arriba. El piloto se agarró de la rama más baja y trepó.

Tan pronto como Hawker estuvo en el árbol, McCarter cogió el rifle y observó la zona que le rodeaba.

—¿Hasta dónde planea subir?

—Tan alto como ellos —le contestó Hawker.

Miró hacia arriba, mientras el piloto subía por las ramas.

—¿Y cuánto tiempo cree que le va a llevar eso?

—No estoy seguro.

McCarter estudió la jungla que le rodeaba: no estaba muy seguro de que le gustase la idea de estar sólo en medio de aquella selva, pero si aquellos bichos usaban los árboles para ir de un sitio a otro, tampoco estaba muy seguro de querer estar allá arriba.

—Sabía que ésta era una mala idea —musitó para sí—. No puedo creerme que estemos aquí...

—No debería pasarnos nada —dijo Hawker desde arriba—. Creo que esos seres son, sobre todo, nocturnos.

—Es esa parte del «sobre todo» la que me preocupa —le replicó McCarter, mirando nervioso a su alrededor—. Pero no es de eso de lo que estoy hablando. Cuando digo aquí, no me refiero a entre los árboles, con usted, justo ahora... me refiero a que estemos aquí en general. Deberíamos habernos ido cuando los *chollokwan* nos dieron su aviso. Deberíamos habernos ido tras los fuegos, cuando Devers quería que nos fuésemos.

Hawker hizo una pausa en su ascensión.

—Nos habríamos evitado un montón de problemas.

—Joder, sí... ¡vaya que sí! —exclamó McCarter—. Quiero decir: ¿en qué cojones estábamos pensando?

Agitó la cabeza.

—Bueno, sé en lo que estábamos pensando: somos la gente importante, tenemos las armas... nadie nos dice lo que tenemos que hacer.

Allá arriba, en el árbol, Hawker se echó a reír.

—¿Cree que estoy bromeando? —dijo el arqueólogo, mirando hacia arriba—. Pues no, hablo muy en serio.

McCarter se notó agitado, hiperventilando, intoxicado como un niño que se ha comido cinco tabletas de chocolate de una tirada...

—Se lo digo como lo pienso —continuó—: Deberíamos de habernos largado ese mismo día. Tendríamos que haber puesto pies en polvorosa, escapando de aquí. Deberíamos haber vuelto a aquel hotel, haber pedido una buena botella de escocés y habernos ido al *spa* a pasar el día.

Hawker se burló:

—No me parece que usted sea uno de esos tipos de balneario...

—Tiene usted razón, no lo soy —dijo el investigador, reconociendo el fallo en su lógica—. ¡Al infierno el *spa*... me hubiera conformado con la botella de escocés! La cosa es que deberíamos de haberles dejado este sitio a los *chollokwan*, como ellos querían que hiciésemos.

—Me gustaría saber qué es lo que ven los *chollokwan* en este lugar —se preguntó Hawker.

McCarter pareció asombrado:

—¿Qué quiere decir?

Hawker se encogió de hombros, como si la cosa fuera obvia.

—Lo que quiero decir es: ¿por qué están tan enfadados con nosotros? Vale, lo entiendo: no deberíamos de estar aquí, estamos profanando este lugar con nuestra presencia, somos para ellos la plaga o lo que sea. Bueno, ¿y qué? Para empezar este lugar no es suyo, ¿verdad? Es un templo maya. Un templo que lleva tres mil años abandonado. Entonces, ¿por qué cojones les interesa?

—Bueno, probablemente es porque... —empezó a decir McCarter. Hizo una pausa, frotándose la frente y ordenando sus pensamientos—. Yo diría que se debe a...

Esta vez se quedó totalmente mudo: no tenía el menor sentido. No había ninguna razón para que los *chollokwan* mostrasen interés por el templo, ni para que les importase la intrusión del NRI. El templo era una estructura maya, de eso no había dudas, y no había indicación alguna de que los *chollokwan* lo hubieran adoptado como propia, no había rastro de su presencia en el claro ni parecía que hicieran uso del lugar. Incluso lo dejaban atrás varios meses seguidos durante sus correrías nómadas, algo que normalmente no se hace cuando uno tiene lugares sagrados que es preciso proteger con violencia contra los intrusos.

De hecho, cuanto más pensaba en ello menos sentido tenía: los dos grupos eran prácticamente opuestos. Los mayas tenían una civilización estructurada y rígida, incluso allí, en lo que probablemente era uno de sus primeros asentamientos. Construían cosas y otras las cambiaban, alteraban la faz de la naturaleza a su alrededor. Talaban la selva y la civilizaban.

Como todos los constructores, los mayas se pintaban a sí mismos en todos los lugares visibles: sus templos, sus ciudades y las estelas que tallaban, todo estaba pensado para recordarle al mundo quiénes eran y lo que habían hecho. Estaban muy al tanto del paso del tiempo y muy dedicados a perdurar como pueblo.

Pero los *chollokwan* eran diametralmente distintos: permanecían en un segundo plano, formando parte del mismo tejido de la naturaleza, como el jaguar, los árboles y las hormigas. Vivían únicamente el momento, sin cambiar nada y totalmente aislados. Aunque modificaban la naturaleza de pequeñas maneras, hacían poco por cambiarla; sólo dejaban tras de sí sus pisadas...

Finalmente alzó la vista hacia Hawker:

—No debería interesarles —dijo.

—Pero les interesa —le replicó el piloto.

—Sí —estuvo de acuerdo McCarter—, ciertamente les interesa mucho.

Mientras McCarter consideraba esto, Hawker reinició su escalada, tratando de alcanzar el punto en que los animales detenían su subida. Se afanó a un lado del árbol, y luego al otro, subiendo a pulso otra rama más y luego deteniéndose.

—Muy bonito —dijo, en un tono que significaba exactamente lo opuesto.

McCarter no podía ver qué inspiraba preocupación al piloto:

—¿Qué pasa? —preguntó

—Que hay algo aquí arriba —anunció Hawker con una cierta nota de repugnancia en su voz.

—¿Qué clase de algo? ¿Un algo que es una bestia?

—No —le respondió Hawker—. Parece un nido. Es sobre todo de barro y hojas.

—Bueno, ¿acaso no tienen que haber nidos por ahí arriba? —le comentó McCarter—. Quiero decir que hay un montón de animales...

—Hay una mano saliendo de él...

El rostro de McCarter se ensombreció.

—Oh, sí —dijo—. Eso no es bueno.

—Cuidado —advirtió Hawker—. Voy a ver si puedo tirarlo abajo...

McCarter se apartó de la base del árbol y fue a un punto desde el que podía ver mejor. El piloto estaba a unos veinticinco metros de altura, dándole patadas a un objeto ovalado hecho de barro. El nido estaba agarrado al árbol en el ángulo en «Y» entre el tronco central y una rama principal. No podía ver la mano que salía, pero la cosa era lo bastante grande como para poder contener a un hombre.

Mientras Hawker le daba patadas, el barro empezó a perder trozos que caían, y McCarter se echó más atrás, para evitar la lluvia de terrones. Tras una docena de golpes, la cosa entera se desprendió y cayó hacia tierra, dando contra el suelo con un sonoro golpe.

McCarter lo examinó: con un palo empezó a apartar el barro amasado y, poco después, pudo ver la cara y la parte superior del torso de un hombre. Reconoció su ropa como el uniforme que llevaban los mercenarios de Kaufman. Arrancó otro gran trozo de tierra del pecho del hombre y se detuvo. Creyó haber visto moverse un brazo. Parpadeó y miró fijamente, poniendo cuidado en no interferir. Y entonces se movió de nuevo: con un pequeño movimiento, como haciendo una señal.

## CAPÍTULO 42

Asiendo su radio, McCarter pidió ayuda.

—Danielle —dijo—. Necesitamos que el doctor Singh venga aquí. Lo necesitamos de inmediato.

La llamada de McCarter obtuvo una respuesta casi de pánico de Danielle:

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Algo anda mal?

—Esto... bueno... no ha pasado nada —tartamudeó McCarter, dándose cuenta de cómo debía de haber sonado su mensaje en el campamento—. De todos modos nada malo. Bueno, no muy malo. Bueno, algo malo.

Se calló y ordenó sus pensamientos.

—Hawker y yo estamos los dos bien —aclaró—, pero hemos encontrado a alguien que puede que necesite la ayuda del doctor Singh.

Hubo una breve pausa y luego Danielle dijo que el doctor estaba en camino.

Mientras Hawker iniciaba el descenso, McCarter examinó más detenidamente al hombre. Le pinchó y empujó por unos momentos, pero no vio más movimientos. Tocó la piel del hombre y la notó fría, y al fin se dio cuenta de que estaba muerto.

Un rápido examen le dijo lo mismo al doctor Singh:

—A este hombre ya no le puedo ayudar en nada —dijo.

—Lo sé —dijo McCarter avergonzado—. Me confundí. Se le movió el brazo... en realidad, se le movió dos veces. Pensé que estaba... ya sabe... vivo.

Hawker saltó desde la rama más baja y dio una mirada a lo que había hecho McCarter.

—Menos mal que ya estaba muerto —dijo—, porque si no esa caída le habría hecho un daño horroroso.

Juntos, el doctor Singh y McCarter limpiaron el resto de barro que lo envolvía. Descubrieron dos grandes agujeros en el pecho del hombre que le atravesaban la camisa. Cuando se la quitaron, cortándola, encontraron un grupo de bultos oscuros bajo su piel. Habían visto esas erupciones antes, en el cadáver del nuree que habían hallado flotando en el agua. Esta vez, sin embargo, parecía haber movimiento en las hinchadas ampollas, algo se desplazaba como el mercurio, aquí y allá, bajo la piel.

—Burbujas de gas —supuso el doctor Singh—. Probablemente el movimiento de esas burbujas tensó la piel e hizo que el brazo de este hombre se moviese.

—Por lo menos no veo visiones —respiró McCarter.

El doctor se puso un par de guantes de látex e inició una exploración. Cortó una de las burbujas con un bisturí. Se abrió con un pop, y brotó un chorrito de sangre. Hawker y McCarter dieron un paso atrás.

El doctor tocó el brazo del hombre, que se movió libremente.

—Extraño —comentó, sorprendido—. No tiene rígor mortis y, como el hombre



del río, casi no parece haber sufrido descomposición, si es que ha habido alguna...

Tomó sangre con una aguja hipodérmica y la depositó en un tubo de laboratorio. A continuación examinó el daño hecho por los agujonazos, que atravesaban las costillas y penetraban profundamente en el pecho, pero no salían por el otro lado. Un golpe controlado, de nuevo como en el caso del hombre hallado en el río. Empezó a pensar que la suposición de Verhoven había sido correcta, y que quizá los *chollokwan* hubieran atado al *nuree* para entregárselo en sacrificio a los animales.

Mientras iba a tomar otra muestra, Singh vio moverse algo en los restos de la ampolla que había seccionado.

—Extraño —dijo de nuevo.

—No para usted de decir eso —le comentó Hawker—, pero sucede que no hay mucho por aquí que no sea extraño. ¿No podría ser un poco más específico?

El doctor no le contestó, sino que fue a por algo que parecía estar nadando en un charco de mucosidad negra: con unas pinzas sacó el resbaladizo objeto gris de la cavidad en el pecho del hombre. Se parecía a una sanguijuela muy grande, pero con dos largos filamentos que iban hasta la cavidad del pecho del hombre, en donde permanecían sujetos a algo.

Singh sostuvo el parásito sin cortar los filamentos, pero fue en busca de su punto de conexión, que era una arteria principal justo encima del corazón del hombre. Cortó una sección de la arteria y sacó con ella al chupasangre.

El parásito, parecido a un gusano, se estremecía impaciente, luchando contra el apretón de las pinzas. Los filamentos soltaron el pedazo de arteria y empezaron a serpentear adelante y atrás, retorciéndose uno sobre el otro, como un par de diminutas mangueras de bomberos que se hubieran escapado de las manos de quien las utilizaba. Parecían estar buscando algo a lo que agarrarse.

Singh lo alzó para enseñárselo a los otros dos, y Hawker se echó atrás.

—¿Qué es eso? —preguntó McCarter.

—No lo sé —dijo Singh—, pero si tuviera que hacer una suposición, yo diría que es la forma reproductora del animal que mató a este hombre.

Hawker lo miró aún con más asco que antes.

—¿Una larva?

—En cierto sentido —le explicó el doctor—. Depositada como parásito en este cadáver.

El piloto hizo una mueca de repugnancia.

—¿Está seguro?

—No puedo estar totalmente seguro, pero me parece probable. Muchas especies se reproducen por medios parasitarios, en especial los insectos. Por ejemplo, las avispas pican a otros insectos, los paralizan y depositan en ellos sus huevos. En esos casos el anfitrión vive mientras lo devoran desde dentro.

—Más rasgos de insecto —señaló McCarter.

El doctor señaló a los filamentos, que eran tan largos como el cuerpo mismo de la larva.

—Parece haber estado alimentándose con los nutrientes de la sangre del muerto. Posiblemente esas burbujas hayan sido causadas por sus propios gases de desecho.

Lo alzó hacia Hawker para que lo viera mejor. Éste de nuevo retrocedió.

—Vaya con cuidado con esa cosa...

McCarter parecía más interesado.

—¿Y qué hay de las otras ampollas?

Singh metió al parásito en un recipiente y regresó al cuerpo. Estaba seguro de que cada ampolla oscura contenía a otra larva.

Hawker tomó la radio y le pidió a Danielle que acudiera con una lata de gasoil, pues ya no lo necesitaban para el generador averiado.

—¿Podemos aprender algo de eso? —preguntó luego.

—Definitivamente sí —le replicó Singh.

El piloto no pareció nada feliz.

—Sabía que me iba a decir eso. De acuerdo, he dicho que íbamos a investigar un poco, así que haga lo que pueda con esas cosas. Pero, haga lo que haga... ¡que no se le escapen!

El doctor colocó la última de las cuatro larvas en un tubo de ensayo, y se dedicó a tomar muestras del cuerpo. Mientras él trabajaba, Hawker y McCarter recogían ramas que colocaban alrededor del cadáver.

Danielle llegó un minuto más tarde con una lata de cuatro litros de gasoil y, cuando Singh hubo acabado, lo vertió sobre el cuerpo y sobre la madera que lo rodeaba.

Hawker tiró una cerilla al montón. Durante un momento sólo ardió allí donde había caído: una llamita prendida al extremo de un palito. Luego, el fuego prendió con un resoplido y las llamas crecieron rápidamente. El humo de la cremación se alzó por entre los árboles hacia el cielo, como una ofrenda.

Mientras el grupo regresaba al campamento, el arqueólogo se volvió hacia Hawker:

—¿Nos hemos enterado de lo que queríamos saber?

—Nos hemos enterado de más de lo que queríamos —dijo Hawker.

McCarter asintió, pensando que el piloto hablaba del cadáver y las larvas e, indirectamente, tenía razón. Pero el otro estaba preocupado por algo más que por el cuerpo y los bichos que habían hallado en él: y es que, desde arriba del árbol había visto, dispersos por entre las ramas cercanas, nidos como aquel de todas las formas y tamaños. Había docenas de ellos, docenas y más docenas, como una plantación de árboles frutales que diesen frutos podridos. Algunos parecían estar nuevos, con el

barro negro y los costados lisos, mientras que otros eran más viejos, estaban ya secos y desmoronándose; y también los había que eran sólo cascarones vacíos y abiertos, de los que las larvas o cualquier otra cosa que hubiese dentro se habían ido hacía tiempo.

Los animales habían estado vaciando la selva de todo ser vivo: la prueba de ello colgaba pudriéndose de los árboles.

## CAPÍTULO 43

De vuelta en el campamento, McCarter halló a Susan durmiendo en su pozo de tirador con su fusil en la mano como un buen soldado. Había pensado hacerle a ella la pregunta de Hawker pero cambió de opinión, pues no quería molestar a la joven. De todos modos, ella se movió:

—¿Doctor McCarter?

Él sonrió.

—No deseaba despertarla.

Ella se desperezó torpemente.

—En realidad no estaba dormida: oigo cada sonido.

McCarter inspiró profundamente, mientras la miraba: sólo era una niña, no podía ni imaginarse a lo que se estaba enfrentando. A lo que todos se estaban enfrentando. Y se dijo que quizá la pregunta de Hawker les ayudase a ambos a pensar en otra cosa...

—No es verdaderamente importante —dijo—, pero me preguntaba si me podría ayudar con una cuestión, una con la que mi mente cansada está batallando.

Ella asintió con la cabeza, y él se sentó y repitió la pregunta del piloto, pero la respuesta también se le escapaba a ella, igual que se le había escapado a él.

Lo discutieron un rato e intercambiaron opiniones, pero no hicieron un auténtico avance hasta que consideraron una pregunta diferente, una que se habían estado planteando desde el principio... para empezar, ¿qué es lo que hacían allí los mayas?

—Todo empieza aquí, con la pregunta original —señaló McCarter—: este sitio, ¿es *Tulum Zuyua*?

—No lo podemos probar —dijo Susan.

—No, pero parece posible: Siete Cavernas, El Lugar del Agua Amarga, glifos que hacen referencia a cosas que pasaron antes de que los primeros mayas se marcharan de *Tulum Zuyua* —se rascó la cabeza, mientras pensaba—. Si asumiésemos que es cierto, ¿eso nos ayudaría? Lo que quiero decir es: ¿qué sabemos de *Tulum Zuyua* que nos pueda decir algo?

—Aquí les dieron sus dioses a los humanos —dijo ella—. Y éstos se fueron, en una especie de éxodo.

—Justo —aceptó McCarter—. Y, por lo que hemos hallado... o, mejor dicho, por lo que no hemos hallado, no parece que este lugar estuviese ocupado mucho tiempo.

Se refería a la ausencia de utensilios cotidianos, que forman la mayor parte de los hallazgos en cualquier excavación: la cerámica para cocinar y llevar agua, las herramientas y los huesos de los animales consumidos como alimento, todo lo que se apila en los antiguos vertederos. Ni tampoco habían hallado una extensa escritura: había glifos en la fachada y el interior del templo, así como en una de las estructuras

más pequeñas: ciertamente era algo, pero no un gran trabajo, como el que se veía en los jardines de piedra de las ciudades clásicas de los mayas. Y, en ciertos lugares, parecía como si el trabajo hubiera sido interrumpido súbitamente, como si fuesen frases a medio acabar. Todo lo cual sugería un repentino éxodo.

—Usted cree que huyeron... —aventuró ella.

—Que abandonaron el lugar —le corrigió McCarter—, lo que es algo diferente a la ordenada partida narrada en el *Popol Vuh*, pero incluso allí, la descripción de esa gente caminando por entre la oscuridad y bajo la lluvia evoca la imagen de unos refugiados.

Ella pareció estar de acuerdo

—¿Qué más sabemos?

McCarter se frotó la naciente barba de sus mejillas: parecía papel de lija; luego tendió la mano hacia sus notas. Comenzó a pasar las hojas una vez más, yendo esta vez hacia atrás, empezando en la fecha actual y yendo hacia el inicio de la expedición. El forzarse a revisar lo escrito, a estudiar las palabras en lugar de pasar a lo que sabía que venía después, era un truco útil que había aprendido hacía mucho.

Página tras página fueron pasando por entre sus manos: los dibujos que había hecho, las notas que había garabateado y que ahora casi parecían indescifrables. Entrecerró los ojos y forzó su cerebro, y luego continuó yendo atrás. Las páginas volaban, una tras otra, hasta que al final se detuvo en una.

Sus dedos frotaron el papel: la sensación táctil de la fibra le resultaba familiar, y la mancha en semicírculo de una taza de café le recordaba el día en que había escrito aquella página.

Miró su propia escritura y el glifo que había transcrito, uno que no había copiado ni en el claro ni en el templo, sino allá en el Muro de los Cráneos. Sus ojos pasaron por el mismo repetidamente, mientras que su mente daba un salto que habría sido incapaz de dar sólo unos días antes. ¡Había hallado la clave!

Marcó el punto en sus notas, y comenzó a rebuscar entre el resto, tratando de hallar un dibujo que había hecho en la base del altar, dentro del templo.

Le dijo a Susan lo que andaba buscando. Ella sacó una copia impresa de una foto que había hecho con su cámara digital, antes de que ésta y la impresora hubiesen sucumbido a la degradación electromagnética.

McCarter le dio las gracias y tomó la foto. Escrutó la imagen un instante, y luego buscó de nuevo la página que había señalado. Firmemente convencido, devolvió la foto hacia su ayudante.

—Esta serie de glifos —dijo, señalando a la parte izquierda de la foto tomada en el interior del templo—. ¿Recuerda la conclusión a la que llegamos acerca de ellos?

Susan examinó la foto brevemente, musitando para sí, mientras traducía:

—La ofrenda al *Ahau*. Sacrificio al rey que manda en esta ciudad. En este caso,

aquel para quien fue construido el templo.

—Correcto —aceptó McCarter. Señaló a la derecha de la foto, a otro glifo, más grande y sin embargo ilegible; ilegible porque estaba machacado, aplastado como a golpes de martillo o de una piedra. No era el único glifo que parecía haber sido dañado de aquel modo, pero era el único de aquella parte en particular. Aquello le había parecido a McCarter un acto de vandalismo. Y el hecho de que fuera el nombre del *Ahau*, del rey, aún le causaba una mayor impresión. Pensó en el faraón mandando borrar el nombre de Moisés de todos los obeliscos de Egipto—. Y éste es el nombre de aquel a quien habían dedicado toda esta deferencia, aquel para quien se construyó el templo.

Susan examinó el glifo y suspiró:

—Desconocido —dijo—. Está claro que el glifo representa un nombre, pero al estar dañado y hallándonos tan lejos del resto de la civilización maya, puede que nunca encontremos otro símbolo igual, en cuyo caso tendremos que asignarle un nombre nosotros mismos.

Una explicación de libro de texto, pensó McCarter. Como siempre.

—Eso fue lo que supusimos entonces. Pero, de hecho, ya sabemos quién es, aunque la respuesta le va a sorprender...

Ella le miró con aire suspicaz.

McCarter dobló la página de su bloc de notas y se la entregó a Susan. En la página frente a ella estaba el dibujo que había hecho en el Muro de los Cráneos. La parte no dañada que se veía en la foto era idéntica a sus dibujos. Junto a ella, el profesor había escrito un nombre, la traducción en el alfabeto latino: *Zipacna*.

—¡No puede ser! —exclamó ella—. ¿*Zipacna* como rey? ¿El *Ahau*? ¿El pueblo adoraba a esa cosa?

—O la temía —le indicó McCarter—. Aún hoy en día, los devotos miembros de una Iglesia hablan de temor a Dios. Miedo, reverencia, respeto... son conceptos tremendamente similares.

—Pero *Zipacna* es parte de su prehistoria, parte de su mitología prehumana...

Él arqueó las cejas.

—Durante todo este viaje hemos estado tratando el concepto de *Tulum Zuyua* de diferentes modos. Dado que hemos encontrado edificios aquí, consideramos la posibilidad de que la ciudad sea una realidad. Pero todavía seguimos actuando como si todo lo que se ha escrito acerca de ella, o está conectado con ella, no fuera más que una sarta de bobas leyendas. Y eso incluye el tiempo anterior a su existencia. Creo que quizá nos hayamos equivocado en eso: si *Tulum Zuyua* es real, entonces tal vez la mitología asociada a ella y al tiempo en que aún no existía también sea real. Al menos, en cierto sentido.

—*Zipacna* fue destruido antes de la historia de *Tulum Zuyua* —le recordó la

chica.

McCarter asintió: también él había pensado eso mismo, pero había hallado una solución.

—¿Y cómo fue destruido *Zipacna*?

—Fue atrapado —le respondió ella—, bajo la *Meauan*, la montaña de piedra.

Se detuvo no bien hubieron salido las palabras de su boca. McCarter se volvió hacia el templo.

—Quizá no sea una montaña, después de todo. Y tal vez *Zipacna* no sea singular, sino plural...

—Cree que los seres del templo son *zipacna*.

—Una especie —afirmó McCarter.

—Así que adoraban a *Zipacna*, o le temían —siguió ella—. Y quizá le sacrificaban personas tirándolas por ese pozo, o esperando a que *Zipacna* saliese...

—Eso podría explicar los huesos —dijo él—. Y está la historia de Los Cuatrocientos Muchachos, ¿recuerda? Trataron de enterrarlo en un agujero, pero él sobrevivió y luego salió y los mató. ¿Y si lo que hicieron fue sellar el túnel por el que entramos, y no les sirvió de nada, porque *Zipacna* subió por el pozo y los aniquiló?

—Le sigo —dijo—. Pero si asumimos que *Zipacna* es real y esos animales son *zipacna*, ¿en qué nos puede ayudar eso? ¿Y qué tiene que ver con los *chollokwan*?

McCarter sonrió, le gustaba el hecho de que Susan no fuera fácil de convencer. Buena estudiante.

—Volvamos a la versión maya de la Creación —dijo—. ¿Qué pasó en el primer intento de los dioses de crear seres humanos?

—Que acabaron en seres que caminaban a cuatro patas y no podían hablar. Se convirtieron en los animales de la selva.

—Correcto —intervino el profesor—. Y en su segundo intento los dioses eligieron el barro como base para su trabajo, pero su Creación no mantuvo su forma: esa versión acababa convertida en fango. Así que los dioses los abandonaron y los dejaron disiparse, antes de probar de nuevo.

Tomando la palabra, ella continuó:

—En su tercer intento los dioses usaron madera. Eso les dio los seres de madera, que no honraron a los dioses y por ello fueron destruidos. Pero aún no veo cómo esto va a ayudarnos.

—Los seres de madera —insistió McCarter—. Con los brazos y las piernas sin desarrollar. Ni linfa ni grasa. Con aspecto reseco y cuerpos deformados. ¿Suena familiar?

—¡El cuerpo del templo!

—Exacto —aceptó él—. En el tiempo de los seres de madera tenemos a Siete Aras, que se tenía a sí mismo por un semidiós, ¿no? Y, por lo menos, era el líder de

los seres de madera. Pero los autores del *Popol Vuh* lo han presentado más bien como un usurpador. Para los dioses es repugnante, algo erróneo, extraño y antinatural. ¿Cómo cree que debían de ver a aquel ser las simples gentes de hace tres mil años? Pues subhumano. Pero en un puesto de poder se convierte en algo más: en lugar de ser un ser digno de piedad se transforma en una abominación: *Vucub-Caquix*.

Ella miró la foto de los símbolos destruidos, mientras él continuaba:

—Ahora recuerde: Siete Aras afirmaba ser el Sol y la Luna, lo que irritó a los dioses. Se dice que tenía un nido hecho de metal, que podía iluminar la faz de la Tierra.

Hizo un gesto abarcando el templo:

—Ese ser de ahí dentro u otros como él tenían que poseer herramientas con las que hacer tales cosas: luces y otros aparatos. Y tuvieron que haber venido hasta aquí en algún tipo de nave. Simple física lineal, dijo Danielle. Eso es lo que ella misma andaba buscando. ¿Cómo cree que esos antiguos mayas hubiesen descrito esas luces, esa nave?

No era preciso que ella le contestase.

McCarter la miró fijamente: había llegado al momento del salto, un salto que su mente hubiera sido incapaz de hacer unos días antes.

—Sabemos que *Vucub-Caquix* era el padre de *Zipacna*, a pesar de que él era un ser de madera y su hijo una bestia. Eso a mí siempre me había sonado a raro, pero quizá hayamos estado haciendo una traducción demasiado literal. Después de todo George Washington es el padre de nuestra nación y a Benjamin Franklin lo llamamos el padre de la electricidad, a pesar de que no engendraron esas cosas. «Padre» puede significar patrón o protector... o incluso creador.

Ella miró al templo, y luego le miró a él:

—Así pues, si el cuerpo del templo es un ser de madera de los descritos en el *Popol Vuh*, tal vez incluso el mismo Siete Aras, y sería, o podría ser, el creador de *Zipacna*... su padre, en un cierto sentido. Hizo crecer a los *zipacna* en aquellos estanques. Clonándolos tal vez.

—Eso es lo que yo supongo...

—Es absolutamente repugnante —afirmó ella.

—Definitiva y completamente —aceptó él—. Como una plaga.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Susan—. ¿Qué sentido tiene eso?

McCarter se encogió de hombros.

—No puedo responder a eso. Pero el cuerpo de esos seres era pequeño y probablemente bastante débil. Quizá precisaban protegerse de algún modo, quizá buscaban una forma en que tener amenazados a aquellos mayas para que les construyeran este lugar; quizá necesitaban un modo de forzarles a trabajar. Construir pirámides es un trabajo muy duro.



—«Donde encuentres las pirámides, mira bien y encontrarás esclavos, vivos o muertos, a millares» —dijo ella, citando un libro de texto de él.

McCarter se encogió, al oír sus propias palabras, de un libro escrito hacía veinte años. Era como oír su voz en un contestador telefónico.

—Pero, ¿para qué construir la pirámide? —preguntó ella—. ¿Por qué iban a querer vivir en esa caverna?

—Ajá —exclamó McCarter: había estado esperando esa pregunta—. Una cuestión importante, que creo que tiene una respuesta muy importante. El templo parece ser un tapón, deliberadamente puesto sobre la caverna, manteniendo en el interior el azufre y el ácido, incrementando su concentración en el aire. El medio ambiente de ahí dentro es totalmente diferente. Después de que la sacaron, se tuvo que lavar con agua fresca porque se estaba quemando, ¿recuerda?

—Naturalmente —dijo frotándose el brazo—, aún me pica.

—El agua de ahí abajo es tremendamente ácida: mató al soldado que se zambulló en ella, y sin embargo los animales viven en ella sin problemas. Sólo por esto, deduzco que están acostumbrados a ella o han sido diseñados para ella. En otras palabras, que es su hábitat natural. Si el cuerpo que hallaste es del mismo ambiente, y sólo puedo suponer que lo es, entonces ese ponerle un tapón a la caverna puede haber sido un intento de crear allá abajo un ambiente artificial, uno en el que se encontraban cómodos, o al menos que los mantenía con vida: su versión de una burbuja en la Luna.

McCarter la había estado llevando por un sendero por el que, hasta el momento, ella le había seguido fielmente, pero preveía las preguntas que le iba a hacer...

—Vale, así que los *zipacna* y los seres de madera estaban allá abajo, porque necesitaban de ese medio ambiente para sobrevivir. Eso tiene sentido, pero aún no veo qué tiene que ver todo esto con los *chollokwan*...

McCarter le contestó a su pregunta con una propia, dispuesto al fin a ligar las dos ideas.

—¿Qué les pasó a los seres de madera cuando ignoraron las advertencias de los dioses, cuando los irritaron? ¿Cómo fueron destruidos?

—Los mataron —contestó ella—. Huracán y los otros dioses los mataron. Volviendo sus propios animales en contra de ellos.

—Justo —aceptó McCarter—: sus propios animales, incluyendo una bestia no identificada, a la que dieron el nombre de El Sangrador Súbito o El que Arranca los Rostros, nombres que describen bastante bien lo que parecen hacer los *zipacna*.

—«Y corrieron a los árboles y las cavernas» —dijo ella, citando el texto sagrado—. «Pero los árboles se los sacaron de encima y las cavernas se cerraron». Se diría que los habitantes del lugar los engañaron, sellando el templo cuando llegaba una tormenta.

—Una rebelión, y resultó efectiva. Bloqueando su escapatoria justo cuando llegaba la tormenta, ahogándolos a todos, hasta el último, ahogando a los seres de madera y haciéndolos fundirse con la lluvia ardiente.

—«Lluvia el día entero, lluvia toda la noche» —citó ella.

—Una lluvia de resina negra caída del cielo —añadió McCarter, contemplando cómo empezaban a iluminarse los ojos de Susan: también ella había hecho la conexión. Ya sabía la siguiente pregunta, y también sabía la respuesta. De todos modos se la hizo—: ¿Y qué estaban haciendo los *chollokwan* con esos cristales, cuando les despojó de ellos con tanto salero nuestro buen amigo Blackjack Martin?

—Estaban rogando —dijo ella—, rogando que lloviera...

—Vaya que sí —exclamó McCarter cerrando de golpe su libreta de notas—. Tenían los cristales de dentro del templo, y estaban rogando que lloviese.

## CAPÍTULO 44

Al otro lado del campamento, Danielle y Hawker habían acudido al doctor Singh, para que les informase sobre su estudio de las larvas. Sólo habían pasado dos horas, pero aquella cosa apenas parecía el mismo ser: tenía unos pequeños brazos y piernas y un inicio de cola; era una versión miniatura de las bestias de dentro del templo.

El doctor les explicó:

—Casi nada más llegar aquí, su piel cristalizó en la concha dura que hemos visto en los animales adultos. Los filamentos se secaron y se le desprendieron, y se los comió.

Sólo había un bicho en la caja.

—¿Dónde están los otros, Doc? —preguntó Hawker, mirando a su alrededor.

—Éste los mató y se los comió a todos, antes de que pudiera detenerlo. Tan pronto como se le endureció el exoesqueleto, se tornó muy agresivo.

—¿Se los comió? —preguntó Danielle.

—Parece tener un apetito voraz —le explicó el doctor—. Le he dado de comer cada treinta minutos, y se come todo lo que le doy. Creo que necesita hacerlo: con una muestra que le tomé comprobé que sus células están repletas de mitocondrias, quizá tres o cuatro veces más que una célula humana. Eso le da un tremendo ritmo metabólico. Y para mantener ese ritmo metabólico es probable que tenga que comerse el equivalente a su peso corporal cada noventa y seis horas, o algo así. Me imagino que los adultos necesitarán la mitad de eso, quizá algo menos, pero aun así viven muy acelerados.

—Eso podría explicar su agresividad —dijo Danielle.

—Explica más que eso —insistió Singh.

—¿Qué quiere decir?

—Se lo diré de este modo: en el mundo de la naturaleza hay muchos ritmos vitales. Un colibrí tiene un alto ritmo metabólico: sus alas se mueven tan rápidamente que para el ojo humano son como borrones, y debe de consumir su peso corporal en comida cada veinticuatro horas. ¿Se imaginan eso? ¿Pueden imaginarse comer tanto, y quemarlo todo? —agitó la cabeza—. No es posible con el ritmo metabólico humano. En comparación, especies tales como el perezoso o la estrella de mar tienen un metabolismo congelado. Al ojo humano la estrella de mar le parece tan inmóvil como una piedra. Y, sin embargo se mueven, no sólo se dejan llevar por las corrientes, sino que viajan; incluso hay grandes migraciones de su especie: sin que nadie se fije en ellas, se mueven por los fondos marinos. Eso se puede ver con fotografías imagen a imagen —Singh se ajustó las gafas—. Y si una estrella de mar pudiese vernos, para ella no seríamos más que una huidiza mancha; en cambio, para el colibrí nos movemos lentos como la melaza en invierno, casi como si fuéramos a

cámara lenta.

Singh señaló a la cría de bicho que correteaba dentro de la caja metálica de munición, que había cerrado por encima con una rejilla, también de metal.

—Esos animales viven en un punto intermedio de la escala, entre los colibríes y nosotros. Se mueven rápidamente y reaccionan con una increíble celeridad. Traten de agarrarlo con las pinzas.

—Yo paso —dijo Hawker—. De otro modo ya no sería capaz de volver a probar la comida china.

—Es muy difícil —explicó el doctor—: salta escapándose, por muy deprisa que tú vayas a por él... se te escurre. Creo que ve cualquier movimiento, todos nuestros movimientos, como torpes y lentos.

—¿Hay algo más? —preguntó Danielle.

—Sí, dos cosas más. Primera: el hombre al que le extrajimos eso tenía una enzima en su sangre que impedía que se le coagulase, permitiéndole así a la larva alimentarse de ella. Es muy probable que esa enzima le fuera inyectada en el momento de su muerte, como hace un mosquito cuando pica y extrae sangre. Creo que es la misma enzima que retrasó su descomposición biológica.

—¿Y la segunda cosa? —le urgió Danielle.

—Esos animales se enfrentan a un dilema —le explicó—: cuanta más vida destruyen, menos les queda para alimentarse o para poner sus huevos. Tal como van las cosas, es muy probable que se conviertan en aún más agresivos y menos discriminatorios.

Danielle se estremeció al pensar en ello.

—Apenas si hemos visto vida salvaje por ahí fuera...

El doctor Singh asintió:

—Lo más probable es que hayan matado o se hayan comido todo lo que había por esta zona, y luego hayan ido más allá, en busca de mejores presas. Supongo que es por eso por lo que no nos topamos con ellos cuando llegamos por primera vez aquí: esencialmente estábamos entrando en un espacio vacío, uno que ellos habían vaciado.

—Eso fue una suerte para nosotros —dijo Hawker—. Pero, ¿por qué están regresando?

Singh se alzó de hombros:

—Ni idea.

Antes de que pudieran acosarlo con más preguntas, la atención del médico se centró en un punto por encima del hombro de Danielle: el profesor McCarter y Susan Briggs iban hacia ellos a buen paso.

McCarter habló sin tapujos, nada más llegar:

—Estamos cometiendo un grave error.

—¿De qué está hablando? —quiso saber Danielle.

—Quedarnos aquí es un error, deberíamos estar allí —señaló hacia los árboles—, con los *chollokwan*.

Las cejas de Hawker se alzaron:

—¿Con los que nos han echado la maldición de las mil muertes?

—Lo sé, lo sé —aceptó McCarter, alzando una mano para detener sus interrupciones—. Recuerdo lo dicho... pero creo que si nos hicieron esa amenaza era porque sabían lo que pasaría si entrábamos en el templo.

—¿Y cómo iban a saberlo? —le preguntó Danielle.

McCarter les miró, a uno tras otro.

—Sé que esto suena a locura —dijo—, pero piensen en esto: sólo habían cuatro cristales de Martin, pero habían cinco muescas en la cuna, la bandeja de oro, y cinco depresiones en el altar del templo. Kaufman tenía un quinto cristal, me lo dijo cuando estaba tratando de sobornarme para que le ayudase, mientras estábamos buscando su radio.

Miró a Danielle.

—Insistió en que lo había obtenido de una partida anterior del NRI, uno que desapareció tras hallar este lugar: de un hombre llamado McCrea, que era el único superviviente... que salió arrastrándose de aquí con una pierna rota, que luego perdió.

Danielle asintió, con el rostro muy serio:

—Kaufman era una serpiente —dijo con calma—, pero me imagino que eso que dijo era verdad.

—Si lo es —prosiguió McCarter—, eso significa que su partida hizo algo más que hallar este lugar. Significa que abrieron el templo, y entraron dentro. Y, sin embargo, cuando llegamos nosotros el templo estaba sellado. Eso significa que alguien lo tuvo que sellar, y ciertamente no serían los hombres que estaban huyendo a la carrera por la jungla, y que fueron muriendo uno tras otro. Entonces, ¿quién fue? La única respuesta posible son los *chollokwan*. Vinieron aquí y volvieron a poner la piedra en su lugar, para mantener a los animales dentro.

Danielle y Hawker intercambiaron miradas.

—Aun así, a nosotros trataron de quemarnos, ¿recuerda? —insistió Danielle—. Forman parte de esto. Anoche los volvimos a oír.

McCarter asintió.

—Lo sé —aceptó—. Y, según Kaufman, McCrea creyó que lo estaban persiguiendo. Pero, si ese es el caso, ¿por qué no lo mataron después de que se rompiese la pierna? Y, hablando de eso, también los animales podrían haberlo matado, pero ninguno de los dos grupos lo hizo. Y creo saber el porqué: porque en ese momento ambos estaban preocupados a causa del otro. Eran enemigos mortales enzarzados en una lucha entre sí... demasiado ocupados para preocuparse por un intruso que ya estaba medio muerto.

Danielle y Hawker volvieron a mirarse. Aún no parecían convencidos, y McCarter supuso que dudaban de cualquier cosa que hubiese dicho Kaufman.

—Miren —dijo—, no niego que los *chollokwan* tienen reputación de ser un pueblo violento, pero pienso que los nativos que vio McCrea hacia el final no lo estaban persiguiendo: estaban cazando a los animales que le cazaban a él. Y, probablemente sin querer, le salvaron la vida.

—¿Y que hay del fuego? —preguntó Hawker—. ¿Qué hay de anoche?

—Es lo mismo —le respondió McCarter—: falsas conclusiones basadas en falsas suposiciones. «Fuego por fuego», ¿recuerdan? «Fuego para la plaga.» Supusimos que nosotros éramos la plaga, pero el fuego lo prendieron en los árboles, que fue donde encontramos a esa cosa. —Señaló a la larva enjaulada—. Me imagino que era para quemarlos, para destruir los árboles antes de que las larvas eclosionasen. Y anoche, cuando oímos de nuevo las voces y los tambores, supusimos que estaban preparando una partida de guerra, o algo así. Pero no nos atacaron y, si recuerdan la secuencia, los animales desaparecieron justo cuando empezaron a sonar los tambores. Apostaría a que los *chollokwan* también los estaban cazando anoche.

—¿Con porras y lanzas?

—Y con trampas: pozos llenos de agua —dijo, haciéndole recordar a Hawker la extraña trampa del Muro de los Cráneos.

—Pero, ¿por qué iban a intentar cazarlos? —preguntó Danielle—. ¿Por qué iban siquiera a intentarlo? ¡Es casi un suicidio!

McCarter había estado aguardando a aquello:

—Porque no son sólo unos nómadas primitivos que viven en la jungla pluvial: son los descendientes de los mayas que vivieron aquí. Los que se quedaron.

—¿Habla de la leyenda de *Tulum Zuyua*? —le preguntó Danielle.

—Sí, una leyenda que es pura realidad —dijo convencido de que la leyenda era historia, al menos en aquel lugar. —Se volvió hacia Hawker—: ¿Es que no lo ve? Es la respuesta a su pregunta. Me preguntó por qué se preocupaban tanto por este lugar, y la única respuesta que supe darle es que no deberían hacerlo. Tendrían que pasar por aquí como por cualquier otro lugar de la jungla, ignorándolo o, a lo sumo, considerándolo como algún tipo de curiosidad. Pero no lo ignoran: vienen aquí cada año y queman los árboles para mantener este lugar libre del follaje, justo tal cual Blackjack Martin decía que habían hecho en el Muro de los Cráneos. Cuidan este lugar y mantienen alejados a los intrusos, año tras año, siglo tras siglo, porque es suyo. Como una bendición o maldición, pero les pertenece.

—Pero usted dijo que la ciudad había sido abandonada —le recordó Danielle.

—Lo fue —asintió McCarter—. Sus habitantes abandonaron el lugar. Encerraron dentro a esos animales, tal cual cuenta la historia de *Zipacna*, que fue enterrado bajo una montaña de piedra... y huyeron hacia el norte. Supongo que los *chollokwan* se

quedaron atrás, porque eran el grupo de guerreros dejados aquí para protegerles las espaldas a los otros, para mantener el templo por siempre cerrado.

—Pero no escriben, ni cuentan el tiempo que pasa, ni construyen nada —observó Hawker.

—Si nuestra civilización fuera aniquilada hoy en día, mañana ya nadie seguiría construyendo rascacielos o aviones a reacción. Tendríamos mucha suerte si pudiésemos edificar una casa que no tuviese goteras en el techo. Todas las civilizaciones construyen un cuerpo de lo que llamamos conocimiento social, conocimiento que sólo es de utilidad en tanto que ese cuerpo siga intacto: la especialización lleva a la interdependencia, y la interdependencia lleva a la vulnerabilidad. Si se destruye una civilización, las habilidades especializadas son las primeras en desaparecer, mientras la gente lucha por cubrir sus necesidades básicas. En el mundo maya solamente los sacerdotes sabían escribir o entender los calendarios. Y solamente los artesanos sabían grabar los glifos y edificar. Así es como la élite controlaba a las masas. Una tropa de guerreros no tendría ninguna de esas habilidades, lo único que sabrían es cómo luchar.

La mirada de McCarter pasó de rostro en rostro, y decidió atacar el tema desde otro ángulo:

—Les voy a dar la prueba: hace unos ochenta años Blackjack Martin les robó esos cristales a los *chollokwan*, después de que fueran usados en una ceremonia pidiendo las lluvias. Ahora bien, pregúntense a ustedes mismos: ¿para qué iban a querer lluvia los *chollokwan*? Son las sociedades agrícolas las que necesitan la lluvia, no las cazadoras. Y los *chollokwan* no son ni han sido agricultores, sino cazadores y recolectores, nómadas o migradores periódicos. La lluvia hace que sus vidas sean exponencialmente más difíciles: convierte la tierra en barro y hace que los animales se queden escondidos en sus nidos y madrigueras. Y permite a la caza que haya que se disperse más ampliamente, en lugar de concentrarse al borde de los ríos. Si los *chollokwan* fuesen unos simples nómadas aborrecerían las lluvias, las despreciarían... pero no lo hacen, por el contrario ruegan porque lleguen, tal cual hacían los antiguos mayas.

—¿Por qué? —le preguntó Danielle.

—En parte a causa de su herencia. Es un comportamiento aprendido y asumido. Pero creo que hay otra razón, una razón mucho más importante.

McCarter hizo una pausa, tras decidir que la acción iba a hablar con más fuerza que las palabras.

Descolgó la cantimplora de su cinto, desenroscó el tapón y empezó a verter el contenido sobre el bichejo con forma de torpedo que había en la caja.

Cuando el agua tocó a la cosa, ésta dio un salto, gritando como si le hubiesen dado una descarga de un millar de voltios. Se golpeó contra la rejilla que cubría la

caja y luego cayó de nuevo, culebreando violentamente de un lado a otro, poniéndose en pie cada vez que se desplomaba y corriendo otra vez de rincón en rincón, en busca de lugar seguro.

Mientras McCarter seguía vertiendo agua, el parásito siseó y escupió, arañando las lisas paredes metálicas, tratando de subir por ellas. Dio un salto y se agarró a la rejilla, cayendo una vez más cuando McCarter le echó encima el resto del agua de la cantimplora.

Por ese entonces ya chapoteaba en un par de centímetros de agua, que llenaba el fondo de la caja de la que el ser no se podía escapar. Corrió a uno de los rincones y trató en vano de subir por él. Saltó y cayó, y saltó otra vez. Saltaba repetidamente, haciendo todo lo posible por mantenerse fuera del agua, hasta que cayó de espaldas y empezó a convulsionarse en una serie de violentos espasmos. La caja se estremeció con sus movimientos, cuando las convulsiones se hicieron más pronunciadas. En treinta segundos se estremecía en una mortal espiral de agonía.

Al cabo, empezó a disminuir la intensidad de sus reacciones; los ángulos del bicho empezaron a suavizarse y su cuerpo se fue disolviendo en una sustancia líquida oscura: las uniones químicas de su estructura estaban rompiéndose y separándose. Se fundía, como una babosa cubierta por una gruesa capa de sal, y el agua de la caja se fue tornando oscura y cenagosa con el residuo.

—«Lluvia el día entero, lluvia toda la noche» —citó McCarter—, «y a causa de ella la tierra quedó ennegrecida». Así es como fueron destruidos los seres de madera, y éstos son los *zipacna*, los hijos o las creaciones de esos seres, que hubieran muerto de la misma manera, pero que ya habían sido encerrados dentro del templo, atrapados bajo la Montaña de Piedra.

—Es lo que contaba la leyenda —dijo Danielle y, antes de que él pudiera corregirla—: y así fue en realidad.

McCarter asintió.

—Por lo que he visto, creo que el cuerpo que hay en el templo entró en la mitología maya como un ser de madera, quizá como el mismísimo Siete Aras, y que esos animales son los *zipacna*. En la leyenda, tan sólo los seres de madera estuvieron presentes en el diluvio, pero la lluvia, nuestra lluvia, les hará lo mismo a los *zipacna*.

Danielle miró a Hawker, y luego a Singh.

—¿Y los nativos? —inquirió.

—Ellos lo saben, siempre lo han sabido, porque sus antepasados lo vivieron hace tres mil años. La lluvia destruyó a sus enemigos, a aquellos que habían oprimido a sus ancestros, y todo aquello se convirtió en su religión —hizo un gesto con la barbilla hacia la jungla—. Durante tres mil años han estado viniendo aquí en sus desplazamientos nómadas. Siempre aquí, siempre en la estación seca, guardando el lugar y esperando que lleguen las lluvias, para que éstas les otorguen la absolución



para el resto del año. Hace ochenta años, cuando Blackjack Martin les quitó esos cristales, estaban esperando que llegaran las lluvias, rogando por su llegada porque ése es su dogma espiritual, y también por puro hábito. Ahora, en alguna parte de ahí fuera, están haciendo lo mismo, pero por una necesidad desesperada. Si queremos sobrevivir hemos de hallarlos. Tenemos que mostrarles que lo sabemos todo.

# CAPÍTULO 45

Danielle había visto la demostración de McCarter y estaba de acuerdo. Veinte minutos más tarde ya estaba caminando por el interior de la selva pluvial, acompañada por Hawker, McCarter y Devers. Verhoven se ofreció a ir en lugar de ella: después de todo tenía una pierna herida y era sabido que los *chollokwan* eran una sociedad patriarcal, pero Danielle se había negado. Para empezar, la mano de Verhoven estaba peor que su pierna, y la caminata por la jungla precisaba de casi tanto trabajo de manos como de piernas. Además, tenía la sensación de que aquella era su mejor oportunidad, quizá la única, de salir de aquella situación con vida: era un momento trascendental, demasiado importante como para ser dejado a otros. Pero, al aceptar, McCarter le había suplicado que, si tenían la oportunidad de hablar, ella no lo hiciese, y había insistido en que siendo la suya una sociedad dominada por los machos, a los *chollokwan* no les haría ninguna gracia que una forastera les hablase. Ella aceptó, pero de ningún modo se iba a quedar atrás.

Verhoven permaneció en el campamento con el resto del grupo, armado y esperando. Y cada uno de ellos se preguntó si vería otra vez a los demás.

Ahora ya caminaban a través de la selva pluvial propiamente dicha, no por el borde del claro, en donde McCarter y Hawker habían estado antes, sino por la profundidad de la espesa jungla. Los enormes árboles con sus ramas que formaban bóvedas y las lianas, el enmarañado sotobosque que ocultaba cosas que correteaban... ahora, todo aquello le parecía extraño, tan oscuro y siniestro como la caverna bajo el templo, y similar en muchos aspectos.

La opresiva oscuridad hacía sentir un raro nerviosismo, una cierta ansiedad, que parecía ir creciendo cuanto más se alejaban del claro y su relativa seguridad... era como el viejo temor de los marineros a perder el contacto con la costa.

Concentró su mente en lo esencial: los animales, esos *zipacna* de McCarter, estaban por alguna parte. Y si bien Hawker había supuesto que eran nocturnos, por el ataque a Kaufman y por la historia de McCrea, sabían que aquello no era enteramente cierto. Tras observar la cría que tenía en la caja de munición, el doctor Singh había supuesto que no era el día lo que los animales evitaban, sino la luz del día. La larva se había refugiado en un rincón de la caja que le daba algo de sombra y, cuando el médico había cubierto media caja con un trapo, cambiándolo varias veces de posición, el bicho siempre había elegido la parte en sombras. Si Singh tenía razón, los animales podían cazar en la selva las veinticuatro horas del día, pues bajo el triple techo vegetal, que era por donde el grupo caminaba ahora, llegaba menos del diez por ciento de la luz del sol.

Sabiendo esto, los ojos de Danielle no paraban quietos. Caminaba al lado del arqueólogo, en formación abierta, pasando sucesivamente su mirada por la jungla,

por McCarter y por el traicionero Devers, que andaba unos pasos por delante, sin ligaduras pero desarmado. Casi esperaba que intentase algo, y medio lo deseaba, pero tratar de escapar solo por la espesura sería un suicidio para él... y, probablemente, también para ellos si lo perdían.

A unos metros por delante del lingüista, Hawker caminaba con decisión y a buen ritmo; en ocasiones, se detenía súbitamente, pero luego volvía a emprender su rápida marcha. En cada parada controlaba la jungla por delante y por detrás, a veces quedándose varios agónicos minutos en total silencio e inmovilidad, como esperando a que pasase un ángel. Varias veces indicó las señales que le permitían seguir a los nativos: plantas aplastadas, musgo arrancado, suelo pisado; tal como afirmaba el dicho: «Un centenar de rostros pálidos dejan un gran sendero».

Tras dos horas siguiendo pistas y caminando, llegaron a una zona en la que Danielle notó un leve olor a humo. A medida que proseguían adelante, las hojas de alrededor parecieron volverse blancas por llevar una fina capa de ceniza, como el polvo que hay en los muebles de una casa vacía.

Y, de repente, los nativos estaban allí.

Agarró a McCarter y lo detuvo: había dos hombres de piel muy bronceada justo delante, y otros tres a un lado. Supuso que habría más ocultos entre la maleza, pero no podía ver a ninguno. Sostenían en alto las hachas de piedra y sus rostros reflejaban hosquedad, con sus ojos hirviendo de ira.

Uno de ellos gritó algo, que Devers no tradujo, aunque probablemente no fuera necesario... había hablado con tal violencia que sólo podía ser una amenaza, o una maldición. Algunos otros aparecieron de entre la jungla y, en un momento, estaban rodeados por una docena de *chollokwan*.

Era ahora o nunca.

—Hable con ellos, Devers —le dijo—. Dígales que venimos en son de paz.

Devers inspiró profundamente y luego consiguió decir unas palabras. Pero no hubo reacción alguna por parte de los nativos. Al lado de Danielle, McCarter empezó a bajar su fusil, en señal de paz.

Hawker hizo un signo de negación con la cabeza.

—Aún no —dijo Danielle—, o se abalanzarán sobre nosotros.

Devers lo intentó de nuevo, explicando que los hombres del NRI sólo querían ayudar a los *chollokwan*, y no luchar con ellos. Que, al igual que ellos, estaban esperando a que regresase la lluvia y que, para ayudar a que lloviese, habían traído los cristales que les habían sido arrebatados hacía tanto. Se los devolverían a cambio de su ayuda.

Al principio, los *chollokwan* no dijeron nada, mirando sin expresión a los forasteros, como si estuvieran confundidos. Finalmente, el que había gritado empezó a hablar. Sus palabras tenían un tono acerbo, y Danielle estuvo bastante segura de que

su oferta estaba siendo rechazada.

Finalmente, Devers tradujo:

—Se llama Putock —dijo—. Insiste que no nos tiene miedo, ni a ningún hombre blanco. Dice que ha matado a muchos.

—Eso es reconfortante —dijo Danielle.

—Y dice que no es él quien tiene que respondernos y que...

Putock interrumpió a Devers con otro grito y entonces tanto los otros *chollokwan* como él se volvieron hacia la selva.

—Dice que los otros decidirán...

—¿Qué otros? —le preguntó Danielle.

—Los ancianos —le explicó el traductor—. En el Consejo.

Ella miró a Hawker y luego a McCarter. Eso era lo que querían. Se pusieron en marcha, internándose más en el territorio *chollokwan*.

## CAPÍTULO 46

Siguiendo a Danielle y a los otros dos, el profesor McCarter caminó hacia el asentamiento *chollokwan* con la clara impresión de que eran unos invitados no deseados y preguntándose qué tipo de recibimiento iban a tener. Minutos más tarde llegaron al poblado, que se hallaba situado junto a un ancho río, en la parte interna de un amplio meandro que lo circundaba como una herradura. La localización era deliberada: colocaba a los *chollokwan* al lado de una fuente de pescado y agua fresca, y los protegía de un ataque en dos tercios de su perímetro. El trozo restante era guardado por centinelas, grupos de ellos en la jungla y otros encaramados a los árboles. Y aunque no veía nada que le hiciera pensar en vistosos adornos, se empezó a preguntar si no sería cierto que los *chollokwan* habían montado guardia en el Muro de los Cráneos.

Entre los centinelas ardía una larga línea de pequeños fuegos, cincuenta o más, espaciados de modo regular en un largo arco curvado que se extendía hasta la orilla del agua a ambos lados del poblado, una barrera en tierra que formaba la primera línea de defensa. Los fuegos quemaban calientes y llenaban el aire de humo blanco y la fina ceniza que habían visto en las hojas a alguna distancia. Tras las hogueras había montones de leña, que los miembros jóvenes de la tribu iban añadiendo continuamente a las fogatas.

Los vigilantes *chollokwan* saludaron a Putock cuando se aproximó, pero luego se pusieron en pie de un salto al ver a los forasteros. Su compañero los calmó con un gesto y les dijo unas palabras, y el grupo de extranjeros dejó atrás a los centinelas, yendo por entre los fuegos hacia el poblado.

McCarter se esforzó por fijarse en todo. El terreno en sí estaba casi pelado, despojado de todo lo que pudiera ser usado como combustible en las fogatas: sólo quedaban los árboles más grandes. Era más un campamento que un poblado, y sus únicas estructuras eran frágiles refugios, hechos con pieles de animales y maderas atadas. Pero, claro, los *chollokwan* eran nómadas y cuando llegase el momento, recogerían todo lo que había en aquel lugar y desaparecerían, llevándose con ellos los refugios. McCarter se preguntó cuánto tiempo se quedarían allí... hasta las lluvias, supuso, o hasta que hubiese pasado la primera racha de las mismas.

Mientras seguían a Putock pasaron junto a más fuegos, éstos mayores que los del perímetro. Ardían con virulencia, incluso a pleno calor del día; a su alrededor yacían los heridos y los agonizantes y, reunidos en torno a esas víctimas, les lloraban sus seres queridos.

Un par de desconsoladas mujeres se afanaban al costado de un hombre ensangrentado, gimiendo de angustia ante lo que veían. Otros hombres con desgarrones similares eran atendidos por cuidadores más estoicos, madres, hermanas

o esposas sin lágrimas ya que llorar.

Las víctimas habían sido rajadas y abiertas, con su carne y músculos limpiamente cortados hasta el hueso, o arrancados en grandes pedazos. Donde podían serlo, las heridas recientes habían sido cauterizadas con el calor abrasador de unas herramientas de piedra puestas al fuego de las hogueras, mientras que las heridas más antiguas eran cubiertas con apósitos de hojas y barro. McCarter contó a veinte hombres malheridos y a una docena más que ya debían de estar muertos. Se preguntó cuántos más no habrían regresado a casa de sus correrías, y cuántos otros habrían sido tomados por los *chokawa* y colgados en lejanos árboles.

Junto a uno de los moribundos, una mujer y un chico mayor sollozaban, no lejos de donde otro niño, de unos tres años, jugaba. Demasiado pequeño para entenderlo, el crío bailaba alrededor, riendo y piando como un pajarillo, tirando una piedra al fuego. McCarter recordó el funeral de su esposa, y cómo sus nietecitos vestidos de domingo sólo querían correr y jugar. Mientras consideraba la universalidad de la vida y de la muerte, lamentó profundamente el dolor que, se daba cuenta ahora, su grupo había contribuido a causar. Putock dejó atrás a los heridos y llevó a los forasteros hasta la hoguera más grande de todas, una tremenda fogata cercana al centro del poblado, junto a la que se alzaba una gran pila de leña.

Los enviados del NRI se quedaron en pie junto a ella, soportando las oleadas de insoportable calor, así como las miradas y murmullos de los *chollockwan* que se habían acercado a curiosear. A medida que el número de curiosos aumentaba, ellos se fueron apretando, más juntos, y pronto McCarter sintió claustrofobia, encerrado como estaba por una muralla humana.

Tras algunos minutos una agitación estremeció a la muchedumbre y los curiosos *chollockwan* se abrieron para dejar paso: el Consejo de los ancianos había llegado, tal como les habían dicho.

Ese consejo contaba con cinco miembros, pero había uno de mayor importancia, el líder: era un hombrecillo, de por sí de cuerpo menudo, pero que se había encogido aún más con la edad. Se movía con una gracilidad fruto de la precaución y de un esqueleto retorcido y doblado como un árbol viejo. Una piel escamosa y manchada cubría sus manos y su rostro, y sus ojos se hallaban medio ocultos entre pliegues de arrugada carne. Le llamaban Ualon, el Viejo: el abuelo y líder de la tribu. A aquel hombre de débil cuerpo era a quien más honraban los *chollockwan*, por encima de cualquier otro. Y su decisión sería ley para ellos.

Antes de hablar, el Viejo estudió a sus visitantes, se acercó a ellos, tocando algunos puntos de sus rostros y sus manos: valorándolos con el valioso conocimiento que da una larga vida.

Miró el vendaje de la pierna de Danielle, tocó la herida del hombro de McCarter, el sanguinolento costurón de la cara de Hawker.

—Guerreros —dijo en el idioma de los *chollokwan*.

El Ualon y sus colegas del Consejo se colocaron frente a ellos. Ambos grupos se sentaron y la muchedumbre se reunió a su alrededor.

Un cuarteado susurro surgió de la garganta del anciano, con las palabras formándose lentamente en la extrañamente trabajosa lengua de los nativos. Devers le escuchó atentamente.

—Dice que sus adivinos predijeron la llegada de los forasteros, y que habría una lucha entre lo antiguo y lo nuevo. Dice que su padre se lo contó cuando él era un chico, y que ahora ha sucedido.

McCarter miró al anciano y luego a Danielle. Ella le animó a hablar.

—Dile que no hemos venido aquí a luchar contra él. Que hemos venido a devolverles lo que les fue robado, probablemente en los tiempos de su padre. Y también... —McCarter inclinó su cabeza—, también hemos venido a pedirles su ayuda.

—Tendrá que mostrarles los cristales —le dijo Devers—. Los guerreros no parecen comprenderme, y creo que deben de tener un nombre propio para los cristales, más que una descripción.

Devers se había vuelto hacia él para hablar, y McCarter sacó la caja que contenía los cristales de Martin. Cuando la abrió, un murmullo recorrió la muchedumbre.

El Viejo se inclinó hacia delante, para inspeccionar los cristales.

—*Ta anik zakara* —dijo, lo que Devers tradujo como «Los ojos de los *zakara*».

—¿Quién son los *zakara*? —preguntó McCarter.

—Los *zakara* son los ladrones de vida. Son los tomadores de hombres, la plaga. Los *zakara* son Las Muchas Muertes que caminan en la noche. Todos éstos son los nombres de los *zakara*.

No se necesitaba de más explicación.

El Ualon hizo un gesto con las manos, abarcando a toda su gente:

—El pueblo viene para vigilar a los *zakara*, para ver si se han alzado de su pozo, el *Tok Nihra*. Ha pasado el tiempo de muchos abuelos desde la última vez que fueron vistos. Sí, siempre han estado dormidos, hasta ahora. Hasta que vuestras manos los liberaron.

—No pretendíamos hacerlo —le contestó McCarter—. No sabíamos lo que hacíamos...

El Viejo escuchaba a Devers traducir y McCarter se lo imaginaba pensando: «Lo sabíais porque os lo dijimos, os lo advertimos...».

—La presencia de los forasteros en el *Tok Nihra* causa ira en el Corazón Celeste. Y, a causa de ello, las lluvias no caerán.

«El Corazón Celeste», se dijo McCarter. El término maya era el Corazón del Cielo. Ahora estaba seguro, y se dirigió al Ualon directamente:

—Las lluvias matarían a los *zakara* —dijo—. Si cayese la lluvia negra, salvaría al pueblo.

El Viejo miró a McCarter mientras Devers terminaba la traducción. Sus ojos estaban muy abiertos y su brillo luminiscente ya no estaba oculto por las cortinas de piel que los rodeaban. Aunque McCarter no lo sabía, «lluvia negra» era el término exacto que los *chollokwan* utilizaban para el primer chubasco de la estación lluviosa. Era un término sagrado, que no esperaba que supiesen los forasteros.

Allí esperaban, hasta que caía la lluvia negra. Las fuertes lluvias les decían que ya era seguro dejar atrás el *Tok Nihra*. La mayoría de los años caía tanta agua, incluso en la estación seca, que tenían que elegir, arbitrariamente, qué tormenta en particular consideraban como la lluvia negra; pero había años, en especial los de El Niño, como era éste, en que estaba claro cuál sería la elegida.

McCarter podía ver la esencia de todo aquello en el rostro del Ualon, y creyó ver un resquicio. El frágil cuerpo se volvió hacia los otros para conferenciar con el Consejo, antes de volverse de nuevo.

—Desea saber qué clase de ayuda le pedimos —dijo Devers—. Y qué clase de ayuda creemos que puede darnos el pueblo.

—Dile que queremos abandonar la jungla. Nos gustaría dejar a *Tok Nihra* atrás y necesitamos su ayuda para hacer ese viaje. Nos han pedido que nos vayamos y ahora nos iremos. Le ofrecemos los ojos de los *zakara* a cambio de su ayuda —McCarter volvió a tender la caja—. Dile que queremos volver a nuestras casas, viajar de regreso a un lugar bajo nuestro propio cielo.

Los otros ancianos susurraron entre ellos, pero el Ualon no les consultó, se limitó a mirar y escrutar en sus corazones. Finalmente les contestó:

—Muchos de los que viajan no regresan a sus hogares —señaló al río—. El agua fluye con fuerza.

Cerró un puño.

—La corriente se lleva a los hombres y, para volver a casa, uno debe de luchar contra el poder del río. Para algunos es demasiado. Para vosotros... —dijo, abarcando con un gesto de la mano al grupo del NRI—, parece que también lo será.

—Pero la corriente fluye hacia nuestra casa, el río nos llevaría allí —McCarter le contestó de este modo, aunque suponía que las palabras del anciano no tenían que ser tomadas literalmente—. Fue el viaje hasta aquí lo que nos resultó muy difícil.

—Entonces debéis iros —dijo el Viejo—, con o sin nuestra ayuda, debéis iros.

Mientras el anciano hablaba, a McCarter se le cayó el corazón a los pies. Había supuesto que los cristales tenían un alto lugar en las creencias de los *chollokwan*, y por la forma en que los ancianos los habían mirado, creía tener razón. Eso, y el hecho de que les habían pedido que se marchasen, parecía indicar que los *chollokwan* les iban a ayudar. Pero, al parecer, las consideraciones prácticas les impedían darles esa



ayuda. Al parecer no iban a malgastar a los hombres que aún podían luchar en escoltar a unos forasteros y eso, temía McCarter, significaba la condena para su cada vez más diezmado grupo.

—El pueblo no puede ayudaros —dijo el líder de los *chollokwan*—. Demasiados han sangrado, demasiados ya se han ido, como para saber si el pueblo va a poder continuar.

Hizo una pausa para tomar aliento.

—Si es el río lo que buscáis, entonces debéis buscarlo solos.

Como McCarter se quedó en silencio, Danielle le urgió:

—No le deje irse —le conminó con un susurro—. No volveremos a tener otra oportunidad como esta...

—Ya no sé qué más decirle —le contestó.

—Piense en algo.

—¿Como qué?

—Ofrézcale armas —decidió ella—. Si nos ayudan les daremos fusiles y balas.

McCarter negó con la cabeza:

—¿Y de qué iba a servir eso? No tienen ni idea de cómo usarlos, sólo sería un truco...

—¿Y qué?

—No —se plantó él—. Sería otra vez lo de los abalorios a cambio de Manhattan.

Antes de que Danielle le pudiera contestar, el Ualon habló de nuevo:

—Tenéis que iros —dijo.

—Diga algo —le presionó ella a McCarter

—No podemos ayudaros —prosiguió el anciano.

—Profesor... —suplicó ella.

No podía pensar en nada, y el Viejo se puso en pie.

—No hay más que hablar —sentenció.

—No —le contestó Danielle desafiante—. Ésa no es buena solución...

—Oh, oh —exclamó McCarter, estremeciéndose mientras una oleada de asombro recorría a los reunidos *chollokwan*.

Le había advertido a Danielle que no hablara, le había explicado que aquella tribu era una sociedad estrictamente patriarcal, y que ya, para empezar, la presencia de una mujer les resultaría rara y que podría ser muy contraproducente el que se presentase como su líder. Se había mostrado muy indignada por sus explicaciones, pero hasta el momento se había ajustado al plan. Ahora, se dijo, el plan se estaba yendo al garete...

Pero en el caso de Danielle era una reacción lógica: no podía dejar escapar la oportunidad sin hacer un intento más. Y, a pesar de las miradas acusadoras que le lanzaron sus compañeros, se halló hablando sin tapujos:

—Vendremos aquí —dijo, haciendo una nueva oferta que no había consultado

antes con nadie—. Vendremos aquí y ayudaremos al pueblo a luchar.

Se volvió hacia Devers:

—Dícales que también nosotros hemos estado luchando contra los *zakara*, y que queremos unir nuestras fuerzas a las suyas.

Devers dudó.

—¡Rápido! —le ordenó ella.

Devers tradujo, muy sorprendido, pero dándose cuenta de pronto de que, tal como estaban las cosas, un poblado con un centenar de guerreros sería un lugar mucho más seguro que el desierto claro. Habló de la nueva oferta:

—Uniremos nuestra pequeña tribu a la vuestra. Tenemos armas de un gran poder —señaló a los fusiles—, y también guerreros, aunque pocos.

Señaló a Danielle, McCarter y Hawker.

—Pero nuestra ayuda sería de un gran valor para el pueblo, de un gran valor en la lucha contra los *zakara*.

Frente a ellos, el anciano se mordió el labio, con sus ojos yendo desde Devers a McCarter y Danielle. Permaneció en silencio, aparentemente considerando la oferta, y contemplando a Danielle por un largo rato, antes de responder:

—La tribu de los forasteros hace la guerra consigo misma —dijo finalmente. Señaló a Hawker—: Los rostros blancos llevan a la muerte a su propia gente, en la noche.

Danielle miró a McCarter, que negó en silencio. Por mucho que lo intentase, a ella no se le iba a ocurrir una forma de explicar los enfrentamientos y combates que a los *chollokwan* les debían de haber parecido una guerra civil.

El anciano prosiguió:

—Eso no puede ayudar al pueblo. El que una parte ataque a la otra también provoca la ira del Corazón Celeste.

—Pero podemos ayudarlos —insistió ella.

El Viejo hizo una pausa, estudiando a cada uno de los forasteros. Luego volvió su rostro hacia el fuego, juntando las manos en su regazo, con los dedos tocándose en una postura como la de un maestro de yoga.

Durante un prolongado momento, Danielle contempló el reflejo de las llamas bailar en sus ojos. Se imaginó los pensamientos del anciano: era una gran lucha interior, sopesando los beneficios de una alianza frente a lo que suponía que serían profundas consecuencias espirituales. No conocía a esa gente como la conocían Devers y McCarter, pero podía leer el conflicto en el rostro del Ualon.

—El Corazón Celeste está irritado —dijo el anciano, todavía mirando al fuego—. Está irritado con aquellos que han pisado el terreno envenenado y abierto la montaña de piedra. Está irritado porque la boca del gran pozo le mira, día y noche. Y por eso retiene la lluvia. Para complacer al Corazón Celeste, la tribu de los forasteros debe de

cerrar el pozo. Cerrad la montaña y la lluvia negra caerá de nuevo.

Mientras Devers traducía esas palabras al inglés, a Danielle se le cayó el corazón a los pies.

—No podemos —murmuró—. La losa ha sido destruida.

Devers tradujo sus palabras... aunque ella no habría deseado que lo hiciera... y una oleada de terror recorrió la multitud de *chollokwan*.

Esa noticia era la más penosa de todas.

El Ualon se volvió hacia los miembros del Consejo y todos se pusieron a hablar al unísono, eran palabras rápidas que, si las interpretaba bien, a McCarter le parecían llenas de miedo, culpa y pánico. Agitaban las cabezas y fruncían el ceño, con sus frases demasiado apresuradas y superpuestas las unas a las otras como para que Devers pudiera entenderlas.

Finalmente el Viejo les cortó; su voz era abrupta:

—Si el pozo no puede ser sellado, los *zakara* regresarán a él, anidarán hasta que las lluvias se marchen. Volverán a salir de nuevo, y la plaga no tendrá fin.

Danielle miró a McCarter, quien habló sugiriendo una alternativa. Pero su interlocutor estaba irritado, demasiado irritado como para escucharles. Cortó a Devers y, cuando McCarter y Danielle trataron de hablar, les cortó también, a gritos, con una voz increíblemente potente para un hombre tan frágil. En el silencio que siguió, los otros miembros del Consejo y él se pusieron en pie.

Danielle se sentía mal: su última posibilidad se les estaba escapando de entre las manos. De repente, se alzó:

—¡No pueden luchar solos contra ellos! —gritó—. ¡Necesitan nuestra ayuda y nosotros la de ustedes!

Cuando Hawker, McCarter y Devers se pusieron en pie, los señaló y a los heridos de la tribu.

—También nuestra sangre ha sido derramada. Lucharemos juntos, para reparar lo que ha sido hecho.

Devers lo estaba intentando:

—Ta-ah nia Chokowa —gritaba.

Danielle repitió las palabras, imitando las de Devers lo mejor que sabía. Pero el Ualon ni se detuvo ni frenó sus pasos. Desapareció entre la multitud, y el círculo se cerró de nuevo.

Sintió que se le helaba el corazón: sin las lluvias para que empujasen a los *zakara* de vuelta bajo el suelo, seguirían limpiando la jungla de vida. Seguro que muchos *chollokwan* morirían, quizá todos, como había sugerido el anciano. Y no les iría mejor a los forasteros cuya ayuda había rechazado. No podía aceptar ese punto final: habían estado tan seguros de que los *chollokwan* les entenderían, tan seguros de que les darían la razón. No podía creerse que, en unas circunstancias tan horribles,

rechazasen una ayuda.

Agarró a Devers por el brazo y avanzó, tratando de alcanzar a los ancianos que se retiraban.

—Por favor, tienen que escucharme...

Era una acción arriesgada. Uno de los guerreros la bloqueó y la empujó hacia atrás, mientras que otro se le acercaba con un hacha en la mano. El rifle de Hawker se alzó mientras se interponía y a su vez empujaba al guerrero hacia atrás. Era un barril de pólvora que solamente necesitaba de una chispa, y se iniciaría un baño de sangre.

Con toda la fuerza de su voluntad, Danielle apartó la mirada, bajando sumisamente la vista al suelo, con las manos temblándole mientras pasaban los segundos.

Poco a poco fue disminuyendo la tensión, pero por ese entonces el Viejo ya se había ido, colocándose fuera de su alcance. No habría más palabras, se había acabado cualquier negociación con la tribu de los rostros blancos.

McCarter le puso una mano en el hombro. Cuando ella le miró a los ojos vio en ellos la misma frustración que en los suyos. Como el de ella, su corazón estaba lleno de sensaciones de fracaso y le mareaba el impacto de lo que acababa de suceder. Trató de sonreír, pero el suyo fue un triste intento, al que ella no correspondió.

Junto a ellos, Putock dio una orden y la multitud *chollokwan* se abrió para dejar pasar al grupo. Devers fue el primero en partir, pero tanto McCarter como Danielle dudaron, y Hawker no se apartaba de su lado.

Finalmente, el piloto habló:

—Vamos —dijo—. Han hecho lo que han podido. Tendremos que hallar otra solución.

Danielle inspiró profundamente y dio un paso adelante. Se volvió y vio dudar a McCarter: aún llevaba la caja con los cristales de Martin dentro. Se inclinó y la dejó sobre una ancha piedra plana, junto al fuego. Los ojos de los *zakara* habían hallado el camino de regreso a casa.

## CAPÍTULO 47

Dos horas más tarde, el grupo se aproximó al claro. Verhoven los saludó mientras llegaban, pero por su tono estaba claro que imaginaba que no había ido bien...

—¿Qué demonios ha pasado?

—Los hallamos —dijo Danielle—. Y la verdad es que les importa un comino lo que hagamos... siempre que sea morir nosotros solos, y dejarles a ellos hacer lo mismo.

Mientras Danielle y McCarter empezaban a explicarle la reunión, Hawker se apartó: no deseaba volver a escuchar los detalles. Miró al cielo por el oeste, y al sol que se ocultaba rápidamente. Quedaba una hora antes del anochecer, quizá menos. El tiempo suficiente para poner cierta distancia entre ellos y el claro, si es que se atrevían...

Interrumpió a Danielle.

—Venga —le dijo—, nos vamos de aquí a la carrera...

Brazos se puso en pie, apoyándose pesadamente en un bastón de caminar, pero los otros no se movieron.

—Agarrad vuestras cosas —insistió Hawker—. Tenemos mucho camino que hacer, y tenemos que movernos mientras aún tengamos algo de luz.

Cargó con su mochila y cogió una cantimplora extra.

Danielle le puso una mano delante, deteniéndolo.

—¿Y adónde vamos?

—A buscar una corriente de agua como la que protege el poblado de los *chollokwan*. Lo seguiremos o construiremos una balsa, o incluso vadearemos el jodido río si tenemos que hacerlo. Pero una vez lleguemos al agua estaremos a salvo. Y, desde allí... todos los caminos conducen a Roma.

Podía ver su confusión, mientras sus mentes cansadas trataban de hallarle la lógica a su plan.

—El agua es veneno para esas cosas —dijo—. Y el sol les quema la piel. Un río abierto con el cielo azul por encima sería un santuario para nosotros, pero el agua en sí misma debería ser suficiente. Incluso vuestro hombre, McCrea, estuvo a salvo una vez que llegó al río. Si ellos hubieran sabido lo que sabemos nosotros, no habrían ido campo a través durante cinco días: habrían buscado un río y lo hubiesen seguido. —Se volvió hacia McCarter—: Usted lo dijo sin darse cuenta: el río nos llevará a casa. Y lo hará, pero tenemos que movernos ahora, mientras aún tenemos una oportunidad...

—¿Y qué hay del helicóptero? —preguntó alguien.

Hawker negó con la cabeza.

—Sin Kaufman para hacerle señales, ¿quién sabe si aterrizará? Y, aunque lo haga,

quizá no estemos aquí para verlo. La noche pasada usamos más de la mitad de nuestra munición y, a ese ritmo, tres días de espera son, por lo menos, un día de más de lo que podemos aguantar.

Los del grupo se miraron los unos a los otros, empezando a comprender su argumento, empezando a creer en él.

—En mi camino de regreso aquí, después de estrellarme, pasé por un par de ríos —les dijo—. Si nos apresuramos, podemos llegar al más cercano en una hora, más o menos, antes de que oscurezca totalmente. Pero tenemos que irnos ya.

Uno tras otro, los demás empezaron a moverse, abandonando la indolencia en que les había dejado la desesperación. El doctor Singh recogió una mochila y señaló al agua que había estado juntando. Susan empezó a coger sus pertenencias, que estaban en el suelo a su alrededor.

—De acuerdo, vamos —aceptó Danielle.

—Ya era hora de que se decidiese de una jodida vez —añadió Verhoven.

Su ritmo aumentó cuando una sensación de esperanza empezó a recorrerles. De nuevo estaban excitados, llenos de energía por la posibilidad de sobrevivir o, por lo menos, excitados por ir a dejar atrás al claro.

En medio de la conmoción, el profesor McCarter seguía inmóvil. Había pasado toda la caminata de regreso desde el poblado *chollokwan* meditando sobre el tema de la supervivencia, pensando en la universalidad de la vida y la muerte, tratando desesperadamente de sacarse de la cabeza la imagen del juguetón niño de tres años.

Y, aunque había considerado que sobrevivir a la noche era poco probable... al menos hasta la presentación del nuevo plan de Hawker, había empezado a entender que había en juego algo más que sus vidas. Al fin habló:

—Creo que deberíamos quedarnos.

El movimiento a su alrededor se detuvo.

—¿Cómo? —preguntó alguien.

—Creo que deberíamos quedarnos —repitió.

Devers dejó caer su mochila.

—Tiene que estar bromeando...

—Aquí no duraríamos —le explicó Hawker en un tono más amable—. Si quiere volver a ver su casa, éste es el único modo posible.

—Esto es responsabilidad nuestra —le replicó McCarter—. Esas cosas están libres porque nosotros las dejamos salir. Abrimos el templo, igual que antes de nosotros lo hizo el grupo de McCrea. Ignoramos la advertencia. Y ahora que la losa ha sido destruida y el templo no puede ser cerrado de nuevo, ¿vamos a irnos así, sin más? ¿Vamos a dejar a los *chollokwan* luchar solos con esas cosas... o morir en el intento?

Los otros se quedaron callados.

—No somos los únicos que estamos en peligro aquí —continuó McCarter—. Toda esta zona está en peligro: los *chollokwan*, las otras tribus que hay por aquí, los *nuree* río abajo. Esas cosas son como una plaga, como una nube de langostas, sin ningún enemigo natural... pero no son cosechas lo que están devorando, acaban con todo ser vivo de estos contornos.

Los miró uno a uno.

—Aparte de los *chollokwan* y la lluvia, no hay nada más que los pueda contener. Bueno, lo que queda de la tribu no va a durar mucho más y, con el templo abierto, ni siquiera las lluvias podrán dañar mucho a esas bestias. Se arrastrarán de vuelta al interior, como cucarachas huyendo de la luz y, cuando pasen las tormentas saldrán de nuevo, y continuarán vaciando de vida la jungla, antes de pasar a nuevos territorios. Arrasarán la selva a su paso, como un incendio forestal en busca de más combustible, hasta que eventualmente lleguen a otros lugares en los que se puedan esconder de las lluvias, lugares con puertas, ventanas y sótanos. Los *chollokwan* tomaron sobre sí la responsabilidad de luchar contra esas cosas. Están cumpliendo una promesa hecha hace tres mil años, y lo están pagando con sus vidas.

De todos los presentes, fue Devers quien le contestó:

—¿Y a quién le importa?

Verhoven lo empujó al suelo.

—Tú no tienes voto —le dijo, y luego miró a McCarter—: Si quiere quedarse aquí, es que está usted jodidamente loco,...

McCarter no se echó atrás:

—Si nos vamos ahora, puede que vivamos. Aunque también puede ser que no —se volvió hacia Hawker—: Lo admito, puede que su plan funcione... si es que podemos llegar al agua. De lo que no podemos estar seguros, pues queda menos de una hora de luz y no vamos a poder llevar un paso muy rápido.

Miró a Brazos, que prácticamente no podía caminar: había estado cojeando, por el seco y llano terreno del claro, con gran dificultad. En la jungla frenaría el ritmo de su avance en tres cuartas partes o más. Y Brazos no era el único problema: el asma impedía a Susan correr, e incluso caminar deprisa, durante ratos largos. Y Danielle había estado cojeando desde que le habían herido la pierna en la caverna: le había costado mucho esfuerzo realizar la caminata de cuatro horas hasta el poblado de los *chollokwan*, y durante la última hora había tenido dolorosos calambres. La marcha de una hora de Hawker se iba a alargar tres o cuatro, o quizá cinco... y la mayor parte de ellas en la oscuridad. Mientras hablaba, los otros siguieron su mirada, y esperaba que también sus pensamientos.

—Si nos marchamos de aquí, nos iremos sabiendo que hemos matado a toda una raza de nativos, que hemos hecho caer sobre ellos esta maldición y que los hemos dejado aquí para morir. A hombres, mujeres y niños, a un poblado entero. Pero si nos

quedamos, podemos defender el terreno alto. Podemos luchar contra esas cosas en nuestros propios términos y, tal vez, mantenerlos alejados de aquí el suficiente tiempo para que los *chollokwan* se recuperen, lo bastante como para que ellos sean los que lleven las de ganar. No podemos volver a sellar el templo —dijo—, pero si podemos impedir que esas cosas vuelvan a meterse dentro, al menos por un tiempo... ¿quién sabe lo que eso puede ayudar?

McCarter hizo una pausa: ya había expuesto su punto de vista. Realmente no creía que pudieran atravesar la jungla si se iban ahora, y, de todos modos, no sabía si tenían derecho a marcharse.

—Quizá ya no se trate de si vivimos o morimos. Sino de aquello por lo que vivimos y, si es preciso, por lo que morimos.

Cuando McCarter acabó de hablar, un pesado silencio siguió a sus palabras. Algunos de los que le habían escuchado miraban a la distancia, otros cabizbajos al polvoriento suelo: a cualquier parte, menos a él.

Danielle escuchó a McCarter atentamente, con su propio corazón pesaroso por todo lo que había sucedido. Pensó en las palabras de Hawker, su predicción de que lamentaría quedarse, y que habría un precio que pagar por lo que habían hecho. Ahora lo lamentaba con todo su corazón: parecía poco probable que ninguno de ellos lograra salir de allí con vida, pero mientras miraba a Brazos, el único superviviente del grupo de portadores que ella había contratado, supo que iba a ser casi imposible para él. De hecho, y tal como ella veía las cosas, si se quedaban, los animales iban a avasallarlos pronto y a recuperar el templo. Aunque, si se marchaban, los animales reclamarían con toda facilidad su nido, para luego regresar en seguida a la jungla, en busca de nuevas presas. Hallarían rápidamente al grupo del NRI, mucho antes de que los titubeantes humanos alcanzasen el río más cercano; y eso sería el final para todos ellos.

«Son buena gente», pensó. Su gente. Y en un día o dos todos iban a estar muertos. Se volvió de nuevo hacia McCarter.

—Yo les he traído a todos aquí —dijo—. Les mentí sobre las razones y el peligro. La verdad es que ya no importan las explicaciones, pero tienen que creerme si les digo que lo lamento mucho. Puedo entender que quieran quedarse... pero no deben hacerlo. Tienen que irse, todos ustedes. Esto es responsabilidad mía: yo me quedaré, y mantendré a raya a esas cosas todo el tiempo que me sea posible. Si usted y Bosch pueden ayudar a Brazos, mientras Hawker y Verhoven cubren los flancos, van a poder moverse más deprisa. Yo me quedaré y mantendré ocupados a esos bichos mientras ustedes hacen camino. Quizá logre distraerlos el bastante tiempo como para que lleguen hasta el río. Nunca se sabe: quizá sólo necesiten un par de horas.

McCarter sonrió ante el ofrecimiento.

—Es un gesto muy bonito por su parte —dijo—, y muy valiente. Pero para mí, no



cambia las cosas. Yo no me voy, esta vez no...

El doctor Singh que había pasado su vida en lugares peligrosos, fue el siguiente en hablar:

—Hemos hecho daño —afirmó.

—Yo también me quedaré —dijo Susan—. Si eso es lo que decidimos.

Brazos asintió: sabía que no iba a poder cruzar la jungla.

—Tal vez llegue el helicóptero —sugirió.

Devers maldijo y se quejó, pero teniendo buen cuidado de mantenerse fuera del alcance de Verhoven. Y, entonces, todos los ojos se volvieron hacia Hawker.

Lo único que Hawker quería, lo único que había querido desde que todo se había ido al traste, era sacarlos de aquel condenado lugar. Llevar a Susan, y a Brazos, y a McCarter, y a Singh, a Manaos, donde estarían a salvo, donde su sangre no mancharía sus manos. Aparentemente McCarter pensaba lo mismo, sólo que para su mente los límites de su responsabilidad eran mucho más amplios. Y Danielle... se volvió hacia ella, mirándola a la cara, a su sudada, sucia y asombrosamente hermosa cara. Parecía estar de acuerdo con el profesor, eso era algo que no había esperado.

—Sabes que no podemos ganar —les dijo a todos—, es prácticamente una lucha sin esperanzas. Lo entienden, ¿no?

McCarter se encogió de hombros.

Danielle se permitió una sonrisa.

—Suena a tu tipo de lucha.

Hawker miró alrededor y luego al crepúsculo que se aproximaba. Él hubiera elegido marcharse de allí, aunque sólo fuera por hacer caso a su instinto de supervivencia, pero comprendía mejor que los otros cómo se sentían McCarter y Danielle, comprendía exactamente por qué habían hecho aquella elección. Para McCarter aquello representaba vivir por algo que importaba, y morir por ello si era preciso; un acto que daba significado a su vida. Y para Danielle era una penitencia, una oportunidad de compensar sus errores previos. Para él, podía ser ambas cosas.

Los miró a los dos, y casi les dio las gracias.

—Vamos a necesitar fuego —dijo, pensando en el poblado *chollokwan*—. Tantos fuegos como podamos hacer.

Frente a ellos, Pik Verhoven agitó la cabeza disgustado. No le importaban una mierda los *chollokwan*, el ecosistema ni ninguna de las otras cosas de la larga lista de McCarter, pero creía en el código del soldado: nunca abandonas a tus camaradas. Hawker había vuelto a por ellos y, aunque él podría haber llegado al río, solo o acompañado por Bosch, ahora no se iba a ir. Miró con aspereza al piloto.

—De modo que las cosas están así, ¿eh? ¿Es otra maldita cruzada? —los dos se miraron un largo momento, y luego el sudafricano se volvió a los otros—. Bueno, ya habéis oído al jefe... vamos a prepararle unos jodidos fuegos.

Durante la siguiente hora prepararon una pequeña red de fuegos, usando chorros de fuel vertidos sobre montones de ropa, hojarasca seca y ramas. Pronto treinta pequeñas fogatas estuvieron ardiendo alrededor del perímetro, con otras más rodeando su grupo de pozos de tirador. Bañados por el parpadeante resplandor, esperaron mientras las sombras se hacían más profundas y caía la noche.

## CAPÍTULO 48

Esa noche, Danielle Laidlaw se vio a sí misma en un sueño: yacía dormida e inmóvil, a pesar de que dos grandes pájaros caían hacia ella desde el cielo de medianoche. Se lanzaban zarpazos y se herían el uno al otro: eran un búho y un halcón que se enfrentaban y caían en picado hacia el suelo de la selva, aparentemente sin darse cuenta de que se acercaban a tierra a gran velocidad.

En el último momento se separaron, volando en diferentes direcciones; planearon sobre la hierba y luego volvieron a alzarse hacia la oscuridad de arriba, por encima del templo, para reiniciar su combate.

Mientras caían por segunda vez, los árboles comenzaron a estremecerse y los *zipacna* cargaron desde la espesura. Ella no podía correr, ni moverse, ni siquiera gritar una advertencia a los otros, que dormitaban.

Se despertó de ese sueño con un sobresalto, con la cabeza latiéndole y la camisa empapada en sudor. Miró alrededor: la noche era tranquila y silenciosa. Una suave y húmeda brisa le acariciaba el rostro.

A pesar del sueño y de la batalla no resuelta, Danielle se despertó sintiéndose extrañamente repuesta. Quizá unas horas de sueño le habían hecho más bien de lo que imaginaba, o quizá era la sensación de que, finalmente, había tomado la decisión correcta entre todas aquellas oleadas de locura.

Exhalando lentamente, se recostó contra la pared inclinada de su pozo de tirador y se fijó en Hawker, que montaba guardia a poca distancia. No podía estar segura por los parpadeos de la luz de los fuegos, pero le pareció que estaba sonriendo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Solamente mirarte dormir —le contestó.

—¿No tienes nada más importante que hacer?

—Ajá —afirmó él—, pero nada tan divertido. Hablas en sueños, y te mueves un montón.

Siempre había tenido un dormir inquieto.

—Estaba soñando —le explicó. McCarter me había estado hablando de esos pájaros, mensajeros de los dioses—. Veía un halcón y un búho de una sola pata. En mi sueño se estaban peleando, hiriéndose el uno al otro, en una especie de lucha a muerte.

—¿Un búho de una sola pata?

—Es el símbolo que hallamos en la piedra de Culaco: el mensajero de *Xibalba*. El halcón es el mensajero de Huracán, el dios del cielo, el que manda la lluvia. Y se peleaban por éste lugar —miró alrededor: el claro estaba tranquilo, las pequeñas fogatas ardían en la distancia.

—¿Y quién ganó? —le preguntó él.

Ella se frotó la nuca.

—No lo sé. Entonces cargaron los *zipacna* y yo... —su voz se apagó. Se preguntó si su sueño significaría que ella los había llevado a la muerte por su incapacidad de hablar con ellos y prevenirlos, y sobre todo mentirles acerca de la expedición. Escudriñó el claro en busca de movimiento, de algo fuera de lugar. La absoluta paz y el silencio la asombraron. Y por fin dijo—: Sólo fue un sueño.

Lo dijo como si, por primera vez, estuviera segura de ello.

Hawker la miró, directamente a los ojos, lo bastante como para hacerla ponerse nerviosa.

—Tal vez —dijo, apartando la vista—. Y tal vez no.

Danielle le volvió a estudiar el rostro. Ahora reconocía su expresión: era la misma sonrisa de tramposo que le había visto en Manaos.

—¿Qué quieres decir?

Él señaló con la cabeza al cielo y ella miró en esa dirección. La luna llena brillaba como un foco, su luz era tan intensa que provocaba sombras, algo que ella nunca había visto en la ciudad, por el brillo de las luces de las calles. La estudió como lo había hecho de niña, cuando surgió su interés por las ciencias. Trató de recordar los nombres de los cráteres y de los grandes mares grises, buscando el mar de la Tranquilidad, que era donde los humanos habían puesto el pie por primera vez cuando viajaron hasta allí.

Era una visión tranquilizadora, pero no especialmente interesante, al menos hasta que dejó de forzar la vista y la relajó. Entonces vio lo que Hawker quería que viese: un fantasmal halo blanco que rodeaba a la luna.

—En Marejo a eso le llaman la *Lua de Agua* —le explicó Hawker—, la Luna de Agua. Es la luz lunar que se difunde a través de la humedad que hay en la atmósfera. Significa que llegan las lluvias.

Una oleada de esperanza le recorrió el cuerpo, acompañada por el miedo a que fuese una falsa esperanza.

—Los vientos también han cambiado —añadió Hawker—, ahora vienen del norte, del mar Caribe... seguro que nota la humedad en la piel.

La notó: el aire era suave y la humedad alta, como cuando uno se encuentra en los trópicos... una sensación que, extrañamente, habían echado en falta desde que habían salido de Manaos.

—Vienen las lluvias —insistió él—. Quizá mañana, tal vez pasado, pero están llegando.

Danielle puso toda su atención en los cielos, contemplando la fantasmal luna. Por primera vez desde que había empezado aquella locura, creía que, de algún modo, tal vez sobrevivieran.

# CAPÍTULO 49

La primera mitad de la noche fue tranquila, tal vez a causa de los fuegos, o quizá por el gran número de animales heridos la noche anterior. Pero ya avanzada la noche, los *zipacna* volvieron a merodear por las proximidades del claro. Las alarmas del perímetro se dispararon al menos diez veces, atrayendo cada vez cortas ráfagas de fuego; pero sólo por dos veces intentó alguno de ellos penetrar en el claro, y ninguna de las dos intentonas acabó bien.

Fiel a su palabra, Hawker los mató a los dos con letales disparos de su fusil Barret. El primer *zipacna* simplemente cayó y se quedó quieto, inmóvil; mientras que el segundo literalmente explotó, hecho pedazos como un plato de arcilla en un campo de tiro. Después de eso los animales fueron más cautos, y se quedaron tras la primera línea de árboles, lejos de la parpadeante luz de los fuegos y del penetrante rayo color rojo, del láser de la mira. Al amanecer se habían ido, y el equipo del NRI se puso manos a la obra.

Al ir rompiendo el día, empezaron a llevar sus armas y munición a la parte más alta del templo, que era el punto que iban a defender hasta el fin.

El plan era muy simple: mantener a los *zipacna* alejados, hasta que llegasen las lluvias. Encima del templo estarían en posesión del terreno más alto, con un perfecto campo de visión; para volver a su subterráneo, los *zipacna* iban a tener que, literalmente, asaltar el castillo. Inicialmente pensaron que una carga de las bestias podría llegarles desde cualquier dirección; pero, mientras McCarter examinaba los costados del templo, se sintió súbitamente agradecido a los mayas por su habilidad como constructores. Las tres caras sin escaleras estaban muy inclinadas, con un ángulo de al menos setenta grados o más, formadas por piedras perfectamente ajustadas, lisas y resbaladizas. A pesar de la increíble habilidad escaladora de aquellas bestias, dudaba que pudieran subir por aquellas paredes. Eso reducía la principal amenaza a un ataque frontal, escaleras arriba.

Para defenderse contra eso, cavaron un foso poco profundo a unos tres metros por delante del escalón más bajo. Lo tapizaron con hojas de burbujas y bolsas de basura, que habían llevado para proteger los hallazgos y otros tesoros. Finalmente, llenaron el foso de gasoil, colocando al lado uno de los dos barriles que aún tenían intactos y llenos. Y dispusieron, en varios puntos a lo largo, los explosivos de Kaufman. Como defensa adicional recolocaron las puntas de metal y otros obstáculos en la parte más cercana al foso.

Trabajaron todo el día sin parar, apenas si dándose cuenta de cómo se iba borrando el color del cielo. A media tarde el horizonte era de un blanco bilioso y el aire estaba espeso con una neblina. Ya no se veían las colinas que antes se divisaban desde lo alto del templo, y el sol era un perfecto disco naranja, desprovisto de su

brillo, flotando en un proceloso mar blanquecino de nubes.

A esas alturas cada uno de los componentes del grupo se había dado cuenta de lo que Hawker ya había descubierto la noche anterior: que llegaban las lluvias y que las lluvias les salvarían... si es que podían resistir lo bastante. Pero también sabían que la amenaza de la tormenta iba a atraer a los *zipacna* hacia casa, llamándolos como el sonido de una sirena; todos ellos se dirigían hacia el único lugar en el que podían hallar refugio en diez mil kilómetros a la redonda.

En medio de la jungla pluvial Hawker y Danielle trabajaban con los sensores, tratando de recalibrarlos para que controlaran los árboles, además del suelo. Hawker vigilaba, acompañado por el más sano de los pastores alemanes supervivientes, mientras Danielle trasteaba con los controles de los detectores de movimiento. Se iban moviendo de sensor en sensor, llamando a Brazos para que apagase la red momentáneamente y luego volviéndole a llamar para que la conectara de nuevo, una vez recalibrado el aparato.

Realizaron los primeros cambios sin problemas, pero en el cuarto una descarga de electricidad estática saltó entre el control del aparato y el dedo de Danielle.

Brazos llamó al instante por radio:

—¿Qué han hecho? ¡La pantalla entera se ha vuelto loca!

Danielle se echó atrás y Hawker llamó por radio al porteador:

—¿Qué tal se ve ahora?

Hubo una pausa mientras Brazos comprobaba la pantalla.

—Está bien —dijo, con evidente alivio.

—La humedad hace que haya mucha más estática —le dijo Hawker a Danielle—. Quizá sea mejor que te apresures...

Ella le lanzó una mirada sesgada y habló de nuevo por su radio:

—Apáguelo.

Allá en el claro, Brazos movió una clavija y la pantalla se puso negra. Durante el siguiente minuto estarían sin ojos, y Brazos se había dado cuenta de que no podía quedarse mirando a la pantalla negra ni siquiera por tan poco tiempo.

Paseó la mirada por el campamento. McCarter y el superviviente de los mercenarios de Kaufman estaban en lo alto del templo, instalando el rifle Barret. El doctor Singh estaba subiendo las escaleras, cargado con dos cajas de munición, mientras Susan rebuscaba entre las cajas de suministros, por si aún quedaba algo que pudiera serles útil. Cerca, Verhoven hacía trabajar a Devers de un modo inmisericorde, obligándole a apilar piedras en un trineo improvisado que luego tenía que arrastrar y descargar en el foso. Una docena de viajes había dejado al lingüista

empapado en sudor y con su herida en el hombro sangrando a través de la gasa.

Cerca de ellos el otro perro superviviente estaba sentado tranquilamente, lamiéndose su propia herida vendada.

Brazos cogió la radio:

—¿Puedo conectarlo ya?

En el bosque, Hawker miró a Danielle:

—No quiero meterte prisa, pero...

Danielle le ignoró mientras se peleaba con los pequeños controles. Finalmente, se apartó del sensor.

—Ya debería funcionar...

Hawker apretó el botón de hablar:

—Conéctelo.

La respuesta le llegó en un tono de incertidumbre:

—Más estática. Creo que esta vez es en el Sector Dos.

El Sector Dos estaba en el extremo opuesto del círculo.

—No tiene sentido, aún no hemos llegado allí. Probablemente está haciendo algo mal...

Hawker alzó la radio para volver a llamar a Brazos, pero antes de que pudiera hacerlo el pastor alemán que tenía al lado se puso rígido. Un segundo más tarde les llegaron ladridos del otro perro desde el claro, y el que estaba junto al piloto echó a correr hacia su compañero. Hawker y Danielle corrieron tras él.

La sirena aérea resonó en el claro cuando una de las bestias salió de entre la espesura y corrió a través del espacio abierto, dirigiéndose al templo. Atrapada en medio, a Susan le entró el pánico; dejó lo que estaba haciendo y corrió hacia McCarter, sin darse cuenta de que, involuntariamente, se cruzaría en el camino del animal.

Verhoven le gritó, pero ella ya no atendía a razones. El sudafricano agarró su escopeta, apuntó al *zipacna* y disparó. La sólida posta Brenekke de plomo le dio a la bestia y le cuarteó el caparazón, pero salió rebotada y, al no penetrar, no detuvo al animal. Sin su mano sujeta con cinta americana al arma, Verhoven no podía recargar.

La bestia saltó.

Verhoven la golpeó con la escopeta, usándola como una maza, pero el *zipacna* siguió adelante a pesar del golpe, derribando al sudafricano al suelo y ensañándose con él.

Brazos era el que estaba más cerca: disparó y el *zipacna* se medio volvió hacia él.

En el breve instante en que el animal no estuvo encima de él, un ensangrentado

Verhoven se empujó hacia atrás con las piernas y tomó de su cinto la pistola de Hawker.

El animal se volvió y de nuevo se abalanzó sobre él, con sus abiertas fauces descendiendo justo mientras Verhoven alzaba la pistola; se la metió en la boca y apretó el gatillo.

La coronilla de la bestia saltó hecha trizas y su cabeza se inclinó lateralmente, arrancando la pistola y grandes pedazos de carne del brazo del sudafricano, tras lo que el animal retrocedió un paso y cayó de costado.

Hawker llegó hasta él unos segundos más tarde, abrumado por el daño que le había causado el *zipacna*: Verhoven había conseguido proteger su cara y su cuello, pero la sangre salía a borbotones de una herida en su costado y brotando también de una arteria rota en su antebrazo.

El piloto rasgó un pedazo de la camisa del sudafricano para hacerle un torniquete, mientras gritaba llamando al doctor Singh.

La cabeza de Verhoven se inclinó y se miró el brazo y el costado.

—Demasiado tarde —dijo—. Es demasiado tarde para eso...

Hawker le ignoró, atornillando el jirón de tela alrededor de su brazo.

—Para —le dijo Verhoven—. ¡Joder, te digo que ya es muy tarde!

Hizo una pausa para coger aliento.

—Mejor irse así. Mejor que en una casa cualquiera, en algún lugar...

Hawker apretó más el torniquete y miró a Verhoven. Ya era un fantasma...

Su voz se convirtió en un áspero susurro:

—¿Perdonados todos los pecados? —le preguntó.

Hawker miró a su viejo amigo, a su viejo enemigo. Sabía que se estaba muriendo. Negó con la cabeza:

—No hay nada que perdonar.

Casi imperceptiblemente, el sudafricano asintió.

—Maldita sea, así es... —luego, mientras Danielle se acercaba, agarró a Hawker por la camisa y le dijo—: Acaba esto. Acáballo tú: lleva a esta gente a casa.

Verhoven le dio un tirón, como para enfatizar la orden. Pero su mano había empezado a perder fuerza. Siguió agarrado un momento, mirando a Hawker, y luego su mano cayó, quedando sobre el polvo con la palma hacia arriba. Exhaló un dolorido aliento y luego, con sus ojos aún abiertos, Pik Verhoven murió.

Hawker no podía apartar la vista de él.

La voz de Brazos rompió el silencio.

—Será mejor que vengan aquí —dijo—. Más vale que vean esto...

Tanto Danielle como Hawker miraron a Brazos. El porteador seguía ante la consola de defensa, con una expresión seria en el rostro.



Hawker se volvió de nuevo hacia Verhoven, alargó la mano y le cerró los ojos. La negra pistola que le había dado yacía junto a él, la agarró y caminó hacia la consola.

Estaban apareciendo blancos, ya al menos una docena, reuniéndose de nuevo en el borde oeste. Su número aumentaba con rapidez, como si estuvieran agrupándose para atacar en masa.

Hawker se preguntó a qué estarían esperando. Fuera lo que fuese, no iban a esperar mucho más. La sombra que había encima de ellos se había espesado hasta ser una sólida capa y, prácticamente, el sol había desaparecido. Pequeñas nubes negras se deslizaban bajo el cada vez más oscuro y gris firmamento. A punto de que estallara la tormenta a todos ellos, bestias y hombres, se les había acabado el tiempo.

## CAPÍTULO 50

Hawker le echó una mirada a la pantalla del ordenador: la radiación ya casi la había destruido, pero por lo que aún podía ver, cada vez eran más las criaturas reunidas en el borde oeste.

—Id al templo —le dijo a Danielle.

Ella miró a la pantalla:

—No me voy a ir.

Hawker señaló a Brazos:

—Él no podrá llegar si no le ayudas.

Ella asintió de mala gana.

—Llenad el foso y prendedlo —añadió—, y daos prisa: no nos queda mucho tiempo...

Danielle asió a Brazos y le ayudó a ponerse en pie.

—Vamos —le dijo. Comenzaron a caminar, y los dos perros les siguieron.

Hawker miró hacia la línea de los árboles. Bajo el cielo que se iba haciendo más y más gris, los árboles habían empezado a moverse a causa de la brisa. En los huecos entre sus troncos vio movimientos, más que formas. Los animales estaban allí, tomando posiciones, gruñendo y llamándose los unos a los otros. Parecían nerviosos, dubitativos: quizá fuera por los fuegos, porque la luz del día aún dominaba el claro o por la muerte de la primera bestia, pero algo parecía retenerlos.

Fuera lo que fuese, no iba a durar. El cielo se estaba oscureciendo por momentos, y el viento había arreciado: era una brisa fría, producto de las corrientes descendentes de la tormenta que se estaba acercando. Hojas y pequeñas ramas llegaban volando a través del claro, rebotando de un modo desordenado. Pronto habría un momento decisivo, cuando ni la luz del sol ni la lluvia estuviesen presentes. Entonces intentarían llegar al templo.

—Vamos a ver si puedo daros otra cosa en la que pensar —dijo Hawker, mientras lanzaba una rápida ráfaga en dirección a la manada, y luego unos disparos al barril de gasoil que quedaba, situado a mitad de camino entre él y la selva.

El barril estalló con estruendo y las bestias se dispersaron, pero pronto se volvieron a reunir y, poco después, una de ellas salió de entre los árboles.

Hawker se la quedó mirando boquiabierto: era un monstruo del tamaño de un antiguo caballo de guerra romano, alto de lomos, ancho y anguloso. Sus fauces se abrían un poco cuando respiraba, dejando al descubierto sus colmillos como dagas. Se alzó por un momento sobre sus patas traseras, olisqueando el aire, como si fuera una repugnante gárgola tallada en alguna piedra negra volcánica.

Más allá, un ejemplar algo más pequeño atravesó el lindero de la jungla, gruñendo bajo, con las hileras de cerdas de detrás de su cabeza moviéndose de un

lado a otro como cañas al viento. Los ojos de ambos animales fueron de Hawker al furioso fuego de gasoil, y hasta el templo de detrás.

El piloto puso la mano en una granada de concusión, la soltó de su correa y tiró de la anilla. Con sus ojos en la bestia más grande, la lanzó hacia los árboles, mirando como los animales la seguían con la mirada por el aire. Cuando estalló junto a ellos, al mismo tiempo abrió fuego.

Sangre oscura y trozos de hueso saltaron por todos lados cuando las balas blindadas de Hawker hicieron impacto en la bestia más grande. Cayó donde estaba, como si le hubiesen segado las patas. El segundo animal giró para volver a la selva, pero se desplomó bajo una lluvia de balas cuando estaba entrando en la espesura.

Asustados por el ataque, algunos de los *zipacna* retrocedieron, pero algunos otros cargaron. A los primeros les fue mejor: Hawker fue acabando con las bestias que cargaban, en rápida sucesión, con una puntería tan fría y certera como si de una máquina de matar se tratase.

Cuando la última de las bestias que cargaban cayó muerta, Hawker metió otro cargador en su fusil, lo puso en tiro automático y dirigió su fuego a la línea de los árboles. Los disparos segaron la espesura como una hoz, hiriendo a los *zipacnas* que se escondían allí, justo cuando el sonido de un primer trueno retumbaba en la distancia, con un ruido como de grandes peñascos que caen rodando.

El sol se había ocultado, el firmamento era de un gris que se ennegrecía. Por encima parpadeaban los relámpagos, mientras Hawker proseguía con su ataque, barriendo los árboles de izquierda a derecha y luego al revés. Disparaba y cargaba y volvía a disparar, con los casquillos vacíos de las balas volando a su alrededor, el arma humeando y las primeras gotas de lluvia cayendo al suelo.

Las notó en sus hombros y luego en su cogote: unas pocas gotas esporádicas, pesadas y frías, seguidas por una pausa aterradora. Y, luego, al fin cayó el torrente.

El trueno estremeció de nuevo el suelo, mientras los relámpagos destellaban en el cielo y la lluvia comenzaba a caer en cortinas de agua, golpeando la tierra con el ruido de un tren exprés. En unos segundos la tormenta se hizo más ruidosa que el tiroteo, el avasallador diluvio que llegaba de un frente situado a unos quince kilómetros de altura, allá en el cielo.

Ahora, los animales estaban ocultos, escondiéndose tras la línea de los árboles, cubriéndose del fuego de fusil y del viento cargado de gotas de lluvia. Liberando su sentimiento de culpa y su ira en el ataque, Hawker disparó absorto, incansable y sin pensar en nada más, hasta que el cerrojo del rifle se quedó abierto de golpe y se negó a moverse. Había disparado catorce cargadores, más de cuatrocientas balas. Pero ya no importaba: la lluvia llegaba a torrentes del cielo, inundando el terreno y barriendo el claro con enormes cortinas de agua.

Estudió el lindero de la selva. Todo lo que se podía ver se estaba moviendo: las

ramas de los árboles y los arbustos se agitaban de un lado a otro con el viento, las hojas eran arrancadas y fustigadas por el aire cual confeti. Aquello parecía un auténtico huracán, y Hawker se hallaba en su mismo centro, manteniendo el equilibrio con dificultad, entrecerrando los ojos para protegerse de la tormenta y la lluvia que le golpeaban, consiguiendo ver a veces a los animales entre los árboles. Los muertos y los heridos se amontonaban por el suelo.

Una de las bestias salió arrastrándose de la jungla, herida y coja de una pata. Cayó convulsionándose. Otra cayó tras ella, con su cabeza angulosa apenas visible.

Mientras contemplaba la devastación, con su pecho jadeando por la adrenalina, sin darse cuenta de lo que hacía, Hawker bajó su arma.

El trueno estremeció el claro y, después, escuchó los gritos agudos de los *zipacna*, gritos desesperados.

Y sin embargo, a pesar de que el agua caía a mares, uno de los *zipacna* asomó la cabeza por entre los árboles, clavando su mirada en Hawker. Resopló, miró hacia arriba a la lluvia que caía y regresó al relativo refugio de la espesura. Unos pocos segundos después apareció otro. Como el primero, el animal empezó a retirarse, pero luego se detuvo, parpadeando y agitando la cabeza de lado a lado, como un caballo que trata de espantar a unas moscas. Las cortinas de agua caían en todas las direcciones; el animal gruñó amenazadoramente, pero en lugar de retirarse, avanzó, saliendo completamente de entre los árboles. Incluyó su cabeza triangular hacia el cielo y lanzó un aullido sonoro, desafiante.

Junto a él, salió otro bajo el cielo abierto, gruñendo y arañando el suelo, y agitando la cabeza como el primero. Algo más allá, un tercero se unió al grupo.

Hawker se los quedó mirando incrédulo: ahora estaban quietos bajo la lluvia. ¡Bajo el aguacero! A pesar de que llovía a cántaros y arrolladoras cortinas de agua barrían el claro. Y, aunque estaba claro que esa agua les hacía daño, e incluso tal vez les producía quemaduras, en ningún caso los estaba matando.

Cuando Hawker comprendió al fin con terror lo que eso significaba, una larga maldición se escapó de sus labios. Con sus ojos clavados en la más grande de las bestias, dio un paso atrás y luego otro. Y, cuando el animal le miró, él se dio la vuelta y echó a correr.

Los *zipacna* cargaron.

# CAPÍTULO 51

Hawker corrió hacia el templo, deshaciéndose de su fusil para avanzar más rápido.

Dos de los *zipacna* le perseguían. El que iba en cabeza estaba a punto de alcanzarle y se preparaba ya para abalanzarse sobre él, cuando cayó súbitamente al suelo en plena carrera, pues una de sus patas derechas había sido arrancada por uno de los tremendos proyectiles del rifle Barret.

La segunda bestia saltó por encima del cuerpo de la que había sido derribada y continuó persiguiendo a Hawker.

Éste no miró atrás ni por un momento: corrió hasta el borde de la trinchera y saltó por encima justo cuando alguien apretaba el detonador de los explosivos. Las cargas estallaron simultáneamente, y todo el largo del foso se prendió en llamas.

La explosión atrapó a Hawker en el aire y lo lanzó hacia la defensa de barras metálicas en punta. Se retorció mientras caía, para evitar se empalado por ellas, y se golpeó contra una de lado. La barra le atravesó la camisa y le arañó las costillas, pero no llegó a clavársela. Sin embargo, quedó inmovilizado, como un insecto traspasado por un alfiler.

Mientras trataba de liberarse, escuchó el aullido resonante del *zipacna*. Se volvió hacia el muro de llamas y vio a la segunda bestia saltando sobre el fuego, dispuesta a lanzarse directamente contra él. Se aplastó contra el suelo, y el animal quedó empalado en las barras que le rodeaban. El monstruo se retorció agonizante y arrancó las estacas del suelo; después se alejó tambaleante y lanzó un grito que el piloto creyó que le iba a hacer estallar los tímpanos.

Justo mientras el animal gritaba su dolor, Hawker pudo ver que no estaba muerto, y en seguida se dio cuenta del peligro que corría: estaba demasiado cerca de la empinada pared del templo como para que el fusil Barret pudiera ayudarle: el ángulo era demasiado inclinado para aquella arma montada sobre un bípode. Allí no iba a tener fuego de cobertura.

El animal herido se volvió hacia él, con un trozo de barra de metro y medio aún clavado en su pecho. Rasgando su camisa, Hawker se libero de la barra que le retenía a él, pero ya era muy tarde: la bestia estaba alzando sus garras y enseñando sus fauces para atacarle. Saltó hacia él, pero la cabeza se le fue hacia un lado y su cráneo estalló, hecho pedazos por una ráfaga de disparos.

Se volvió y vio a Danielle, al pie de la escalinata, colocando otro cargador en su fusil.

—Ya estoy cansada de ver morir a mi gente —le gritó ella—. ¡Ahora salgamos de aquí a toda leche!

Disparó a través del claro, mientras otros *zipacna* iniciaban su desesperada carga,

y luego se volvió y subió a la carrera los escalones hacia lo alto del templo.

Hawker la siguió, pero antes se detuvo un instante, para arrancar la barra en punta del pecho de la bestia muerta. Luego corrió tras Danielle hacia lo más alto. Para cuando llegó arriba, en el fragor de la batalla se mezclaba el estruendo de los disparos con los rayos, los truenos y la lluvia. Los *zipacna* estaban delante de ellos, indefensos en un campo de tiro sin cobertura posible, atrapados entre la jungla a la que no querían volver y el muro de llamas... que rápidamente se iban apagando. Al menos una cincuentena de animales vivos habían logrado llegar al claro, muchos de ellos heridos y cojeando. Pero su número descendía rápidamente a medida que el fuego de las armas automáticas se abatía sobre ellos desde arriba. Sin embargo, la masa del grupo seguía empujando hacia delante, y otros *zipacna* continuaban saliendo a la carrera de entre los árboles.

Eric, el último de los mercenarios de Kaufman, manejaba el rifle Barret, disparando a los animales con brutal puntería: elegía su blanco y apretaba el gatillo, luego apuntaba el arma a otra bestia. Colocados a ambos lados, Danielle, McCarter, Bosch y Brazos barrían el terreno con sus fusiles de asalto, mientras que, tras ellos, Susan y el doctor Singh llenaban nuevos cargadores y Devers permanecía en pie, desarmado y lleno de pánico, gritando lo que él creía que eran valiosas indicaciones.

Un grupo de animales traspasó el foso, saltando por encima del moribundo fuego y corriendo hacia los escalones. Danielle y Bosch dispararon escalera abajo, haciendo pedazos a los animales antes de que hubieran subido la mitad de la escalera. Al mismo tiempo, McCarter lo hizo contra un par de animales que estaban escalando por una lisa pared que él había creído imposible de subir. Susan señaló a otro que lo intentaba por el lado sur, y Brazos le disparó hasta que cayó estremeciéndose e incapaz de alzarse.

Allá en el claro, más bestias chapoteaban en el barro, ahora más lentas, como un rebaño cansado pero que seguía avanzando, a pesar de que los humanos continuaban acribillando el terreno.

Hawker tomó un arma y vio que estaba descargada. Buscó otra, pero también estaba vacía. Miró a Susan, que negó con la cabeza: ya no había más cartuchos. Se volvió para gritar una advertencia, pero ya era demasiado tarde: los rifles se iban quedando silenciosos.

Primero uno, luego otro... hasta que sólo siguieron sonando los martillazos del calibre cincuenta. Y, cuando el eco del último estampido se perdió en la distancia, la voz del hombre moderno desapareció del claro.

Con la lluvia siseando al golpear el cañón casi derretido del Barret, Eric se alzó y retrocedió para unirse al grupo.

Hawker lo preguntó de nuevo para estar seguro, pero ya no quedaba munición. Fue hasta el borde del techo del templo mientras un zigzag de luz rasgaba el oscuro

cielo. En ese fugaz instante de luz purpúrea vio claramente el empapado barrizal: por todas partes yacían animales muertos, mientras que docenas más se agitaban y luchaban por levantarse, mortalmente heridos y agonizantes en el fango, con sus oleosas secreciones destruyendo sus propios cuerpos y ennegreciendo el suelo a su alrededor.

Pero otros aún se movían hacia el templo, quizá los últimos en llegar: bestias que habían escapado a la matanza por pura suerte. Aquellos supervivientes se movían a través del terreno a un paso mucho más lento, como si llevaran encima un enorme peso.

La lluvia les estaba haciendo daño. Aunque no los estaba matando del espectacular modo en que habían visto morir a la larva, les estaba causando un gran dolor. Tras un largo espacio de tiempo acabaría por aniquilarlos, pero Hawker dudaba que nadie en el templo viviera lo bastante como para verlo.

Cuando otro relámpago destelló de nuevo, contó a seis *zipacna* que seguían avanzando. Por mucho que lo pensase no se le ocurría cómo matar siquiera a uno. Comprobó su pistola: le quedaban tres proyectiles, y con toda probabilidad las balas de plomo blando se iban a aplastar contra el duro caparazón de las bestias, como si fueran balas de pintura de esas con las que juegan algunos.

Mientras el primero de los *zipacna* se acercaba a la base del templo, Hawker apretó las mandíbulas y asió con más fuerza la barra metálica. Y gritó, sobre el viento y la lluvia:

—¡Prepárense!

Tras él, los otros cogieron diversos objetos para usarlos como porras; barras de metal como la del piloto, o los fusiles que habían vaciado.

Uno de los *zipacna* ya había llegado a la escalinata, y un momento más tarde lo hizo otro; pero unos escalones más arriba, los dos animales se detuvieron. Y las bestias del claro también se pararon, con sus cabezas vueltas hacia la jungla.

—¿A qué están esperando? —gritó Danielle.

Los animales seguían quietos, observando con prevención la jungla, con sus colas alzadas moviéndose de acá para allá y sus cabezas extrañamente inclinadas.

Un momento más tarde uno de los pastores alemanes empezó a aullar y poco después les llegó otro sonido, apenas audible por encima de la tormenta, una resonancia que se acercaba por la espesura, fluyendo inexorablemente hacia ellos.

Gritando de un modo demencial, los *chollokwan* salieron a la carrera de la línea de los árboles, llegando desde todas las direcciones hacia el claro, aullando y rabiando, cargando con lanzas y hachas alzadas por encima de sus cabezas.

Rodearon a los *zipacna* del claro, haciéndolos desaparecer en medio de la multitud que formaban, cubriéndolos como las hormigas cubren un fruto caído.

Presas del pánico, las bestias de la escalera se dieron la vuelta y subieron al

ataque.

Una de las dos estaba herida y no podía subir los escalones con celeridad, pero la otra corrió hacia arriba, huyendo hacia la seguridad que tendría dentro del templo. Cuando llegó a la parte alta, Hawker le disparó las últimas balas de su pistola y blandió la barra metálica con la otra mano.

El animal saltó a la izquierda al notar el agujonazo de las balas de la pistola y, cuando la barra metálica le dio con estrépito en el lomo, giró su cabeza hacia el costado y hacia arriba, como un toro dando una cornada, y lanzó a Hawker volando por encima de la plataforma y haciéndole caer por las escaleras.

Más allá, en la azotea del templo, los otros supervivientes del equipo del NRI estaban atrapados contra el agujero de entrada al interior del edificio. Danielle le lanzó su rifle a la bestia y le dio en la cabeza, distrayéndola lo suficiente como para que uno de los guerreros *chollokwan* que habían llegado al techo pudiera saltar sobre su lomo, blandiendo su hacha de piedra.

El *zipacna* lanzó por los aires al guerrero y luego fue a por él, agarrándolo con sus fauces y zarandeándolo, pero ya otros nativos caían sobre la bestia, sin mostrar miedo ninguno.

Uno de ellos fue a por sus piernas con un hacha, pero fue aplastado bajo una ensangrentada zarpa. Otro trató de pincharle un ojo, pero la bestia giró la cabeza, apartándola, y lo fustigó con la cola, decapitándolo. Un tercero golpeó con su hacha la coraza del animal y tanto el hueso como la piedra de su arma se partieron.

El *zipacna* se tambaleó hacia un lado, luego se dio la vuelta y clavó sus fauces en el cuello del guerrero, lanzándolo de un empujón fuera del techo del templo.

Durante un segundo quedó libre, pero entonces una nueva oleada de guerreros *chollokwan* se lanzó contra él. Uno de los nativos le hizo sangre, clavando una lanza en su costado y hallando la unión entre los hombros y la placa del pecho. El dolor hizo caer a la bestia, que aullaba de ira, y por un instante pareció recuperar toda la fuerza y la velocidad que le había ido quitando la lluvia. Le dio un zurriagazo mortal al hombre en la cara y el pecho. Cerró sus fauces sobre otro guerrero y le clavó las garras a un tercero. Su cola lanzaba latigazos como si fuera una hoja de sable voladora, y con ella hirió a otro *chollokwan*, que cayó hacia atrás aferrando el abdomen, sajado por la bestia.

El animal resultaba terrible en su frenesí, y aullaba mientras golpeaba. Pero los *chollokwan* parecían poseídos por la misma intensidad asesina, y a pesar de que morían por todos los lados, atacaron de nuevo.

Putock estaba con ellos, cubierto de sangre de la cabeza a los pies. De algún modo había logrado sobrevivir a las embestidas de fauces y zarpas. Se abalanzó hacia delante justo cuando el animal se daba la vuelta dejando expuesta por un segundo la unión entre el cuello y el cuerpo. Golpeó con su lanza hacia abajo, con toda su fuerza.



Brotó un chorro de sangre negra, y la cabeza del *zipacna* cayó hacia atrás al tiempo que emitía un alarido repugnante e inhumano, un sonido que produjo ecos a través de la jungla.

Pero mientras caía, la bestia atacó a Putock. Éste retrocedió, pero un tajo vertical le había sacado el cuerpo del hombro a la cintura. Sin embargo, mientras se desplomaba sobre las losas del templo y su vida se le escapaba, Putock pudo contemplar el daño que él había hecho a su enemigo.

El animal manoseaba frenéticamente la lanza que tenía clavada, haciendo astillas el asta en su intento de librarse de ella. Y luego, cuando se dio cuenta de que no podía imponerse a la oleada de atacantes, el *zipacna* se volvió hacia el orificio de la entrada al templo. Se tambaleó hacia delante, ya nada interesado en la lucha. Pero el grupo principal de los *chollokwan* ya había llegado hasta él, y lo avasallaron, derribándolo con tremendos golpes y con el peso de sus propios cuerpos. La bestia trató de librarse de ellos, encabritándose una última vez y bramando atronadoramente, como si el titánico sonido de su voz fuera, de algún modo, a poder salvarle, pero cuando le clavaron otra lanza, se derrumbó, cayendo bajo su propio peso: su cabeza golpeó contra la piedra con un sonido pesado y apagado.

Los *chollokwan* continuaron hiriéndolo durante unos minutos, pero cuando fue calmándose la furia de sus corazones, se fueron echando atrás uno a uno, apartándose de la repugnante criatura; fueron a atender a sus heridos y a limpiarse ellos mismo bajo el agua de la torrencial lluvia.

Al principio, nadie del grupo del NRI movió ni un músculo. Miraban incrédulos, sin saber qué hacer. Danielle observó el claro: no se podía ver ni a una sola bestia viva. Lo único que se movía eran los guerreros nativos y las cortinas de agua arrastradas por el viento.

Le resultaba difícil de creer, pero finalmente la locura había llegado a su fin. Mientras asimilaba esa idea, les pidió a Devers y McCarter que hablasen con los *chollokwan*, y le dijo al doctor Singh que intentara ayudar con los heridos. Luego empezó a cruzar el techo del templo, buscando a Hawker. Mientras se aproximaba a la escalinata, el piloto apareció.

Subió trabajosamente los escalones, contempló la carnicería y luego les miró a ella y a los otros. Viendo que estaban a salvo, se dio la vuelta y se sentó en el más alto de los escalones, contemplando el claro, anegado por la lluvia.

Danielle se sentó junto a él, justo cuando un trueno retumbaba de nuevo.

—¿Estás bien? —le preguntó, gritando para hacerse oír en medio de la tormenta.

Él la miró y asintió con la cabeza, al parecer demasiado exhausto como para hablar.

Danielle contempló el claro; se produjo el destello de otro relámpago y ella se apartó el cabello mojado de la frente. La lluvia seguía cayendo, pero ahora el viento

les daba en la espalda.

—Casi no puedo creer que se haya acabado —dijo ella—. Casi no puedo creerme que sigamos con vida...

Mientras él volvía a asentir, ella alzó la vista, entrecerrando los ojos y mirando a través de la lluvia, y se echó a reír al sentir una repentina alegría.

—Es una bella sensación, la de estar viva.

Él se volvió hacia ella y le sonrió, mientras una expresión de satisfacción se extendía por su rostro.

—En África tienen un dicho —le explicó—: «El agua es vida».

Miró a su alrededor y luego otra vez a los ojos de ella, manteniendo su mirada largo rato.

—El agua es vida —repitió—: «El agua es vida».

Un trueno retumbó por encima de ellos, y él cerró los ojos y se recostó sobre las mojadas losas del templo.

Ella sonrió y tendió la mano para tocarle el rostro. Sin decir nada se recostó junto a él: bajo aquella lluvia que caía a cántaros, ambos podían sentir la alegría de estar vivos.

## CAPÍTULO 52

El tiempo había cambiado en todo el Amazonas. El frente de altas presiones y el aire seco que había estado soplando hacia la cuenca del río ya habían desaparecido, reemplazados por un flujo continuado que llegaba desde el norte y que bombeaba masivas cantidades de humedad desde el Caribe hasta el corazón mismo del Amazonas, trayendo nubes y lluvia que se extendían sin interrupciones desde el centro de Brasil hasta la costa. En el lugar llamado *Tok Nihra* iba a llover sin pausa durante nueve días enteros.

Por entre las cortinas de agua que caían, los *chollokwan* iniciaron las sombrías tareas habituales tras una guerra. Mientras recogían los cuerpos de sus muertos, llegaron al de Pik Verhoven y se lo llevaron sin decir palabra. A su debido tiempo colocarían su cadáver junto al de los otros guerreros y, bajo la lluvia torrencial, se iniciaría la ceremonia de su cremación. Alrededor de los grandes fuegos habría pena, pero también cánticos y oraciones, mientras el humo se llevaba sus valerosos espíritus al cielo.

Los supervivientes del NRI no contemplaron la ceremonia, pues se quedaron en el claro con un grupo de guerreros *chollokwan*.

Bajo las tiendas de campaña parcialmente reconstruidas esperaron a que cesasen las lluvias. Durante el segundo día los *chollokwan* les llevaron comida. Sabiendo que la caza era escasa, aquel era un gesto muy valioso.

Mientras acababa con un pequeño trozo de algún tipo de pescado, Hawker se volvió hacia Danielle y McCarter.

—¿Cuánto tiempo creéis que les llevará tallar una nueva losa para colocarla en el agujero del techo del templo?

—Dijeron que lo harían —le contestó McCarter—. Pero yo no he visto en su poblado nada con lo que trabajar la piedra. La verdad es que dudo tengan siquiera los conocimientos para hacerlo.

—Eso mismo pienso yo —comentó Hawker.

Dejó el plato en el suelo, salió de la remendada tienda y caminó hacia el templo bajo la incesante lluvia. Danielle y McCarter le siguieron. Cruzaron el claro, subieron los escalones y bajaron al interior del templo.

Con cautela, Hawker desconectó los explosivos conectados a un cable-trampa y los retiró del hueco tras el altar. Un momento más tarde estaba alzando un martillo pilón y golpeando con él la curvada pared de alrededor del pozo. La piedra se cuarteó y rompió, y saltaron esquirlas en todas direcciones. Otro golpe tiró grandes pedazos por sobre el borde del murete, cayendo con un chapoteo al agua de abajo.

Alertados por sus movimientos y por el ruido, varios de los *chollokwan* entraron en el templo. Al principio parecieron asombrados, hasta que se dieron cuenta de lo

que estaban haciendo los forasteros. Formaron grupos para ayudar, dedicando su atención a los grandes pedazos de roca que habían sido parte de la losa que antes sellaba el edificio. Arrastraron y tiraron de los trozos, manejándolos y subiéndolos y luego echándolos al hueco, uno tras otro.

Mientras ellos trabajaban, Hawker continuó golpeando la pared que rodeaba el orificio y, cuando hubo acabado con ella, dedicó su atención al altar. Los nativos gritaron a sus compañeros de las escaleras y pronto se formó una hilera de guerreros que llevaban hasta el interior del templo cestos llenos de piedras y grandes rocas, para echarlas al interior del pozo.

Hawker le pasó el martillo a McCarter, quien luego se lo pasó a Danielle. Hacían turnos para destruir el altar, destrozando dos metros cúbicos y medio de roca para tirar los pedazos al abismo. En unos treinta minutos el trabajo estaba hecho y la masa del altar maya había sido tirada al pozo, formando una enorme pila de piedras que lo bloqueaban. Los *chollokwan* siguieron añadiendo piedras al montón y prometieron continuar hasta que el conducto estuviera lleno hasta el borde. El tapón de cascotes debía de pesar diez toneladas o más e impediría que ningún otro *zipacna* pudiera salir de su mundo subterráneo.

Mientras los *chollokwan* iban a por más piedras, Danielle se apoyó contra la pared, con el martillo pilón pesándole en las manos. Sus ojos recorrieron la sala y luego volvieron al destrozado altar, en donde una luz parpadeante llamó su atención.

—¿Qué es eso? —preguntó, mirando el débil brillo que relucía entre los cascotes.

Mientras Hawker y McCarter la miraban, ella apoyó el martillo contra la pared y fue hacia el objeto. Poniéndose en cuclillas sobre la roca machacada y pulverizada, apartó polvo y trozos pequeños y el brillo aumentó un poco. Tendió con cuidado la mano y sacó una piedra de forma triangular, del tamaño de un misal grande.

La miró, limpiando el polvo y la suciedad de su superficie, pasando las yemas de los dedos por sus redondeados ángulos y sus biselados bordes. Parecía estar hecha de una sustancia clara, el tacto era como de algún tipo de acrílico pesado, pero sabiendo lo que sabía, supuso que era cuarzo.

—Está caliente —dijo, palpando con cuidado el objeto—, casi quema.

—¿Qué es? —le preguntó Hawker.

Ella negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. A menos que sea de...

Hawker asintió, y también lo hizo McCarter

—Recuerda la historia de *Tulum Zuyua* —le dijo McCarter—. Acuérdate de la repartición de los dioses, con su esencia conservada en piedras especiales.

Danielle asintió y, mientras miraba la piedra de nuevo, una presencia apareció en la entrada de la sala del altar. Se volvió y vio allí de pie al Viejo, con otro nativo que le ayudaba a caminar. Parecía tan frágil como la otra vez y sus ojos seguían igual de

brillantes. Caminó lentamente hacia Danielle, contemplando la piedra mientras avanzaba.

—Garon zakara —dijo.

Sin Devers allí para traducirle, no entendieron lo que les decía.

—*Garon zakara* —repitió, golpeándose el centro del pecho.

—Creo que dice que es el corazón de los *zakara* —supuso McCarter.

Ella miró la piedra y trató de entregársela, pero el Ualon extendió una mano rehusándola y luego la empujó suavemente hacia ella. Después miró al pozo, cegado por el creciente montón de piedras. Aparentemente complacido, se dio la vuelta y se dirigió hacia McCarter. Abrió la palma de la mano y mostró un pequeño objeto, que el científico miró de cerca. Era una brújula, y parecía tener cien años de antigüedad. Tenía que haber sido la de Blackjack Martin.

La tomó casi reverentemente.

—Para el viaje —dijo el Viejo, con palabras que McCarter recordaba del encuentro en el poblado.

A continuación fue hacia Hawker y le ofreció una punta de flecha de obsidiana como presente. Después tocó las últimas heridas del piloto y le llamó con la palabra que en *chollokwan* significaba «guerrero».

Hakwer le hizo una reverencia de agradecimiento, y el Viejo se volvió hacia Danielle, juntando de nuevo sus manos como un maestro de yoga. Mirándola a los ojos, pronunció la palabra «Ualon», al tiempo que hacía un gesto con la cabeza en su dirección.

McCarter también reconoció ese término:

—Te está llamando la Vieja, sólo que no significa vieja —explicó el científico—, significa «jefa».

Danielle asintió, sorprendida por el cumplido. Imitó las acciones del anciano con las manos y le sonrió. El Viejo le devolvió la sonrisa y luego, con la ayuda de su acompañante, comenzó a alejarse.

Tres días más tarde el grupo del NRI abandonó el claro, en medio de lo que se había convertido en una lluvia de intensidad variable, pero casi constante. Necesitaron pasar semanas chapoteando en el cieno para cubrir lo que había sido una caminata de tres días en tiempo seco. Y justo cuando llegaban a la orilla del Corinda, el cielo se oscureció y volvió a echar de nuevo sus aguas sobre ellos.

Danielle se estremecía por el frío, pero sus ojos captaban cosas en las que antes no se había fijado: gotitas de lluvia colgando de un helecho como perlas de plata líquida, orquídeas de color fucsia entre los árboles y una brillante flor amarilla que se cerró de repente, justo cuando comenzó a caer el aguacero. Había estado en la selva pluvial más de un mes y, sin embargo, hasta entonces no se había fijado en nada de

todo aquello. Casi deseó hallar otra hilera de hormigas para que McCarter las señalase y ella pudiera asombrarse.

Llegados a las orillas del Corinda giraron hacia el sur y marcharon hacia el Negro. Cinco días más tarde hicieron señas a un barco que pasaba: una barcaza de motor diésel cargada de caoba y que arrastraba una segunda carga de troncos que flotaban en el río. Mientras subían a bordo, Danielle miró atrás para despedirse de su escolta de *chollokwan*, pero los nativos ya habían desaparecido.

A bordo de la barcaza, los miembros del equipo del NRI agradecieron cálidamente a sus anfitriones que les hubieran recogido. Desviaron educadamente las preguntas acerca de su aspecto, maltrecho y harapiento hasta que éstas cesaron y les dejaron solos para que meditasen sobre sus propias cuestiones sin resolver.

En una charla privada, McCarter les expuso su teoría sobre el templo que habían hallado:

—Durante mucho me pregunté por qué esos visitantes habrían elegido a ese grupo en particular, a esos antecesores de los mayas. Pero ahora ya no creo que los eligiesen, fue el azar; lo que pienso es que ayudaron a los mayas a convertirse en lo que luego fueron. Lo más probable es que esos seres del templo les enseñaron mucho de lo que luego fue la ciencia de los mayas: astronomía, matemáticas, un modo muy exacto de medir el tiempo en los calendarios. Unas ciencias que siguieron siendo usadas, a pesar de que la misma existencia de quienes se las habían enseñado ya se había convertido en un mito. Lo más probable es que encargasen a la gente que vivía allí, o quizá la forzasen, a construir el templo... que les enseñaran a usar cuerdas, poleas y palancas, y dirigieron la construcción de lo que iba a ser para ellos un refugio de nuestro sol y de nuestra lluvia. Durante el proceso, se impusieron como semidioses, quizá incluso sobre las nacientes creencias que aquellas gentes habían comenzado a desarrollar por sí mismas... todo ello habría quedado recogido en el *Popol Vuh* a través del ascenso y autoencumbramiento de Siete Aras, *Vucub-Caquix*. —Se volvió hacia Danielle—: Puede que sea *Tulum Zuyua* —le dijo—. Aunque también puede que sea *Meauan*, la Montaña de Piedra, bajo la cual fue enterrado *Zipacna*. En la historia parece implícito que murió, pero si se repasa la descripción que se hace del suceso no queda tan claro, parece más bien que fue sometido y atrapado o aprisionado. —Hizo una pausa—. Quizá sea ambas cosas y el templo sea la *Meauan* y el complejo o la ciudad sea *Tulum Zuyua*. Las leyendas tienden a entremezclarse.

—Es una pena que todo se perdiese —habló Hawker—. Con tantos conocimientos como debieron tener...

—No sé —le replicó McCarter—. Sólo puedo suponer que debió de haber una tremenda barrera en sus comunicaciones. Además de eso, tenéis que imaginar lo primitiva que, en comparación con ellos, era esa gente. Para los visitantes debían ser

más o menos como niños. —McCarter se explicó—: Imagínate a un chico de cinco años que no sabe nada sobre los aeroplanos, pero que ve tu helicóptero y desea saber cómo vuela. ¿Podrías explicarle cómo funciona un motor a reacción, la aerodinámica o la física del empuje y la ascensión? Probablemente no. E imagínate además que el niño no habla tu idioma, o a lo sumo tan sólo unas palabras... ¿qué es lo que harías? Tal vez pudieses señalar el rotor, y con unos movimientos de las manos explicarle que gira y que entonces el aparato se eleva, pero eso sería lo máximo. Quizá con el tiempo pudieseis aprender unas cuantas palabras más de vuestros respectivos idiomas, pero no las bastantes como para tener una conversación compleja. La observación y la demostración son siempre los primeros niveles de la comunicación, y posiblemente en este caso también serían los límites de su relación.

Hawker asintió con la cabeza, y McCarter prosiguió:

—Tal vez llegaran a desarrollar un nivel superior de conversación —aceptó—, pero me imagino que se limitaría a unos pocos elegidos: los sacerdotes y los reyes. Entrarían en el templo a una audiencia y saldrían preparados para predecir un eclipse o una tormenta... algo que hacían los mayas de Yucatán, siglos más tarde: tras el derramamiento de sangre de un sacrificio entraban en los templos y hablaban con los espíritus. Y salían para transmitir los mensajes al pueblo, que les aguardaba en las escalinatas. De algún modo estaban reflejando lo que, probablemente, pasó antes aquí.

—Me pregunto qué es lo que debió ir mal —comentó Danielle.

McCarter hizo un mohín con los labios.

—La presencia de los *zipacna* sugiere que esa relación no era lo que se dice benévola. Y si la historia real se desarrolló según lo narrado por las leyendas, probablemente debió de haber algún tipo de alzamiento, quizá combinado con alguna tormenta inesperada que mató a muchos de los seres cuando estaban fuera del templo. Esa es una escena que pasó a sus historias como el fin de los seres de madera: «Huyeron a las cavernas, pero estas estaban cerradas y selladas» —citó McCarter—. O quizá el pueblo mató a esos seres que se habían hecho los dueños de la ciudad, esperando tener así paz y libertad, y sólo consiguieron atraer sobre ellos las tropelías incontroladas de los *zipacna*. Como les pasó a los héroes gemelos, que sometieron a Siete Aras, pero entonces tuvieron que enfrentarse al problema que era *Zipacna*. Quizá tiraron un gran tronco por el agujero del pozo, como se cuenta que hicieron Los Cuatrocientos Muchachos, y descubrieron que *Zipacna* aún podía pasar esquivándolo. En cualquier caso, llegados a un cierto punto aquellos antecesores de los mayas decidieron que ya era más que suficiente, de modo que sellaron el templo y abandonaron el lugar, llevándose con ellos cuanto pudieron y huyendo a las montañas. Avanzaron sin mirar nunca atrás, hasta hacerse un nuevo hogar a miles de kilómetros de distancia, en Centroamérica.

Recordó la descripción de cómo mayas quiche se llevaron con ellos la esencia de sus dioses en forma de piedras especiales, piedras que contenían al dios del fuego. Pensó en la que estaba dentro de la mochila de Danielle y se preguntó qué sería lo que ese artefacto les diría.

—Los guerreros se quedaron atrás, para proteger al grupo que huía —añadió—, para asegurar su fuga y para mantener el templo cerrado. Y a lo largo de los siguientes tres mil años se convirtieron en lo que hoy en día llamamos los *chollokwan*, que han vivido durante mil generaciones con ese único objetivo en mente...

Mientras hablaba, McCarter se preguntó cómo se podía tener un único objetivo durante tanto tiempo; pero, claro, con el paso del tiempo se había convertido en una religión *per se*, mientras que todas las otras creencias de los mayas se habían olvidado. Pero lo que más le asombraba era cómo los fugitivos habían sentado las bases de una nueva religión, habían ido creciendo hasta ser un imperio y creado una cultura que se había extendido y luego había desaparecido. Y todo ello habiendo olvidado la fuente de sus orígenes, una fuente que todavía existía.

El viaje río abajo continuaba lentamente, con las negras aguas del Negro llevándoles inexorablemente a Manaos. Las verdes orillas del río se fueron alejando cuando éste se ensanchó y empezaron a darse cuenta de que había negras columnas de humo en varios puntos en el horizonte.

El humo venía de las plantaciones que se alineaban a lo largo del río. Con la estación de las lluvias a punto de acabar, los encargados de las plantaciones estaban quemando el crecido follaje para preparar los campos para el sembrado. El segado y quemado marcaba el inicio de cada nueva temporada de plantación. No mucho después llegaron a las zonas limítrofes del mismo Manaos, y se les ofreció una vista que la mayoría de ellos había creído que jamás volvería a disfrutar.

Durante la última parte del viaje, Danielle se había sentido impulsada a colocarse en la proa de la barcaza. Ya casi estaban en casa, y había empezado a preguntarse qué la esperaba allí. Una hora antes de su llegada, el capitán del buque fue a buscarla.

—Ustedes son estadounidenses, ¿no?

Danielle asintió con la cabeza.

—Bueno, pues alguien los está buscando —le dijo el marino—. Temían que se hubiesen perdido...

—¿Quién nos está buscando? —le preguntó ella, suspicaz.

—Está en el muelle, es otro estadounidense. Nos ha llamado por radio: está buscando a un grupo perdido, en el que hay una chica guapa de cabello oscuro que se llama Danielle. Ésa es usted, ¿no?

—Sí —admitió—, supongo que soy yo. ¿Sabe quién es ese otro estadounidense?



El capitán negó con un gesto.

—Un amigo suyo —le contestó, contento como lo debe de estar el mensajero que trae buenas noticias—. Dice que les han buscado por todas partes, mirando en todos los barcos que llegan de río arriba. Ése sí que es un buen amigo, seguro.

Hawker se le acercó cuando el capitán se alejó.

—¿Qué era todo eso?

Ella le miró sin el menor entusiasmo.

—Tenemos a un amigo que nos está esperando en el muelle.

Hawker frunció el entrecejo.

—Pensaba que nos habíamos quedado sin amigos —dijo.

—Así es.

Una hora más tarde se acercaron a un atestado embarcadero de madera, bastante cercano al punto donde habían disparado a Danielle y Hawker. Tras algunas maniobras para evitar a botes más pequeños, la barcaza se acercó lo bastante como para que Danielle pudiese ver a tres hombres que destacaban entre las gentes locales que llenaban el embarcadero. Dos de ellos llevaban gafas oscuras y chaquetas deportivas, a pesar del ardiente calor, y el tercero vestía una camisa de lino con el cuello abierto y llevaba un brazo en cabestrillo. Lo reconoció al momento:

—¡Arnold!

Él le sonrió desde el puerto.

—Dichosos los ojos que te ven —bromeó.

El barco atracó en el embarcadero y Danielle saltó a tierra. Le dio un abrazo, teniendo cuidado con el brazo.

—Me dijeron que habías muerto.

—Bueno, sí. Como ya te he dicho en otras ocasiones, jamás confundas la versión oficial de lo sucedido con la verdad. No quería que nadie interfiriese en mis esfuerzos por localizarte.

—¿Qué pasó? —le preguntó mirándole al brazo.

—Me lo fracturé al caer, fue lo único que no pudieron impedir las veinticuatro capas de Kevlar del chaleco blindado.

Moore le explicó cómo Gibbs le había traicionado, y cómo había sobrevivido a la bala y a la caída, aunque se rompió el brazo al chocar contra el puente y casi muere congelado mientras se agarraba a una de las pilastras, bajo el agua. No había sospechado de Gibbs, pero como creía que iba a encontrarse con el hombre que había matado a Blundin, había preferido no correr riesgos.

Cuando él terminó, Danielle le contó una versión abreviada de los acontecimientos en el claro, mientras los otros empezaban a bajar a tierra.

Susan Briggs bajó la primera, llevando de la correa a los dos pastores alemanes supervivientes. Bosch y el doctor Singh fueron los siguientes, arrastrando a un

desorientado Devers, al que Singh había mantenido sedado para impedir que escapara. Tras ellos, McCarter ayudó a Brazos a bajar la pasarela, ya que este último aún cojeaba, y finalmente apareció Hawker junto al superviviente del grupo de mercenarios de Kaufman.

Los guardaespaldas de Moore se movieron hacia el mercenario, pero Hawker los detuvo:

—Este hombre se marchará libre.

—Se viene con nosotros —le dijo Moore—. Tiene información.

Hawker señaló a Devers:

—Sáquesela a él.

—Él no me dirá lo que yo quiero saber —le explicó el agente.

Hawker no cedió terreno:

—Pues se lo inventa.

Moore suspiró sonoramente y ambos hombres se miraron a los ojos. Pero Hawker no se iba a desdecir: de no ser por la puntería de aquel hombre con el fusil Barret, él estaría muerto.

—Déjalo irse —intervino Danielle con firmeza—. No estaría bien. No después de todo lo que nos pasó allí.

Moore resopló, exasperado.

—Muy bien —dijo y sonrió, al parecer aprobando el cambio que había notado en ella. Se volvió hacia el mercenario—: Es usted libre para irse, joven. Hoy le han hecho un buen regalo: le han devuelto su vida... úsela con sabiduría.

El rubio miró a Moore, luego a Danielle y por fin a Hawker. Parecía dudar.

—Lárgate de aquí —le dijo el piloto—. Vete a casa, si puedes.

Con pasos inseguros, el que fuera mercenario empezó a caminar por el embarcadero, mirando hacia atrás varias veces, antes de cobrar ánimos y desaparecer entre la multitud.

Moore se volvió hacia Hawker:

—Hablando de volver a casa —dijo—. Tengo entendido que hizo usted un trato. Y, aunque la expedición ha fracasado, usted parece haber cumplido con su parte del acuerdo, trayéndolos de vuelta a casa. No crea que no apreciamos esto. No obstante, en nuestra actual situación, parece que hemos perdido la capacidad de cumplir el trato. Nuestro director de Operaciones, un hombre con el que ambos estábamos muy relacionados, ha desaparecido y se le está investigando por una serie de cargos, entre otros apropiación indebida, falsificación de documentos y asesinato. A la señorita Laidlaw, aquí presente, se la ha dado por desaparecida y se la considera también sospechosa. En cuanto a mí... bueno, como ya he dicho, oficialmente estoy muerto. —Moore agitó la cabeza—: En cualquier caso, estamos en deuda con usted. Y si no acabamos también en prisión, haremos lo que podamos para ayudarle.

Hawker conocía esa situación, así que se volvió hacia Danielle:

—Siempre podrías quedarte aquí —le dijo—. Conozco al propietario de un club nocturno que seguro que te contrataría para algún tipo de trabajo.

Ella le sonrió, era una propuesta tentadora.

—Quizá la próxima vez —le dijo—. Primero tengo algunas cosas que enderezar...

# CAPÍTULO 53

Los cálidamente iluminados pasillos del edificio federal Harry Hopkins exudaban un tranquilo encanto, cubiertos como estaban con madera de cerezo vetada y latón pulimentado, siguiendo el glamuroso estilo de la década de los años veinte. El profesor Michael McCarter esperaba, tras haber acabado su declaración a puerta cerrada ante un comité del Senado. Los tres senadores del comité le habían interrogado, educada pero directamente, durante casi cinco horas. Sin embargo, habían evitado presionarle para que diese cualquier tipo de detalle significativo, lo que al principio agradeció, pero acabó por resultarle extraño. Sólo en los estadios finales de la audiencia se le ocurrió que esa actitud era deliberada: no querían que se produjese una divulgación total de lo que había sucedido en la selva.

Cuando acabó de declarar, a McCarter le hicieron jurar que guardaría el secreto, citando la Ley de Prevención del Espionaje de 1949, le dieron profusamente las gracias por su cooperación y le mandaron retirarse. Desde entonces había aguardado en el vestíbulo, leyendo su periódico y esperando pacientemente que acabase su declaración otro de los testigos.

Cuando estaban ya a punto de sonar las cinco, se abrieron las puertas de la sala de audiencias. Una brillante luz inundó el vestíbulo, al tiempo que salían los participantes en la declaración. Entre ellos divisó a Danielle Laidlaw.

Ella había sido la última en testificar, y había ofrecido su propia perspectiva de los acontecimientos. Para su sorpresa, los senadores no habían considerado que las acciones del NRI fueran censurables en absoluto, a pesar de que violaban las leyes brasileñas, estadounidenses e internacionales, al menos de quince modos diferentes.

Uno de los senadores había incluso alabado a Danielle, por ser tan audaz en pro de su país. Tal como iban las cosas, el único problema para el Comité parecía ser Stuart Gibbs, y su búsqueda particular de la tecnología. El interrogatorio se había centrado rápidamente en ese punto y, en ausencia de Gibbs, la culpa había recaído pesadamente sobre él... como tenía que ser. Y como tanto Arnold Moore como ella habían ignorado sus acciones ilegales, fueron exculpados, e incluso en ocasiones alabados.

Ahora, una vez que habían testificado todos y que las transcripciones de sus declaraciones iban camino de ser selladas, habían comenzado a correr los rumores: parecía ser que el NRI iba a sobrevivir, y en general se esperaba que Arnold Moore fuera promocionado al puesto de director, aunque nada de ello hubiera sido puesto aún en negro sobre blanco.

Danielle agitó la cabeza: «Estas cosas sólo pasan en Washington», se dijo...

Una voz la llamó y cuando miró vio a McCarter. Sonrió.

—¿Qué hace un buen chico como tú en un lugar como éste?

—¿Quién dice que yo sea un buen chico? —le contestó, riendo de su chiste privado.

—Yo —insistió ella.

—Me dijeron que podía charlar contigo cuando salieses, siempre que no hablásemos específicamente de nuestro testimonio —miró a la sala de audiencias, cuyas puertas estaban siendo cerradas—. ¿Has terminado ahí dentro? ¿O tienes que volver?

—Hemos terminado —le contestó ella—. Yo era la última en testificar y, según parece, hemos hecho un buen papel.

McCarter miró a su alrededor nerviosamente, como si se sintiera muy incómodo en los pasillos del poder.

—¿Puedo acompañarte afuera?

Le ofreció el brazo a Danielle como todo un caballero, y ella lo aceptó. Juntos caminaron sobre el pulimentado suelo del amplio vestíbulo. Un guarda uniformado les abrió la puerta exterior y oyeron el apagado sonido de la lluvia que caía suavemente. Una leve tormenta de primavera había llegado desde el noreste, el tercer frente de lluvias que atravesaba el país desde que habían llegado a casa.

Mientras salían a la bien iluminada marquesina que protegía la entrada de los coches, un taxi llegó salpicando agua a lo largo de la curvada acera, con las luces largas encendidas y los limpiaparabrisas moviéndose de un lado al otro. Cuando se detuvo, un pasajero salió corriendo del interior y se metió en el edificio.

—Más lluvia —comentó ella, contemplando la neblina y la llovizna.

—No creo que me vuelva a quejar nunca de la lluvia —dijo McCarter.

Ella sonrió:

—Ni yo.

McCarter la miró con cariño.

—Me preguntaba si has sabido algo de Hawker...

La sonrisa de Danielle se apagó.

—Ni una palabra. Me temo que nadie sabe nada de él.

—¿Hay alguna posibilidad de que le dejen volver a casa?

—Aún no he terminado de luchar con ellos —afirmó—. Pero parece que están tratando de salvar la organización, y no creo que quieran ponerse las cosas aún más difíciles intentando limpiar la mala reputación de Hawker...

McCarter pareció muy desilusionado. Todos habían llegado a apreciar mucho al piloto.

—No te preocupes por él —insistió la agente—. Seguramente estará bajo el sol, bebiéndose una buena cerveza fría en alguno de aquellos cafés junto al río, con una, dos o tres mujeres absurdamente bellas dispuestas a ayudarlo a olvidar sus dolores y pesares.

McCarter sonrió, y ella se preguntó si habría detectado el deje de celos en su voz. En cualquier caso, el arqueólogo cambió de tema:

—Creen que todo fue un engaño —dijo, expresando su propia suposición—. ¿No es así? Piensan que, de algún modo, a Hawker y a ti os doparon.

—Eso parece —miró hacia atrás a través de las puertas de cristal del edificio y añadió—: Allá ellos, si es eso lo que quieren creer...

—Probablemente sea mejor así —contestó McCarter, y la volvió a mirar con cariño—. Eres una buena persona. Supongo que lo has hecho lo mejor que has podido, vista la posición en que estás...

A ella le habría gustado pensar que así era.

—No, no lo he hecho —le contestó—, pero sigo intentándolo.

Él sonrió, mientras otro taxi llegaba por la curva de entrada al edificio. Sus frenos chirriaron un poco cuando se detuvo, mientras el agua caía en delgadas líneas, como trazadas a lápiz, a la luz de sus faros.

—¿Compartimos un taxi? —le propuso el profesor—. Yo estoy en el Omni.

Ella negó con la cabeza:

—Me temo que voy en dirección contraria...

—Vale —aceptó él—. Entonces éste es tuyo.

Le abrió la puerta y se la sostuvo.

Ella se adelantó y le besó en una mejilla.

—Dale recuerdos a Susan —le dijo—. Y hazme el favor de cuidarte.

—Lo mismo digo.

Danielle se metió en el taxi y McCarter cerró la puerta tras ella, mientras el coche arrancaba. Ella miró a través de la ventanilla empañada por la lluvia y vio cómo él tomaba otro taxi. Luego volvió la vista hacia delante y se arrellanó en el asiento.

Con el taxi moviéndose cautamente entre el tráfico, Danielle sacó de su bolso una hoja doblada. Era la carta de ascenso que Gibbs le había enviado antes de que partiera hacia el Amazonas. Había pensado que quizá el Comité quisiese verla, tal vez incluso adjuntarla a su declaración, pero habían rehusado a leerla, diciéndole que posiblemente el ascenso aún fuese válido.

Leyó la carta una vez más, sonriendo con disgusto ante las palabras y la satisfacción que en otro tiempo le habían producido. Con deliberada fuerza la arrugó en una bola y la dejó caer en la pequeña papelerera que había entre los asientos, junto a la lata de refresco vacía y los envoltorios de la comida rápida del taxista.

Recostándose en el asiento, suspiró mientras escuchaba al sonido de los limpiaparabrisas, de los neumáticos sobre el suelo mojado y las noticias, entrecortadas por la estática, que daban por la radio. Por primera vez en mucho tiempo no tenía nada que hacer. Ningún plazo que cumplir, ningún superior ante el que responder, ningún objetivo tras el que ir. Y, para su sorpresa, descubrió que ésa

era una sensación extremadamente agradable.

A más de treinta kilómetros de allí, en el sótano del Edificio Cinco del VIC, Arnold Moore estaba en una habitación en penumbras y forrada de plomo, reunido con el jefe científico del NRI y otro científico que trabajaba en la teoría de la fusión fría. Habían estado estudiando la piedra brillante que Danielle había traído del Amazonas.

—Definitivamente está generando energía le dijo —el jefe científico a Moore—. De hecho, unas cantidades tremendas de energía. Y no sabemos cómo lo hace: no es nada radioactiva.

—Genera calor —señaló Moore.

—Sí —le respondió el otro—: algo de calor, pero el calor es la menos importante de sus manifestaciones.

—¿Adónde va el resto de la energía? —quiso saber Moore.

—La mayor parte es canalizada hacia un impulso electromagnético. Ésa es la razón por la que tuvimos que traerla aquí abajo y forrar la habitación con plomo.

Moore miró la piedra que brillaba, y que ahora estaba limpia y pulimentada, tanto que desde un ángulo de visión adecuado casi resultaba invisible. A diferencia de los cristales de Martin, no contenía ni inclusiones ni surcos. Era tan clara como el mejor de los cristales jamás fabricados y, a simple vista, no parecía encerrar nada en su interior. Sin embargo, el brillo blanco tenía que salir de algún sitio, como también la energía.

En el punto en que estaban, los científicos apenas habían empezado a estudiarla, pero Moore esperaba que hallarían en ella propiedades similares a las de los cristales de Martin, incluyendo las líneas microscópicas, nanotubos y otras estructuras aún más exóticas.

Moore sabía que era técnica, pero parecía arte. Y había algo subyugante en ella, casi hipnótico. Cuanto más la miraba, más seguro estaba de que realmente podía ver el impulso fluctuante del que le estaban hablando aquellos hombres: era rítmico, armónico.

—¿Siempre hace esto? —preguntó.

El científico asintió con un gesto:

—Es el impulso —dijo—. Casi toda la energía va a él. Su patrón es extremadamente complejo, con rápidas fluctuaciones. Y se repite una y otra vez.

Moore miró: lo podía ver, lo notaba, lo sentía. Y tenía un presentimiento al respecto.

El científico le observó, estudiando su rostro.

—Usted sabe lo que es —supuso, viendo la verdad en los ojos de Moore... una verdad que ellos aún no le habían revelado.

—Sí —le respondió el agente—. Creo que lo sé.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Bueno, pues tiene que saber que creemos que está en lo cierto...

—Un mensaje —afirmó Moore—. Es algún tipo de señal.

El hombre asintió.

—Como ya le he dicho, se repite una y otra vez, sin cambios. Excepto una...

Moore miró al hombre a los ojos. Parecía desear no haber dicho nada.

—¿Excepto qué...?

—Excepto una fluctuación menor que hubo —le explicó el científico de mala gana—, hace once días, cuando la trasladamos de la bóveda donde estuvo provisionalmente a esta sala.

Moore miró al hombre fijamente.

—No sabemos qué la causó —añadió el investigador—, ni lo que significa. Pero estamos preocupados.

El hombre no le ofreció más explicaciones, nada salvo un rostro hosco y unas mandíbulas muy apretadas; y Moore notó cómo él también se empezaba a preocupar, y mucho. Volvió a concentrarse en la piedra, que seguía generando aquel impulso suave, incapaz de apartar la vista de ella y de dejar de sentir asombro. Y, sobre todo, incapaz de ignorar la creciente sensación de que el destino de muchas personas podría verse afectado por lo que habían encontrado en aquella piedra.